

REVISTA
DE
HISTORIA
MILITAR



Año XVII

1973

Núm. 34

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO
SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA
DE
HISTORIA MILITAR

Año XVII

1973

Núm. 34

DIRECTOR: Excmo. Sr. D. José Caruana Gómez de Barreda,
General de Brigada de Caballería.

Consejo de Redacción

CONSEJEROS: D. Juan Priego López, Coronel de Estado Mayor,
y D. José Manuel Martínez Bande, Coronel de Artillería; **JEFE DE
REDACCION:** D. José María Gárate Córdoba, Teniente Coronel de
Infantería; **REDACTORES:** D. Ramón Sánchez Díaz, Teniente
Coronel de Infantería, y D. Juan Barrios Gutiérrez, Comandante de
Artillería; **ADMINISTRADOR:** D. Constantino Alonso Calle,
Capitán de Oficinas Militares.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

MARTIRES DE ALCALA, 9 — MADRID — TELEFONO 247-03-00

Precio del número: 75 pesetas

SUMARIO

Págs.

Noticias orgánicas de la artillería española del siglo XVII, por FERNANDO GIL OSSORIO	7
Prólogo a un guerrillero. El sargento Sánchez, por NICOLÁS HORTA RODRÍGUEZ	29
La expedición cántabra, del Mariscal de Campo don Mariano Renovales, por CARLOS MARTÍNEZ-VALVERDE	61
Los últimos años del Ejército español en el Perú. Las fuerzas reales y las independientes, por VICTORIANO DEL MORAL MARTÍN	83
Abdelkrim, por ANDRÉS SÁNCHEZ PÉREZ	123

BIBLIOGRAFÍA:

<i>Guerra de la Independencia</i> , del Servicio Histórico Militar; <i>El final del frente norte</i> , del Servicio Histórico Militar; <i>Galería Militar Contemporánea: Medalla Militar. II parte</i> , del Servicio Histórico Militar; <i>Los generales de Stalin</i> , de Seweryn Bialer; <i>Francisco Franco: un siglo de España</i> , de Ricardo de la Cierva; <i>La aviación en la guerra de España</i> , de Salvador Rello; <i>Los italianos en la guerra de España</i> , de Luis Alcofar Nassaes; <i>Los moriscos de Hornachos, Corsarios de Sale</i> , de Andrés Sánchez Pérez; <i>El General Primo de Rivera</i> , de Miguel Primo de Rivera, Tomás García Figueras, Jorge Vigón y otros; <i>Historia y estructura de la población mundial</i> , de W. D. Borrie; <i>La estrategia nuclear</i> , de Claude Delmas; <i>Atlas Histórico mundial</i> , de Herman Kindez y Werner Hilgenan; <i>Cuadernos bibliográficos de la Guerra de España (1936-1939). Memoria y reportajes de testigos</i> , de Vicente Palacio Atard; <i>La Revolución de Octubre de 1934</i> , de Francisco Aguado Sánchez; <i>La Segunda República. (Imágenes, cronología y documentos)</i> , de Jesús Lozano	159
Obras publicadas por el Servicio Histórico Militar	195

—————

N. B.—Las ideas expuestas en los artículos de esta revista reflejan únicamente la opinión personal de los autores.

Esta revista invita a colaborar en ella a los escritores militares o civiles españoles o extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la profesión de las armas. En las páginas de la misma encontrarán amplia acogida los trabajos que versen sobre acontecimientos bélicos, destacadas personalidades del mundo militar, e instituciones, usos y costumbres del pasado del Ejército, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar profesional de nuestros días.

Depósito Legal M. 7.667.-1958.

NOTICIAS ORGANICAS DE LA ARTILLERIA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVII

por FERNANDO GIL OSSORIO
Coronel de Artillería, D. E. M.

El siglo XVII es, sin duda, el peor conocido desde el punto de vista de la artillería española. Todavía en él, su principal razón de ser, la que verdaderamente justifica su costosa existencia es su empleo, imprescindible en los sitios y defensas de plazas; su intervención en las batallas campales es limitada como consecuencia de su pequeña movilidad y menor velocidad de fuego, por otra parte las batallas se eluden siempre que se puede (1) mientras que los sitios están a la orden del día, recurriéndose a ellos incluso para forzar al enemigo a librar batalla.

La organización artillera es resultado, naturalmente, de su forma de empleo. Existen dos clases de organizaciones: una territorial —que simplificando mucho se podría llamar defensiva— que atiende a la artillería asentada, o almacenada, la más numerosa, en plazas fuertes y castillos, y otra operativa —ofensiva—, los trenes de artillería, unidades artilleras que forman parte de los ejércitos, una en cada uno, organizadas al mismo tiempo que éstos, con el mismo carácter permanente o no que el ejército de que forman parte. Estas diferencias orgánicas no suponen diferencias de personal y material, pudiendo pasar uno y otro de una plaza a un tren o viceversa; es más, cuando se crea un nuevo tren, el material para él se saca de las plazas y el personal, por lo menos el núcleo inicial, también. Como en Flandes y Milán existen ejércitos permanentes, existen en estos estados igualmente trenes de artillería permanente. En España sólo se organizan cuando la guerra lo exige por llegar a la Península.

Capitán General de la Artillería

Al frente de cada una de estas organizaciones se encuentra un capitán general de la artillería, llamado muchas veces general de

(1) En 1589 escribía don Sancho de Londoño: «El dar batalla campal en escuadrones formados, cuanto fuere posible, se debe evitar». *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, pág. 61 de la edición de Madrid, 1943.

artillería simplemente. Hay uno para España, territorio, y otro para cada ejército. El primero —cuya denominación varía desde capitán general, o general, de la artillería de España a la de capitán general de la artillería de los reinos de Castilla, Aragón y Portugal, según los momentos, y sin criterio fijo— no tiene ninguna relación con los capitanes generales de artillería de los ejércitos que combaten en la Península; salvo en el caso de que el rey tome personalmente el mando del ejército, en cuyo caso aquél se hace cargo del mando del tren de artillería (2). En Flandes y en Italia, en cambio, los trenes se titulan del ejército y estado correspondiente y sólo existe un capitán general de artillería en cada estado. En Milán el tren tiene a su cargo plazas y castillos y por tanto la organización territorial del estado depende del general de artillería (3). En Flandes la artillería de plazas y castillos es independiente del tren, pero no está subordinada a un mando artillero territorial, la de cada plaza depende de su gobernador, y a través de éste del gobernador del estado, sin intervención del general de artillería, el cual, sin embargo, puede utilizar para el material del tren los almacenes de las plazas sin permiso de los gobernadores, y «sacar los artilleros que hallase a propósito en cualquier plaza para llevarles a campaña» (4).

Característica fundamental de la artillería en este siglo, continuación de lo ocurrido en los anteriores, es su independencia económica del resto del ejercicio (5), lo que impone la necesidad de contar con órganos administrativos propios: veedurías, contadurías, pagadurías de artillería y que convierte en principalmente administrativo el cargo

(2) Basta comparar el «Título de Capitán General del Artillería del Ejército de Cataluña a D. Gregorio Brito», de 7.I.1648 —Archivo General de Simancas, Guerra Antigua, lib. 204, f. 92v— con el «Título de General de la Artillería de España al Marqués de Aguilafuerte», de 11-VII-1648 —Simancas, Guerra Antigua, lib. 206, f. 141v.— para comprobar la total independencia del primero respecto del segundo.

(3) Según la «Relación en que van sentados nombre por nombre los oficiales Mayores y Menores que están sirviendo a S. M. en el Tren de la Artillería este día, 15 de noviembre de 1643, con declaración de los puestos en que se hallan repartidos» del estado de Milán —Simancas, Estado, leg. 3359— de un total de 233 hombres, sólo 83 se encuentran en el tren, los restantes están distribuidos entre las diferentes plazas.

(4) FERNÁNDEZ DE MEDRANO, *El práctico Artillero*, Bruselas, 1680, págs. 116 y 117.

(5) «El cuerpo del Artillería, como V. E. sabe, es separado del Ejército y el General della con lo que el Gobernador de estos Estados le comunica para sus efectos tiene autoridad de librar todo lo que se hallare convenir, en la Pagaduría General en cuanto a medios de dinero, y de lo del cargo del Mayordomo del Artillería lo que toca a municiones», informe del contador de la artillería de Flandes en 1765, Simancas, Estado, leg. 3861. Todavía en 1710, en un documento oficial, se emplean las siguientes expresiones: oficiales «así de mis ejércitos como de la Artillería» o «que sirven en mis ejércitos, artillería y demás plazas», diferenciando claramente ejército y artillería. Simancas, Estado, lib. 489, fs. 125 y 126. En las muestras, o revistas de comisario, al ejército en el siglo XVII no figuran los artilleros, como tampoco se habla de ellos en los relatos histórico contemporáneos al hacer recuento de efectivos.

de capitán general de la artillería, y muy especialmente el de la España, cuyos más importantes cometidos son:

Nombrar y licenciar oficiales y artilleros.

Proponer al rey el nombramiento de «los tenientes de capitán general de la artillería, contador de la razón, capitán de trincheras, entretenidos, contadores, pagadores, ingenieros, mayordomos y alguacil».

Dar el visto bueno —«señalados por vos al margen de la primera plana», dicen las instrucciones correspondientes— a las nóminas o libranzas, hechas por el contador, para el pago de los sueldos, a fin de que puedan ser aprobadas y firmadas por el rey.

Ordenar la adquisición o baja de toda clase de efectos.

Ejercer la jurisdicción, tanto en materias penales como civiles, sobre todos los acogidos al fuero de artillería (6).

Los cometidos del capitán general de artillería de un ejército son similares, y tampoco éste es un mando táctico. «... el general de artillería es muy poca la función que tiene que obrar en el tren, pues su puesto y oficio sólo toca a estar en la plaza de armas y no tiene ninguno en el ejército, a menos que se le encargue cuerpo de ejército separado, y en tal caso cesa de estar con el de artillería» (7).

Los ejércitos sólo tienen cuatro generales, o «cabos», según denominación entonces en uso, son, por orden jerárquico: el capitán general del ejército, el maestro de campo general —llamado también general de batalla a finales de siglo—, el capitán general de la caballería y el de la artillería (8). Y estos cabos no deben tener el cargo

(6) Véase, por ejemplo, el título ya citado de capitán general de la artillería de España al marqués de Aguila fuerte y la cédula de 7-12-1649, en Portugués, *Colección general de las ordenanzas militares*, tomo VI, Madrid, 1765.

(7) Simancas, Estado, leg. 3861, Informe del contador de la artillería de Flandes de 6-5-1677. El contador propone, a continuación, suprimir el general de artillería por innecesario, sustituyéndole en el tren por un comandante del mismo, con sueldo de 80 a 100 escudos mensuales —el general cobra 500— y en el ejército por un «subalterno» del maestro de campo general, para ayudar a éste y para encargarle de un cuerpo de ejército separado. La batalla de Nortling —1634— ofrece un buen ejemplo de actuación del general de artillería de un ejército —el conde de Cervellón en esta ocasión, con el ejército mandado por el Infante Cardenal—. En los comienzos de la batalla, «viendo a dos horas de la noche, que se iba perdiendo el bosquecillo... mando llamar su Alteza al conde Juan Cervellón que andaba muy solícito en conducir, y disponer su artillería, y le ordenó que lo dejase todo y se fuese» a defender la citada posición con tres mil infantes a sus órdenes. AEDO, *Viaje, suceso y guerras del Infante Cardenal D. Francisco de Austria*, pág. 110 de la edición de Barcelona, 1957. Cuando en 1698 los franceses sitían, y conquistan, la plaza de Charleroy, el general de artillería del ejército, marqués de Villadarias, se introduce en ella para dirigir su defensa. Meses más tarde el gobernador de Flandes le impide disfrutar una licencia concedida por el rey por considerar imprescindible su presencia, al «hallarse cuidando de la provincia de Flandes y ser «precisa su persona por su vigilancia y por lo bien visto que está de todos aquellos cabos y tropas extranjeras». Simancas, Estado, leg. 3888. Los ejemplos se pueden repetir todo lo que se quiera.

(8) «El General de la Artillería es la cuarta Persona de un Ejército, el cual

CUADRO DE EFECTIVOS DE LA GENTE DE LA ARTILLERIA EXISTENTE EN DIFERENTES TERRITORIOS O TRENES.

EMPLEOS	BURGOS	CATALUÑA	GALICIA	CARTAGENA	ESPAÑA	REINO DE CASTILLA	TRENO MILAN	TRENO FLANDES	TRENO MILAN	MADRID	TRENO CATALUÑA	TRENO EXTREMADURA	TRENO FLANDES	TRENO MILAN
	1606	1609	1609	1610	1621	1632	1632	1630	1642	1643	1649	1650	1671	1696
CAPITAN GENERAL					1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
GOBERNADOR DE LA ARTILLERIA											1			
TENIENTES DEL CAPITAN GENERAL	1	1	1	1		7	3	6	4	4	3	3	5	4
PLANA MAYOR	8	5	4	4		42	4	33	13	11	26	30	24	10
INGENIEROS			1			6	3	4	7	7	1	4	1	17
CAPITANES DE ARTILLERIA											2	6		
GENTILESHOMBRES						12	6	18	14	9	15	18	17	8
AYUDANTES DE ARTILLERIA												4		
CABOS DE ARTILLEROS	3	3	1			7	1		1	1				2
CONDUCTORES								26	20		14		18	
CONDESTABLES								7	4		7	13	7	
ARTILLEROS	59	113	48			137	108	80	184	122	82	136	140	114
MINADORES						2		41	19	17	25	37	53	29
ARTIFICIALES								4	4		2	2	6	
PETARDEROS								3	6	5	2		6	
PERSONAL DE TRABUCOS									5	4		1		11
FUNDIDORES Y OBREROS	17	5		2		18	2	57	25	20	23	24	33	30
JUBILADOS	6									6				
PENSIONISTAS								1*	9	3	2			
TOTALES	101	128	54	7	383	232	128	280	288	203	23	206	311	265
ARTILLEROS SIN SUELDO	7					270								
MARINEROS O BARQUEROS								320	52	30	27		128	65
														14

* Además de este pensionista, la Condesa de Salazar, que cobra 1.200 escudos al año, figuran en nómina otros 2.400 escudos para viudas y huérfanos.

Entre los artilleros se incluyen los auxiliares y en Milán, los escolares. Reino de Castilla comprende todos los de la antigua corona de Castilla.

en comisión —«en gobierno» de acuerdo con el lenguaje contemporáneo—, sino ser generales «en propiedad», «pues por autorizado que sea el despacho que se le diere para esta ocupación, no habrá maestro de campo que quiera ir a sus órdenes cuando convenga, no siendo asentadamente general, pues para lo más que se desea haya cabos en el ejército, es para poder, sin embarazo, enviarlos a facciones particulares con trozos del ejército» (9). Y si son precisos más cabos se recurre al expediente de conceder títulos de generales de artillería sin ejercicio. En junio de 1640 se ordena que «don Francisco Toralto pase luego a Lombardia a asistir al Sr. marqués de Leganés y que se le dé título de capitán general de artillería de Bergoña, que será sin ejercicio, a imitación de los títulos con que sirven hoy en Flandes los condes de Fuenclara y Fuensaldaña» (10). La redacción de este escrito da la impresión de tratarse de innovación reciente.

Por la misma razón, de mayor autoridad sobre los maestros de campo, es conveniente que sean generales los gobernadores de las plazas importantes, y desde mediados de siglo, por lo menos, se generaliza la costumbre de conceder títulos de capitán general de artillería de reinos como León, Cerdeña o Navarra a quienes se designa para el gobierno de ciertas plazas. «He resuelto elegeros y nombraros... por capitán general de artillería del reino de León para que con más autoridad podáis gobernar la plaza de Fraga que ha de estar a vuestro cargo», dice el título concedido a don Baltasar de Rojas Pantoja el 17-11-1648 (11). Y en el de su sustituto, don Pedro de Valenzuela, se lee: «para que con el título que os he despachado, de mi capitán general de artillería del reino de Cerdeña tendréis a vuestro cargo por mí la plaza de Fraga en el interín que vuelva» don Baltasar de Rojas (12). En 1696 se concede el grado de general de la artillería a don Joseph de Herrera y Sotomayor el mismo día en que se le nombra gobernador de Sanlúcar de Barrameda (13).

El cargo de capitán general de artillería de España es considerado, sin duda, como muy importante a juzgar por la categoría de los titulares y porque éstos cuando se ausentan de España para desempeñar importantes comisiones, a veces de años de duración, que nada tienen que ver con la artillería, no abandonan su título de capitanes generales, siendo sustituidos por interinos en cuyas manos quedan los asuntos artilleros. En el transcurso del siglo se nombran diez

no sólo manda en ausencia de los tres primeros, sino que puede campear con Ejército», FERNÁNDEZ DE MEDRANO, *ob. cit.*, pág. 115.

(9) Simancas, Estado, leg. 3347, *Inconvenientes que se siguen de servirse en gobierno los cargos de la Caballería y Artillería*, Milán, 9-1-1638. Este escrito trata de evitar que el general de artillería del Estado, don Martín de Aragón, pase a general de caballería «en gobierno» del propio ejército mientras se nombra general de artillería «en gobierno» a don Juan de Garay.

(10) Simancas, Estado, leg. 2055. El marqués de Leganés era entonces el gobernador de Milán.

(11) Simancas, Guerra Antigua, lib. 208, f. 52v.

(12) Simancas, Guerra Antigua, lib. 208, f. 148.

(13) Simancas, Marina, leg. 738, Relación de servicios del cit. general.

titulares y dieciocho interinos en las ausencias de aquéllos (14); en algunas ocasiones la interinidad recae en una junta de diferentes consejeros de los Consejos de Guerra o Hacienda. Los generales titulares son elegidos precisamente entre consejeros. Concretamente, los ocho primeros al ser nombrados pertenecían a alguno, o a varios, de los Consejos de Guerra, Estado o Indias, al noveno se le nombra al mismo tiempo capitán general y consejero del de Guerra y únicamente el último no fue consejero —tal vez por llevar cuatro años de gobernador general de Milán en el momento de su nombramiento y continuar en tal destino—. Por otra parte la mayoría de los generales interinos y de los componentes de las juntas eran, asimismo, consejeros (15).

En 1665 se constituye una junta de tres miembros para «que por ella se sirva el dicho cargo de capitán general de la artillería de España» bajo las órdenes del Consejo de Guerra. Su constitución está motivada por haber el rey «nombrado persona que sirva el cargo de mi capitán general de la artillería de España en propiedad y en el interín que llega a ejercerlo es necesario tengan entero cobro (sic) todas las materias dependientes de él». El interín durará diez años, dando lugar a diversas variaciones en los componentes de la junta y a que por espacio de cinco años el Consejo citado ejerza directamente el cargo de capitán general. Para que los acuerdos de la junta sean válidos se requiere la presencia de dos de sus tres componentes. Es obligación de sus miembros reunirse «tres días en la semana y todos los demás que fueren necesarios», lo que unido a que los vocales de la junta siguen desempeñando sus anteriores cometidos demuestra que el capitán general de artillería de España no tenía demasiado trabajo (16). Parece que también es normal que los generales interinos continúen desempeñando su anterior cargo, cuando lo tienen, aunque cobrando un solo sueldo.

En ocasiones, al nombrar un nuevo capitán general se le dan unas instrucciones además del título. Las que recibió don Pedro Pacheco (17), interino, en 1612, le obligan a una minuciosa visita de

(14) Los capitanes generales de artillería de España titulares fueron: 1607, marqués de San Germán; 1626, marqués de Leganés —don Diego Messia—; 1665, marqués de Frómista; 1668, marqués de Sobroso; 1675, marqués de Monterrey; 1676, don Pedro Antonio de Aragón; 1677, marqués de Cerralbo; 1680, marqués de Astorga, 1689, don Juan de la Carrera y Acuña; 1695, marqués de Leganés —don Diego Felipe de Guzmán—. A los diez días de conceder el título al último se le nombra interino para sustituirle. Los dos marqueses de Leganés fueron al mismo tiempo gobernadores generales de Milán y capitanes generales de la artillería de España. *Lista cronológica de los Jefes Superiores que ha tenido el Cuerpo de Artillería desde el siglo XIV*, en *Personal y Organización del Cuerpo de Artillería en 1891*, Madrid, 1891, págs. VI y ss.

(15) *Lista cronológica*, cit., págs. VI y ss.

(16) Simancas. Guerra Antigua, lib. 245, f. 104 y *Lista cronológica*, cit., páginas VII y ss.

(17) Instrucciones al capitán general interino don Pedro Pacheco, Simancas, Guerra Antigua, lib. 111.

inspección a toda clase de tropas y establecimientos artilleros —almacenes, fundiciones, fábricas de salitre, etc.—, comprendiendo toda la Península —menos Burgos— y Orán, Mazalquivir, Peñón, Melilla, Azores, reinos de Cerdeña y de Mallorca, que en aquellos años debió exigirle mucho tiempo para realizarla, si es que llegó a completarla en los cuatro que duró su interinidad —durante la cual siguió siendo Veedor General de las Guardas de Castilla—. También se le ordena estar presente cuando se hagan las fundiciones, especialmente cuando se realicen en cantidad, para evitar fraudes y se le dice que es obligación suya visitar las fortificaciones que se construyan, pero sin que por esto pueda percibir mayor sueldo.

En 1607, a la muerte de don Juan de Acuña, capitán general de la artillería de España, la artillería de Burgos —la guarnición artillera más importante a la sazón— se pone a las órdenes del duque de Lerma y de «sus sucesores en su estado, casa y mayorazgo de Lerma» independizándola así del nuevo capitán general. De hecho el duque se convirtió en capitán general de la artillería de Burgos y esta denominación recibió en documentos oficiales, aunque no dijera tal cosa la cédula de concesión de este privilegio. Es más, se le dieron facultades que no tenía el capitán general de España, ya que podía designar a su teniente de capitán general y a todo el personal a sus órdenes. La razón, o el pretexto, para tal nombramiento fue la de ser el duque alcaide del castillo de Burgos desde 1599 y estar la artillería de la ciudad acuartelada en el mismo. El verdadero motivo no pudo ser otro que el insaciable afán de honores y poder del valido. Cuando en 1621 cae definitivamente en desgracia deja de ser al mismo tiempo alcaide del castillo y capitán general de la artillería de Burgos. Durante estos años fue el propio Consejo de Guerra el que coordinó la actuación de ambos capitanes generales, ya que los dos dependían directamente del rey (18). Claro que al Consejo de Guerra lo manejaba a su gusto el duque de Lerma durante su privanza.

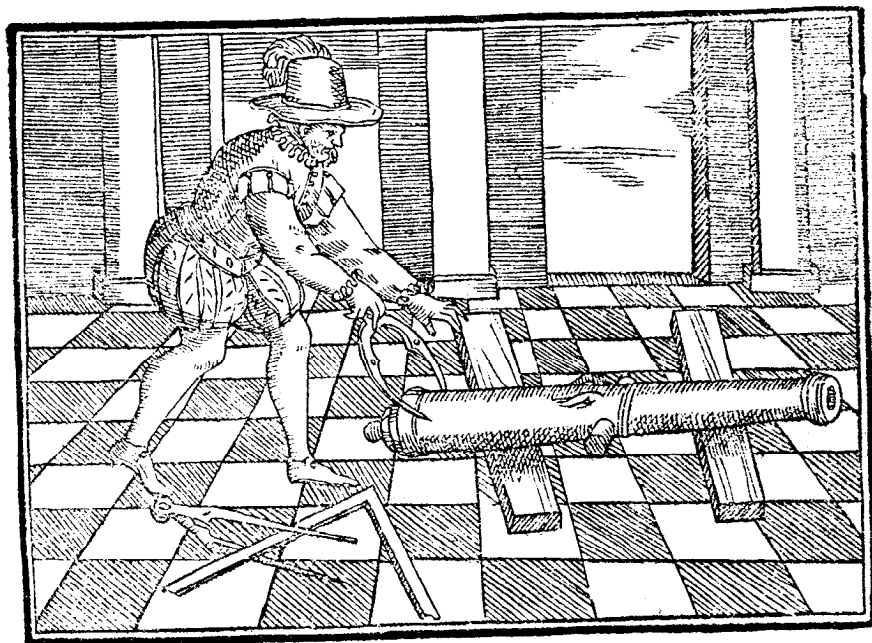
Los capitanes generales de artillería de los ejércitos proceden normalmente de maestros de campo de infantería. «Después... de mis muchos años de servicio y de haberme en ellos hallado con la majestad Cesárea en todas las guerras de Italia, Francia y Alemania, y últimamente en los estados de Flandes servido a la majestad Católica, y después de haber subido por los grados de la verdadera milicia, que son de soldado a oficial, sargento mayor y capitán de infantería y después maese de campo, el rey... me ha hecho merced del cargo de general de artillería de este estado de Milán, Piamonte y Lombardia». Con palabras de Collado (19) éstos son los méritos normales para alcanzar dicho cargo. De trece capitanes generales nombrados entre 1647 y 1655 para diferentes ejércitos o reinos dos eran gobernadores

(18) Simancas, Guerra antigua, lib. 10, f. 243, cédula de 7-3-1607 concediendo al duque de Lerma el mando de la artillería de Burgos y Oliver Copons, *El Castillo de Burgos*, Barcelona, 1893, págs. 136 y ss. y 221 y ss.

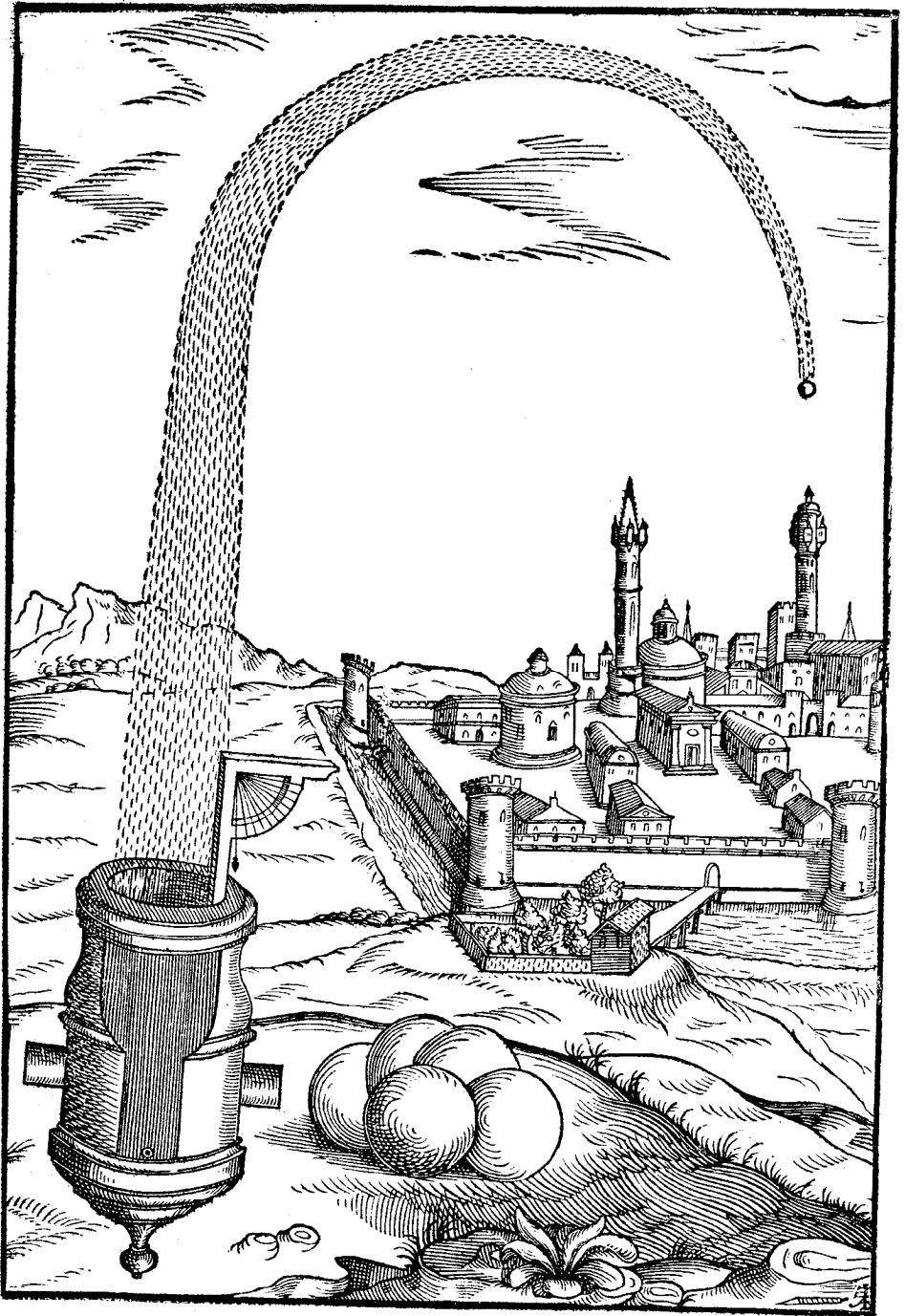
(19) COLLADO, *Plática manual de artillería*, Milán, 1592, pág. 94.



Marcha de una pieza por terreno llano. (De la *Plática manual de artillería*, de I. yus Collado. Milán, 1592.)



Artillero terciando una pieza. (Calculando el espesor de metales). *De la misma obra.*



Mortero de finales del siglo xvi. (De la *Plática Manual de Artillería*, de Lyus Collado, Milán, 1592.)

de plaza —Lérida y Rosas—, ocho maestros de campo de tercios, uno coronel de un regimiento de alemanes, uno teniente coronel del regimiento de guardias y en el título del restante nada se dice de sus empleos anteriores; uno era consejero del de Guerra y cuatro caballeros de Santiago, ninguno había servido antes en artillería; a seis se les designa para alguno de los ejércitos de Cataluña, Ciudad Rodrigo, Puebla de Sanabria o Ayamonte; otros seis son nombrados para alguno de los reinos de León, Navarra o Cerdeña; por último a don Pedro Roco se le nombra capitán general de artillería «del ejército que mandaré señalaros». Como ya se ha visto, varios de estos nombramientos sólo tenían por objeto conceder el grado de generales a gobernadores de plazas (20).

Naturalmente, ninguno de los generales de artillería sabía gran cosa del arma al alcanzar el generalato. Collado así lo reconoce y dedica parte de su obra a explicarles sus obligaciones, afirmando «que si V. señoría [el general] en un mes solo se ocupase de ello podría sin duda alguna hacerse capaz de todo» (21). No pide mucho tiempo; aunque a más de un general no le interesaría conocer demasiados pormenores de un organismo que no iba realmente a manejar, y debía ser muy corriente que los generales delegasen ampliamente en sus tenientes, quienes desempeñaban de hecho el mando artillero (22).

Collado quería que para general de artillería se eligiera «siempre un valiente y plático soldado, hombre prudente y de juicio, y finalmente tan digno del cargo cuanto el cargo es digno de cualquier persona por noble que sea y de merecimiento» y que, además, si fuese posible estuviese «totado de aquellas ciencias que al arte de artillería son anexas y necesarias», o sea aritmética, geometría y perspectiva —que es «el recto modo de medir distancias, altezas y profundidades»— (23).

Sobre la actuación del general en el combate, o mejor dicho, antes del combate, Fernández Medrano (24) dice que «en las baterías ha de hallarse el primero, ofreciendo para beber a los trabajadores, si para un cierto término acaban la batería, y lo mesmo hará con los artilleros que hicieron mejores tiros... que a él no le cuesta nada (pues ha de ser a cuenta del rey) y que se lo agradecerán como si lo diere de lo suyo». Si en las marchas «se atascare alguna pieza, ha de ser el general el primero que se enlode y eche mano a ella, que así no sólo lo imitará la gente del tren sino todos los oficiales del ejército que le vieren». Y «ha habido general de la artillería, que ofrecién-

(20) *Títulos de capitanes generales de Artillería*, Simancas, Guerra Antigua, libs.: 204, fs. 92v., 139 y 172; 206, fs. 51, 102, 102 v. y 142v.; 208, fs. 52v. y 147v.; 239, f. 156; 246, fs. 198, 198v. y 220v.

(21) COLLADO, *ob. cit.*, pág. 94v.

(22) Palabras del general de Collado a su teniente —*ob. cit.*, pág. 94—: «en el cargo, como ya dije, soy muy nuevo y... doy a V. merced toda mi libre autoridad y mando, así cumplido, como yo de S. M. lo tengo y gozo».

(23) COLLADO, *ob. cit.*, pág. 94v.

(24) FERNÁNDEZ DE MEDRANO, *ob. cit.*, págs. 118 y 121.

dose tirar una pieza con hombres y cuerdas, por pedirlo así el terreno, ha sido el primero que ha echado mano, obligando así a los demás a llevar la pieza más ligera que caballos en buen terreno».

Claro es que los tratadistas describen siempre generales que no hacen otra cosa que mandar la artillería, que no era precisamente lo que ocurría en la práctica. En 1640, al organizarse el ejército de Cataluña se da el mando de la artillería a Xeli de la Reina, capitán general de la artillería de Alsacia, y se dispone que cuando éste se separe del ejército con algún destacamento quede aquélla al mando del Prior. En 1650 figuran en el tren del citado ejército un capitán general y un gobernador de la artillería —o sea otro capitán general, sólo que interino—, reconocimiento explícito de que el general «en propiedad» no mandaba el tren aunque cobrase por él (25).

Los sueldos de los generales de artillería presentan grandes diferencias. Los capitanes generales de España cobran a principios de siglo 1.000 ducados al año, reducidos a 1.000 escudos desde septiembre de 1632, fecha a partir de la cual todos los que tenían sueldos fijados en ducados ven éstos convertidos en escudos (26). El capitán general de Flandes cobra 7.200 escudos/año hasta 1670 y 6.000 a partir de esta fecha; el de Milán percibe, en 1697, 3.600 escudos anuales —Collado le señala, en 1598, 1.200 en tiempos de paz y 3.600 en guerra—; el general del tren de Cataluña, en 1650, cobra 4.723,2 escudos/año y el gobernador de la artillería 2.520; el capitán general del tren de Extremadura, en 1664, gana 4.051; mientras que a los generales nombrados entre 1647 y 1655 para trenes de ejércitos o reinos se les señalan 3.600 (27). Por tanto el capitán general de la artillería de España es el que menos cobra de todos ellos, con mucha diferencia, demostrando nuevamente que se trata de un cargo más bien honorífico, de poca importancia en sí.

A las órdenes directas de los generales de artillería se encuentran «los tenientes de capitán general de la artillería, contadores, pagadores, entretenidos, mayordomos, alguacil, artilleros y otras personas de este ministerio» corrientemente llamados «la gente de la artillería».

Oficiales de Artillería

El oficial que sigue en la jerarquía al capitán general es su teniente, llamado bien teniente de capitán general, bien teniente del general o simplemente teniente general de artillería, pese a cuyo nombre, equí-

(25) *Apuntes acerca de la antigua organización de la Artillería Española*, en «Personal y Organización del Cuerpo de Artillería en 1889», Madrid, 1889, página XXXII y Simancas, Guerra Antigua, leg. 1329, Instrucciones al marqués de los Vélez

(26) *Apuntes* cits. en la nota anterior, págs. XXXI y XXXII. Un ducado vale 375 maravedís, un escudo 340.

(27) *Titulos* cits. en la nota 20; Simancas, Guerra Antigua, libs. 206, f. 141v. y 210, f. 92v.; Estado, legs. 3359, 3425 y 3861; *Apuntes* cits., pág. XXXII.

voco hoy día, no es ningún oficial general. En España y presidios de Africa hay un teniente general en cada plaza importante con guarnición artillera, pudiendo limitarse su mando al de la artillería de la plaza o ejercerse también sobre la de otras menos importantes próximas a aquélla. A finales del siglo anterior había cinco: uno en Burgos, otro para Pamplona, Fuenterrabía y San Sebastián, un tercero en Cartagena, con jurisdicción sobre Málaga y costa del reino de Granada, el cuarto en Cataluña y «frontera de Perpiñán» y el último en Lisboa. En 1612 existen ya siete más, los anteriores y los de Aragón —«quedó allí cuando entró el ejército»—, Galicia, isla Tercera, Mallorca, Málaga —que se ha separado de Cartagena—, Cádiz y Larache. Además, «cuando se juntan armadas se nombra otro para ellas» (28). En 1632 han desaparecido los de Galicia y Cádiz y se ha creado el de Santander, aunque sin sueldo (29). En 1655 hay catorce, más el de la Armada, con residencia en: Sevilla, Cádiz, Málaga, Gibraltar, Cartagena, Larache, La Mamora, Mallorca, Coruña, Santander, San Sebastián, Pamplona, Zaragoza y Burgos. No aparece ninguno en Cataluña por encontrarse allí un ejército con su tren correspondiente (30). Llama la atención el mucho mayor número de tenientes generales existentes en territorios del reino de Castilla que en los del de Aragón.

En los trenes de los ejércitos el número de tenientes es muy variable. Oscilan entre dos y seis en Flandes, entre uno y cuatro en Milán, son tres en Cataluña en 1650 y otros tres en Extremadura en 1664 (31). Al parecer la razón fundamental de que sean varios los tenientes generales es la de poder enviar uno con cada parte del ejército en caso de que se divida «en dos o tres o más trozos» y que cada «trozo» lleve su artillería. En Flandes, poco antes de 1637 se recurría a gentileshombres prácticos para estos mandos ya que no había más que un teniente general, en 1639 con ocasión de señalar nuevas plantillas para el tren se fija en dos el número de éstos, en lugar de los seis entonces existentes, pese a las plantillas quedan cuatro sirviendo; en 1670 son cinco, bajando a cuatro un año después, sin que las plantillas hayan sufrido modificación ya que seguían vigentes en 1677. Todos los esfuerzos para reducir el número de estos oficiales al de plantilla fracasan ante la conducta de los gobernadores generales que no las hacen caso. El contador de artillería de Flandes, en 1677, llega

(28) Instrucciones a don Pedro Pacheco, ya citadas.

(29) Apuntes cits., págs. XXIX y ss.

(30) OLIVER COPONS, *D. Pedro Caderón de la Barca y su tiempo*, en *Memorial de Artillería*, entrega extraordinaria de 25-5-1881, págs. 109 y ss.

(31) Mientras no se diga otra cosa, los datos que se citen en adelante proceden: Para Flandes, Simancas, Estado, leg. 3361; para Milán, Simancas, Estado, legs. 3359 y 3425; para Burgos en 1606, Simancas, Guerra Antigua, lib. 100; para Cataluña y Galicia, años 1069 y 1610, Oliver Copons, *art. cit.*; para España en 1621, Simancas, Guerra Antigua, leg. 866; para Madrid en 1649, Simancas, Guerra Antigua, lib. 210; y para Castilla en 1632, Cataluña en 1650 y Extremadura en 1664, Apuntes citados.

a decir: «que como a estos señores generales [los capitanes generales de artillería] les cuesta muy poco, no pagando nada de sus bolsas lo que se acreditan de sueldos, todos siguen el dictamen de acomodar sus hechuras, y aún diría yo su vanidad, en tener cerca de sus personas número excesivo de oficiales». En noviembre de 1643, los cuatro tenientes generales del tren de Milán se encuentran en las siguientes situaciones: uno en Milán, «solicitando municiones», uno enfermo, otro «con la Corte para las órdenes» y sólo el cuarto en el tren.

«Los tenientes generales vienen de capitanes de infantería a este oficio», por cuya razón no es extraño que los «gentilshombres de la artillería prácticos... suelen entender más de ella» que los tenientes generales (32). A propuesta del veedor general de la artillería de Flandes el rey ordenó en 1737, para el tren de este estado, que las vacantes de teniente general se cubran con gentilshombres prácticos «para que se animen a servir con esperanza de este premio que es su ascenso», mas para que lo ejerzan «con la experiencia que conviene» se les dará primero mando de compañía de infantería «como se ha hecho en alguna ocasión». No acierto a comprender la experiencia que un jefe de artillería podía conseguir mandando una compañía de infantería, tal vez lo que se pretendiese fuera revestirle de la mucha autoridad que entonces concedía el empleo de capitán de infantería. En 1677, el contador de artillería de Flandes proponía, sin éxito, la creación de cuatro capitanes de artillería, procedentes de gentilshombres, para sustituir a los tenientes generales y con un sueldo inferior al de éstos. También los tenientes generales de España proceden de capitanes de infantería, aunque al parecer esta condición quedó reducida a simple fórmula (33).

32) COLLADO, en su obra citada, presenta un sólo teniente general, al que llama lugarteniente, muy versado en la profesión. No parece que esto constituya la norma, al menos en el siglo XVII. Entre lo que informan veedores y contadores de la artillería y lo que dicen los autores de obras didácticas, me parece de más garantía lo afirmado por los primeros. Por otra parte es muy posible que el tiempo convirtiera a los capitanes de infantería en artilleros prácticos.

(33) En 1702 se concedió patente con el grado de capitán de infantería al yerno del entonces teniente general de artillería de Cartagena, soldado desde seis años antes en las galeras de Cerdeña y España, «para habilitarle con él a que entrase a la propiedad del empleo de teniente general luego que llegase el caso» del fallecimiento del titular, y ello en consideración a sus servicios, a los de su suegro, a los de sus cuñados —tres capitanes ya fallecidos— y «a la pobreza de doña Josefa... (con quien casó este caballero), dándole S. M. en dote la merced del puesto de teniente general al fin» de los días de su suegro —que es quien afirma todo—. Simancas, Guerra Moderna, leg. 110. En el título del citado teniente general —que es de 1769 y se encuentra en el mencionado legajo— se llama a este capitán y se dice que es regidor perpetuo de Cartagena y que se le designa para dicho puesto en atención «a lo que me habéis servido de 25 años a esta parte en diferentes empleos políticos y militares». En abril de 1702, veintiocho días después de haber concedido al yerno el grado de capitán de infantería para que pueda heredar el cargo, se suprime el teniente general de Cartagena, «y su sueldo», pero se encarga al titular de «todo lo perteneciente a la artillería de la referida plaza... para que entienda de ello y ejecute lo mismo que pudo y debió de hacer».

Por lo que se refiere a España sus cometidos eran:

Firmar, en ausencia del capitán general, las nóminas y libranzas para el pago de la gente de la artillería y para «los gastos de ella».

Visitar la artillería de plazas, presidios y «otras partes de estos reinos» que se les ordenare a fin de inspeccionarlos, así como reconocer las armas, municiones, herramientas y pertrechos que hubiere en ellos.

Cumplir todas las órdenes que reciban de su general (34).

Cometidos principalmente administrativos, para cuyo desempeño cuentan con la ayuda de una plana mayor formada, generalmente, por veedor, contador, pagador y mayordomo (35), que les permite procurar que todo el dinero que se libre para los gastos de artillería se emplee adecuadamente y que el material de todas clases almacenado se conserve en buen estado y sólo se entregue en virtud de órdenes competentes.

En los trenes sus cometidos son principalmente tácticos, al corresponder la administración a los generales, por lo menos en teoría. Según Fernández Medrano (36), «le toca saber lo mismo que al general; pues en su ausencia lo manda todo, lo que pertenece a la artillería, ha de ser hombre muy práctico en la guerra y de autoridad para mandar». Debe: hallarse en las baterías el primero; saber construir un puente, con o sin barcas; conocer «la liga de los metales» para fundir piezas y presenciar las fundiciones. En campaña se presentará por las mañanas a recibir órdenes de su general, asistirá después «al reparto de las municiones» y cuidará «de lo que se ha de llevar a las trincheras y baterías, en las cuales asistiendo su persona ha de ser tan liberal» como su general; por la noche, «estando de sitio, irá a dar parte a su general del estado de las cosas» y de las municiones y pertrechos distribuidos. Durante las marchas, por las mañanas debe estar presente en el momento de atalajar, «para que con su presencia no haya confusión, yendo despidiendo las piezas, encargando tantas a cada gentilhombre, y los carros a los conductores; y a lo último pasar a la vanguardia para guiar la marcha»; a la llegada al punto de destino «irá recibiendo las piezas y demás carruaje» y nombrará un gentilhombre y un conductor de guardia, a los que «ha de encargar mucho que en gran distancia de la plaza de armas no se haga fuego».

El sueldo normal de los tenientes generales de las plazas de España es de 300 ducados/año hasta noviembre de 1632 y de 300

antes» de la supresión del empleo, sólo que cobrando la tercera parte que antes y en concepto de ayuda de costa; situación que se prolonga cuatro años. Para terminar el retrato de este teniente general de artillería hay que añadir que cuando empezó la guerra de Sucesión se le «confirió»... al veeduría del real contrabando de Cartagena.

(34) Simancas, Guerra Moderna, leg. 110, título de teniente general, citado en la nota anterior. Como estos títulos se copian unos de otros, o de un formulario existente, creo que se puede generalizar sin ningún inconveniente.

(35) OLIVER COPONS, *art. cit.*, págs. 109 y ss.

(36) FERNÁNDEZ DE MEDRANO, *ob. cit.*, págs. 126 y ss.

escudos anuales desde entonces (37). Hay excepciones, en 1632 el de la de la isla Tercera sólo cobra 276 escudos mientras los de Málaga y Cádiz no perciben sueldo y el de la armada recibe 600; en 1632 sólo en Málaga y Cartagena se limitan a los 300 escudos, el de Santander no tiene sueldo, los restantes cobran cantidades bastante más elevadas que los primeros, 2.085 el de Larache, 960 el de Portugal, 840 el de Navarra y 660 el de Burgos; hay que suponer que tales sueldos se conceden en atención a la persona que sirve el cargo (38), y así, en 1649, cuando ha cambiado de titular, el teniente general de Larache sólo percibe 300 escudos.

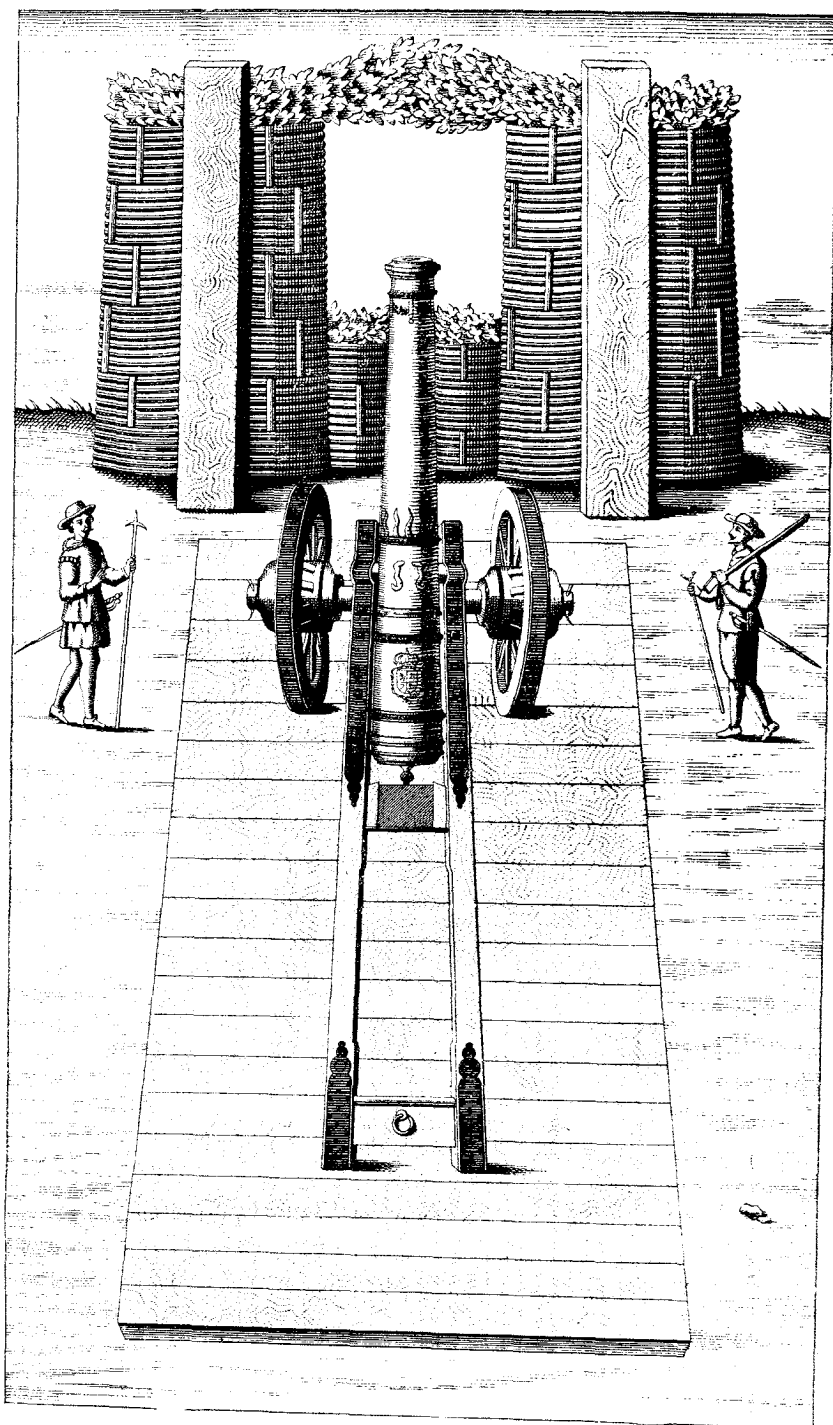
Los sueldos de los tenientes generales de los trenes presentan también diferencias. En Flandes, desde antes de 1639 hasta diciembre de 1670 es de 810 escudos anuales, a partir de enero de 1671 se reduce a 576 (39). En Milán los sueldos son de 883,2 escudos/año desde antes de 1632 hasta después de 1643; en 1696 aparecen reducidos a 720 escudos, menos para uno de ellos que cobra 1.200 y que se vio cesante en «la reorganización» de febrero del año siguiente. En 1650 hay en Cataluña dos tenientes con 600 escudos —sueldo doble que el de los tenientes del capitán general de España, cosa normal, pues en campaña se cobra doble que en tiempos de paz— y otro con 867 por disfrutar de una encomienda. Finalmente, en 1664 cada uno de los tres tenientes generales del tren de Extremadura tiene un sueldo distinto: 960, 969 y 600 escudos.

Descendiendo la escala jerárquica, no está demasiado clara la diferencia en España a principios de siglo entre oficiales subalternos y artilleros, por lo menos teniendo en cuenta los sueldos. Aquellos son llamados cabos simplemente —cabo significa entonces jefe y no hay que confundirlo con el cabo actual que es el cabo de escuadra— y en ocasiones cobran las mismas cantidades que los artilleros. Por ejemplo, los tres cabos de artilleros de Burgos perciben en 1606 lo mismo que cuatro de los artilleros —y lo mismo que el herrero—; en Cata-

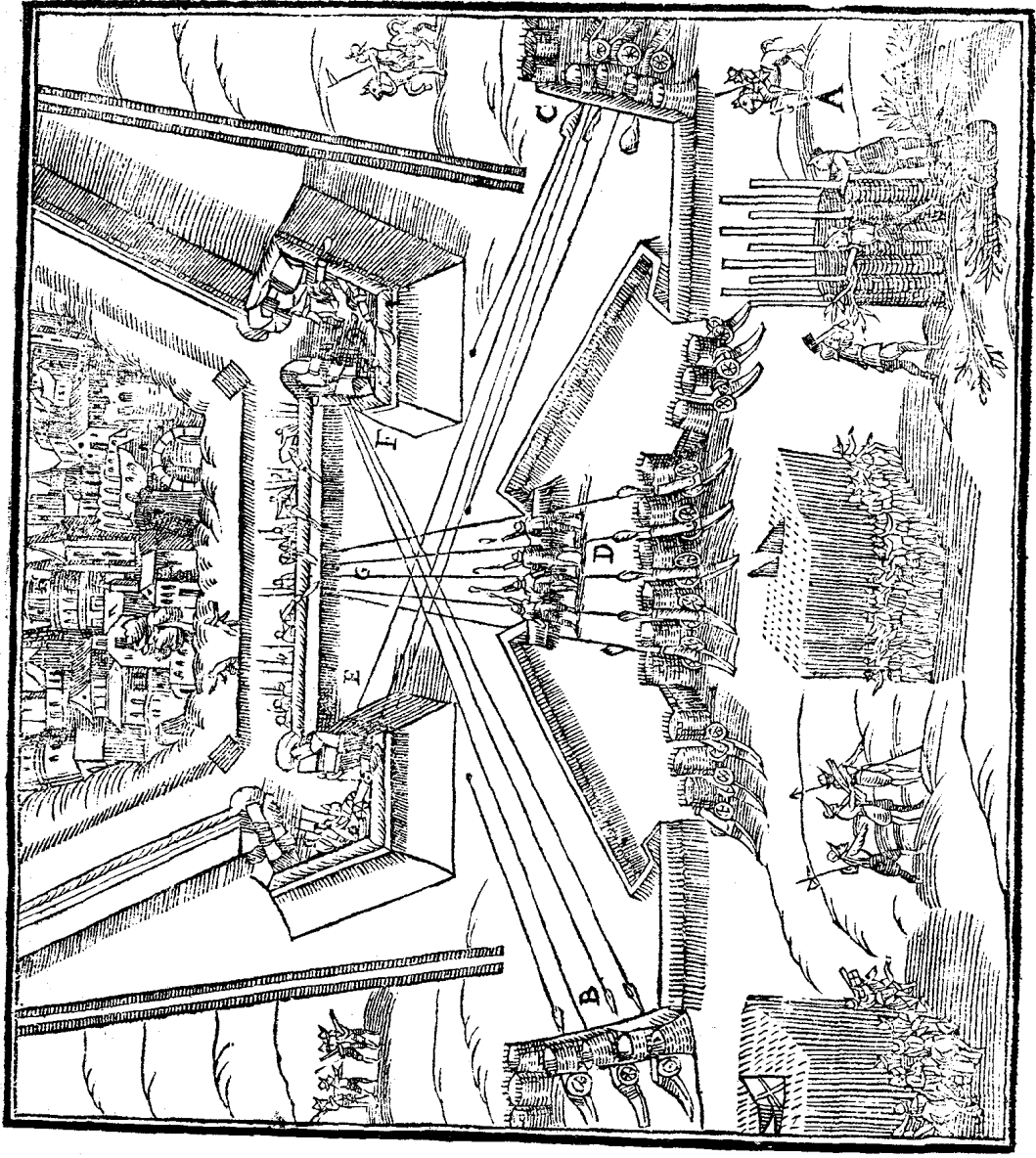
(37) Además de los documentos y bibliografía mencionados en la nota 31, pueden verse: las instrucciones a don Pedro Pacheco, ya cit., para los sueldos de 1612; el cit. título de teniente general de Cartagena; y la Reorganización de la Artillería de España en 1649, Simancas, Guerra Antigua, leg. 86, en la que figura el sueldo del teniente general de Larache.

(38) Es entonces teniente general de Larache don Juan Pérez de Vidaur, personaje lo suficientemente importante para que estando sin destino, años más tarde, con ocasión de la reorganización mencionada se dijese en la misma «A. D. Juan Pérez de Vidaur tengo por bien se le continúen los 396 escudos de sueldo que tiene entretanto no se le acomode = Doña Ana de Vidaur, su hija, ha de gozar los 240 escudos que tiene por los servicios de su padre, mientras no se la sitúan por el Consejo de Hacienda en juro de buena calidad».

(39) FERNÁNDEZ DE MEDRANO, *ob. cit.*, pág. 128, señala para Flandes el sueldo de 363 florines/mes que equivalen a 1742,4 escudos/año. Tal diferencia puede deberse a que Fernández de Medrano hable de sueldos en campaña y las ordenanzas e informes de sueldos en cuartel —es corriente percibir en campaña doble sueldo que en guarnición— y a que no tenga en cuenta —o no conozca— la reducción de diciembre de 1670.



Emplazamiento de un cañón de batir (De *El Perfecto Artillero*, por Julio César Ferrufino. 1642).



La artillería en el ataque a plazas. (De la *Plática manual de artillería*, de Lyus Collado, Colliado, Milán, 1592.)

luña, en 1609, ocurre lo propio con uno de los cabos. De todos modos, los cabos son oficiales y en algunas plazas los únicos oficiales.

No obstante lo anterior, el oficial subalterno característico de este siglo es el gentilhomme, cuya existencia en plazas y trenes no supone, generalmente, la desaparición de los cabos de artilleros. En 1648 hay en España diez cabos y dieciocho gentileshombres, éstos se concentran en tres plazas, Málaga, Cartagena y Santander, los primeros se encuentran en ocho —Málaga y Cartagena entre ellas—, que son todas las que cuentan con artilleros; mientras que el número de cabos es de uno o dos por plaza, el de gentileshombres no baja de cuatro (40). En el tren de Milán los gentileshombres oscilan entre dieciocho y cinco, según los años, y el de cabos entre uno y dos. En los trenes de Flandes, Cataluña en 1650 y Extremadura en 1664 no hay cabos y los gentileshombres varían de quince a dieciocho. Los trenes sin cabos de artilleros cuentan en cambio con condestables, empleo no bien definido para mí, pero que sin duda deben considerarse oficiales (41), ya que cobran el doble que los artilleros y poco menos que los gentileshombres; su número oscila entre cuatro y siete en Flandes y en Cataluña en 1650 y es de trece en Extremadura en 1664. A falta de un mejor conocimiento de sus cometidos, creo que cabo es el oficial que tiene el mando y administración de la tropa mientras que gentilhomme es el oficial que maneja y emplea la artillería, anticipando la diferencia que existirá en la primera mitad del siglo siguiente entre los oficiales del regimiento real de artillería y los del estado mayor del arma.

En Flandes, al menos, probablemente en todas partes, las vacantes de gentileshombres se cubren «precisamente» con «alferez reformado y no de tramoya... ni menos alferez en pie hasta que haya cumplido la bandera», y ello para que además de que así «serán idóneos para el servicio se extinguirán en el ejército los sueldos que éstos gozaban»; en alguna ocasión se podía nombrar para este empleo a «algún condestable o conductor práctico». Por qué un alferez reformado de infantería es idóneo para el servicio de oficial de artillería no es fácil de comprender en la actualidad. Con anterioridad a 1639 era frecuente encontrar en Flandes gentileshombres que no habían servido en el ejército antes de su nombramiento. De no existir alféreces reformados se eligen sargentos reformados. La razón es la misma, tanto el alferez como el sargento reformados sirven de soldados pero cobran más que el soldado normal, al nombrarles gentileshombres se les sustituye en sus unidades de procedencia por soldados de plaza sencilla con la consiguiente economía. En caso de movilización «los gentiles-

(40) OLIVER COPONS, *art. cit.*, págs. 109 y ss.

(41) En 1706 uno de sus subordinados dice al capitán general de artillería de España, marqués de Canales: «me previene V. E. que el empleo de comisario ordinario corresponde al de capitán o condestable de artillería», Simancas, Guerra Moderna, leg. 110. Propuesta para comisario ordinario de Cartagena. Este empleo, recién creado, será equiparado a capitán de infantería.

hombres se pueden sacar de los reformados que sirven en la infantería».

En Flandes y en Milán hay dos clases de gentileshombres con sueldos diferentes: los del país y los forasteros, siendo los últimos los que más cobran. En Flandes los forasteros pueden ser españoles, italianos, borgoñones o irlandeses, catorce en total, más cuatro del país; en Milán sólo hay españoles e italianos, variando su número de dos españoles y siete italianos en 1642 a tres y dos, respectivamente, en 1697, llegando en este año a cobrar uno de los italianos lo mismo que los españoles.

«El gentilhombre tiene obligación de cuidar de las piezas en las marchas, de hacer guardia a éstas estando de cuartel... uno cada noche, y lo mesmo a la persona del general». También es obligación suya reconocer el asentamiento de la batería —«y si el puesto es peligroso» debe armarse antes del reconocimiento—, y después quedarse en ella mandándola, «haciendo tirar a tiempo, corrigiendo los tiros que se hiciesen aviesos, lo que indica que lo debe saber» y aunque «no es su obligación cargar ni apuntar las piezas» también debe saber hacerlo. «Y en día de batalla cuida de tres o cuatro piezas, de las que se suelen poner en vanguardia en semejantes casos; y en fin su mayor obligación es cuidar las piezas sin desampararlas hasta que están en seguro, y hacer guardia a su general» (42).

Con independencia de los oficiales citados, en los trenes de Cataluña —1650— y de Extremadura —1664— aparecen los capitanes de artillería y además en el de Extremadura los ayudantes de artillería. En las plazas de Flandes también existen capitanes de artillería, pero no en su tren. Creo que estos capitanes son los mismos oficiales llamados cabos en otras plazas. Fernández Medrano (43), refiriéndose a los gentileshombres dice: «los cuales si de aquí tuviesen salida a capitanes (conforme a la orden de S. M.) o por lo menos a capitanes de la artillería de las plazas...». El contador de la artillería del Ejército de Flandes propone, en 1677, «que en las vacantes de capitanes, gentileshombres, condestables y artilleros que se creen para el manejo de las piezas de artillería que hay para la defensa de los castillos y plazas de guerra se nombren de los que hubiere experimentados en el tren del ejército» y que a ninguno se admita sin examen, «prohibiendo que en ninguna manera ocupen estas plazas personas introducidas por favor».

Los sueldos de los capitanes de artillería en los trenes citados son superiores a todos los de los gentileshombres, menos uno que cobra lo mismo que ellos. Los ayudantes en Extremadura ganan lo mismo que los gentileshombres.

(42) FERNÁNDEZ DE MEDRANO, *ob. cit.*, págs. 124, 129 y 130. Según COLLADO, *ob. cit.*, pág. 99, a cada gentilhombre «se le encomiendan dos piezas de artillería, para que batiendo, o marchando, tenga con ellas cuenta, y de las municiones que gastan cada día».

(43) FERNÁNDEZ DE MEDRANO, *ob. cit.*, pág. 121.

SUELDOS ANUALES DE OFICIALES SUBALTERNOS, EN ESCUDOS

Año	Plaza o tren	Gentilshombres		Cabos	Condes- tables	Capi- tanes	Ayudan- tes
		Españoles	Del País				
1606	Burgos.....			81,7			
1609	Cataluña.....			62,4			
1609	Perpiñán			110,4			
1609	Rosas.....			110,4			
1609	Galicia.....			211,7			
1632	Castilla.....	} sin sueldo		64			
				74			
				132			
1632	Milán.....	225,2	225,2	171			
1639	Flándes.....	120	96		86,4		
1643	Milán.....	225,4	185,4	210,8			
1650	Cataluña....	300			180	300	
		240					
1664	Extremadura.	240			180	300	240
1671	Flándes.....	120	96		86,4		
1697	Milán.....	240	240	240			
			180	216			

Al comparar sueldos hay que tener en cuenta que en Flandes sólo cobraban media paga por deducirles el alojamiento y el pan y que las cantidades que figuran más arriba son las medias pagas efectivamente cobradas. En realidad, hasta 1639 los artilleros no cobraban todos los meses en Flandes, sino solamente cuatro veces al año —una paga mensual cada vez—. Concretamente, en los años 34 y 35 «se proveyó para dar cuatro pagos generales a la gente del tren y algunas pagas extras», y una de las razones de la «reformación» de 1639 fue la de hacer economías para que «se pueda pagar mes por mes a todos» los componentes del tren, ya que anteriormente los únicos que cobraban puntualmente eran «el general y los oficiales de la pluma», quienes además cobraban las pagas enteras por no tener alojamiento. Este es un mal general, como es bien sabido, así, en marzo de 1606, se ordenó pagar «a los ministros, oficiales y artilleros que... sirven... en Burgos» el sueldo que se les «debía desde primero de mayo de 1603 hasta fin de agosto... de 1605» —con lo cual todavía les seguían adeudando siete meses— utilizando «el dinero y moneda de vellón» que tuviese en su poder el pagador «y de lo primero que se fuese fabricando» en la

casa de la moneda de Burgos. La diferencia consiste en que en Burgos, con años de retraso, se cobran las pagas enteras, mientras que en Flandes no se perciben más que unas cuantas medias pagas al cabo del año. Más afortunados, los artilleros de Milán no perciben sus sueldos por cuenta de la real hacienda, se las abona aquel estado «adonde se cobra puntualmente», y por añadidura perciben el alojamiento en metálico.

Conductores y artilleros

En Flandes, y en el tren de Cataluña en 1650, aparece otro escalón jerárquico, el conductor. A él le «toca acompañar los carros, conforme el teniente general lo mandare; van con partidas de carros, a conducir municiones de las villas, y lo mismo hacen a las trincheras y baterías, llevando del cuartel cestones y municiones; asiste siempre uno a una batería bajo las órdenes del gentilhombre que allí estuviere» (44). Según las plantillas su número es de veinte, y el contador de artillería en su citada propuesta de 1677 dice: «los catorce sean de las cuatro naciones y los seis del país, que sepan leer y si fuese posible que sean sargentos reformados con el sueldo que gozan en la infantería y a ninguno se le asentará a menos que sea soldado efectivo y que por lo menos haya servido cuatro años»; en otro lugar añade: «y hallándose después bien habilitados y con experiencia pudiesen ir ocupando, en las vacantes, las plazas de gentileshombres, con estos ascensos parece se podría formar gente habilitada». Su sueldo es intermedio entre el de condestables y artilleros, 54 escudos/año en Flandes y 132 en Cataluña. Dos de los de Flandes prestan servicios como ayudantes, uno del cuartel-maestre y el otro del preboste, cobrando la paga entera, 108 escudos.

Para un autor anónimo del siglo xvi «es obligado al capitán general, o a su lugarteniente, de dar las plazas de artilleros a personas conocidas y que sean vasallos de su rey y que sean... liberales y no demasiado de agudos, ni menos que sean necios» (45). Para Collado el general, al buscar artilleros para el tren, «debe siempre de elegir hombres de mucho ejercicio y plática, a cada cual de ellos se le proveerá de dos ayudantes que sean asimismo hábiles y suficientes, los cuales todos si será posible sean hombres conocidos, solteros y no casados» (46). A principio de siglo no deben abundar los «hombres conocidos» en los dominios de S. M. Católica cuando el Consejo de Estado afirma en 1604 «que sabe la falta que V. M. tiene de buenos artilleros en todas partes», añadiendo «y pues otros príncipes y potentados inferiores tienen número de gente de esta profesión, V. M.

(44) FERNÁNDEZ DE MEDRANO, *ob. cit.*, págs. 130 y 131.

(45) *Examen de artilleros*, manuscrito anónimo, sin fecha pero del siglo xvi. Biblioteca Nacional, Mss. 12723.

(46) COLLADO, *ob. cit.*, pág. 97v.

tiene más necesidad de ellos por la grandeza de sus estados» (47). Este informe es provocado por una propuesta del conde de Fuentes, gobernador de Milán, quien en mayo de aquel año ha enviado a Alemania al mayordomo de la artillería para que «buscase» cien artilleros; «y no habiendo hallado cosa de provecho, sino era escribiendo al emperador y potentados, y los que pudieran ser de provecho pocos y con mucho gasto», propone «tratar de hacer aquí [en Milán], escuela de ellos para que siendo ésta plaza de armas tenga V. M. en ella lo necesario sin buscarlo en casa ajena, que como todos los potentados la tienen, mayor razón para que la tenga V. M.», y que «con la ayuda de capitán Lechuga, que lo entiende», será muy provechoso. Esta escuela resolvió, al parecer, el problema de los artilleros de Milán durante casi todo el siglo (48).

En Flandes, años más tarde, no se presenta tal problema. Cuando en 1637 se estudia la reducción de plantillas al mínimo necesario para tiempos de paz, anteriormente mencionada, se informa al rey que «es muy fácil cuando se previene para la campaña buscar los que faltaren y despedirles al fin de ella, cosa que se solía usar ordinariamente en este ejército, ... y se pueden sacar... los artilleros de las plazas de donde salen también parte de sus guarniciones». En reciprocidad, como se ha visto al hablar de los capitanes de artillería, se propone que las vacantes de artilleros de las plazas se cubran con los experimentados de los trenes, previo examen, para evitar «se hallen faltos de experiencia con que en las ocasiones [los combates] padece» el servicio. En el tren de Flandes, caso necesario, se pueden admitir como artilleros soldados de infantería, valona y alemana precisamente, siempre que no pasen de dos por compañía, seis por tercio o diez por regimiento de procedencia, debiendo tener de 18 a 45 años de edad. Además, «toda la gente que tuviere plaza en el tren sea efectiva para el manejo y servicio de él, sin permitir que haya ningún volante» ni que ningún criado del general o de sus tenientes figure con plaza. La razón de examinar a los artilleros de plazas y castillos debió de ser, probablemente, la escasez, o falta de oficiales en las mismas que dejaba las piezas en mano de los artilleros.

El informe sobre el tren de artillería de Milán da interesantes noticias sobre la vida de sus artilleros. «Debiendo residir la gente de la artillería en las plazas y en los castillos pareció repugnar que al mismo instante pudiesen asistir a los cuarteles, y que por lo más tienen mujeres e hijos, y se consideró poca la comodidad de media cama que les tocaría a razón de una boca», como devengan en infantería, en consecuencia se resolvió que en lugar de vivir acuartelados cobrasen una gratificación de alojamiento y que ésta fuese superior a la que les correspondería en proporción a la media cama. La gratificación

(47) Simancas, Estado, leg. 1293.

(48) En 1643 esta escuela era «única en Italia», Simancas, Estado, leg. 3359. En 1697 ya no existen en el tren de Milán maestro ni escolares, por lo que hay que deducir que la escuela ha desaparecido, Simancas, Estado, leg. 3425.

se cobra incluso en campaña, ya que de lo contrario, no podrían mantener a sus familias «al fundarse en su trabajo el sustento de su casa» y que, por añadidura, «en campaña quedan afligidos a mayores gastos por hallarse apartados de sus casas, en las que tienen siempre alguna comodidad de hacienda particular que les facilita el mantenimiento de ellas y de sus personas». Por otra parte, si a «la gente del tren, que por tener artes puede vivir en otras partes», se la dejase de pagar con la regularidad que lo hace el estado de Milán y, «en tiempos de tan conocidos aprietos» —año 1643—, pasase a cobrar por la real hacienda, que no paga fácilmente la gratificación de alojamiento por no percibirla las restantes fuerzas del ejército, «se iría a sus casas o pasaría al servicio de otros príncipes que la solicita con ofrecimientos de mayores sueldos, como lo ha demostrado la experiencia». Y es que la situación del artillero es muy diferente de la de los otros soldados, éstos «en dos meses de cuartel efectivo embolsan todo lo que se les queda debiendo por mayor tiempo, que residiendo en las plazas suelen tener la comodidad de las puertas (49), para buscar algún fruto o menestra, que en los meses de campaña van buscando con qué vivir, que se entretienen con las esperanzas de adelantarse en puestos» —y a pesar de lo cual, y de «no ser hábiles para otro ejercicio», desertan cada día, «como es notorio», por no pagarles puntualmente—. En cambio, los artilleros no tienen «esperanzas de adelantamiento, por no caber en este género de gente», y en campaña no pueden conseguir «las contribuciones que se considera poderse sacar» por los demás soldados, al tocarles «por razón de la ordenanza militar, marchar casi siempre en la batalla del ejército, que los cubre con la vanguardia y con la retaguardia, los estorba el alejarse, y consiguientemente, el poderse bandear, como suele la caballería e infantería; además de ser castigado siempre con más rigor cualquier exceso que puedan cometer estos tales por cuanto cobran puntualmente sus socorros». Fuera de Milán tampoco tiene el artillero la suerte de cobrar puntualmente, como ya se ha visto. En este estado la paga de artillero —supongo que la del oficial también—, está sujeta a un descuento del 5 por 100 «que se gasta para la cobranza», y a otro «que se da a la confradía de Santa Bárbara», cuya cuantía ignoro.

Respecto a los artilleros de las plazas de España, a don Pedro Pacheco se le ordena a principio de siglo que las vacantes las provea «en personas que tengan práctica y experiencia dello y no habiendo los tales, que hayan sido soldados y que tengan noticia de la artillería o, a lo menos, de arcabuz». Hay artilleros con residencia en Pamplona, Fuenterrabía y San Sebastián que a veces están ausentes hasta un año entero, por lo que se manda a Pacheco licencie a los que tal hagan, sobre todo, si se han convertido en marineros sin autorización «como dicen que lo han hecho algunos». La «gente» que reside en Burgos tiene «obligación de salir a servir a los ejércitos y armadas y

(49) Las guardias en las puertas de las murallas.

demás partes que fuese necesario y se les ordenare», y anualmente se deben enviar doce artilleros a Málaga, y si es necesario también a «Gibraltar, Cádiz y otras partes de las costas y fronteras... a donde solían residir artilleros». Este mandado que éstos se «ejerciten y habiliten», para lo cual a los de Burgos se les descuenta de sus pagas un real de vellón mensual, importe de la pólvora a consumir (50); sobre estos ejercicios, Fernández Medrano (51), concreta más, dice «que tres o cuatro veces al año salen todos los artilleros con dos o tres piezas a tirar al blanco», y que se consigue que los artilleros se hagan «muy expertos, porque suponiendo que una tarde... se tiren veinte tiros y que cada artillero no haga más que uno», saca no obstante experiencias de los veinte, «notando el porqué éste hizo su tiro bajo y aquél alto, y en fin es el verdadero camino para sacar hombres». Aconseja se repartan premios «(competentes a esta gente) como sombreros, medias y cosas semejantes», «considerando que esta gente se sacrifica por el interés, como los hombres de crédito por la honra». Tales ejercicios se hacían en Venecia y Malta y se habían hecho en Milán y Flandes, pero en los tiempos de Medrano «se había ido perdiendo esta disciplina». Volviendo a Burgos, en 1606 figuran en nómina sin sueldo siete artilleros con tres meses de servicios, porque aún no han «sacado fe de habilidad», lo que demuestra que se les exigía unos conocimientos a justificar en un examen. Conocimientos bastante amplios a juzgar por los *Exámenes de artilleros*, verdaderos textos de enseñanza, que manuscritos o impresos han llegado hasta nosotros.

SUELDOS DE LOS ARTILLEROS EN ESCUDOS ANUALES

Años	Burgos	Galicia	Castilla	Cataluña	Extremadura	Milán	Flandes
1606	74,1 63,5 52,9						
1609		78		62,4			
1632			52,9 35,3 13,2				
1632/43						57,2	
1639/71							43,2
1650				96			
1664					120		
1697						72	

(50) Instrucciones a don Pero Pacheco y cédula concediendo al duque de Lerma el mando de la artillería de Burgos, ambas citadas.

(51) *Ob. cit.*, págs. 123 y 124.

Los artilleros de Flandes sólo cobraban media paga, su sueldo teórico era, por tanto, de 86,2 escudos. En 1632 hay en Castilla 120 artilleros sin sueldo, todos de guarnición en Málaga, y ninguno de los 150 ayudantes de artillero lo percibe. El personal sin sueldo se conforma con acogerse al fuero de la artillería; probablemente cobraría alguna gratificación los días de ejercicios, y hay que dar por descontado que prestaría muy poco servicio, limitándose a constituir una reserva local para el caso de un ataque enemigo a su ciudad, ya que reside siempre en plazas marítimas —Málaga, Gibraltar y Cartagena—.

Para que oficiales y artilleros puedan cumplir sus obligaciones son precisas, en trenes y plazas, muchas otras personas que no manejan directamente las piezas, pero que son tan necesarias como aquéllos. Son: los componentes de la plana mayor administrativa —veedores, contadores, mayordomos, oficinistas, cirujanos, etc.—; los ingenieros y sus ayudantes; los fundidores y obreros —armeros, carpinteros, herreros, etc.—; los bombarderos —que sirven los morteros—, los petarderos y minadores; son, por último, los pontoneros y los gastadores. Por no alargar más este trabajo me limito a recoger su número en el cuadro adjunto.

PROLOGO A UN GUERRILLERO

EL SARGENTO SANCHEZ

por NICOLAS HORTA RODRIGUEZ

Teniente Coronel de Artillería

El cura rector de la parroquia del Señor San Pedro, de Muñoz (Salamanca), don Manuel Bazas, a pesar de ser «bastante cuidadoso y exacto en el cumplimiento de su ministerio», no inscribió en el libro correspondiente, allá por 1774, el bautizo del niño Julián Sánchez García.

Julián sería mucho después «Don Julián», aunque fuera de su terruño se le conociera también por «El Charro». Anduvo, desde los años de la Guerra de la Independencia, en coplas y romances que el pueblo, entusiasta e imaginativo, no hacía para la Historia sino para la esperanza.

Entre el olvido del buen párroco y las coplas y las tradiciones orales, la tarea de los historiadores se hizo aún más difícil de lo que es normal en el tema de los guerrilleros de la Independencia.

Muchos puntos han sido ya aclarados y en este momento, contando con la provisionalidad inherente a toda investigación histórica, puede afirmarse que se dispone de elementos suficientes para escribir su biografía. Ella sería una importante pieza para el estudio del guerrillerismo y de sus consecuencias, las inmediatas —bélicas— y las de segundo orden —políticas— sin que esta presentación quiera decir que el fenómeno tenga menos importancia en relación con la inestabilidad política de nuestro siglo XIX que con la victoria de 1814 sobre Napoleón.

1. Fuentes y bibliografía

Por ahora nos limitamos a unas consideraciones que puedan complementar lo más conocido y —en el resto de nuestro trabajo— a la publicación y análisis de unos documentos del Archivo Histórico Nacional que estimamos inéditos y con los que puede reconstruirse un corto período, aunque significativo, de la vida del guerrillero, directamente relacionado con su iniciación como tal.

El artículo «El Guerrillero Don Julián Sánchez (El Charro), Brigadier de Caballería», que el coronel Repollés publicó en el número 30 de esta Revista de Historia Militar, contiene conclusiones esclarecedoras. En él se citan las obras y documentos consultados que han de formar parte del conjunto de fuentes y bibliografía que en su día sirvan para escribir la vida de este soldado distinguido.

A las citadas fuentes habrá que unir los documentos del Archivo Histórico Nacional que estudiamos luego.

Para completar la bibliografía es fundamental la obra «Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia y Biografía de don Julián Sánchez «El Charro», recopilación y notas de don José Manuel Sánchez de Arjona y de Velasco. (Salamanca, 1957)» (1). Esta obra es el punto de partida imprescindible en la biografía de «El Charro». Como ya se dice en el título, se trata de una recopilación.

Su «Libro I» contiene el folleto, cuyo título original era «Manifiesto de las ocurrencias más principales de la Plaza de Ciudad Rodrigo, desde la causa formada en el Real sitio de Escorial, al Serenísimo Príncipe de Asturias, hoy nuestro Soberano, hasta la evacuación de la plaza de Almeida, en el reino de Portugal, por los franceses, el día 1.º de octubre de 1808». El autor de este folleto fue don José M.ª del Hierro y Olivar, canónigo que formó parte de la Junta de Armamento y Defensa de Ciudad Rodrigo, cuya firma aparece en alguno de los documentos que citamos, más tarde prisionero de los invasores.

El «Libro II», es obra del presbítero don Jesús Pereira Sánchez, escritor de nuestro siglo, fallecido en 1945, competente conocedor de la Guerra de la Independencia en Salamanca y principalmente en Ciudad Rodrigo.

El «Libro III» (que ya había sido publicado en 1928 en el semanario «Tierra Charra» de Ciudad Rodrigo), es copia literal del folleto que el Comisario de Guerra don Policarpo Anzano, testigo de los hechos que relata, publicó en Cádiz en 1810 y se titula: «El Sitio de Ciudad Rodrigo o relación circunstanciada de las ocurrencias sucedidas en esta plaza, desde el 25 de abril de este año (1810), en que empezaron el sitio los franceses, hasta el 10 de julio del mismo, en que entraron en ella a las siete de la tarde». Esta publicación se encuentra en la «Colección del Fraile», Servicio Histórico Militar.

Y el «Libro IV», titulado «El heroico guerrillero don Julián Sánchez («El Charro»)» es obra también de don Jesús Pereira, pero sintetizada por Sánchez de Arjona y con el aditamento de notas documentales, característica ésta que avala el conjunto de la obra y que, especialmente en lo referente a la vida de don Julián, la hacen como decimos, pieza fundamental.

Como ocurre con la vida de todos los guerrilleros de la Indepen-

(1) Por gentileza de un sobrino del autor, don Miguel Sánchez-Arjona, dispongo de un ejemplar. Desde aquí le repito mi agradecimiento.

cia, hay que rastrear sus pasos en las obras generales, las que en ocasiones señalan caminos de investigación y datos iniciales valiosos.

Prescindimos aquí de citar todas las referencias encontradas, más numerosas en las conocidas obras de Gómez de Arteche, de Rodríguez Solís y del P. Salmón (2). Señalemos sólo algunas otras significativas.

Marbot en sus *Memorias* (3) se refiere especialmente a don Julián. La primera vez (págs. 139 y 140) para subrayar sus «señalados servicios» en el sitio de Ciudad Rodrigo, así como la audacia al abrirse paso entre los sitiadores y escapar al campo inglés. La segunda (págs. 237 y 238) para destacar el error de Wellington —según Marbot— al confiar a don Julián la vigilancia del pantano de Nave de Haver en la Beira Alta, lo que permitió a Massena lanzar en la batalla de Fuentes de Oñoro «el último resplandor de una lámpara que se extingue». Sostiene Marmott —y nadie se atreverá a discutirlo— que «las bandas del guerrillero don Julián» eran «incapaces de resistir a tropas de línea». Así fue, según su testimonio, y este presunto fracaso en el que murieron treinta hombres de «El Charro», parece, en efecto, un mal empleo de la unidad guerrillera. No se olvide, por otra parte, que Marbot fue un militar profesional, hijo y nieto de militares.

Hay una obra muy curiosa, «Ecos de la francesada (Las Memorias de Zahonero y Alegria)», Salamanca, 1927, de Fernando Iscar-Peyra, que, siguiendo a un manuscrito contemporáneo de la Independencia, relata las incidencias de la invasión francesa en Salamanca. «Todo el vecindario, curas, frailes i monjas, andaban por las calles disponiendo la huida, que se enllenaron los lugares inmediatos de gentes». Así se expresaba el manuscrito. Y su comentarista añade: «Faltó el caudillo, el hombre animoso y autorizado, que inflamase con su verbo y con su ejemplo a la muchedumbre, medrosa y agoísta, para dar siquiera apariencias de sumisión digna, a lo que fue humillante y servil acatamiento». Evoca, para contraste, a Ciudad Rodrigo, y al lado del «viejo Herrasti», el héroe del sitio, pone la «burlona y ligera guerrilla de don Julián», gracias a los cuales, al decir de Iscar-Peyra, «se disimula ante la historia la pasividad salmantina, como zona de sombra entre resplandores intensos» (4). La fiesta religiosa que el 21 de enero de 1809 se celebró en la Catedral, rubricó el vencimiento ante las huestes de José Bonaparte, el «Pepe» de las co-

(2) Respectivamente: GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO (JOSÉ), *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España de 1808 a 1814*, Madrid 1868 y siguientes. RODRÍGUEZ DE SOLÍS (ENRIQUEZ), *Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la guerra de la Independencia*, Madrid 1877, 2 volúmenes. Salmón (O. S. A.), *Resumen Histórico de la Revolución de España*, Cádiz 1808, Imp. Real, 1812, 2 tomos en un volumen.

(3) General BARÓN DE MARBONT. *Memorias. Campaña de Napoleón en la Península Ibérica*. Traducción de José Ramos.—Editorial Castalia, Madrid 1965.

(4) Págs. 124 y 125.

plas y los tristes destinos. Más adelante, el autor insiste en la «rebeldía soberbia de Ciudad Rodrigo» y en las proezas de los guerrilleros de don Julián que representan —dice— «un desafío para los franceses y un ultraje para la mansedumbre de la ciudad sometida y resignada» (5). Recuerda más adelante, evocando a Grandmison (6) la salida de don Julián en el sitio de Ciudad Rodrigo (7), y refiere después tres acciones del «Charro», siempre más conocido por «Don Julián» (8).

Otra referencia a don Julián se encuentra en la obra de Parquin, «Recits de guerre. Souvenirs du capitaine Parquin (1803-1814)» que por lo que se refiere a la guerra de España comprende hasta 1812. Parquin era entonces subteniente y los relatos de encuentros con guerrilleros tienen el sabor de lo que se ha vivido y se cuenta con sencillez.

Es digno de estudio todo lo que Mina (don Francisco Ezpoz y Mina) relata de don Julián, al que siempre llama «el brigadier D. Julián Sánchez» (9). Es el juicio de un gran guerrillero sobre otro gran guerrillero, y el testimonio es relevante. Con los datos y apreciaciones de Mina se puede reconstruir la última etapa de la campaña de don Julián en la Guerra de la Independencia, desde junio de 1813. La posterior rebeldía de Mina, levantando la bandera constitucional en 1814, hizo enemigos a los compañeros de ayer, y sabemos, por un certificado de Palafox (10) que el guerrillero salmantino persiguió y puso en fuga hacia Francia al «virrey de Navarra».

2. *Nace un guerrillero.*

No nos referimos al nacimiento del hombre Julián Sánchez, ya perfectamente aclarado, así como su muerte (11). Tampoco a su motivación, rectificada la fantasía de ese patrón de venganza y resentimiento que colgó a casi todos los guerrilleros el tópico de la hermana violada o los padres asesinados.

Julián Sánchez es soldado antes de ser guerrillero. La medida, la habilidad para tratar a los no combatientes, un conjunto de in-

(5) Pág. 152 de la ob. cit. de Iscar-Peyra.

(6) GRANDMAISON (GEOFFROY). *Napoleón et l'Espagne*. París 1928-31. tres volúmenes. En esta obra se relata el hecho que se cita y alguno más referente a don Julián. No nos ha sido posible consultarla.

(7) Págs. 168-69 de la ob. cit. de Iscar-Peyra.

(8) Págs. 190, 198, y 201 de la ob. cit. de Iscar-Peyra.

(9) *Memorias del General D. Francisco Ezpoz y Mina*, escritas por él mismo. Publicadas su viuda doña Juana María de Vega, condesa de Ezpoz y Mina; tomo II, Madrid 1854, págs. 46 a 130.

(10) Transcrito en las páginas 185-86 de la ob. de Sánchez de Arjona, cit. en el texto.

(11) Artículo del coronel Repollés, citado en el texto y ob. cit. de Sánchez de Arjona.

«eligenia y otras buenas cualidades que los documentos recogen y que se reflejan en el repetido trabajo del coronel Repollés y en la obra de Sánchez de Arjona, nos hablan del soldado que se ha formado a fuerza de disciplina, de diez heridas y de una experiencia bélica importante que incluye también un largo cautiverio.

Prescindamos aquí de lo que ya está contado con rigor histórico. A los veintisiete años el soldado Julián Sánchez está licenciado. Transcurren siete años (tiene ya, pues, treinta y cuatro y obligaciones familiares) cuando se produce el alzamiento contra los franceses invasores.

Dice el coronel Repollés (12): «Una nebulosa cubre la actuación de Don Julián desde su alistamiento en «Voluntarios de Ciudad Rodrigo» hasta su ascenso a alférez, fecha en que empiezan a figurar en su hoja de servicios los hechos de armas en que participó. Sánchez de Arjona (obra citada, pág. 119) reconoce implícitamente también esta «nebulosa», y el primer hecho de armas que relata es el primero de su hoja de servicios, por el que, según este autor, fue ascendido a alférez. Los documentos que la suerte nos ha proporcionado disipan sólo en parte esas sombras.

Se trata de documentos existentes en el Archivo Histórico Nacional (Legajo 41-E) referentes a «Partidas mandadas por guerrilleros» y que forman parte de los «Papeles de la Junta Central Gubernativa del Reino y del Consejo de Regencia durante la Guerra de la Independencia». Los documentos que aquí se estudian son los números 220 al 225 referentes a Julián Sánchez.

Mas empecemos por los precedentes. Según consta en su hoja de servicios, se presentó como voluntario el 15 de agosto de 1808. El regimiento de Infantería Mallorca al que había pertenecido, no se encontraba en Ciudad Rodrigo ni en tierras salmantinas. Según los datos de Gómez de Arteche (13), de los tres batallones de este regimiento, dos están, al iniciarse la Guerra de la Independencia, en Portugal, formando parte de la División Carrafa, una de las tres que España se vio obligada a enviar al vecino país para cooperar con las tropas francesas en virtud del tratado de Fontainebleau; el tercero se encuentra en Badajoz. Aquellos dos van después a formar parte del Ejército de Galicia y el tercero seguirá en Extremadura y servirá de base para formar el segundo regimiento de Mallorca.

La incorporación de Julián el «Regimiento de Voluntarios de Caballería de Castilla la Vieja» (14) se produjo en la indicada fecha del 15 de agosto de 1808. Como señala muy oportunamente el coronel Repollés en el repetido trabajo (15) «ya se había producido la

(12) Págs. 96 y 97 del cit. artículo de Repollés.

(13) Gómez de Arteche, ob. cit., tomo I, págs. 532 y 548

(14) La designación de esta unidad no es unánime en las fuentes. Además del indicado, se le adjudican los nombres de «Regimiento de Caballería de Ciudad Rodrigo» y «Voluntarios de Ciudad Rodrigo».

(15) Pág. 97.

batalla de Bailén (19 de junio de 1808) y como consecuencia de ella los invasores napoleónicos se habían retirado al norte de la Península. La situación en Portugal tampoco era propicia a las armas francesas...». Se refiere luego a la batalla de Vimeiro (20 de junio de 1808) y a su consecuencia la Convención de Cintra (30 de septiembre), en la que se estipulaba que las vencidas tropas francesas «reembarcarían rumbo a su patria». De todo ello, deduce el coronel Repollés que dado que la Convención fue respetada por los españoles, los Voluntarios de Ciudad Rodrigo no actuaron en los primeros meses de la guerra (16).

La fundamentada hipótesis viene a confirmarse, por una parte, por los citados documentos, que, al mismo tiempo, llenan un corto período del «nacimiento» del guerrillero que antes fue soldado.

En la obra de Sánchez de Arjona figura otro documento (que reproducimos en el Apéndice con el núm. 1). Es una certificación del brigadier que formó, por orden de la Junta de Armamento y Defensa de Ciudad Rodrigo, el regimiento de voluntarios, y en él consta: «Julían Sánchez, fue el primero que se me presentó con un caballo, armas y vestuario voluntariamente a servir de soldado en la expresado Regimiento, y se le sentó su plaza». Aunque nos atengamos a la interpretación menos favorable a la antigüedad del alistamiento (puede tratarse del primero de todos los voluntarios), hay que deducir que el antiguo soldado de la Guerra contra la República Francesa, fue el primero que se presentó «con su caballo, armas, etc....», en definitiva y por lo menos, uno de los primeros.

El documento añade: «En las salidas que hizo contra el enemigo, siendo ya cabo y sargento, se portó tan bien que ascendió a oficial...». En efecto, aquí está la clave de sus ascensos o, mejor, de sus ascensos a sargento y alférez, porque el de cabo primero se produce a los cinco días de su incorporación y parece que es el simple resultado de la inicial organización de un regimiento que se forma de la nada y valora la gran experiencia del soldado Julián Sánchez.

Anotemos, de paso, esto que dice el repetido documento número 1: «En las salidas que hizo contra el enemigo, siendo ya cabo y sargento, se portó tan bien que ascendió a oficial, y en las salidas que hizo de orden del Capitán General de la Provincia, las desempeñó a satisfacción del General, habiendo presentado porción de prisioneros, por cuyos méritos fue ascendido, habiéndose portado con desinterés en todo el tiempo que estuvo bajo mi mando, sin que hubiera queja alguna contra él, antes bien, en todos los pueblos le estimaban y deseaban se detuviera en ellos, pues les libertaba que les invadieran los pueblos».

Anotada la relevante circunstancia de la Convención de Cintra y de su observancia por las fuerzas españolas, conviene reconstruir

(16) Pág. 98 del cit. artículo de Repollés.

el ambiente de Ciudad Rodrigo en los días anteriores y coetáneos a la incorporación de Julián Sánchez a los voluntarios y a los de su desempeño como cabo y sargento del flamante regimiento.

Ciudad Rodrigo tuvo conocimiento del Dos de Mayo madrileño en una fecha no precisada, pero que suponemos poco alejada del 6, día en que se supo en Salamanca la noticia «del alvoroto (*sic*) con los franceses» (17). Por el momento, Ciudad Rodrigo «aun tuvo bastante valor para esperar las órdenes del Gobierno, en punto a ponerse en estado de defensa» (18), pero, aun sin conocer que a partir del Dos de Mayo la quiebra del poder central no podía hacer esperar nada de un «gobierno» inexistente, las inquietudes del pueblo se concretaron en la exigencia de «montar» la muralla y de acopiar la pólvora (19). Los preparativos se hicieron, en efecto, pero una orden posterior estimó que no había necesidad de «alterar el sosiego de los vecinos» y, todo volvió a su estado normal, al menos en apariencia, ya que los mirobrigenses recelaban de sus autoridades e iban incubando una rebeldía que parecía justificarse, sobre todo, en la condición fronteriza de la plaza de Ciudad Rodrigo. Por otra parte, el tránsito anterior de las fuerzas francesas en marcha a Portugal, había creado ya sentimientos de recelo que aumentaban con las noticias más o menos claras que llegaban de las reales renunciaciones de Bayona en favor de Napoleón.

Receloso Bonaparte de que a los alzamientos de Asturias y Galicia siguiese el de todo el occidente español, ordenó a Junot que enviara desde Portugal, vía Ciudad Rodrigo, las tropas necesarias, para de acuerdo con el mariscal Bessiers, impedir el levantamiento de Castilla y León. En consecuencia, el general Loisson con seis mil hombres intentó el paso por dicha plaza. El 4 de junio estaba en Almeida y el 5 envió a dos de sus oficiales con la pretensión de que allanasen las posibles dificultades del paso. Ante tal vista, según una carta de la época (20) la gente, alarmada, se opuso a que los oficiales franceses saliesen de la plaza. Fue preciso confiarlos al amparo del señor Obispo quien para mayor seguridad los llevó consigo al palacio arzobispal. Análoga suerte podía pensarse que tuvieran que correr otros dos oficiales de Loisson, que llegaron también como emisarios, seguramente ante la prolongada ausencia de los primeros. Pero no fue así. Tras la contundente negativa de la Junta de Armamento y Defensa, los cuatro oficiales, escoltados por un piquete de grana-

(17) 108 de la cit. ob. de Iscar-Peyra.

(18) Pág. 19 de la ob. cit. de Sánchez de Arjona.

(19) Para estas operaciones disponía la plaza de Ciudad Rodrigo de considerables elementos. Los datos pueden consultarse en la cit. ob. de Gómez de Arteché, tomo I, que los reúne en un estado que figura entre las págs. 560 y 561. Entre cañones, morteros, obuses y pedreros contaba con 91 piezas. Tenía un notable número de balas, bombas y granadas. Almacenaba 1.097 quintales de pólvora de munición, 2.465 de pólvora de fusil y 37 de salvas

(20) La inserta Sánchez de Arjona en su cit. ob., págs. 25 y 26, y constituye un buen testimonio del momento psicológico que vivía Ciudad Rodrigo.

deros hasta fuera de los límites de la plaza, volvieron a su base de Almeida. Era éste un episodio más, resultante del choque entre el instinto patriótico del pueblo y el respeto al poder constituido, manifestado éste en la falta de actuación de las autoridades. Por ahora, la rebelión del pueblo era potencial. Pero poco a poco, la rebelión iría concretándose en acción.

El 30 de mayo había sido ya motivo de disgusto, el que no se hicieran las salvas de ordenanza por la onomástica del flamante rey Fernando. Después, la visita de los oficiales de Loisson y las noticias que iban llegando de diferentes puntos de España, exarcerbaron los ánimos de los habitantes de Ciudad Rodrigo, que pedían armas para la defensa, así como que la plaza se preparase para rechazar a los que ya no podía juzgarse sino invasores. Contaba la plaza con algo más de 250 granaderos de las Milicias Provinciales y 25 artilleros de guarnición. Los efectivos indeterminados de la Milicia urbana iban sumando ya también a los vecinos de los arrabales que, alarmados, se concentraban en la plaza fronteriza (21).

Se produce entonces el forcejeo entre las autoridades y el pueblo, y como en tantos lugares de España, la rebelión estalla y sacrifica a los que juzga traidores, que, en muchos casos, no fueron más que indecisos. El 10 de junio mueren a manos del pueblo amotinado, el gobernador Ariza, un ayudante de la plaza, un comerciante francés y el encargado de Postas. Para entonces habían llegado ya a Ciudad Rodrigo gentes de Salamanca, Alba, Alcántara, Torrejuncillo, Coria, Ledesma, serranos de las de Francia y Gata..., que acudían presurosos a la llamada de la plaza fronteriza. Esta se empeña con sus escasos medios no sólo en defenderse, sino también en estorbar a los franceses, el paso a España «siempre que lo quisieran ejecutar por sus cercanías» (22).

Concretándonos a los precedentes directamente relacionados con don Julián Sánchez y que de un modo u otro han de influir en las motivaciones del veterano de la Guerra contra la República Francesa, recordamos que hacia el 6 de junio, la Junta había acordado se «formalizaran los alistamientos de los vecinos y mozos *solteros* desde la edad de diecisiete a cuarenta años, sin comprender los individuos de las seis compañías de Milicias urbanas» (23). El subrayado de «solteros» es nuestro, porque no hay que olvidar que don Julián

(21) En la cit. ob. de Gómez de Arteche, tomo I, pág. 561, se considera en «estado mediano» la plaza de Ciudad Rodrigo, y se señala que tiene «dos recintos dominados del exterior y con dos arrabales, dos conventos y otras construcciones muy próximas». Por otra parte, además de lo que se consigna en la nota 19, Ciudad Rodrigo dispone de 2.486 fusiles, 1.416 entre carabinas y escopetas, 226 pistolas, 1.264 mosquetes y 496 sables; no hay existencia de bayonetas. Estos datos, que figuran en el estado a que se refiere la nota 19, se complementan con el de que para Caballería sólo hay 119 espadas. Es interesante anotar, porque la necesidad de armas de fuego para la referida Arma, determina en parte la misión de don Julián.

(22) Sánchez de Arjona, ob. cit., pág. 34.

(23) Ob. cit. de SÁNCHEZ DE ARJONA, pág. 22.



La salida de la guerrilla de El Charro, en un grabado moderno de Carlos



Un guerrillero.—Acuarela de Montijano firmada en 1885

había contraído matrimonio con doña Cecilia Muriel antes de aquella fecha y se encontraba «atendiendo a su hacienda, manteniendo a su mujer, madre y hermanas» (24).

Como en el caso de El Empecinado —otro de los grandes guerrilleros—, don Julián es un excombatiente de la guerra contra Francia (25) en los años 93, 94 y 95. Se ha olvidado frecuentemente este dato que forma parte, sin duda, de las motivaciones del guerrillero. El soldado «distinguido» del regimiento de Infantería Mallorca, lo fue desde el 3 de marzo de 1793 al 1 de diciembre de 1801. Cuando se alista el 15 de agosto de 1808 (y observemos que «se alista» y no se «echa al monte» como tantos otros), han transcurrido menos de siete años de su licenciamiento. Las campañas contra Francia e Inglaterra, las numerosas heridas, la prisión..., los trágicos avatares de ese tiempo, los ha vivido Julián Sánchez desde los diecinueve a los veintisiete años, incluida una prisión de año y medio al final de la campaña. Y aunque no nos sea posible calibrar exactamente la huella psicológica de unos acontecimientos que siempre, y más a esa edad, la producen, es verosímil que la «Guerra con Francia» mantenida realmente contra la Revolución por las monarquías europeas, imprimiese en el soldado unas sencillas ideas contrarrevolucionarias, que unidas al patriotismo medular de las gentes del campo español, resultan motivaciones suficientes.

Porque Julián Sánchez, por otra parte, no parece ser un campesino sin cultura. Según un manuscrito anónimo al que Sánchez Arjona se refiere en la repetida obra (26), «al cumplir los trece años lo pusieron a estudiar latinidad con un anciano sacerdote, párroco por entonces de Puebla de Yeltes; pero no fueron las letras, sin duda, de su gusto, y sus padres le dedicaron a su propia profesión...». Que destacaba del nivel medio de sus coterráneos lo prueba también el documento autógrafo que en este artículo se reproduce. Creemos, por tanto, que nuestra conjetura sobre sus motivaciones para lanzarse a la lucha, no carece de fundamento. La Revolución y Francia, confundidas en la mente popular en una misma imagen borrosa, pero expresiva por su fisonomía entre extraña y heterodoxa, fue en muchos casos ingrediente principal de lo que un

(24) Ob. cit. de Sánchez de Arjona, pág. 121 y doc. núm. 5 inserto en la misma, pág. 186. Las hermanas eran dos; luego, tenía a su cargo cuatro personas. Don Julián, viudo en 1819, contrajo segundas nupcias con doña Juana Velarde y Gandarillas, de noble familia montañesa. Es digno de subrayarse también que don Julián se dedicaba a atender «su hacienda». Por un afán de popularizar —en sentido peyorativo— la guerrilla, a la mayor parte de los guerrilleros se les asigna un origen lo más modesto posible. Ello es así en muchos casos. Pero en algunos, no. Así en el que tratamos, pues, aparte de esa declaración del interesado, consta que su abuelo Antonio Sánchez era propietario de ganado (pág. 192 de la cit. ob. de Sánchez de Arjona).

(25) Como dice su hoja de servicios: «En la pasada de Francia los años 93, 94 y 95 acciones ocurridas en ella habiendo recibido siete heridas en la toma y retirada de Tolón, quedando después prisionero por el término de dieciocho meses».

(26) Pág. 120.

conspicuo liberal, Evaristo San Miguel, sintetizó en los «tres gritos» o tres banderas, de la guerra española de 1808 a 1814: monarquía, independencia y religión.

Tratando de ahondar en el hombre real que fue Julián Sánchez García, en principio nos llama la atención el hecho señalado por Repollés (27), al ingresar como soldado voluntario el 15 de agosto de 1808, no lo hizo en el regimiento de Mallorca, como sería lógico, pues en él había servido anteriormente» (28). El autor lo enlaza en la atribución a nuestro guerrillero de la condición de mayoral en una ganadería de reses bravas y piensa que por tal razón prefirió servir en Caballería.

Nos inclinamos —como antes se dice— a atribuir a Julián la condición de «labrador regularmente acomodado», propietario acaso de ganado. Podría pensarse también que su vida de soldado en el regimiento Mallorca que —quíeralo o no— forma parte gloriosa y dolorosamente de su más profundo ser, fue sí para la servidumbre, pero no para la gloria. Asombra que de su etapa de soldado no queden más que dos renglones escuetos y confusos en su hoja de servicios. Aparte de las razones que Repollés aporta y que hacen referencia a la especial manera de confeccionarse las hojas en la época, ¿no es extraño que tantos años, tantas heridas, tantas campañas, tantos días de cautiverio..., no hayan merecido ninguna recompensa?

Podríamos pensar en Julián Sánchez, incluso como en un hombre resentido, pero que es patriota y quiere volver a ser soldado superando su resentimiento. El camino de la superación lo recorrería sobre ese caballo que le lleva a «Voluntarios de Ciudad Rodrigo» y no «al monte»; «al monte», como a tantos gloriosos luchadores de aquella contienda que en el más primitivo de los gestos —el gesto de un solitario— se encara la escopeta, enarbola el garrote o precipita al peñasco para cazar uno a uno a los «gabachos» que vienen a robarle lo divino y lo humano.

No se «echa al monte», no se incorpora a su antiguo regimiento de Mallorca. El «echarse al monte» no concuerda con su ser de auténtico soldado. Su antiguo regimiento de Mallorca no está a la sazón en Ciudad Rodrigo (28); el combatiente voluntario de la Guerra de la Independencia combate por lo que ama, que es lo que conoce día a día, momento a momento de su ascética existencia de labrador. Combate por sus tierras, por su familia, por su iglesia, por ser como quiere ser; no rebasa su horizonte vital, al menos en el impulso inicial que le lanza a la lucha. El soldado Julián Sánchez sabe que puede combatir acogido a la plaza fronteriza que concentra e irradia a la vez la re-

(27) Artículo cit. pág. 96.

(28) Según Gómez de Arteche, ob. cit., págs 532 y 548, el Regimiento de Mallorca está, al iniciarse la Guerra de la Independencia, con el 1.º y 2.º batallón en Oporto y luego pasarán al ejército de Galicia; el 3.º está en Badajoz y servirá después de base para formar el segundo regimiento de Mallorca.

beldía contra el invasor dentro de la zona salmantina donde está su pueblo, donde están su familia y su hacienda.

Como motivación complementaria para la forma de su decisión, está la necesidad de fuerzas de Caballería. En la carta fechada el 13 junio de 1808 en Ciudad Rodrigo, que Sánchez Arjona reproduce en la repetida obra (29), se dice: «Ayer, entre otras postas, salió una a dicha ciudad (Badajoz) pidiendo al general (Carrafa) auxilio de tropa ligera y alguna caballería, que es lo que nos hace falta, pues de armas tenemos en esta hora cerca de 7.000 hombres tal cual adiestrados...». Y en la misma obra, al reproducir el «Manifiesto de las ocurrencias más principales de la plaza de Ciudad Rodrigo...» (30) se escribe: «Ya nada faltaba para el buen estado de la plaza (31): sus murallas, coronadas enteramente de cañones de varios calibres, brazos suficientes para manejarlos, muchas y numerosas patrullas por dentro y fuera de la ciudad, ponían a ésta a cubierto de todo cuanto los enemigos podían intentar contra ella; y hasta un Cuerpo de Caballería, que era indispensable por la calidad del terreno de las campiñas inmediatas y ocurrencias en los pueblos de la frontera, se acordó y tardó poco en formarse, compuesto de cuatro compañías con sus respectivos oficiales».

Sólo nos resta añadir que Julián Sánchez no se incorpora a los «Voluntarios» hasta el 15 de agosto de 1808. La misma fecha nos dice que posiblemente fue una decisión meditada. Ya en los primeros días de junio acude gente en auxilio de la plaza fronteriza de Ciudad Rodrigo. No hay ningún indicio, por otra parte, de que la fecha de agosto esté determinada por algún hecho violento derivado de la invasión. Como dice Sánchez de Arjona (32), «invadidos España y Portugal de Norte a Sur por las tropas francesas en agosto de 1808, puede decirse que sólo la provincia de Salamanca y esta parte fronteriza que defendía Ciudad Rodrigo se vieron libres de las águilas francesas».

Valga para todos los voluntarios, que su incorporación se produce en plena recolección. Acaso es también determinante para la decisión de Julián, hombre con responsabilidades de labrador.

(29) Págs. 30-32. Gómez de Arteche, en la ob. cit., tomo I, pág. 478 y 479, hace constar la degeneración sensible de la raza caballar en España que, pese a los esfuerzos de los entendidos se produjo, por «escasez de fondos, la ignorancia de los labriegos y el mal entendido interés de los criadores...». Y continúa: «... ni la caballería de línea estaba convenientemente montada, ni el arma en proporción de fuerza con la de infantería, según las ideas admitidas entonces. En cambio, la caballería ligera era excelente...». «Lo que necesitaba la caballería española era una elección atinada para la recluta de sus hombres en las diferentes provincias de reino, y soldados y caballos la educación que hace al jinete dueño para convertirlos en un solo elemento poderoso para la guerra». En análogo sentido, véase la pág. 57 de la *Guerra de la independencia*, Servicio Histórico Militar, v. II. Madrid 1972.

(30) Pág. 34.

(31) Ver notas 19 y 21.

(32) Ob. cit., nota 13 de pág. 39.

Importa señalar —en contraposición al concepto peyorativo del guerrillero apasionado— estos rasgos que don Julián Sánchez García acreditaría más tarde en sus acciones.

3. *Primeras acciones del sargento Sánchez.*

Es evidente —según Repollés en el tan repetido trabajo (33)— que «del hecho cierto de haber respetado España la Convención (de Cintra), se deduce que los «Voluntarios de Ciudad Rodrigo» no actuaron en los primeros meses de la guerra». Y añade: «no puede descartarse la posibilidad de que estos «Voluntarios» se batieran a finales de 1808, cuando la guerra se recrudeció adquiriendo actividad inusitada. Es probable que la unidad a que pertenecía el «Charro» fuera integrada en el Ejército de Castilla, reorganizado en tierra salmantina, y es probable también que siguiendo las vicisitudes de este ejército combatiera en las acciones que condujeron a las fuerzas españolas a la malhadada batalla de Tudela» (34). 23-11-1808

La última y razonable hipótesis no creo que pueda mantenerse después del estudio de los documentos que aportamos, si bien éstos se refieran solamente a las fechas comprendidas entre el 21 de enero y el 3 de marzo de 1809.

Precisamente el 20 de enero de ese año, nuestros aliados ingleses se ven obligados a reembarcar en La Coruña. Napoleón, en fechas inmediatamente anteriores, ha dispuesto el movimiento de sus fuerzas, y si el éxito le acompaña en Galicia y en parte de su acción portuguesa (Soult llegará a Oporto), se verá defraudado en cuanto a las fuerzas que pretenden pasar a Portugal por Ciudad Rodrigo.

Es en este marco donde se va a desvelar, en parte, esa nebulosa de los primeros pasos de don Julián Sánchez. El mariscal Lapisse, con diez mil hombres y buen número de cañones llega a la provincia de Salamanca en enero. El 16, su general Montpéti toma la capital con pocos hombres y «con un cañón u obús» (35), mientras Lapisse sitúa el resto de sus fuerzas ante la ciudad tomada y Ledesma en espera de atacar a Ciudad Rodrigo. Mientras Salamanca es objeto del expolio del vencedor (36), la plaza fronteriza se dispone a la defensa

(33) Pág. 98.

(34) Tuvo lugar el 23 de noviembre de 1808.

(35) Iscar-Peyra, ob. cit., págs. 123-125.

(36) Iscar-Peyra en la ob. cit., pág. 125, refiere que el 21 «se celebró fiesta religiosa en la Catedral, donde prestaron juramento (los vecinos) a José Bonaparte, abriéndose un registro, a modo de plebiscito, con resultado muy favorable para la nueva monarquía, mostrándose decididos a empuñar la pluma quienes no lo estuvieron tanto para apretar el gatillo...». Antes —también según el mismo testimonio (págs. 125 y 126)— «sacaron de ella (de Salamanca) en los primeros días de pillaje, dos mil colchones, otras tantas varas de paño, mucho material para botas y zapatos, todas las buenas armas y municiones, y —esto es lo más sensible— todo el dinero de tesorería y de las comunidades».

bajo la dirección del teniente De Rey, Gobernador Militar interino, don Ramón Blanco y la Junta de Defensa.

Según Sánchez de Arjona (37), Ciudad Rodrigo contaba, «además de las escasas fuerzas de la guarnición», «con la Legión Lusitana del digno e incasable inglés Sir Roberto Wilson, acampada en sus inmediaciones, y a la que se habían agregado españoles e ingleses dispersos, con más de una corta fuerza de Caballería al mando de don Carlos de España».

Ante la inminencia del ataque, fuerzas y vecindario hacen gran acopio de víveres y municiones, reparan la muralla y se tala la alameda del Campo de Toledo. Mientras tanto, don Manuel Díez Taravilla (38) «fue mandado a ocupar y defender el puesto avanzado de Fuente de San Esteban».

En el relato de la obra de Sánchez de Arjona, igual que en la conocida hoja de servicios, se sitúa la «primera acción», la del puente de Yecla (39) en febrero de 1809, y se afirma que esta acción es la determinante de su ascenso a alférez. Nos parece —aunque la fecha de ella sea imprecisa— que no hubo tiempo, dadas las dificultades de comunicación con la Junta Central, para que el ascenso fuese consecuencia de este éxito; creemos más bien que lo tuvo ya de alférez y que este empleo se debió a su actuación en el tiempo a que nuestros documentos se refieren. En cualquier caso, los hechos que nosotros estudiamos cooperarían al referido ascenso. He aquí nuestra pequeña historia.

Comienza de acuerdo con los más puros cánones de la lucha popular, de aquel levantamiento unánime y espontáneo que se produjo desde el momento en que el vacío ocasionado por la inacción de las autoridades legales frente al invasor, fue colmado por los patriotas, más o menos integrados en los órganos de poder que fueron las juntas locales y provinciales.

José García (Doc. 5, en Apéndice) no es —como pudiera pensarse— un nombre típico del hombre típico que es el combatiente espontáneo de aquella hora. José García, vecino de Alejos (40) anda de pastor por el camino que va de Salamanca a Zamora. Es un hombre de carne y hueso..., y de alma, y de coraje. Es también un genuino representante del guerrero insolidario, del que «hace la guerra por su cuenta»

(37) Ob. cit. pág. 48.

(38) Anotamos este nombre porque se trata de otro voluntario de los de Ciudad Rodrigo, distinguido más tarde —como don Julián— en la defensa de la plaza y posiblemente un guerrillero que faltaba en nuestra ya numerosa nómina de la Guerra de la Independencia. (Ver nota 10, pág. 34 de la cit. obra, de Sánchez de Arjona.)

(39) Según Madoz. «arruinado desde la Guerra de la Independencia».

(40) Alaejos es un pueblo de la provincia de Valladolid, en el camino de Salamanca a esta ciudad. José era vecino de Alaejos, pero no debe esto llevarnos a error en cuanto al lugar en que los hechos sucedieron. El se encontraba en algún punto inmediato a la «calzada» que enlaza directamente Zamora con Salamanca, de Norte a Sur.

para equivocarse a Napoleón en el recuento de fuerzas, factor de decisión que terminará por no cuadrarle.

José García se presenta a la Junta de Ciudad Rodrigo en la noche del 29 de enero de 1809. Se presenta para relatar que cuando el día 22 apacentaba ovejas («ganados lanares a su cargo»), «sorprendió y quitó la vida a un soldado francés de caballería». El soldado conducía «una carta» y «carta» y caballo avalan ante al Junta la hazaña del pastor que, más o menos, tuvo lugar entre Garcirrey (41), y la calzada de Salamanca a Zamora. La «carta», el parte, no llegó nunca a su destino. Un correo más que proporcionó a nuestros combatientes, armas, caballo, información y gloria.

Es lamentable que José no cuente —acaso por modestia— cómo se las compuso para matar al soldado enemigo. Hay que suponer que fue con arma blanca. Las del soldado —dice José— las dejó ocultas en un monte cercano al sitio del suceso, excepto una pistola (luego él no tenía arma de fuego) que llevó consigo. En efecto, José, García se trasladada con el parte y caballo del francés desde Garcirrey a Ciudad Rodrigo y, como él explica, «se reservó la pistola para su defensa, habiendo adoptado esta medida para evitar el que si le encontraba alguna tropa francesa corriese grave riesgo su persona, teniéndolo, desde luego, a lo menos por robador del caballo».

Como luego veremos, en la misma exposición que hace la Junta de Defensa de Ciudad Rodrigo para conocimiento de la Junta Central, se habla del entonces sargento don Julián Sánchez. Pero al tema llegaremos más adelante. No es ocioso recoger y comentar brevemente aquí la acción de este combatiente solitario y espontáneo que, con otras innumerables y desconocidas, expresaba la reacción del pueblo ante el invasor y, que, además, nos da la concreta circunstancia del momento bélico en las tierras que don Julián recorría voluntariamente unido a aquella unánime reacción, pero también encuadrado por su propia decisión en una unidad militarmente estructurada.

Importa señalar también que al José García se le premia con «una onza de oro además del valor del caballo y armas, advirtiéndole que haciendo iguales servicios se le dará pan y prest para toda su vida...».

No es preciso insistir en el bajo nivel de la vida del hombre de campo español en la época ni en lo acertado de las disposiciones de las Juntas que —de un modo realista— como toda acción política tiene que ser para que «sea»— excita el patriotismo y el interés material de los posibles combatientes.

La Junta de Ciudad Rodrigo, efectivamente, se halla empeñada en una tarea múltiple y difícil. En cumplimiento de órdenes de la Junta Central, «está realizando con la mayor actividad la requisición de caballos (42) en esta ciudad y pueblos de su partido», pero no conforme con atenerse a la estricta demarcación administrativa, la extien-

(41) O Garci-Rey según la ortografía de la época.

(42) Por eso a José García no se le da el caballo cogido al francés sino su valor.

de «del modo posible a los del (partido) de *Salamanca, Ledesma, y Alba que están dominados por los franceses* (43). Está dedicada también la Junta a la búsqueda de armas y su requisa, todo ello por terreno ocupado, y este espíritu beligerante ha ido ya contagiando a un pueblo que comprende los sencillos y altos móviles— y sobre todo los siente— de su lucha contra el invasor. Tanto que la Junta de Ciudad Rodrigo se ocupa también en alistar «muchos mozos útiles para las armas de los partidos de Salamanca, Ledesma, Alba, Piedrahita, Béjar y Barco de Avila», mozos que valdrán por dos, ya que así se hurtarán a la «conscripción que tienen por disposición del Gobierno francés» (44). Del partido de Barco de Avila se esperaban en la fecha del documento quinientos hombres.

Claro que en la guerra —como siempre y como dijo quien fuese, acaso Perogrullo— hay tres claves para la victoria, «dinero, dinero y dincro». Y aunque nosotros pensemos antes en la voluntad de vencer, en el entusiasmo que Welington no comprendía y en una serie de virtudes de que los combatientes españoles hicieron gala en la Independencia, hemos de estar con la Junta de Ciudad Rodrigo, «única en Castilla» a la sazón —como el documento puntualiza— cuando afirma que «nada sería tan agradable... como el prestar a esta juventud fugitiva del opresor de la Europa un asilo cómodo, dando al mismo tiempo a los ejércitos, soldados valientes e instruídos». Pero los recursos, añade la Junta, son «imposibles», la falta de fondos total y las armas en ínfimo número para tanta gente. La Junta, ese órgano que nació tras el Dos de Mayo del vacío de poder ocasionado por el absentismo de la autoridad, lamenta que tales razones «no la permitan llenar sus patrióticas intenciones como quisiera». Y aunque proponga, ante lo imposible, que se piense por la Central «remittir los mozos escapados al ejército de Extramadura, se propone a sí misma una acción continuada en el logro de los objetivos enumerados, así como en el complementario de «evitar que los franceses que dominan a Salamanca se apoderen de las considerables porciones de granos existentes en su partido». Para ello, hay que trasladarlos a Ciudad Rodrigo, así como los fondos de la «Real Hacienda». De todo ello, la Junta subordinada pide la «soberana aprobación» de la Suprema.

Precisamente la misión de don Julián está concretada en el mismo documento citado —y confirmada en los que veremos más adelante— porque al «sargento comandante de una de las partidas avanzadas de Caballería», que es el futuro guerrillero, se le pone como ejemplo o —en el lenguaje de la Junta— «presenta una idea nada equívoca de las medidas que se han tomado para extraer los caballos

(43) El subrayado es nuestro, porque es importante saber, en relación con nuestro tema, que en la fecha el partido de Ciudad Rodrigo no está ocupado por el invasor, pero sí los de Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes.

(44) Doc. núm. 5.

y armas y evitar que de uno y otros puedan aprovecharse los franceses en daño nuestro».

Luego veremos, particularizadas, las acciones de don Julián, modestas si se quiere; las únicas posibles dados situación y medios, pero grandemente significativas en el ambiente creado por la amenaza francesa a Ciudad Rodrigo y la ocupación de la comarca salmantina. Porque ahora interesa más —sin salirnos del marco de los documentos que aportamos y de su estricto contenido —tratar de reflejar a la circunstancia del momento, de la lucha que como preludeo a sus genuinas acciones guerrilleras sostiene el ex combatiente de la Guerra contra Francia, aquel soldado que en Tolón aguantó el fuego de los cañones dirigidos por un joven oficial de Artillería ahora Emperador de los franceses e invasor de sus patrias, la grande y la chica.

*à la original, q.ª queda archivada en la oficina de
mi cargo; y para que conste doy esta q.ª firma en la
Plaza de Santona à veinte de Septiembre de mil ochocientos
diez y nueve*

José Aranda

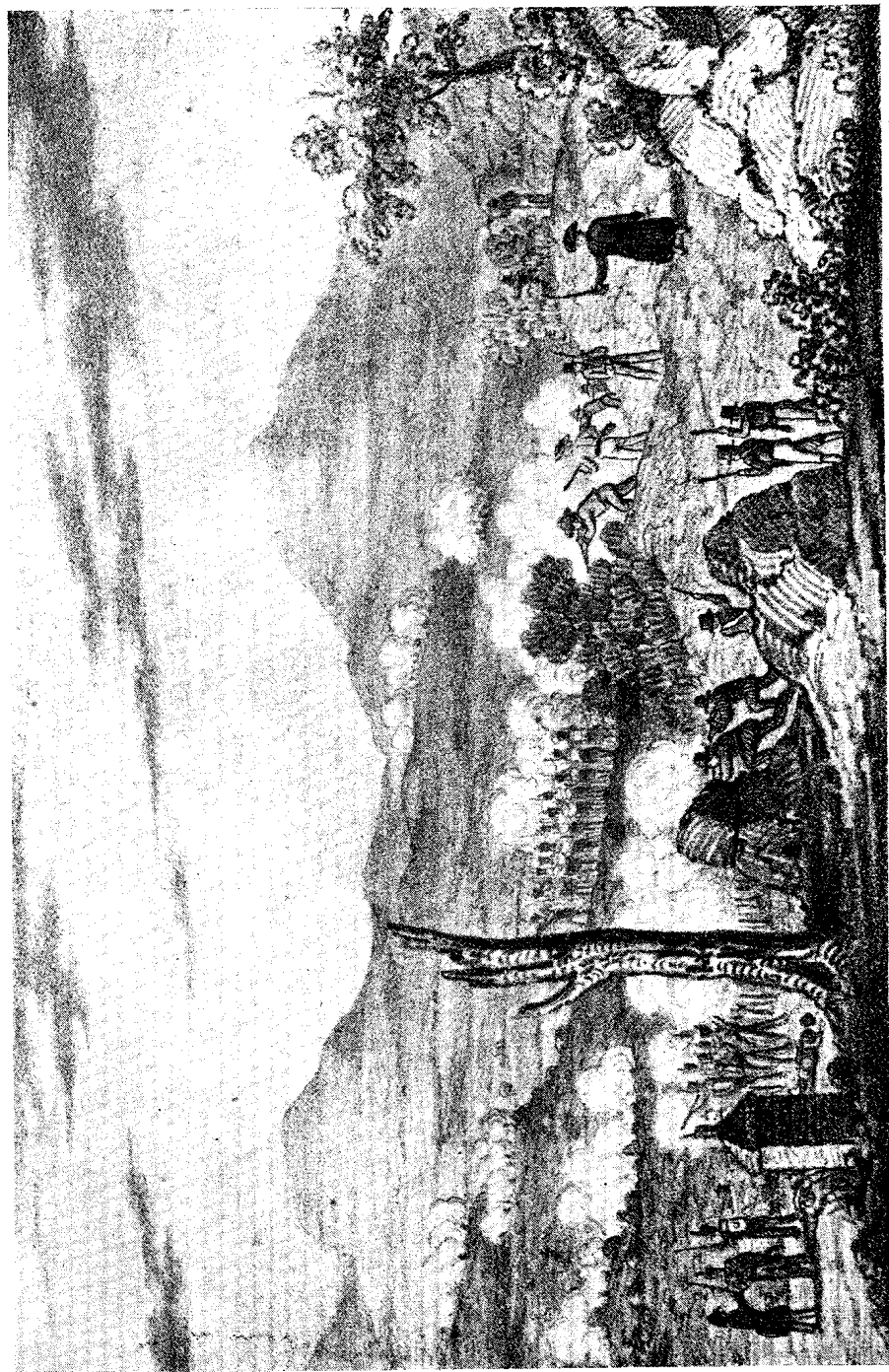
Juan Sánchez

El V.º B.º de don Julián corrobora la autenticidad del documento autógrafo.

—Tomado del «Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia»,
Servicio Histórico Militar, vol. II.

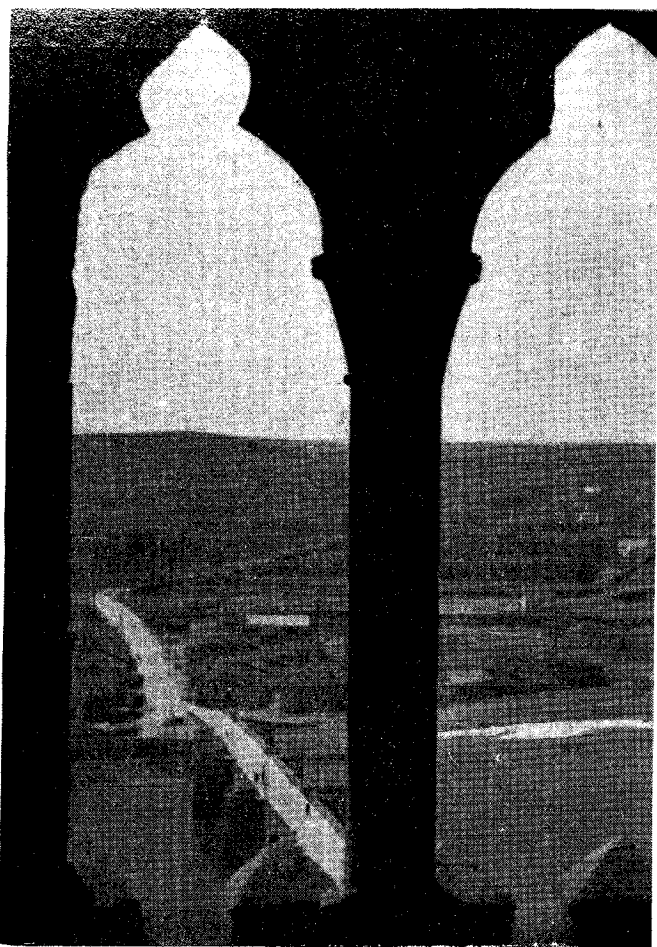
El José García de nuestra historia, pastor que sin saber nada de Viriato, ha cumplido una importante misión eliminando un soldado enemigo y apoderándose de sus armas y su caballo e interceptando un parte francés (documento traducido en el apéndice núm. 2 y re-producido el original en la lámina VII), venía a alimentar una información a la que contribuirán de un modo destacado a lo largo de toda la lucha estos combatientes aislados y sobre todo las guerrillas.

Forman parte de la circunstancia del sargento don Julián Sánchez, las deducciones que de tal documento pueden hacerse. Aparte

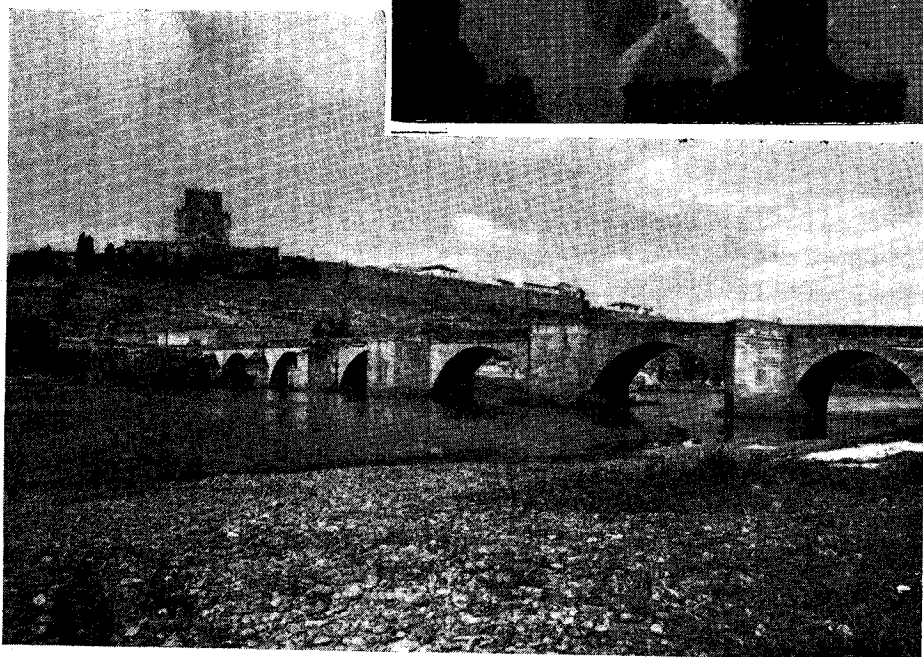


«Guerrillas españolas». — El grabado reproducido de la «Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España», de Miguel Agustín Príncipe, vol. II, Madrid, 1852, expresa ingenuamente la idea del pueblo en armas luchando por su religión frente al ejército napoleónico.

Ciudad Rodrigo desde el Castillo.
La carretera a Portugal. Al frente
el *Teso de María de la O*, campo
de guerrillas.



Castillo de Ciudad Rodrigo. En
primer término el puente romano.



de la actividad de los puestos avanzados, de la que se relata en el parte un pequeño encuentro que parece ocurrido en las proximidades de Salamanca, hay que subrayar las siguientes frases: «Esperamos ser atacados en cualquier momento. *El populacho de Salamanca es tan temible como el enemigo...*», y, a continuación, la petición de refuerzos por la que nuestras tropas van a conocer un posible movimiento de las enemigas.

Pero interesa, sobre todo, lo subrayado por nosotros. Sabemos (45) que Salamanca, la ciudad, no se mostró combativa sino —en términos de hoy— colaboracionista, hasta el punto de que según el testigo Zahonero (46), «bastaron dos mil franceses con un cañón o un obús para someter la ciudad y saquearla como casa sin dueño». Zahonero insiste en proporcionarnos otros numerosos rasgos del ambiente de Salamanca bajo la dominación francesa en estas fechas, y no son los menos expresivos las fiestas y «saraos» organizados por nuestros galantes invasores. Eso sí, el narrador intenta salvar el buen nombre regional por los méritos de don Julián Sánchez y de Ciudad Rodrigo, pues los propios de Salamanca no le sirven. Y eso que trata de que conste cualquier dato positivo. Así, al relatar el baile «con ambigú», organizado por el general Montpetit en su residencia del palacio de Castellanos, asegura que «se abstuvieron de concurrir a la danza, las salmantinas, salvo unas quince o veinte pertenecientes a las familias favorecidas por el gobierno del rey Pepe». E insiste: «No debemos desdeñar esta especie subalterna del heroísmo, consistente en vencer las tentaciones cuando se ofrecen tan seductoras y atrayentes. Algo es algo, y si no llegaron nuestros abuelos a escalar el grado máximo del heroísmo arrogante y pendenciero, por lo menos guardaron cierto recato rumiando en la soledad las amarguras del remordimiento» (47). Nos cuenta también como «alternando la caricia con la estaca, según los procedimientos corrientes en toda política de penetración pacífica...», «perseguían los franceses... a la media docena de conspiradores, que nunca faltan, para compensar las claudicaciones abyectas, en las épocas difíciles» (48). Pero aun así, todo se redujo «a comedia, más que a melodrama» —según las palabras del cronista— farsa en la que un salmantino, Domingo Estrada, héroe auténtico, llegó a estar ante el pelotón de ejecución francés del que le salvó el señor Obispo.

Nos hemos detenido en estos matices de ambientación, porque al hablar el parte francés de «el populacho de Salamanca», a quien están enjuiciando es al pueblo español que, realmente y de un modo general, era «tan terrible como el enemigo». Lo que el francés no llegó a comprender es que era «el enemigo» mismo, simbolizado en nuestra historia por ese tranquilo pastor de ovejas que hace la ré-

(45) Ver nota 36.

(46) Según Iscar-Peyra, ob. cit., pág. 125.

(47) Iscar-Peyra, ob. cit., pág. 126.

(48) Iscar Peyra, ob. cit., pág. 127.

plica al allanamiento de la ciudad. Porque también es cierto que sin olvidar a los ejemplos gloriosos de las ciudades españolas aniquiladas, que no vencidas, es la España rural con sus tierras, sus productos y sus hombres, la que soporta, sobre todo, la servidumbre y la grandeza de la guerra impuesta por Napoleón (49). Pero esas ciudades —Zaragoza, Gerona... (50)—, cuya fama es conocida por los soldados franceses producen un efecto psicológico que ampara a otras como Salamanca, que no optaron por el heroísmo, y crea para el enemigo, en unión de la acción guerrillera, esa constante sensación de poder ir a casi todas partes para no mantenerse en ninguna.

* * *

El documento número 3 del apéndice contiene, pormenorizadas, las acciones del sargento comandante de una de las partidas de Caballería que la plaza de Ciudad Rodrigo había avanzado y que actuaban en colaboración con la Legión Lusitana de Wilson.

Es interesante observar que el documento (cuya fotocopia está en las láms. V y VI) es autógrafo de don Julián. A continuación hacemos el cuadro-resumen de su contenido, que no es otro que el resultante de cumplir la misión asignada o, como en el mismo documento se dice: «habiéndome mandado el mayor portugués que celase el partido de Ledesma a fin de que no se entregase a ésta (ocupada por los franceses, añadimos nosotros) ningún arma ni caballo...» (51).

Al final del oficio, el firmante dice: «No descanso nada». Así, sencillamente. No se trata de una queja. Desde la noche del 25 hasta la del 27, el sargento Sánchez ha estado en constante movimiento, sometido a la tensión derivada del cumplimiento de una misión que se realiza en terreno ocupado por el enemigo, si bien preciso es reconocerlo— no dominado por el invasor. Quiere decir que no roba ningún momento al desempeño de su cometido, e incluso ese cansancio que cierra su escrito no le impide añadir aún una postdata expresa de su subordinación y cuidado. En ella pide que se dé no-

(49) Interesante muestra de los frutos que puede dar la investigación del aporte económico de nuestros pueblos a la lucha, es el trabajo *Contribución económica de un pueblo toledano durante los primeros años de la Guerra de la Independencia de 1808*, publicado en «Estudios de la Guerra de la Independencia», volumen I, Instituto «Fernando el Católico», Zaragoza, 1964, págs. 277-305.

(50) En Gerona han tenido lugar ya dos sitios: 20 de junio de 1808 y julio del mismo año; en mayo de 1809 se produciría el tercero con 10.000 bajas españolas y 20.000 francesas. El primer sitio de Zaragoza, junio de 1808; el segundo empieza en diciembre del mismo año y termina en febrero de 1809, con 54.000 muertos, de 1000.000 residentes durante el sitio, y 8.000 bajas francesas.

(51) En el croquis de la pág. , se han fijado solamente los lugares identificados y pocas referencias necesarias. Todos los identificados pertenecen al partido de Ledesma y, dadas las fechas y movimientos de la partida, puede afirmarse con absoluta certeza que también los no identificados.

CUADRO-RESUMEN DEL DOCUMENTO N.º 3

Fecha	Lugar	Armas recogidas	Caballos requisados	Observaciones
25-1-1809 (noche)	Garcirrey.....	7 fusiles con bayonetas y 5 carabinas o escopetas..		
Id.	Berrocalejo (52).....	2 escopetas..		
Id.	Ardonsillero.....	3 id. ..		
Id.	Moral de Castro (52).....		1	
Id.	Alcornocal (52).....	2 escopetas..		
Id.	Cabeza (53).....	4 id. ..	1	El caballo del enemigo. También apresado a un hombre. Obtiene informacion de que van franceses a Ledesma, la que no se confirma
26-1-1809 (día)	Sando.....			Fracasa en la requisita de caballos y se retira a Sando.
Id.	Ledesma.....		1	
Id.	Encinasola (52).....	2 (sin especificar).....	1	
Id.	Gejo (54).....	4 id. id.		
Id.	Encima de San Silvestre..		2	
(noche)	Villaseco de los Gamitos..		1	
Id.	La Guevara (52).....		1	
27-1-1809	Espinosa (52).....		1	
Id.	Mazán.....		1	
Id.	Moscosa.....	Una carga (sin especificar)...		A un hombre que conducía para Ledesma y su fin Salamanca 4.400 reales, se los incauta bajo recibo.
Id.	Mazán.....			Escribe el oficio que contiene todos estos datos.
	TOTALES.....	29 y una carga	10	

(52) No me ha sido posible indentificarlos. Puede tratarse de lugares hoy desaparecidos o de alguna casa de campo, finca o término.

(53) Parece tratarse de la Cabeza, de Diego Gómez.

(54) Gejo de Diego Gómez.

ticia «a Castro», el Jefe de su Regimiento (55) de su escrito, que los caballos y las armas los enviará «a proporción que pueda» y que, de aquéllos «escoge los mejores para la partida». Aún teme que no ha sido todo lo minucioso que debiera y termina, «no alargó más por el quebranto y cansancio».

VG
 El documento que analizamos es el primero en el orden cronológico para conocer la personalidad del que llegaría a ser ejemplo de guerrillero mesurado. Difícil ejemplo que coordina en la misma persona al ardoroso combatiente popular y al jefe ponderado y honesto. En el documento 1 del apéndice se subraya el «desinterés» de don Julián, problemática cualidad en un guerrillero, y se añade «sin que hubiera queja alguna contra él, antes bien en todos los pueblos le estimaban y deseaba se detuviera en ellos, pues les libertaba de que les invadieran los pueblos». Gran elogio en pocas palabras. Muchas de nuestras aldeas, de nuestros pueblos —sus habitantes— vivieron la guerra soportando alternativamente las depredaciones de las guerrillas y la invasión del enemigo. Obsérvese que el documento habla de que «les libertaba que les invadieran los pueblos». Después de 1809, el hambre —que llegaría a su cénit en 1812— apareció por nuestros aun más empobrecidos campos y por nuestras ciudades, y llegaría a ser un enemigo aliado, tanto del invasor como de muchas unidades irregulares.

Cuenta en su oficio don Julián, «tuve aviso iban bastantes (se sobreentiende «franceses») para Ledesma». Al recibir esta información no cambia su rumbo, sino que trata de verificarla y comprueba que es errónea, que no hay franceses en Ledesma, pero que, por el contrario, van a llevarse los caballos de la villa para entregarlos a las fuerzas invasoras. Inmediatamente toma precauciones. Se sitúa en las alturas que dominan la población y coloca tres centinelas; envía un oficio al Corregidor pidiéndole los caballos para que se los entregue en el término de una hora «al instante con pena de entrar a degüello, a su omisión, a los causantes». El aviso surte efecto y dos componentes de la Junta de Ledesma se llegan a don Julián y le dicen que vaya a la villa a recibir a los caballos. Se deduce del documento que el sargento Sánchez que manda, como sabemos, una partida de Caballería, ha dispuesto sus efectivos para esta concreta misión de Ledesma avanzando él en principio con cinco hombres (los tres centinelas —de ellos dos portugueses— y dos hombres más que dejó aproximadamente a kilómetro y medio) y más a retaguardia de la villa (el cabo con otros ocho). Un mal entendido de la orden que don Julián da al cabo, impide que éste con sus hombres vaya a vigilar la entrada de Ledesma.

(55) Se trata del brigadier «reformado del Ejército y del Cuerpo de Caballería» don Antonio de Castro Paz y Fomento, componente de la «Junta de Armamento y Defensa de la plaza de Ciudad Rodrigo», y «Comandante (primer jefe) del Regimiento de Voluntarios de Caballería de Castilla la Vieja» (según la citada obra de Sánchez de Arjona).

Se encuentra, pues, solo con cinco hombres el sargento comandante de la partida, y con ellos procede a realizar la requisita de caballos que, inicialmente, no presenta dificultad. Es recibido a las doce en la plaza «con mucho obsequio y ostentación» y le van presentando⁷ ensillados, los caballos y —como dice don Julián— «contentos los dueños en entregarlos mejor a mí que al francés». Le invitan a comer, y mientras se está terminando la operación de recogida, llega el Corredor. Este, tras una larga discusión y contra el parecer de la mayoría, le niega los caballos y anuncia —dice el sargento— «alguna intención de aprisionarme a la falta de mi gente y cabo». Ante tal situación decide retirarse y se tiene que conformar con un caballo que un amigo de Ledesma le llevará a Sando.

De «la conducta delincuente» del alcalde mayor de Ledesma toma buena nota la Junta de Ciudad Rodrigo (documento 5 del apéndice) y contraponiéndola a la «actividad y celo» del sargento, da cuenta a la Junta Central señalando cómo el alcalde «frustró el efecto de las diligencias de aquél y los buenos deseos de los vecinos de dicha villa que tan de agrado se prestaron a entregar sus armas y caballos». El alcalde estaba «entregado sin reserva al gobierno francés», añade el documento, y no sabemos ni su nombre ni como terminó su afrancesamiento.

Lo más importante es considerar la aprobación que la Junta hace de la conducta del sargento que —dado el clima de exaltación del momento— podría estimarse en principio excesivamente razonable. Esto no es así, juzgando por quien podía hacerlo con datos suficientes. En el mismo documento 5 a que nos venimos ahora refiriendo, se añade: «Esta Junta de Gobierno ha mirado con la mayor indignación el criminal porte del referido Alcalde Mayor de Ledesma, y si se hallase con fuerza de caballería correspondiente para verificar un golpe de mano (56), ya lo hubiera conducido a disposición de V. M.; y protesta de que si a pesar de este embarazo pudiese proporcionar la ejecución del proyecto, poniéndose de acuerdo con el general inglés Wilson, nada omitirá para llevar a colmo sus patéticos deseos y realizar la saca de caballos y armas de la mencionada villa (57).

4.—*Documentos relacionados*

El resto de los documentos inéditos que publicamos en el apéndice, vienen unos a reafirmar datos ya conocidos y otros a señalar circunstancias de ambiente, como son los que a continuación consideramos.

(56) El subrayado es nuestro.

(57) Esto se escribía el 30 de enero de 1809. No creemos que pudiera llegar a realizarse la «saca». El 22 de febrero del mismo año, ya alférez don Julián, sorprende en Ledesma «a una avanzada» y hace prisioneros a un oficial y treinta y dos hombres.

En el documento de la Junta de Ciudad Rodrigo (número 5) se ha referencia a la remisión a la Junta Central del «adjunto papel (documento portugués reproducido en la lám. VIII y su traducción-documento 4-), que ha remitido el comandante de las tropas portuguesas en la ciudad de La Guardia (58), cumpliendo en esta parte con lo que V. M. le tiene prevenido, acerca de la pronta comunicación de las noticias que adquiriera». Véase cómo se pone especial cuidado en la información, a la que servirían y de la que se servirían de modo destacado las guerrillas, el pueblo y, desde luego, las unidades del ejército regular.

El texto portugués contiene importantes noticias para Ciudad Rodrigo, noticias de derrota fechadas el 29 de enero de 1809 en Guarda (Portugal): derrota del ejército del marqués de la Romana, retirada de Blake a Portugal y presunta derrota de nuestros aliados ingleses en La Coruña (59).

El escrito es además una muestra de la colaboración hispano-portuguesa, materializada en la zona salmantina por parte de nuestros vecinos en las acciones de la denominada «Legión Lusitana» ya citada, y con la que colabora ya y seguirá colaborando nuestro sargento de Caballería (60).

Los tres restantes escritos son, por orden cronológico, los señalados en el apéndice con los números 6-a, 6-b y 7.

El primero da fe de que la Junta Suprema aprueba todo lo que ha hecho la plaza de Ciudad Rodrigo en orden a la requisa de caballos, incluso fuera de su partido, así como el premio de una onza de oro otorgado a García, que aumenta en trescientos veinte reales «para que se estimulen otros a imitar a este hombre intrépido...». Concede las gracias «al esfuerzo y celo patrióticos de Don Julián Sánchez...».

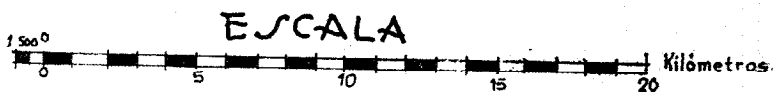
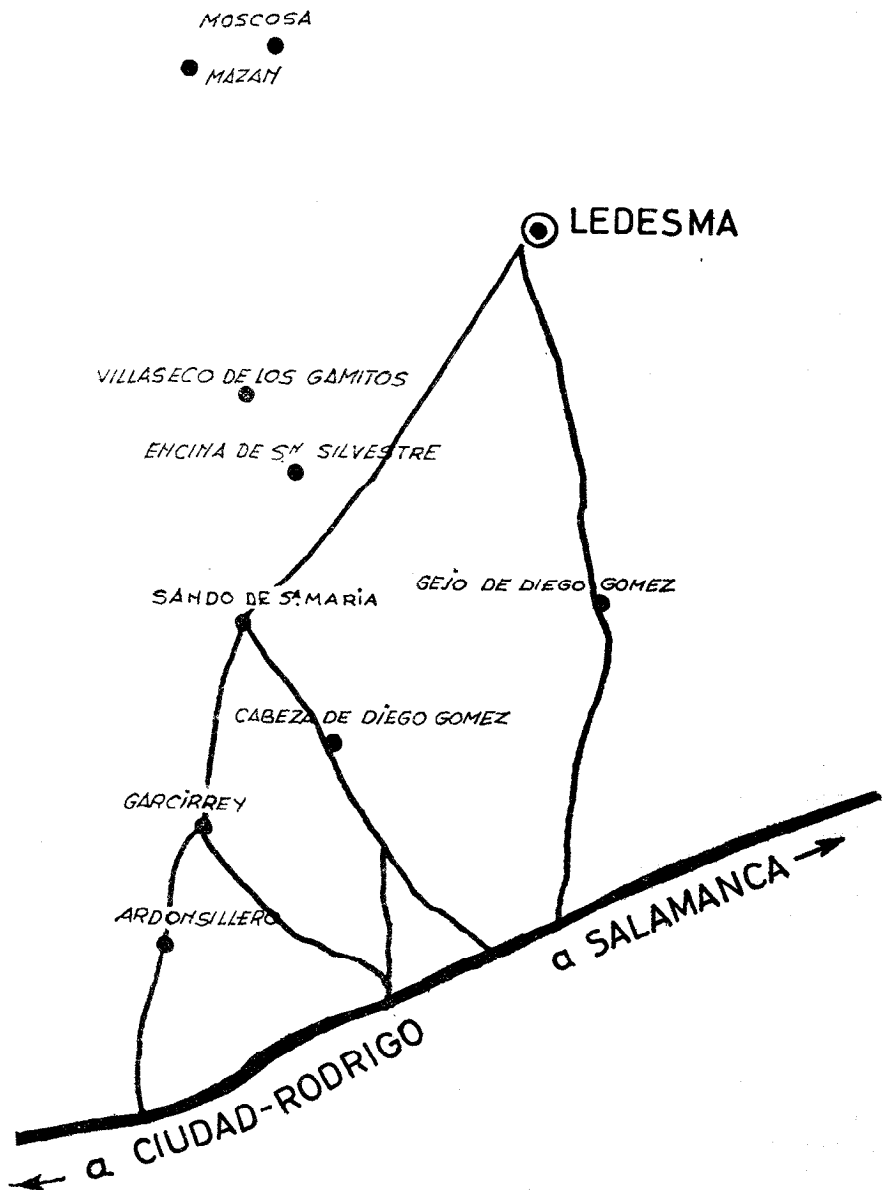
El documento 6-a está fechado en Sevilla el 13 de febrero de 1809, y se dirige por la Junta Suprema a don Antonio Cornel, a la sazón Ministro de la Guerra, para que tenga efecto «la gracia» de haber designado alférez de Caballería al «Sargento de la misma Arma Julián Sánchez, quien con la mayor actividad e intrepidez anda por los pueblos de Castilla ocupados por los franceses recogiendo armas y caballos».

(58) La ciudad de O Guarda, es una capital, en Portugal, del distrito de su nombre, en Beira-Alta.

(59) La batalla de La Coruña tuvo lugar el 16 de enero de 1809.

(60) Al igual que en España, las regiones de Portugal no ocupadas u ocupadas débilmente por tropas francesas, se habían sublevado constituyendo Juntas, que no tardaron en entenderse con las de las provincias españolas limítrofes. Por otra parte, Ciudad Rodrigo irradió también la sublevación a Portugal, y según Sánchez de Arjona en la ob. cit., pág. 35, la Junta de la plaza despachó «varias proclamas a aquel reino» que eran al mismo tiempo incitación a la lucha contra el francés y boletines de información acerca de lo que ocurría en España.

La primera acción que aparece en la hoja de servicios de don Julián, la realizó a las órdenes del citado Wilson (Sánchez de Arjona, ob. cit., pág. 48).



Principales teatros de operaciones de don Julián Sánchez.

Por fin el documento 7 es el escrito que el Gobernador militar de Ciudad Rodrigo, con la firma también del Secretario de la Junta, dirige al Excmo. Sr. D. Martín de Garay, a la sazón Secretario de la Junta Central. El escrito parece responder a alguna pregunta de la Junta Central sobre posible destino del alférez Sánchez, del que se dice que forma parte de las compañías de Voluntarios de Ciudad Rodrigo y que estas unidades «son en la actualidad de la mayor importancia, pues situadas en los puestos avanzados, contienen al enemigo, al cual han escarmentado ya algunas veces». Su fecha (3 de marzo de 1809), es anterior a una serie de acciones, ya muy significativas, de don Julián, y anteriores a su dependencia «reglada» del Duque del Parque, Capitán General de Castilla la Vieja y General en Jefe del Ejército de la Izquierda, bajo cuyo mando alcanzaría aquél el grado de capitán y la autorización para formar un escuadrón de «Lanceros de Castilla» (19-julio-1809) que para el pueblo sería «Lanceros de Don Julián».

He aquí ya a don Julián Sánchez García, capitán de lanceros, galopando por tierras de Castilla tras una gloria que el pueblo hará legendaria. Pero no es precisamente la leyenda ni lo desorbitado lo que cuadra a este soldado que no dejó de serlo al irse transformando en guerrillero. El interés de la posible y deseable biografía de don Julián radica en que es uno de los pocos guerrilleros «medidos» de la Independencia; de los pocos guerrilleros que llevaron a la lucha el sentido de responsabilidad del soldado unido a las condiciones innatas del combatiente. Como decía el Duque del Parque, «demostró Julián Sánchez su actividad y celo por el servicio, conocimiento y singular bizarría, cuyas cualidades, y los ardides que supo emplear para vencer al enemigo, le proporcionaron triunfos, muchos de ellos conseguidos con fuerzas sumamente inferiores y manifestando ya en aquel tiempo su disposición para empresas de mayor consecuencia, como posteriormente lo han comprobado sus hechos (61).

APÉNDICE

Documento núm. 1:

PRESENTACION COMO VOLUNTARIO

(De la obra de Sánchez-Arjona, citada en nota de 2 de la pág. 121).

«Don Antonio de Castro Paz y Fomento, Caballero Veinticuatro de la Real Cárcel de Salamanca, Brigadier de los Reales Ejércitos y Comandante que fue, por nombramiento de la Junta de Armamento y Defensa, de esta Plaza, del Regimiento Voluntarios de Caballería de Castilla la Vieja, que lo formé de orden del levantamiento contra los franceses;

(61) Sánchez de Arjona, ob. cit., pág. 127.

Certifico: Que el Brigadier don Julián Sánchez, fue el primero que se me presentó con su caballo, armas y vestuario voluntariamente a servir de soldado en el expresado Regimiento, y se le sentó su plaza. En las salidas que hizo contra el enemigo, siendo ya cabo y sargento, se portó tan bien que ascendió a oficial, y en las salidas, que hizo de orden del Capitan General de la Provincia, las desempeñó a satisfacción del General, habiendo presentado porción de prisioneros, por cuyos méritos fue ascendido, habiéndose portado con desinterés en todo el tiempo que estuvo bajo mi mando, sin que hubiera queja alguna contra él, antes bien, en todos los pueblos le estimaban y deseaban se detuviera en ellos, pues les libertaba que les invadieran los pueblos.—Y a petición del interesado, le doy ésta en Ciudad Rodrigo, a 17 de octubre de 1815.—Antonio de Castro Paz y Fomento.—Es copia literal de la certificación, que original se me ha presentado y he devuelto; lo que certifico como Comisario de guerra de los Reales Ejércitos.—Santoña, 15 de enero de 1817.—Felipe Pontet.—Rubricado».

Documento núm. 2:

(De los del Archivo Histórico Nacional, encontrados según la referencia del *Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia*, del Servicio Histórico Militar, que dice: «Papeles de la Junta Central Gubernativa del Reino y del Consejo de Regencia durante la Guerra de la Independencia.—Archivo Histórico Nacional.—Legajo 41-E. Partidas mandadas por guerrilleros: ... Sánchez (Julián), 220-225».

(Transcribimos los documentos según su orden cronológico.—Este número 2, es un documento francés, cuyo original reproducimos en la lám. VII. A continuación insertamos su traducción.)

PARTE QUE DA UN GENERAL FRANCÉS

Al Sr. Barón de Lapisse, General de División en Zamora.—Salamanca, 22 de enero de 1809.—Señor General.—Tengo el honor de poner en su conocimiento que un puesto avanzado de Caballería fue atacado ayer noche por un destacamento de vigilancia inglés mandado por un oficial general, tres ayudantes de campo y dos capitanes; que un cabo y seis dragones fueron hechos prisioneros, y que el puesto avanzado, habiendo a su vez cargado al enemigo, recuperó al cabo y los seis hombres, mató a un capitán y a algunos soldados ingleses e hizo prisioneros al segundo capitán y a cuatro soldados. Esperamos ser atacados en cualquier momento. El populacho de Salamanca es tan temible como el enemigo, creo que sería conveniente que se dignase volver a enviarme el tercer batallón de infantería li-

gera que está en Toro, relevándole por un batallón de su segunda brigada. = Le ruego Señor General, que tome en consideración esta petición. = Tengo el honor de saludarle respetuosamente. = El General de Brigada Barón del Imperio. = Barrfaicau. = Barricau.— Rubricado».

Documentación n.º 3.

PARTE DEL SARGENTO JULIÁN SÁNCHEZ

(Del Archivo Histórico Nacional, legajo 41-E). Es autógrafo de don Julián Sánchez. (Se reproduce el original en las láms. V y VI.)

«Señor Gobernador de la Plaza de Ciudad Rodrigo. = El sargento comandante de la partida de Caballería de esa da los partes siguientes: Habiéndome mandado el mayor portugués que celase el partido de Ledesma a fin de que no se entregase a ésta ningún arma ni caballo, la noche del 25 recogí en Garcirrey siete fusiles con bayonetas y cinco carabinas o escopetas; en la misma noche recogí dos escopetas de Berrocalejo, 3 de Ardonsillero, un caballo de la Moral de Castro, dos escopetas del Alcornocal, cuatro de la Cabeza, el caballo francés y el hombre que a usía dije. = El día 26, llegando a las inmediaciones de Sando, tuve aviso iban bastantes para Ledesma, acercándome supe no había ningún francés y que iban a llevarle los caballos. Tomando las alturas y poniendo tres centinelas a la vista, pongo un oficio al Corregidor pidiéndole los caballos al término de una hora al instante con pena de entrar a degüello, a su omisión, a los causantes; en el término de un corto tiempo salieron a mi avanzada dos de la Junta a parlamentar y ofrecerme lo pedido y que vaya a recibirlos a la villa; hice seña a mis centinelas, se reunieron a mí y salí con dos portugueses y uno nuestro a la entrega prometida; dejé a distancia de un cuarto de legua dos hombres que me quedaban para que luego que llegase el cabo con otros ocho que se hallaban a retaguardia, pasasen a la vista de la villa y celasen la entrada; el cual no compareció por mal entendido. A las doce de este día me presenté en la plaza con los ya dichos; con mucho obsequio ostentación recibido y los caballos ensillados, y contentos los dueños en entregarlos mejor a mí que al francés. Muchos vivas y demás glorias y que me hacen apea y subir a la Junta a consultar de la que aprobaron mi petición, dispusieron comiese y los caballos. Interin recogía algunos que faltaban, a las doce y media llegó el Corregidor, que se hallaba fuera, y contradijo la orden a pesar de la mayor parte de ellos, retiró todos los caballos, estuvimos en consulta una hora y por más cargos no quiso ceder ningún caballo y aun anunció alguna intención de aprisionarme a la falta de mi gente y cabo, y receloso del peligro tuve que retirarme a coger un caballo de un amigo que me había ofrecido y también me le detuvo. Cabalgué en el mío y nos retiramos a Sando adonde el amigo vino a cumplir lo

prometido. En este día se cogió un caballo en Encinasola y dos armas, cuatro en el Guejo (entre líneas «armas»). En la noche de este día se cogieron dos caballos en la Encina de San Silvestre y uno en Villaseco de los Gamitos y uno en la Guevara. En el 27 se recogió uno en Espinosa, otro en Gusanos, otro en Mazán, caballos; en este día en la calzada junto a Moscosa quité una carga de armas y cogi un hombre con mil cuatrocientos reales que conducía para Ledesma y su fin Salamanca, de ... (?) ... reales le di el recibo de ellos y quedan en mi poder para presentar a V. S.—Voy a repartir la gente a fin de coger un veredero que anda recogiendo cebada para los franceses. No descanso nada.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Mazán y enero 27 de 1809.—Beso los Pies de V. S.—Julián Sánchez.—Rubricado.—Sírvasse V. S. notificar esto a Castro. Los caballos y armas se conducirán a proporción que pueda. Voy escogiendo los mejores para la Partida; mande V. S. no alargó más por el quebranto y cansancio.—Sánchez.—Rubricado.

Documento núm. 4: **PHATE, DE LA LEGION LUPITANA**

(Del Archivo Histórico Nacional, legajo 41-E). (Es traducción del documento original portugués que se reproduce en la lám. VIII.)

«Ilmos. Srs.—El Capitán del Regimiento núm. 21, mi comisionado, me resalta mucho que Vuestras Excelencias le honraron, y yo les agradezco su favor y les quedo agradecidísimo por su oficio fechado el 27 que ahora recibo; y como el mismo Capitán me dice que Vuestras Excelencias no tienen noticias de Galicia y querían que yo se las comunicara, voy con la mayor pena a señalar a Vuestras Excelencias que el Ejército del Marqués de la Romana se deshizo de tal modo que el General Blake se retiró a Portugal con la Caja Militar, entrando en Chavez el 21 del corriente: El Ejército inglés quedaba encerrado en La Coruña y estará ya embarcado. No quisiera dar a Vuestras Excelencias noticia tan desagradable, pero dado que aun no la tenían, no puedo dejar de comunicársela, pidiéndoles quieran darme las que tuvieran de los movimientos enemigos por esta parte.—Dios guarde a Vuestras Excelencias.—Guarda, 29 de enero de 1809.—Marcel Pinto Barcelar.—Ilmos. y Excmos. Sres. Presidente y Diputados de la Junta de Armamento y Defensa de Ciudad Rodrigo».

Documento núm. 5:

INFORME DE VARIAS PETICIONES

(Del Archivo Histórico Nacional, legajo 41-E).

«Señor.—En cumplimiento de lo mandado por V. M. se está realizando con la mayor actividad la requisición de caballos en esta

ciudad y pueblos de su partido, extendiéndola del modo posible a los de Salamanca, Ledesma y Alba que están dominados por los franceses a consecuencia de hallarse en este estado las respectivas capitales. = El parte original que en fecha de 27 del corriente dirigió a esta Junta el sargento comandante de una de las partidas avanzadas de Caballería, que se dirige a manos de V. M., presenta una idea nada equívoca de las medidas que se han tomado para extraer los caballos y armas y evitar que de unos y otros puedan aprovecharse los franceses en daño nuestro, de la actividad y celo intrépido con que dicho sargento se ha conducido en servicio de la Patria y de la conducta delincuente del Alcalde Mayor de la villa de Ledesma que, entregado sin reserva al gobierno francés, frustró el efecto de las diligencias de aquél y los buenos deseos de los vecinos de dicha villa que tan de grado se prestaron a entregar sus armas y caballos para que se condujesen a esta capital. = Esta Junta de Gobierno ha mirado con la mayor indignación el criminal porte del referido Alcalde Mayor de Ledesma, y si se hallase con fuerza de Caballería correspondiente para verificar un golpe de mano, ya lo hubiera conducido a disposición de V. M.; y protesta que si a pesar de este embarazo pudiese proporcionar la ejecución del proyecto poniéndose de acuerdo con el General inglés Wilson nada omitirá para llevar a colmo sus patrióticos deseos y realizar la saca de caballos y armas de mencionada villa. La Junta presenta a V. M. este suceso para satisfacción del sargento expresado que no sólo en ésta sino en otras ocasiones ha dado testimonio de su valor y amor a la Patria, no siendo el menor el haberse presentado voluntario con armas, caballo y uniforme. = En la sesión de la noche anterior se presentó en esta Junta José García, vecino de la villa de Alaejos, que en la tarde del 22 del corriente y en la calzada de Salamanca a Zamora, a cuyas inmediateces apacentaba los ganados lanares de su cargo, sorprendió y quitó la vida a un soldado francés de Caballería que conducía la carta que pasa a manos de V. M., con la que y el caballo sin armas se presentó en el lugar de Garcirrey desde donde ha venido a esta plaza. Ha manifestado que la silla y el freno de dicho caballo y las armas, las dejó ocultas en un monte cercano al sitio del suceso, excepto una pistola que reservó para su defensa, habiendo adoptado esta medida para evitar el que si le encontraba alguna tropa francesa corriese grave riesgo su persona, teniéndolo desde luego, al menos, por robar del caballo. = La Junta después de aquel examen que corresponde, acordó darle gracias por su rasgo de valor y buen servicio y que se le entregase el caballo aprehendido o su valor según tasación, creyendo muy oportuno este medio para estimularlo a iguales empresas. = Aquí se espera que vengan a reunirse muchos mozos útiles para las armas de los partidos de Salamanca, Ledesma, Alba, Piedrahita, Béjar y Barco de Avila con el objeto de sustraerse a la conscripción que tienen por disposición del Gobierno francés, y del último hay noticia de que acaso en este mismo día lle-

12 de Mayo de 1862

Señor General
M. de la Cruz
Comandante en Jefe
Ejército de la Libertad
Cuba



Yo el General en Jefe de las Armas de la Libertad, en nombre de la República de Cuba, felicito a V. S. por el valor y el heroísmo que ha demostrado en la guerra que sostiene contra el invasor extranjero. Espero que pronto veamos a V. S. en el campo de batalla, para que con sus dadas y talentos pueda contribuir a la liberación de nuestra patria.

A. H. N. ESTADO

12 de Mayo de 1862

Yo el General en Jefe de las Armas de la Libertad, en nombre de la República de Cuba, felicito a V. S. por el valor y el heroísmo que ha demostrado en la guerra que sostiene contra el invasor extranjero. Espero que pronto veamos a V. S. en el campo de batalla, para que con sus dadas y talentos pueda contribuir a la liberación de nuestra patria.

Yo el General en Jefe de las Armas de la Libertad, en nombre de la República de Cuba, felicito a V. S. por el valor y el heroísmo que ha demostrado en la guerra que sostiene contra el invasor extranjero. Espero que pronto veamos a V. S. en el campo de batalla, para que con sus dadas y talentos pueda contribuir a la liberación de nuestra patria.

A. H. N. ESTADO

Comandante

Parte francés interceptado al enemigo por José García, pastor, que mató al soldado francés que lo llevaba y se apoderó de sus armas y caballo. Es el documento núm. 2 del apéndice.

M. de U. de



Comandante

Capitão do Regimento nº 1.º de Artilharia de Campanha
onada me vigora em título q' V. Ex.ª obsequiou, e au
lhes agradeço a seu favor, e officia obrigavissimo
pello seu officio da data de 27 q' agosto de 1809, e co
mo com o mesmo Regt. me dia q' V. Ex.ª não temha no
pessoal do parte da Galleria e queorias q' eu lhas par
teciha e me vou com os saior de q' o tempo me vigora
a V. Ex.ª q' o Exército de Marquês de Romana de di
pessoal de tal modo, q' o General e Plac. se retirou a
Portugal com a caiza Militar entrado em Oporto
no dia 21 de corrente: O Exército Ingles ficou a
fervellhada na Contra e estava ja embarcado. Eu
vós q' o tempo dar a V. Ex.ª noticia las de q' agraça sel
mas visto q' ainda anas temha's mas posso dize
de participar lhas pedindo lhas queiras dar-me as
q' tiverem dos movimentos do inimigo por estaja
D. J. al Ex.ª Guarda da Real de Janeiro de
1809

A. R. N. ESTADO

M. de U. de

El Encargado de Negocios de Portugal
a Representação do Governo de Armas
de Portugal e do Regt. de Cidadão de Lisboa

garán quinientos hombres.=Nada sería tan agradable a esta Junta de Gobierno única en Castilla, como el prestar a esta juventud fugitiva del opresor de la Europa a un asilo cómodo, dando al mismo tiempo a los Ejércitos soldados valientes e instruidos; pero, a pesar de sus deseos, la falta total de fondos y la imposibilidad de recursos en este país y la de armas para el armamento de tantas gentes, no le permiten llenar sus patrióticas intenciones como quisiera.=Confiesa a V. M. que en esta situación ignora qué partido tomar, ya que la total carencia de intereses... (hay un renglón que no puede leerse) ...servir en la seguridad de que si como espera viniesen a esta Plaza los mozos de los partidos indicados se acordará en la manera posible el modo de librarlos del yugo francés haciéndolos útiles a la Patria, ya sea remitiéndolos desde luego al Ejército más inmediato que es el de Extremadura o ya providenciando según las circunstancias.=Dirige a V. M. esta Junta el adjunto papel que ha remitido el Comandante de las tropas portuguesas en La Guardia, cumpliendo en esta parte con lo que V. M. le tiene prevenido acerca de la pronta comunicación de las noticias que adquiriera.=Para evitar que los franceses que dominan a Salamanca se apoderen de las considerables porciones de granos que los pueblos de su partido inmediatos a éste existen empaneradas y pertenecen a comunidades y Cuerpo de aquella ciudad y a la casa de la Villa, ha expedido esta Junta las más estrechas órdenes para que a la mayor brevedad se verifique su traslación a esta capital haciendo lo mismo con todo lo perteneciente a los ramos del Noveno y General y a fondos que con cualquiera título pertenezcan a la Rael Hacienda. Esta Junta lo pone todo en la alta consideración de V. M. persuadida a que merecerá su soberana aprobación.=Nuestro Señor guarde a V. M. muchos años.=Ciudad Rodrigo 30 de enero de 1809.=Señor.=Como Gobernador y Presidente, Ramón Blanco, rubricado.=José María del Hierro, vocal Secretario».

(Al margen del documento y en su primera hoja):

«La Junta ha acordado nombrar Alférez; que al paisano se le dé una onza de oro además del valor del caballo y armas advirtiéndole que haciendo iguales servicios se le dará pan y prest para toda su vida... (parece decir luego el documento, «lo demás aprobarse... y... mientras guerra»).

* * *

Documento n.º 6-a.

NOTIFICACION DE ALFÉREZ
(Del Archivo Histórico Nacional.—Legajo 41-E).

«Al Señor Dn. Antonio Cornel.=Sevilla 13 de febrero 1809.=
La Junta de Ciudad Rodrigo tiene comisionado con las avanzadas

de Caballería al sargento de la misma arma Julián Sánchez, quien con la mayor actividad e intrepidez anda por los pueblos de Castilla ocupados por los franceses, recogiendo armas y caballos, y deseando S. M. premiar el mérito que ha contraído y está contrayendo en este importante servicio y excitar más su celo y patriotismo, se ha dignado nombrarle Alférez de Caballería; y lo comunico a V. E. de Real Orden para que esta gracia tenga el efecto correspondiente. Dios guarde a V. E. muchos años.»

* * *

Documento núm. 6 b.

APROBACIÓN DEL NOMBRAMIENTO
(Del Archivo Histórico Nacional.—Legajo 41-E).

«Esta Junta enterada de la Real Orden que V. E. le comunica con fecha 13 de febrero en que S. M. se digna aprobar todo lo practicado por ella en punto a la requisición de caballos que ha extendido a los pueblos dominados por el enemigo, aunque no sean de este partido, como el premio concedido a Francisco García, vecino de la villa de Alaejos, sirviéndose añadir trescientos veinte reales para que se estimulen otros a imitar a este hombre intrépido, se ha llenado de satisfacción; pues que las operaciones expresadas son tan conformes a las superiores intenciones de S. M.; y habiendo fijado en los puntos acostumbrados las gracias concedidas, tanto al esfuerzo y celo patriótico de Don Julián Sánchez, sargento de las compañías de estos voluntarios, cuando al aumento de gratificación al primero, espera que ambos tendrán imitadores, debiendo esto a las siempre sabias disposiciones con que S. M. los estimula.»

Documento núm. 7.

PROPUESTA DE LOS VOLUNTARIOS DE CIUDAD RODRIGO
(Del Archivo Histórico Nacional.—Legajo 41-E).

«Don Julián Sánchez, agraciado por S. M. con el empleo de Alférez de Caballería, era antes de esta gracia sargento de una de las compañías de este Arma que la necesidad y el patriotismo creó de la tropa reunida en junio pasado para la defensa de esta Plaza, habiéndose presentado voluntariamente con su caballo y armas pronto a cualquier servicio. Estas compañías, al presente, con el título de Voluntarios de Caballería de Ciudad Rodrigo, son el actualidad de la mayor importancia, pues situadas en los puestos avanzados contienen al enemigo, al cual han escarmentado ya algunas veces. = Dios guarde a V. E. muchos años. = Ciudad Rodrigo 3 de marzo de 1809. = Ecmo. Sr. = Como Gobernador Militar, Ramón Blanco, rubrica-

do.=José María del Hierro, rubricado, vocal Secretario.=(Al pie),
Excmo. Sr. Don Martín de Garay.»

* * *

La traducción y transcripción de los documentos, se ha hecho tratando de respetar exactamente su texto, alterándolo sólo levemente por exigencias de ortografía y adecuada comprensión.

LA EXPEDICION CANTABRA, DEL MARISCAL DE CAMPO DON MARIANO RENOVALES

por CARLOS MARTINEZ-VALVERDE
Capitán de Navío

Durante la guerra de España contra Napoleón Bonaparte, después llamada de la Independencia, a lo largo de toda la contienda, se suceden operaciones anfibia en las costas españolas ocupadas por los franceses: en las de Levante se desarrollan las lanzadas desde Tarragona y Alicante, y como bases de más a retaguardia, Mahón y Cartagena; en las del Sur, desde Cádiz, se dan golpes de mano de tipo marítimo contra los buques corsarios enemigos apostados en las cercanías, y otros, con desembarco, en las dos alas de la «fortaleza marítima gaditana» en la de Levante y en la de Poniente (Serranías de Ronda y de Huelva, respectivamente), además de las acciones frontales marítimas y anfibia que se desarrollan en aquel frente (1). Hubo también desde aquella zona de operaciones y hacia ella, abundancia de movimientos de fuerzas por líneas exteriores —transportadas por mar— como las que precedieron a las batallas de Chiclana y de la Albuera, y transporte a Almería del ejército del general Blake. En Levante, también, hubo acciones combinadas de mar y tierra y desembarcos de gran estilo, como el de la División Anglo-Siciliana-Española ...

En todas estas operaciones intervienen la Marina Británica y la Española en apoyo de las Tropas del Ejército, éstas, la mayor parte las veces, españolas. Nuestra Marina armó toda una pléyade de embarcaciones de poco tonelaje muy a propósito para este género de guerra.

En el Cantábrico, que es donde se va a desarrollar la expedición de Renovales, ya el 1809, Díaz Porlier, «El Marquesito», había dado algunos golpes de mano coronados por el éxito en Lequeitio, Baquio, y Plencia. En la Costa asturiana, Ballesteros había desembarcado bajo el fuego enemigo en Figueirúa y Porcillán, tomando de revés la lí-

(1) Se puede comprender por «fortaleza marítima» un complejo de posiciones coordinadas, bien armadas y guarnecidas, comprendiendo puerto y núcleos de población civil, incluso, basado en el mar en el aspecto logístico. Base, también de operaciones terrestres y navales, defendida por fuerzas del Ejército, pero actuando intensamente en la defensa las de Marina, como en el caso de Cádiz.

nea del Nalón y atacándola. También en dicho año, el tener el dominio del mar permite la retirada de Gijón del Marqués de la Romana, en flexible maniobra, ante el ataque iminente de fuerzas imperiales muy superiores en número; las mandadas por Ney, procedentes de Galicia, y las de Bonnet, de Santander (2).

En 1810, antes de decidirse la Expedición Cántabra de que vamos a tratar, otra vez Díaz Porlier, con tropas españolas apoyadas por las fragatas británicas del comodoro Ménds, cuyos buques estaban basados en la Coruña, y algunos buques armados españoles, partiendo de Ribadeo, base avanzada de operaciones, había desembarcado, con éxito, en Santoña —sin ánimo alguno de conservar en su poder la plaza—, destruyendo baterías enemigas y haciendo más de 200 prisioneros, apoderándose de unas 50 embarcaciones para evitar fuesen de utilidad por los franceses para el tráfico costero, la pesca, o ser armadas como corsarias. El 10 de julio había desembarcado en Bermeo, efectuando una leva de paisanaje (3), sin haber reacción importante del enemigo, que al tener muy diseminados sus efectivos, tanto en la guarda de la costa como de las comunicaciones terrestres, carecía de fuerzas que oponerle. Así lo manifestaban en sus comunicados oficiales los generales Touvenot y Avril. El 5 de agosto, el incansable Díaz Porlier, que había tomado el gusto a la guerra anfibia (quizá reminiscencias de su origen en el servicio en la Armada) (4), desembarcó en la ensenada de Cuevas del Mar, en la costa asturiana, situada entre Llanes y Ribadesella, e internándose, extendió su acción a la zona limítrofe de Santander y de Asturias, con gran quebranto de los destacamentos enemigos.

En el año siguiente, 1811, a pesar del triste resultado de la Expedición Cántabra, habrían de proseguirse las operaciones anfibias en aquella tan procelosa costa, con fuerzas británicas mandadas por el general Douglas, y otras españolas, con el apoyo de las fragatas del comodoro Popham y de buques españoles de menor tonelaje, llegando a fijar de este modo en la costa unos 20.000 hombres, con gran disminución, por lo tanto, de las fuerzas de maniobra del Ejército francés de la zona norte de la Península. En 1812 tendrá lugar, entre otras actividades de menor importancia, la defensa de Castro Urdiales, con apoyo naval, y su evacuación al hacerse imposible toda resistencia. También en este año tendrán lugar las grandes

(2) En operación de mayor escala debemos recordar la retirada, por mar, del ejército de sir John Moore, desde Vigo y La Coruña, en 1809, para aparecer después, en mayor fuerza, en Portugal.

(3) Cosa difícil; más adelante habría de contestar el General Mahy a Renoules: «He recibido el papel de V. S. en que con sobrada razón me representa el despego que se nota en muchos de los oriundos de Vizcaya hacia nuestra defensa, procurando por todos los medios evadirse por mar».

(4) Había entrado en el Servicio de las Armas como Guardia Marina y como tal tomó parte en la batalla de Trafalgar. Pasó después al Arma de Caballería. Hizo una admirable guerra de guerrillas, de movimiento, en las llanuras de Tierra de Campos, de modo parecido a la que pudiera hacerse en la mar.

operaciones marítimas logísticas al cambiar Wellington su base de operaciones de Lisboa a Santander y a Bilbao, cuando sus ejércitos alcanzaron la línea del Ebro.

Normalmente, las operaciones contra la costa en el Cantábrico no tuvieron como objetivo la ocupación de territorio o el apoderarse de alguna plaza para conservarla. Sin embargo, la Expedición Cantábrica sí tenía entre sus objetivos —y de modo primordial— la conquista de una: la de Santoña. Esta plaza y su pequeño puerto eran de gran importancia, como habían de demostrarlo posteriormente los acontecimientos. Desde que se empezó a hablar de ella, estuvo en la mente de Napoleón la firme determinación de vincularla al Imperio desgajándola del Reino asignado a su hermano José. Es uno de los puntos de fricción que hubo entre ambos cuando el Rey Intruso, sintiendo su responsabilidad ante la Historia y ante sus súbditos —y con indudable afecto— defendió la soberanía del Estado que los acontecimientos de Bayona habían puesto bajo su gobierno (5).

Santoña podía ser una magnífica base de operaciones terrestres para actuar en toda su zona colindante y en lo marítimo, una importante base para los corsarios franceses. Era muy importante para los españoles quitar a los enemigos estas posibilidades y que pasasen a los patriotas. La posición de Santoña, en lo que al mar se refiere, era más central que la de Vivero y Ribadeo, que empleaban como base nuestras fuerzas navales sutiles contra toda la parte de costa situada a Levante, ocupada por los invasores (6).

La ingente península o Monte de Santoña es un peñón de naturaleza calcárea con muchas escabrosidades y acantilado en casi todo su contorno, desde la playa de Berria, situada al noroeste de la plaza, dando la vuelta por el norte y por el este, hasta la villa misma, situada al suroeste del peñón. Por la parte del oeste, la posición está defendida por una amplia marisma, por la que discurren, serpenteando, los canales de Argoños y de Bóo y sus numerosas ramificaciones, formando todos, y en especial el último, con la ría de Colindres, un formidable obstáculo.

El Peñón tiene varios picachos; el más elevado está formado por dos tetones: Buceiro, el del oeste y Ganzo, el del este; ambos con alturas cercanas a los 370 metros. Otro pico dominante es el de

(5) Para dejar bien sentado el interés que Napoleón tenía por Santoña, basta decir que por el Convenio de Valencey (dic. de 1813, puesto en vigor el 24 de marzo de 1814) no se restituía esta plaza al dominio de España, quedando en poder de los imperiales hasta la firma del tratado general de Paz en Europa. Entonces —es curioso consignarlo— el comodoro británico que mandaba las fuerzas navales del bloqueo pretendió que se le entregase la plaza, pero el Gobernador francés, receloso de que se reprodujese el caso de Gibraltar, se negó, esperando la llegada de tropas españolas, a las que hizo la entrega de tan solicitada plaza.

6) Vivero y Ribadeo fueron en condiciones estratégicas muy semejantes, en nuestra Cruzada, utilizadas por nuestras fuerzas navales ligeras, los famosos «Bous» del Cantábrico, sucesoras, en cierto modo, de nuestras fuerzas navales sutiles de la Guerra de la Independencia.

Nespral, con 332 metros de altitud; en él estuvo instalada una atalaya con carácter permanente.

La boca de la ría de Colindres, llamada también de Santoña, está comprendida entre la Punta de San Carlos, en el Peñón, y la larga punta de arena que avanza desde Laredo, llamada el Puntal o Punta del Pasaje (porque desde ella, en bote, se pasaba a Santoña), formando la inmensa playa de aquella villa, conocida también por el nombre de Arenal de Salné. Separa el Peñón de la susodicha punta un canal profundo, con fuertes corrientes de marea que en modo alguno puede vadearse. Forma, pues, el Peñón de Santoña, con su plaza y fortalezas, una posición muy difícil de expugnar. Así lo vio el mando francés y dedicó a su fortificación —después de la expedición de que tratamos— toda la atención y el gasto que merecía (7).

En lo que se refiere al puerto, posible base de operaciones para embarcaciones ligeras, había, y sigue habiendo, dos fondeaderos: el interior, con fondo de arena y fango, esto es, con buen tenero; y el exterior abrigado de los vientos de componente oeste, es decir, más abrigado que el interior en los casos de fuertes temporales de los cuadrantes tercero y cuarto, siempre que no rebose mucha mar de las puntas.

Estas son, a grandes rasgos, las características del objetivo principal de la Expedición Cántabra. Veamos cómo se concibió.

En febrero de 1810 el Consejo de Regencia había tomado el mando de la nación en Cádiz, plaza donde se refugió la Junta Central existente en Sevilla (y que se disolvió seguidamente), ante el avance del ejército del Mariscal Soult en su invasión de Andalucía. La retirada fue debida a que se consideraba que para defender Sevilla eran necesario unos 40.000 hombres, con los que no se contaban. Defendían la Isla gaditana, refugio, como se ha dicho, del Gobierno, el ejército del Duque de Alburquerque— retirado por su iniciativa para ese fin desde Extremadura—, las marinas Británica y Española y las milicias que en Cádiz y en la Isla de León se pudieron organizar.

(7) Santoña, después llegó a estar muy bien defendida, cuando los franceses completaron las obras. Guardaron las avenidas de tierra por los fuertes del Erusco y del Gromo. Defendieron la playa de Berria contra un posible desembarco con el primero de aquéllos, y la batería de la Cueva, situada en la parte oriental, en la Punta del Dueso. Cerca de la aldea de este nombre construyeron una amplia plaza de armas con repuestos de pólvora, cuarteles y almacenes. En posición más elevada, en la parte oeste del Peñón, construyeron un fuerte que en los planos actuales se denomina del Mazo, pero que aún el pueblo conoce con el nombre de Fuerte Napoleón. La villa estaba amurallada, con tres reductos en el lienzo del Sur. En la punta meridional del Peñón reforzaron el fuerte de San Carlos (construido originariamente en 1668). En la punta sudoeste está el Castillo de San Martín, y entre éste y el de San Carlos construyeron las baterías del Solitario y de Galván (alta y baja). Enfrente, en la Punta del Pasaje, había otro fuerte que con el de San Carlos defendía el fondeadero interior. El exterior estaba defendido por la batería de San Felipe, en la Punta del Caballo. Dicho fondeadero está situado entre dicha punta y la del Fraile. La fortificación que en la actualidad se conserva es, en su mayor parte, de la segunda mitad del siglo XIX.

El Consejo de Regencia pensó en seguida en coordinar esfuerzos que hasta entonces se habían mantenido dispersos, perdiéndose por tanto mucho de su eficacia. Del diario de operaciones del referido Consejo podemos recoger: «Es preciso llamar la atención del enemigo por varias partes, especialmente por Vizcaya y por Navarra». El Consejo de Regencia tenía gran esperanza e interés en esta operación, y así lo hace constar en su «Diario de Operaciones»: «Los acometimientos a Vizcaya que ha verificado el Jefe Porlier, con el auxilium de los ingleses y con no poco fruto, Renovales los reiterará, según los últimos avisos, con mayor fundamento...». De muy distinto modo que se esperaba se iban a desarrollar los acontecimientos.

Se decidió la formación de una división volante preparada especialmente para operar desde el mar sobre la costa Cantábrica, designándose para el mando de ella al mariscal de campo don Mariano Renovales, vascongado de nacimiento (era natural de Argentales, Vizcaya), acreditado antes en las guerrillas roncalesas, y también se había distinguido por su valor heroico en Zaragoza, donde por sus méritos había sido promovido al empleo de Brigadier (8). Renovales tenía «tenía un carácter vehemente e impetuoso y era valiente hasta la temeridad». Se había batido a las órdenes de Liniers en la reconquista de Buenos Aires y allí había sido promovido al empleo de comandante. La verdadera revelación de su mérito había sido en Zaragoza. Al capitular la plaza quedó prisionero, siendo libertado cuando era conducido a Francia por una guerrilla del Roncal, tomando el mando de aquella región en su resistencia contra el invasor. Cuando se le dio el mando de la Expedición Cántabra estaba comprometido con el marqués de Ayerbe en un audaz plan conocido con el nombre de «Proyecto Secreto» para libertar a Fernando VII y, sacándole de Valençay, traerle por mar a España. Cuando aceptó el mando de la Expedición no abandonó el referido proyecto; quería que el de Ayerbe le siguiese a La Coruña —como lo hizo— para una vez terminada la Expedición seguir adelante en el proyecto de liberación del «Deseado», cosa que consideraba como el más glorioso remate de la operación. El de Ayerbe le ayudó mucho, en La Coruña,

(8) Renovales había ingresado en el Servicio de las Armas en Buenos Aires, donde residía con su familia, alcanzando el grado de Teniente, pero se vio obligado a dejar el servicio por intereses de familia para dedicarse al comercio. Volvió al servicio activo con ocasión del ataque de los ingleses de 1806. Al empezar la Guerra de la Independencia se hallaba en España y se ofreció inmediatamente a la Autoridad Militar, siendo destinado a Zaragoza, mereciendo ser felicitado varias veces por Palafox por su comportamiento heroico.

Después mandó las guerrillas del Roncal. Ascendido a brigadier fue destinado a las fuerzas que operaban en la Mancha. Al terminar la Guerra fue condenado a muerte por sus ideas liberales, pero se fugó a Francia. Allí fue trabajado para que tomase partido por los insurgentes americanos. Dio cuenta al Gobierno español y, aparentando haber accedido, pasó a América para hacer abortar el movimiento separatista, consiguiendo apartar a muchos. A pesar de ello, al intentar desembarcar en la Habana, fue detenido y encarcelado, muriendo en la prisión.

en la preparación de la expedición que pronto se manifestó dificultosa (9).

En mayo del referido año de 1810 el Consejo de Regencia había comisionado a don Eusebio Bardaxí, Secretario de Guerra interino, para que pusiese de acuerdo al mariscal de campo Renovales y al teniente coronel Zuasnavar, a los que por separado se había encargado de efectuar expediciones a la costa de Vizcaya y a la frontera, «operaciones incompatibles, con las que se aventuraba el buen éxito por su misma discordancia». Bardaxí coordinó las dos expediciones, quedando el plan a seguir concebido en los siguientes términos: «Primero: apoderarse del importante punto de Santoña y del puerto de Guetaria, fortificando el primero que en la actualidad se halla descuidado y que bien guarnecido es insuperable.—Segundo: destruir las fábricas de municiones de Eguy (*sic*) —probablemente Euguy— y de Orbayceta, de donde sacan las suyas los enemigos, y que por su situación son indefendibles. Tercero: Cortar los principales caminos, especialmente el Real de Irún, a fin de dificultar al enemigo la entrada, socorros, e imposibilitar la conducción de artillería».—El Consejo de Regencia había aprobado el plan expuesto, pasando a estudiar el modo de arbitrar recursos para llevarlo a cabo, disponiendo que ambos jefes, Renovales y Zuasnavar, se trasladasen a Galicia para allí organizar sus fuerzas. Se ofició al capitán general de aquel Reino, don Nicolás Mahy, «para que facilitase cuantos recursos pidiese» Renovales, e igualmente al Comandante General del Departamento del Ferrol, para que diese los elementos de transporte necesarios, alguna fuerza, artillería y municiones. Se prevenía en las instrucciones que una vez que los expedicionarios se apoderasen de la Península, plaza y puerto de Santoña, se provocaría desde allí la rebelión de Santander y de las Vascongadas. Deberían llevarse desde Cádiz caudales y armas (medio millón de reales y 1.500 fusiles) y habían de ir con la expedición algunos sargentos y cabos vizcaínos reclutados en el ejército de la Isla del León, que por ser conocedores de aquel terreno y de la lengua vascongada, serían muy buenos guías y tendrían en gran predicamento entre sus paisanos. La expedición recibió oficialmente el nombre con que ya la veníamos llamando: «Expedición Cántabra». El 11 de mayo Renovales había ascendido a mariscal de campo.

Hasta entonces cada capitán general Jefe de zona de operaciones había dispuesto las que considerase pertinentes; el deseo de ser Soberanas todas las Juntas, con la independencia que ello daba a

(9) Después de una larga espera en La Coruña, el Marqués de Ayerbe decidió, al fin, hacia el 13 de septiembre, llevar a la práctica, él solo, el «Proyecto Secreto». Con este objeto se trasladó al Roncal acompañado de un Capitán de Estado Mayor, riojano, llamado Wanestron; disfrazados ambos y acompañados por un arriero; «llevando los caudales necesarios para vencer dificultades» —según expresión del Marqués—. La aventura tuvo un final desgraciado y trágico, pues fueron asesinados por unos soldados tránsfugas, en las inmediaciones de Lerín, en Navarra.

sus jefes militares con respecto a los de otras, y la dificultad en las comunicaciones, había llevado a ese *modus operandi* (10). El disponerse desde Cádiz que se realizase una operación como la Expedición Cantabra, con Jefe designado por el Consejo de Regencia, era en realidad cosa nueva. Se salía de los moldes de guerra empleados hasta el momento.

La Marina, con arreglo a las órdenes recibidas, dio barcos, cañones y hombres, pero Mahy no dio a Renovales lo que le pedía a pesar de haberle manifestado «su propensión decidida a proteger una operación de la que deben esperar tan positivas ventajas para la Nación.»

Los preparativos para la expedición se desarrollaron muy lentamente; veámoslo a través de documentos existentes en el archivo de la Guerra de la Independencia del Servicio Histórico Militar de nuestro Ejército. En septiembre, el día 4 —esto del diario de operaciones de la Regencia— comunicaba Renovales al Consejo de Regencia, desde La Coruña, «que tenía en su poder 1.300 fusiles con sus correspondientes bayonetas; 3.000 fornituras completas de cartucheras y correaes; 30 piezas de artillería, con las correspondientes municiones; 500.000 cartuchos de fusil, 1.000 sables, 6 lanchas cañoneras, 2 goletas, 1 fragata española y 5 británicas, para conducir los 3.000 hombres de tropa de los tres batallones que se están organizando. Aclara que cuenta con el apoyo británico, pues el comodoro Mens (*sic*) que manda una división de cinco fragatas en aquellas aguas, se ha ofrecido a tomar parte en la expedición con todas sus fuerzas y, además, ha enviado a Inglaterra una goleta en busca de fusiles. Ante esa buena disposición del Jefe británico pide Renovales al Consejo que se le conceda una vena en cualquiera de las Ordenes Militares, en suposición de que sea católico.—El Consejo contestó manifestando deseos de acceder a otorgar a Mens esa recompensa, pero explorando previamente el efecto que causaría en Inglaterra, ya que el acceder el Comodoro a recibirla suponía la pública declaración de ser católico y en aquella nación, por ese motivo, se excluía a los ciudadanos de todo empleo público.

En documento de fecha 7 de septiembre podemos ver la verdadera orientación de la Expedición. Es de Renovales a Mahy: Empieza diciéndole que el marqués de Ayerbe ya le ha comunicado la imposibilidad de que el referido General le auxilie «con las tropas que le indicó necesitaba...». Pasa después a comunicarle el móvil de la Expedición: «debo apoderarme —le dice— del Puerto de Santoña, como punto interesante para poner en insurrección general las provincias septentrionales de nuestra España, sostenido por fuerzas marítimas de nuestra aliada la Gran Bretaña, que lo desean también vivamente y ofrecen por su parte auxiliar con armas, municiones y

(10) Cuando se dio a Blake un Mando de una gran extensión: Aragón, Cataluña y Valencia (en tiempos de estar sitiada Gerona), se había visto impotente para desempeñarlo y obligado a renunciar a él.

debo llevar P. Max; con arreglo á las ins-
 -trucciones del Gobierno deben emprender mis
 operaciones por la Provincia de Santander,
y la primera diligencia desembarcar en
Santoña y fortificar este punto interesante^{como}
apoyo de todas mis ultimas operaciones;
 Los Oficiales y pertrechos necesarios al efecto es-
 -tan pronto en la mayor parte, solo me hacen
 suma falta sesenta y dos Artilleros que espe-
 -ro me facilite V. E. con los correspondientes
 oficiales, Sargentos y fauor: con la llegada
 de Ugarramendia espero con ansia para
 poner en ejecucion la empresa.

Espero me indique V. E. la ruta por
 donde debemos tener entablada nuestra co-
 -municacion, con las demas advertencias q.
 tenga abien trasladarme para el mejor
 acierto y desempeño de todo.

Haviendo sido interceptado un correo

Fragmento del escrito en que el Mariscal de Campo Renovales da cuenta al General Mahy de la misión que tiene encomendada, al tiempo que le hace algunas peticiones. En él expresa claramente que su «primera diligencia (ha de ser) desembarcar en Santoña y fortificar ese punto interesante como apoyo de todas (sus) ultimas operaciones». (El subrayado es del autor.)

de más... Convendría mucho —continúa— que comunicando a V. E. su orden superior a las Tropas Aturianas y auxiliares obrasen eficazmente sobre el enemigo en el momento que yo intente el desembarco en aquel punto de la costa de Cantabria...». Le da cuenta de «la extensión de su mando», que dice ser «todas las Provincias Vascongadas, la Rioja y Santander» y dice haber pasado ya órdenes a las Tropas y Partidas que han destinado allá para que molesten a los enemigos para impedir entorpezcan el desembarco de 2.000 hombres que ha de llevar por mar. —Ya no piensa, pues, en llevar 3.000—.

Dice claramente: «Con arreglo a las instrucciones del Gobierno *deben empezar sus operaciones por la provincia de Santander y la primera diligencia desembarcar en Santoña* y fortificar este punto como apoyo de mis ulteriores operaciones.»—No habría de hacerles de este modo—.

Dice tener listos «los efectos y pertrechos necesarios», pero que le hacen mucha falta sesenta y dos artilleros, que espera que se los facilite el General con los correspondientes Oficiales, Sargentos y Cabos. Dice que espera con ansia tener todo esto para poner en ejecución la empresa. Como anexo remite estados de fuerza tomados a los franceses (11).

Ya es octubre y aún está pidiendo Renovales a Mahy las fuerzas que necesita. Le dice en un oficio que el marqués de la Romana —a quien se ha recurrido— le ha asignado un batallón de la Guardia Nacional de 1.300 plazas, pero que debido a ciertos destacamentos tan sólo puede disponer de 600 hombres. Le recuerda la orden con fecha 19 de julio le comunicó S. M. (el Consejo de Regencia) para que como Capitán General del Reino de Galicia «le auxiliase» en cuanto necesitase para el desempeño de su comisión y —añade— a que el tiempo me convida y clam apor mi salida «... La estación avanzaba y con ello la amenaza de los malos tiempos; la realización de la expedición marítima se hacía urgente. Le pide Renovales 500 hombres «de los que estén más inmediatos o de los que considere más fácil puedan reunírsele, pues los juzgaba absolutamente necesarios para la Expedición y para resistir a las fuerzas enemigas que le cargarán inmediatamente que llegue a su noticia su desembarque». Añade que los devolverá luego que reúna sus fuerzas en aquellas provincias.

En otro documento que le dirige al siguiente día (2 de octubre), le pide oficiales para la organización de esas fuerzas que ha de reunir, y se queja de algunos que se resisten a tomar parte en la Expedición: Un teniente coronel y dos subtenientes, que prefieren seguir a media paga en el castillo de San Felipe del Ferrol «a batirse en el campo del honor».

(11) Se había interceptado un correo marítimo despachado desde Santander para Bilbao y para Francia y entre la correspondencia que se le cogió se hallaron documentos de tanto interés como eran los estados de fuerza de las tropas enemigas, del Principado de Asturias y de la Provincia de Santander.

11/19
 (C) S. Comodoro H. R. Mendo

Elte ha sido entregado el papel del Sr. P. en los dos
 idiomaz en que me avia q. probablemente el sábado daria
 la vela la expedij. destinada a la Costa Cantabrica, y que
 si las circunstancias lo permiten amenarara un desembarco y
 aun se realizara si puede convenir, esperando q. las operac.
 de las tropas de Asturias sean acordes con estas ideas;

Inmediatam. se le trasladado el papel del Sr. P. al
 2.º Com. Gral del Principado el Gral Pol a fin de que no
 ignore ning. de las circunstancias q. contiene y acomode su
 conducta militar a lo que mas pueda convenir en
 favor de nra reciproca buena inteligencia, y union.

Dni que a. d. 1.ª m. d. 1.º de Dic. 1808

C. M. V.

Minuta conservada en archivo del general Mahy, Capitán General del Reino de Galicia, acusando recibo de la comunicación del comodoro británico Sir Robert Mends, en que le habla de un posible desembarco en Asturias.

Dada la complejidad y dificultad que presenta una operación anfibia, parece natural que los Cuerpos que a ella se dediquen sean del Ejército Regular, y a ser posible compuestos por tropa veterana y aguerrida. Seguramente habría Cuerpos más adecuados que la Guardia Nacional, y de ellos debiera haberse escogido para una operación de tal clase; con la que el Gobierno (su Junta Militar) demostraba su interés y deseo de llegar a una coordinación de esfuerzos entre todos los ejércitos, aunque éstos estuviesen separados por terrenos ocupados por el enemigo. Era un ensayo de unidad de Mando, aunque fuese remoto y tan sólo de coordinación.

El Ejército asturiano estaba preparado para efectuar un ataque a Gijón el día 1 de octubre. Un escrito del general Mahy al comodoro Mends, fechado el 4 de octubre, es el acuse de recibo de uno del citado comodoro en que le informa que se hará a la vela muy pronto, «el Sábado», la expedición destinada a la costa Cantábrica, y que si las circunstancias lo permiten «amenazará un desembarco» (en Gijón) y aún se realizará «si puede convenir esperando que las Tropas Asturianas sean acordadas con estas ideas». Mahy le contesta que ha trasladado su escrito al General Pol (Segundo en el mando en el Principado) «para que no ignore ninguna de las circunstancias y acomode su conducta militar a lo que más pueda convenir en favor de nuestra buena inteligencia y unión. «En 26 de septiembre había comunicado Mahy a Renovales, por escrito reservado, el ataque a Gijón, dispuesto por el General Losada». «Pudiendo interesar mucho —le decía— que V. S. (Renovales) diese la vela de modo que pudiese presentarse la expedición a la vista de las costas Asturianas aquel día (1.º de octubre) o alguno de los inmediatos anteriores...». Le pide contestación para pasar los avisos correspondientes al general Losada «dándole conocimiento del día con que podría contar con que la expedición estará en disposición y medios de poder imponer a los enemigos con su aproximación y rumbo...». Así se iba fraguando el desembarco de Gijón con retraso del ya muy retraso de Santoña que como hemos visto «era la primera diligencia de la expedición», de acuerdo con las directrices del Gobierno.

Salió al fin aquélla de La Coruña el 14 de octubre. Formaba parte de ella un destacamento de fuerzas inglesas de 800 hombres. Componían el convoy marítimo 15 transportes, escoltados por algunos buques de guerra españoles: la fragata «Magdalena», de 28 cañones, y el bergantín «Palomo», de 18; también iba de escolta la goleta corsaria «Insurgente Roncalesa» y —de momento— una balandra inglesa arbolando la insignia del Comodoro Sir Robert Mends; sus fragatas habrían de unirse en seguida: La «Aretusa», donde transbordaría la insignia, la «Amazona», la «Medusa» y la «Narcissus». En Ribadeo se agregó la goleta de guerra española «Liniers» y una escuadrilla de fuerza sutil, constituida por los cañoneros «Corzo», «Gorrión», «Estrago» y «Sorpresa», muy adecuados para el apoyo ar-

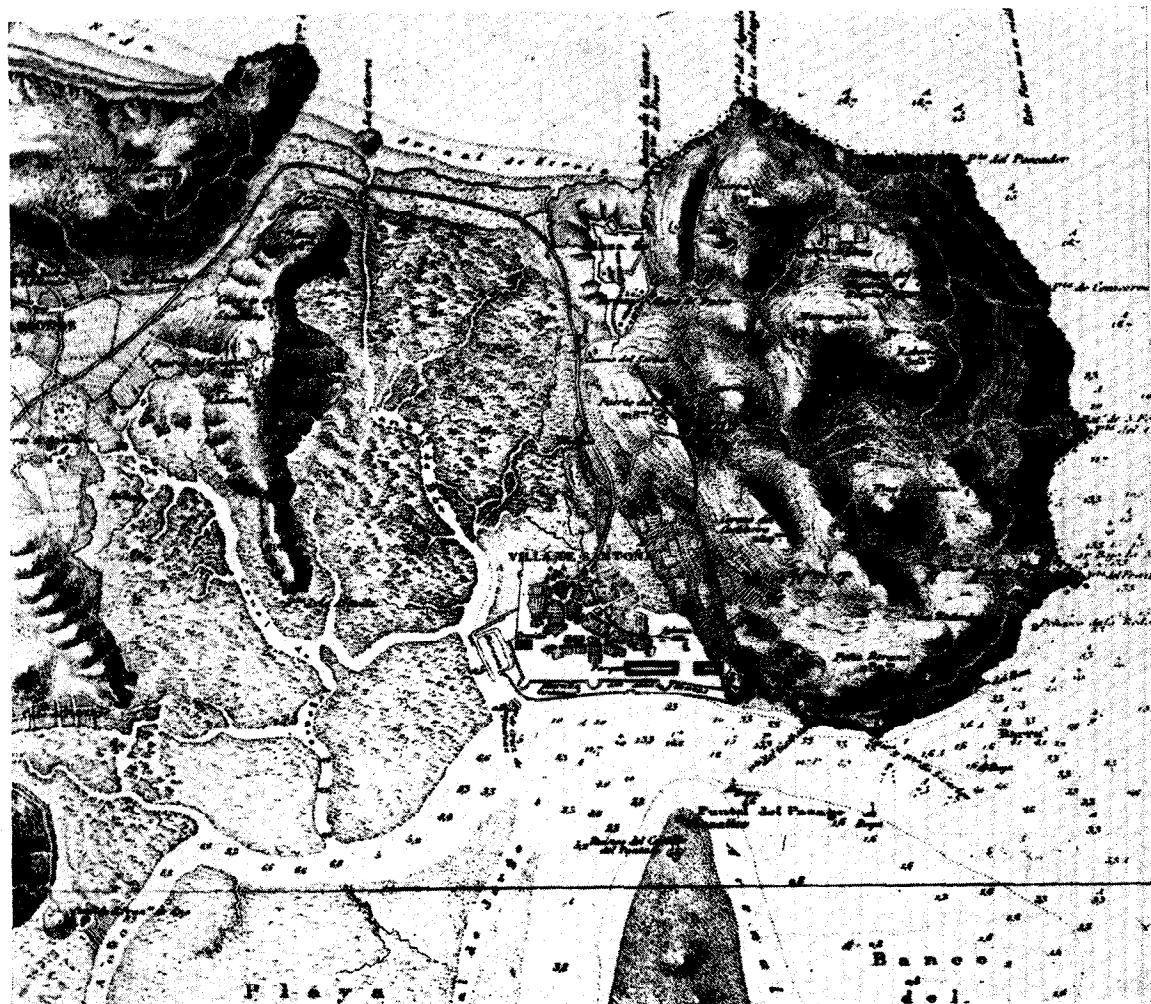
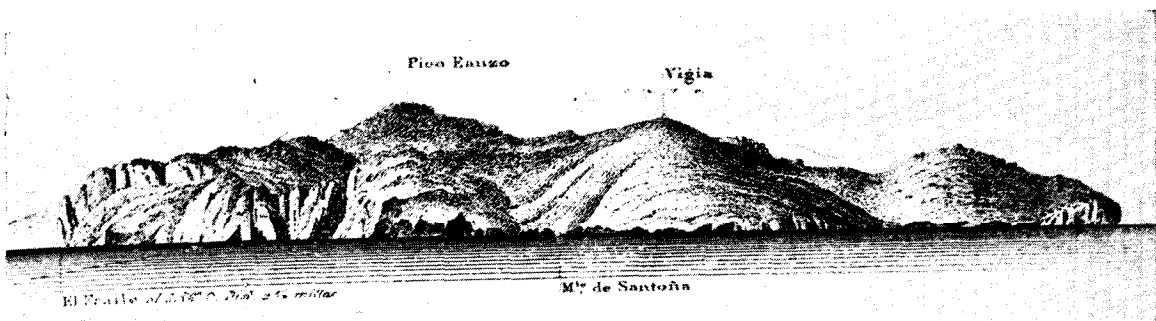
tillero a corta distancia. Mandaba las fuerzas navales españolas y el convoy el capitán de Navío don Joaquín Zarauz, que arbolaba su insignia en la fragata «Magdalena» mandada por el de igual empleo don Blas Salcedo.

Renovales y Mends habían decidido desembarcar en Gijón en apoyo del ejército de Asturias. Llegó la expedición ante dicho puerto, a las doce de la noche del día 16, pero no fondeó hasta el día siguiente, haciéndolo cerca de Cabo Torres, cerca de donde hoy se asienta el puerto del Musel. En el cerro de Santa Catalina, situado enfrente, se extendía entonces la casi totalidad de la población. Con la llegada de la fuerza naval y del convoy cobraron gran esperanza los habitantes de la ciudad, creyendo ver cerca su inmediata y definitiva liberación; no sólo la de Gijón, sino la de todo el Principado. Igualmente creció el ánimo de las tropas españolas que se disponían a atacar la villa.

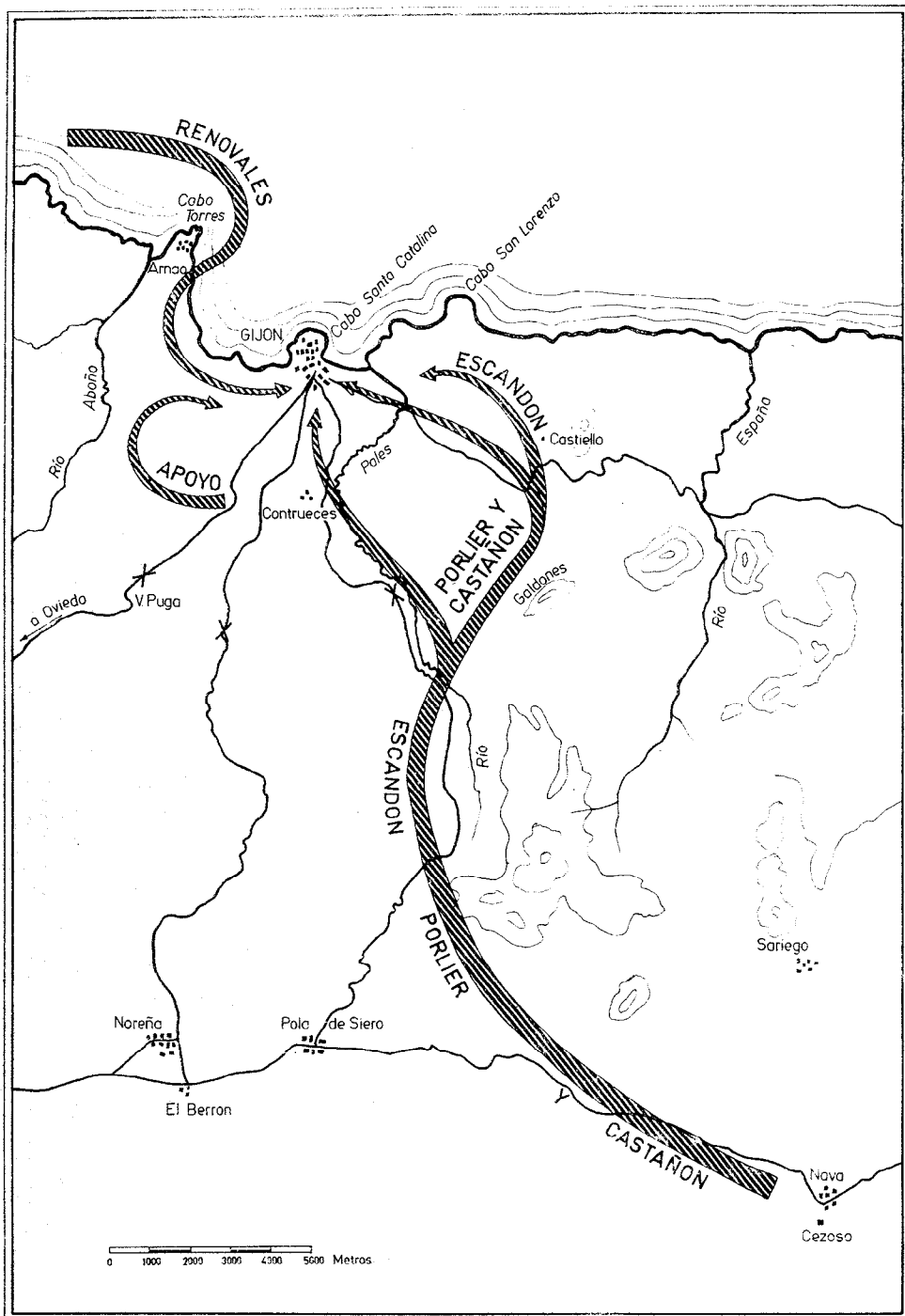
El mismo día 16, antes de la llegada de la expedición marítima, las tropas de los brigadieres Porlier y Castañón, con la de Rafael Escandón (antiguo teniente de Fragata de la Real Armada), reunidas previamente en Cesoso, habían llegado a la vista de Gijón, tomando posiciones en los altos de Galdones. Mientras esto sucedía se cubrían también los caminos de Pola y de Noreña, ocupándose, al efecto, Pica, con una columna volante de doscientos hombres. Quientos del Regimiento de Siero, con sesenta caballos de Húsares de Cantabria, destacados desde Soriego, ocuparon las ventas de Puga, cortando así las comunicaciones con Oviedo.

Las fuerzas del Regimiento de Cantabria rompieron el fuego desde la colina de Romeral sobre los franceses parapetados alrededor de la Villa, siendo apoyados por el Primer Regimiento. Mientras, Escandón, con el de su mando, de el Onís, permanecía en posición en Castiello, y el escuadrón de Húsares de Cantabria cubría el flanco del dispositivo español; parte en el arenal y parte en el camino de Oviedo.

Duró el combate hasta las cinco de la tarde, con escasas bajas por ambas partes, reanudándose al día siguiente, interviniendo en la acción la Caballería. Duró el fuego hasta el anochecer, divisándose entonces algunos buques de los que la expedición que fondearon en la amanecida del día 17. Al no dar señal de desembarco la Escuadra, los brigadieres Porlier y Castañón decidieron atacar nuevamente la ciudad, al tiempo que mandaban un destacamento del Regimiento de Onís con 80 caballos a apoyar el desembarco que esperaban de un momento a otro. En este día tuvo lugar un choque de nuestra Caballería con la francesa, obligando a ésta a retirarse después de causarle muchas bajas, quedando en poder de nuestros Húsares 18 muertos del enemigo; también hicieron 15 prisioneros. Al fin, se estableció contacto con la Escuadra, yendo a bordo el bri-



1) Vista panorámica del Peñón de Santoña, tomada desde la mar, demorando la Punta del Fraile al Sur 46° O. a 2,5 millas de distancia; 2) Plaza de Santoña y sus avenidas. Del plano de la ría de Santoña, levantado en 1789 por el Brigadier de la Real Armada don Vicente Tofiño de San Miguel (con sus correcciones posteriores). *Dirección de Hidrografía*. Madrid, 1875.



Esquema de los ataques a la Plaza de Gijón; por tierra de las fuerzas de *Porlier, Castañón y Escandón*; por mar de las de *Renovales* con desembarco en Arnao. (Las aspas indican cortes en la carretera)

gadier Porlier, quedando con Renovales en que éste efectuaría el desembarco al siguiente día, esto es, el 18.

Saltaron las fuerzas a tierra a las siete de la mañana, haciéndolo en el paraje llamado Arnao, al este de Cabo Torres, entre ellas una compañía de Infantería de Marina integrada por las guarniciones de los buques y una Brigada de Artillería, también de Marina, que iba a bordo de la fragata «Magdalena»; también desembarcaron las fuerzas británicas, 800 hombres mandados por el mayor general Walker; en total algo más de 2.000 hombres. El desembarco fue apoyado desde tierra por las fuerzas que se habían previsto para ello. El bergantín británico «Puerto Mahón» batió el castillo con su artillería.

Las fuerzas desembarcadas avanzaron sobre la ciudad atacándola desde la parte del puerto, mientras por tierra lo hacían las fuerzas de Porlier y de Castañón y también las de Escandón, en total unos 2.300 hombres, partiendo el ataque de éstos de las alturas de Castiello y de Galdones. Los atacantes, avanzando en tres direcciones, consiguieron batir y poner en retirada la guarnición francesa de Gijón, unos 600 hombres, tan sólo, que se retiraron a las alturas de Puga, acosados por las tropas de Porlier, sufriendo los enemigos numerosas bajas, de ellas muchos muertos y más de cien heridos; haciéndoseles unos 50 prisioneros, entre ellos el comandante de una goleta de guerra francesa surta en el puerto y su ayudante. Tan sólo llegaron a las alturas de Puga unos 200 franceses, que debieron su salvación a haberse quedado sin municiones las fuerzas españolas que los perseguían. Las tropas de Renovales guarnecieron la Villa, tomando al enemigo dos obuses y un cañón de a ocho, e inutilizando el resto de la artillería de la plaza. Del Arsenal cobraron los españoles mucho velámen y efectos. De los buques se desembarcaron municiones de las que estaban muy necesitadas las fuerzas del Principado

El reembarco empezó a las dos de la mañana del día 19; el objetivo de la expedición marítima no era en modo alguno la ocupación de Gijón. Al siguiente día se hizo patente la reacción enemiga con la llegada de una columna francesa mandada por el general Bonnet, fuerte de unos 2.500 hombres, procedentes de Santander, estableciendo contacto con los restos de la guarnición francesa en las alturas de Puga. El objetivo de nuestras fuerzas del Principado no era tampoco la conquista y mantenimiento en su poder de Gijón, así pues empezaron a retirarse hacia Castiello. Bonnet llegó a la entrada de la Villa tiroteándose sus tropas con algunas unidades españolas y con los buques que se mantuvieron fondeados todo ese día, mientras nuestras fuerzas del Principado se mantenían en las alturas de Galdones. Durante todo el «tiempo que se mantuvieron los barcos al anclatuvieron los franceses un destacamento, en observación, en Contruces. El enemigo reconoció la Villa y cuando comprobó que estaba desguarnecida de españoles, la ocupó. Dos cañoneros españoles

y algunas unidades navales inglesas estuvieron haciendo fuego contra las posiciones ocupadas por el enemigo durante unas tres horas y media.

Las fuerzas de Porlier, Castañón y Escandón se retiraron hacia Cezoso, que, como quedó dicho, había sido su punto de concentración a la llegada y punto de partida del ataque; dejaron encendidas, en su retirada, unas hogueras, en el campamento que ocuparon en Galdones y sobre las que cayeron, al fin, las tropas de Bonnet por seis diferentes puntos.

Dice el parte de campaña: «quedó frustrado su furor, de quien fue víctima un infeliz paisano que pasaba casualmente y a quien quitaron la vida». Los buques prolongaron su tiroteo hasta entrada la noche; levaron entonces anclas y se fueron, llevándose cuantos barcos pudieron, mercantes y de pesca. La ciudad quedó en la mayor consternación, temiendo la venganza de los franceses. En efecto, el general Bonet impuso a Gijón una severa contribución de guerra de unos 37.000 pesos.

La expedición de Renovales siguió adelante, hacia su objetivo principal, Santoña, fondeando en su concha el 23. Poco duró la permanencia al ancla de los buques por el empeoramiento del tiempo del empujando con el soplar un noroeste muy duro que, terminando en furioso temporal, forzó a los barcos a hacerse a la mar, picando previamente los cables de las anclas por la urgencia del caso. Los buques más chicos buscaron abrigo cerca de la costa, más no lo encontraron, teniendo igualmente que hacerse a la mar.

Al siguiente día ya habían naufragado todos los cañoneros, excepto el «Estrago», mandado por el alférez de navío don José Aguiar. El barco estaba en muy malas condiciones para aguantar la mar por tener la cubierta hundida después de los combates de Gijón. Se encontró en situación desesperada frente a la Punta de Oriñón, cerca de Islares, esto es, del lado de Castro Urdiales, prestándole auxilio un bergantín de guerra británico que le tomó a remolque, llevándole cifiendo el viento del la vuelta de afuera. No obstante, la violencia del mar hizo que Aguiar pidiese que navegase de la vuelta de tierra, pero al no poder virar el bergantín huob éste de seguir navegando hacia afuera con gran quebranto del «Estrago» y trabajo del remolque, que al fin faltó en uno de los fuertes estrechonzos, cuando estaban a unas 16 ó 18 leguas de la costa.

Aguiar maniobró con gran pericia, navegando en demanda del puerto de Bermeo; más por avistar en él tropas enemigas (12), se

(12) Los franceses tenían vigilada la costa. El año anterior habían organizado el Cuerpo de Guardacostas, con españoles simpatizantes o colaboracionistas. En San Sebastián había 615 hombres de Infantería y algunas brigadas de Artillería de 115 hombres. Tenían otro Cuerpo análogo en Vizcaya; uno y otro, claro está, en refuerzo de las fuerzas francesas.

dirigió a Mundaca, donde divisó igualmente enemigos, encontrándose en la barra en situación muy crítica, con los enemigos en tierra, esperando su inminente naufragio para coger prisioneros a los que pudiesen salvar la vida. Con gran valor y no menos pericia marinera consiguió Aguiar llevar su barco, metiéndose entre los bajos, a Elanchove en cuya ensenada fondeó con la única ancla que le quedaba.

Un marinero se arrojó al agua, con gran peligro, y consiguió atracar al «Estrago» una pequeña embarcación en la que embarcó Aguiar con seis hombres armados y con ellos consiguió acercar al cañonero otra embarcación algo mayor en la que llevó a tierra a su dotación; poco después el «Estrago» se hacía pedazos contra las rocas. Saltaron a tierra sus tripulantes en un paraje que por fortuna no estaba vigilado y se ocultaron en un bosque. Una vez que se orientó Aguiar se internaron tierra adentro en busca de la montaña y ayudado por las noticias del enemigo que le daban los campesinos pudo seguir adelante, tomando itinerarios difíciles, y por ello poco frecuentados, del Valle de Carranza, burlando la persecución de que eran objeto al haber salido de Garnica un destacamento de Caballería en su busca. El bizarro comandante con su pequeña fuerza se acercó de nuevo a la costa, frente a Santoña, con la esperanza de avistar buques de la expedición. No viendo a ninguno y no logrando tener noticias alguna de aquélla resolvió seguir adelante por las montañas, hacia el Ferrol; consiguiendo llegar a la capital Departamental sin perder uno sólo de sus hombres; bien es verdad, que a costa de miseria y trabajos inauditos en las montañas de Santander, de Burgos y de León, recorridas en pleno noviembre, muy crudo, soportando las adversidades, animados siempre de enorme tenacidad y patriotismo.

He descrito la odisea de la dotación del «Estrago» como muestra de los sinsabores y penalidades que tenían que soportar frecuentemente nuestras valerosas fuerzas sutiles, si bien fuesen normalmente frente a la costa «enemiga», alguna vez ante los corsarios del adversario, y siempre soportando los embates y peligros de la mar en pequeñas embarcaciones.

Dejamos al resto de los buques de la expedición haciéndose a la mar desde Santoña para capear el temporal. Parte de ellos consiguió tomar la Ría de Vivero que era el lugar designado para reunirse ante una provocada dispersión. El día 31 —seguimos en octubre— fondearon la fragata «Magdalena», el bergantín «Palomo» y dos transportes. Ya estaba allí la fragata británica «Aretusa» que había llegado el día anterior. También el 31 fondearon en dicha ría las fragatas inglesas «Narcisus» y «Amazone». Fueron llegando sucesivamente la «Medusa» y el bergantín «Puerto Mahón», la goleta «insurgente roncalesa» y otros buques...; la goleta «Liniers» habría de tomar el puerto de La Coruña.

El tiempo empeoró de nuevo, entrando el día 2 de noviembre un

fortísimo temporal del noroeste de los llamados de «travesía» que hizo garrear a la mayor parte de los buques que ya habían picado dos cables de las anclas en Santoña, perdiendo por tanto aquéllas, que eran las mayores. A la llegada de la noche se vieron los barcos en gran peligro. La mar gruesa que recalaba impedía a los tripulantes el barqueo en embarcaciones menores, debiéndose, por tanto, desechar toda idea de salvamento por tierra. A las dos de la madrugada faltaron los cables de la «Magdalena», yéndose sobre la «Narcisus», que había picado palos y jarcias para presentar menos pantalla al viento. Esta medida de desarbolarse también la tomó la «Aretusa»; la «Amazona» era la única que se veía entera —dicen los partes—. La «Narcisus» pudo zafarse de la «Magdalena», yéndose ésta a la deriva, siendo, al fin, lanzada violentamente por la mar sobre la playa de Cobas.

Pereció en el naufragio el capitán de navío Zarauz, Jefe naval de la expedición española, así como el también capitán de navío don Blas Salcedo comandante de la fragata, arrojando las olas sobre la playa su cadáver, en dramática circunstancia, pues, fue abrazado estrechamente al de su hijo, joven guardia marina, que servía a sus órdenes en la «Magdalena». Pereció la casi totalidad de la dotación de ésta, así como las fuerzas que llevaba de transporte, entre ellas la brigada de Artillería de Marina y las dotaciones de los cañoneros perdidos ante Santoña, cuyos supervivientes habían sido recogidos por la fragata. Tan sólo se salvaron ocho hombres que fueron sacados, medio muertos, de la fuerte resaca. El bergantín «Palomo» había fondeado un anclote en ayuda de sus anclas y también, como los británicos, había picado sus palos para disminuir el efecto sobre ellos del vendaval, pero de nada le valió, pues fue echado sobre la playa de Sacido. Allí en medio de un gran oleaje dos heroicos marineros, se arrojaron al agua para llevar a tierra un cabo y comunicarse por medio de una balsa que habían construido. Aquellos dos abnegados hombres de mar perecieron ahogados mientras sus compañeros, admirados y esperanzados, contemplaban su hazaña asidos a los restos del buque que se iba deshaciendo a los embates de las olas. Únicamente se salvaron, ateridos y maltrechos, 25 hombres, entre los que estaba el comandante del buque, teniente de fragata don Diego Quevedo (13).

El parte que Renovales da a Mahy de estos luctuosos sucesos lleva fecha de 3 de noviembre. Dice que al día siguiente de llegar los buques españoles pasó orden al Comandante General de las Fuerzas marítimas «para que al primer tiempo favorable se trasladase en la

(13) El bergantín «Palomo» —¡extraña coincidencia!— era el que la Junta Central había enviado al Marqués de Ayerbe y a Renovales con caudales y elementos para llevar a cabo la empresa que proyectaban para liberar a Fernando VII («Proyecto Secreto»); con este barco llegaron a Sevilla. — Quevedo se salvó en la playa de Sacido porque su destino era ese, pues su comportamiento como Comandante fue excelente, pero había de perecer ahogado al año siguiente a la entrada de Montevideo en el naufragio del buque de su mando, el bergantín «Tigre».

fragata «Magdalena» con la Brigada de Artillería, Maestranza, buques y demás pertrechos que se le habían facilitado, al Departamento del Ferrol, con destino a varios objetos... «Esta orden pone de manifiesto que Renovales había ya desistido de efectuar por mar su misión.

La marina española fue la que más sufrió en el triste epílogo marítimo de esa expedición en que la Regencia cifraba tantas esperanzas. Pérdidas como la de esta lóbrega noche de la Ría de Vivero constituían parte importante del tributo que la Armada rendía a la causa de la Patria en el duro, callado y abnegado servicio que con singular constancia y tenacidad hacían sus buques en apoyo del Ejército en esta Guerra. En los años que duró se registraron numerosos naufragios: En Vinaroz, en Huelva, en Cádiz, en el Grao de Valencia, en Tarifa..., además de los de la Expedición Cántabra.

Antes de llegar el epílogo terrestre de la expedición cuyo estudio nos ocupa hagamos un somero juicio crítico sobre ella; en él resumiremos algunos de los puntos que ya hemos ido comentando entre el relato de los hechos:

La expedición Cántabra estaba dedicada con marcada preferencia —según hemos visto en la documentación presentada— a la ocupación del importante puerto de Santoña; éste era el primero y principal objetivo de Renovales. Ello merecía mucho la pena y por eso el Consejo de Regencia le daba tanta importancia. Los acontecimientos siguieron probando cuanta razón le asistía. Santoña estaba entonces poco guarnecida, pero para asegurar el éxito de la operación se necesitaba la sorpresa táctica, para que los franceses no la reforzasen. Pero precisaba la operación, como toda de tipo anfibia, contar con el buen estado de la mar, para asegurar el desembarco de las tropas y su abastecimiento posterior y desembarco de armas, y de municiones y pertrechos, ya que no se trataba de un fugaz golpe de mano. Había que ocupar la plaza, con más o menos resistencia por parte del enemigo, y había después que fortificarla como base de partida de ulteriores operaciones. Estas operaciones podrían necesitar el apoyo naval. Con los largos preparativos y la pérdida de unos días en Gijón, se llegó al límite de la época aconsejable para la operación. Los actuales derroteros del Cantábrico nos dicen que desde octubre hasta marzo abundan los temporales del Oeste (los meses de enero y de febrero son algo mejores dentro del semestre). Con frecuencia, por efecto de la cordillera Cantábrica, esos temporales del Oeste se convierten en algo peor; en furiosas galernas con vientos muy duros del Oeste, del Noroeste e intermedios. Son más peligrosos esos temporales por lo súbito de su aparición y arbolar mucho, en ellos, la mar. No solamente lo dicen los derroteros, sino que todo esto lo saben —y lo sabían entonces— los hombres de mar conocedores de aquellas costas. ¿Se lo hicieron presente a Renovales? ¿Hizo éste caso? ¿Qué relaciones de Mando existían entre Renovales y el jefe naval de la expedición?

En mayo dispone la Regencia la operación —más bien conjunto de operaciones—; queda al arbitrio del Capitán General de Galicia dar a Renovales las fuerzas necesarias para llevar la Expedición a efecto. O no las tiene o no se las quiere dar a pesar de las manifestaciones que hace sobre la importancia de la misión de Renovales. Mahy debiera haber hecho un esfuerzo, y con espíritu de Servicio, y con autoridad, haber dispuesto que algunos de los mejores Cuerpos de Galicia o de Asturias, que también estaban a sus órdenes pasasen a las de Renovales —aunque luego tuviese que haberlas devuelto—, para efectuar la operación de Santoña en la que el Gobierno tenía tanto interés... Dilaciones... Espera..., y el tiempo avanzando y con ello acecándose la estación de temporales. Y una operación anfibia no puede arriesgarse a la suerte de que los días sean buenos en la estación mala; ya es bastante pedir que los días sean buenos en la estación propicia.

Pero no solamente las dilaciones y los preparativos hacen que llegue octubre, sino que el desembarco de Gijón hace que llegue ¡la segunda quincena de octubre! De no haberse detenido allí la expedición marítima, a pesar de estar en ese mes amenazador, la suerte habría hecho que se llegase a Santoña con buen tiempo y que se hubiese podido ocupar ese primer objetivo, y con algunos días de margen para poder efectuar los aprovisionamientos de las tropas y de la plaza. Al haberse ocupado el puerto los cañoneros probablemente hubiesen podido quedarse, aunque el mal tiempo forzase a los buques mayores a hacerse a la mar. No se habrían perdido y hubiesen podido ser empleados en ulteriores operaciones, al menos en la bahía, son base Santoña.

El golpe de mano, por tierra, sobre Gijón favorecía indudablemente la operación sobre Santoña, puesto que atraería fuerzas francesas a Santander como, en efecto, hemos visto con la aparición del General Bonnet. Más bien necesitaba la operación anfibia sobre Santoña de la diversión que suponía el ataque por tierra a Gijón que éste de la expedición de Renovales. Los efectivos que atacaron, por tierra, a Gijón, eran muy superiores a los franceses que lo guarnecían —se conocían los estados de fuerza del enemigo—. Y más bien la presencia de la Escudra retrasó el ataque a Gijón, esperándola. Con el contacto de ella con el ejército de Asturias sí se consiguió el municionamiento de éste, pero pudiera haberse hecho a retaguardia, con pequeños barcos en la Ría de Ribadeo, no era preciso para efectuarlo encontrarse en un punto ocupado por los enemigos y... lo de siempre: ¡retrasar a Renovales en la marcha hacia su objetivo!

Lo mismo que el ataque por tierra a Gijón favorecía la expedición también debieran haberse efectuado acciones conducentes a cortar las comunicaciones de Santoña con Vizcaya y Santander para evitar la llegada de refuerzos franceses.

Resumiendo todo lo dicho, aparte de la calidad de las fuerzas, que todas no eran de reelección improvisada, el retraso fue la causa

principal del fracaso de la Expedición Cántabra; una vez más se vio cuán verdad es el decir de Cervantes de que en la guerra «La diligencia es madre de la ventura», sin que esto quiera decir que no es necesaria la preparación, concienzuda pero diligente, en una operación anfibia especialmente. E insistamos: cuando además de ser cosa de guerra lo es de mar es más importante aún —la Historia está llena de ejemplos— evitar que la poca diligencia nos lleve épocas del año en que una operación anfibia tenga todas las probabilidades apuntando a su fracaso.

Veamos ahora el epílogo terrestre y defintivo de la Expedición. Con la dura experiencia y con la perspectiva de los frecuentes temporales de otoño y de invierno en el Cantábrico, Renovales resolvió marchar por tierra hacia la zona objetivo que la Regencia le había designado. No podía pensarse en que fuese fácil apoderarse de Santoña sin el apoyo de una fuerza naval y sin embarcaciones para efectuar los desembarcos complementarios a un ataque por tierra, por la gola, a la referida plaza, pero quizá pudiera conseguirse esas embarcaciones, apoderándose de ellas en los pueblos de la bahía. De todos modos, pasando por Asturias podía operar sobre la provincia de Santander y por ésta pasar a tierras vascongadas. La misión se presentaba difícil, pero no le faltaba ánimo y los itinerarios de montaña, aunque duros —y más en el invierno— no estaban bajo el control de los franceses.

Para llevar adelante sus operaciones tenía primero que dar un descanso a sus tropas en Vivero mismo y en su comarca, y después de descansar, de abastecerse, y de adquirir los animales de transporte, pasar a Asturias donde había un ejército, con su Mando propio. Renovales se dirige a Mahy —Jefe de toda la zona de operaciones—, con fecha 31 de octubre y al tiempo que le da cuenta de la llegada de la expedición a esa ría escogida como punto de reunión ante una posible emergencia (aún no ha tenido lugar el desastre marítimo en ella), «habiendo impedido (el desembarco) un impetuoso y dilatado temporal...». «Nesesito —le dice— reponer aquí las tropas por algunos días y, verificado, emprender mi marcha por tierra para que se hace preciso circule V. E. las competentes ordenes a fin de que tanto en este Reyno (Galicia) como en el Principado de Asturias faciliten a esta división los recursos necesarios para su subsistencia...». Con respecto a su contacto y relaciones con el General que mandaba las fuerzas en el Principado, dice: «A mi paso por Asturias no dejaré de obrar de acuerdo con el Mariscal de Campo don Francisco Javier Losada si V. E. lo juzga conveniente».

Se le ponen grandes dificultades para el aprovisionamiento en Galicia, por falta de recursos, y en vista de ello —9 de noviembre— pide ya decididamente permiso a Mahy «para trasladarse a Asturias y cerca de Losada obrar de acuerdo —Mahy le contesta manifestándole que «cree su deber se debe desistir de la expedición o al me-

nos aplazarla hasta recibir instrucciones de S. M. (el Consejo de Regencia).

El general Losada, por su parte, al enterarse de los deseos de Renovales se dirige a Mahy manifestándole que a su paso por Asturias Renovales ha de estar a sus órdenes.

En efecto: Renovales pasó a Asturias —no se encuentra claro su situación de subordinación a Losada—. Se «enrocó» en los Picos de Europa y estableció su cuartel general en Liébana. Una vez allí se declaró independiente de todo, constituyéndose en General en Jefe de toda la región, aprobando, por sí y ante sí, la formación de una Junta de Defensa de la Provincia de Santander.

Se reciben órdenes del Gobierno de disolución de la expedición y, por lo tanto, de que Renovales cese en el Mando. El expone a Mahy que «dejar abandonado este Reino, dado lo comprometido que está y el estado de insurrección en que se encuentran los pueblos..., sería un fracaso muy grande y un desaliento para los mismos, ya que los jóvenes todos se han sumado voluntarios y con entusiasmo a la insurrección (contra los franceses, se entiende), que al tomar el Gobierno este acuerdo habrá sido porque creía fracasada la expedición y que no debe abandonarla cuando va a tener éxito». La Junta de Defensa de la Provincia de Santander hace las mismas representaciones (24 de marzo).

Unos días más tarde (8 de abril) Díaz Porlier comunica a Mahy que Renovales, en Potes, «además del alboroto y vejaciones que está causando en aquellos pueblos, toma muchas determinaciones que contrarían y se oponen a las que él ha propuesto para cumplir las órdenes de S. M.» y que las fuerzas de Renovales y las de don José Centolla intentan sublevarse resistiéndose a las órdenes que él recibe del propio general Mahy y de la Regencia.

Con fecha 13 de abril se da la orden a Porlier de que absorba las fuerzas de Renovales.

Por estos tiempos, la Regencia había creado el 7.º Ejército para operar en Santander y en las Vascongadas, dando el mando de él al general Mendizábal. La vanguardia de dicho ejército había de mandarla Porlier que estaba en Ribadeo, precisamente organizando una División Cantabra. Esto era el fin del mando de Renovales. Porlier envió al coronel Amesta a hacerse cargo, en Potes, de las fuerzas de Renovales y al propio tiempo buscar alojamientos para las que habían de reforzarlas. Renovales había arrestado a los enviados de Porlier, en Penoso, y Porlier dirige órdenes a las fuerzas de Renovales (4 y 6 abril) para que no obedezcan las que no provengan de su autoridad.

El coronel Amesta, que no había sido arrestado por Renovales, comunicó a éste las órdenes de que era portador y al resistirse a ellas, tanto él como algunos de los Jefes subordinados hubo de arrestarlos «guardando a Renovales los miramientos por estar herido» (lo había sido en un combate habido con los franceses).

El pueblo, en Potes y en otras localidades vecinas, se levantó en favor de Renovales, mas luego se apaciguó. La Junta por él creada envió, también, a Cádiz una reclamación que no fue atendida.

Este fue el final de la «Expedición Cántabra», digna de mayor éxito por el entusiasmo que en ella se había puesto y por ser la primera operación lejana concebida por el Consejo de Regencia en un deseo de coordinar los esfuerzos de todos los españoles en su lucha por la Independencia.

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada Española...* Tomo IX. Madrid 1903.
- GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Guerra de la Independencia de España*. Madrid, Depósito de la Guerra, 14 volúmenes (1868-1903).
- SAAVEDRA, Francisco: *Diario de Operaciones de la Regencia...* (*Elogio Histórico del Excelentísimo Señor don Antonio Escaño*, por Don Francisco de Paula Quadrado). Documento núm. 25. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia (1852).
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Colección de Documentos de la Guerra de la Independencia*. Leg. 20, Carp. LVIII.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN EL PERU

LAS FUERZAS REALES Y LAS INDEPENDIENTES

por

VICTORIANO DEL MORAL MARTIN
Coronel del Servicio Histórico Militar

II

REFORMAS Y EFECTIVOS DE EJÉRCITO EN TIEMPOS DE ABASCAL (1806-1816)

Para continuar la versión documentada de los últimos años de nuestro Ejército en el Perú (1), abordamos hoy el estudio de su organización y efectivos militares.

Y para darnos cabal idea de nuestro Ejército en las postrimerías de la presencia de las armas españolas en el Perú, hemos de partir de la década 1806-1816 (2) con la acusada presencia de aquel gran Virrey, promotor y reformador de instituciones, don José Fernando de Abascal y Sousa, Marqués de la Concordia, que por propia iniciativa y dada su gran capacidad de mando, supo crear los resortes de gobierno, dándoles el justo temple de consistencia, capaz de mantener la autoridad y el orden, en unas circunstancias en que la Metrópoli, ocupada en la guerra contra Napoleón, se desentendía de los apartados dominios del ya menguado Imperio español.

Y entre sus primeras medidas, militar por vocación y profesión, hubo de abordar con tacto y decisión la reforma del Ejército, que tanta falta le hacía, para dar eficacia al instrumento primordial de mando y fuerza.

Al empuñar Abascal su bastón de mando, la situación del Ejérci-

(1) *Los últimos años del Ejército español en el Perú. Bosquejo histórico y aportaciones documentales.* «Revista de Historia Militar». Año XVI, 1972 número 32.

(2) «Mi entrada en esta Capital —dice el mismo Abascal en sus *Memorias*—, se verificó el 26 de julio de 1806».

to español en el Perú, era de verdadero desastre. La indisciplina, el desorden, relajada la moral, su falta de instrucción y de actividad, eran las notas negativas características y predominantes, todo lo contrario de lo que constituye la columna vertebral de toda institución castrense. El descontento cundía por doquier: los cargos y empleos se cubrían por influencia política, sin respetar la antigüedad, ni tenerse en cuenta el historial, la hoja de servicios y los méritos personales contraídos.

Abascal se dispuso, por tanto, a reformar el Ejército del Perú, estudiando previamente un plan de defensa del territorio que comprendía sus dilatados dominios, para proceder como consecuencia a una adecuada distribución de sus fuerzas.

Las tropas del Virreinato se dividían en *Veteranas* y *Milicias*.

Las fuerzas *Veteranas* lo eran en menor número. Según los estados de fuerza que se conservan y según consta en la «Memoria del Gobierno de Abascal», sumando todos los Cuerpos e incluidas las partidas veteranas de la Costa, con sus respectivos jefes y oficiales el total de plazas de prest ascendían a 70.570, de las cuales 41.077 eran de Infantería, 13.925 de Caballería y 15.568 de Dragones. Este prest o sueldo se regía por el Reglamento de 1787.

Los Cuerpos de *Milicias* se subdividían a su vez en *Disciplinadas* y *Urbanas*.

Titulábanse *Disciplinadas*, aquellas que tuvieron desde su organización mandos veteranos o profesionales, mientras que las *Urbanas* no los tenían, si bien en algunas ciudades se confiaba su disciplina militar a oficiales del ejército residentes o retirados

Las *Milicias* llamadas *de las Costas* se organizaron con motivo de la guerra contra Inglaterra y a raíz del establecimiento de las Comandancias Generales, para cuyo encuadramiento se destinó un número determinado de sargentos, cabos y tambores de la clase de veteranos.

El alistamiento se venía haciendo de manera irregular, toda vez que los censos de población no se ajustaban a la verdad, costando vencer la resistencia pasiva de los pueblos. En este aspecto, Abascal, con sus instrucciones, órdenes y circulares dirigidas a las provincias y partidos, dio un gran paso, consiguiendo lo que no se había logrado desde el descubrimiento de América, cual fue realizar los alistamientos de mozos útiles, inscritos en los censos de población, aproximándose bastante a la realidad.

Con el fin de atraer hacia la milicia a las personas distinguidas y pudientes, Abascal, con su larga visión que acreditó en tantas medidas de gobierno, creó el Regimiento de Línea de la Concordia del Perú, de Voluntarios Distinguidos, más conocido por el *Regimiento de la Nobleza*, y restableció el Batallón de Milicias Urbanas de Pardos Libres de Guayaquil o *Batallón del Comercio*. Ambas Unidades apenas originaban gastos a la Tesorería, toda vez que hasta los uniformes eran costeados por la misma oficialidad, clases y tropa. Si-

MANDO Y UNIDADES

El Calendario Manual y Guía de Forasteros de Madrid para 1806, año en que Abascal se hizo cargo del Virreinato, ofrece la siguiente relación de mandos y fuerzas de guarnición en el Reino del Perú:

Virrey, Gobernador y Capitán General, Mariscal de Campo don José Fernando Abascal.

Secretario de Cámara y del Virreinato. Teniente Coronel de Infantería don Simón Díaz de Rábago.

Auditor General de Guerra. Don Manuel de Pardo, Oidor de la Real Audiencia de Lima.

Subinspector General. Mariscal de Campo don Joaquín de Zuvillaga.

Contador de Ejército. Don Manuel del Villar.

Tesorero D. Matías de la Cuesta.

Comisario de Guerra. D. José Bernardo Tagle y Portocarrero.

Intendentes de Provincias:

Arequipa. Teniente Coronel don Bartolomé de Salamanca.

Cuzco. Brigadier don Francisco Muñoz de San Clemente.

Huamanga. D. Demetrio O'Higgins.

Huancavelica. Coronel don Juan María de Gálvez.

Tarma. Don Ramón de Urrutia.

Trijillo. Don Vicente Gil de Taobada.

Puno (creado en 1808). Don Diego Antonio Nieto.

Tropas veteranas:

Compañía de Alabarderos de la Guardia del Virrey. Creada en 1531, con 24 plazas.

Compañía de Caballería de la misma Guardia. Creada en 1557, con 34 plazas.

Regimiento de Infantería Real de Lima. Creado en 1753, con tres batallones a siete Compañías, y una fuerza total de 1.468 plazas. Coronel Brigadier don Manuel González. Teniente coronel don Angel de la Fuente. Sargento Mayor, teniente coronel don Estanislao Cabrejas.

Infantería de Chiloe. Dos Compañías a 77 plazas cada una.

Caballería de Tarma. Un piquete con mando de oficial y 24 plazas. Se creó en 1784. Comandante capitán graduado don Nicolás Moreno.

Dragones de Chiloe. Una compañía con 77 plazas. Capitán don Bernardo Martín Valverde.

Dragones de Cuzco. Un piquete creado en 1783, con un teniente y 35 plazas.

Real Cuerpo de Ingenieros. Comandante, el teniente coronel de dicho Real Cuerpo don Tomás Costa, con cinco oficiales. De 1808 a 1815 figura como Comandante el coronel don Pedro Molina y seis oficiales.

Milicias Disciplinadas:

En el año de 1768 salió de España para Lima el Cuerpo de Asamblea Veterana de Infantería, Caballería y Dragones, llegando en 1770 y distribuyéndose en los Cuerpos de Milicias Disciplinadas para la instrucción de éstas.

Infantería:

Batallón de españoles en Lima.
Regimiento de Cuzco.
Regimiento de Tarma. (No figura hasta la Guía de 1815.)
Regimiento de Arequipa.
Regimiento de Guayaquil. (No figura hasta la Guía de 1808.)
Regimiento de Castro en Chiloe.
Batallón de Pardos Libres de Lima.
Compañías de Morenos Libres de Lima.

Caballería:

Regimiento de Arequipa.
Regimiento de Cuzco.
Escuadrón de Vecinos de Castro en Chiloe.
Escuadrón de Pardos Libres en Lima.
Compañía de Morenos Libres en Lima.

Dragones:

Regimiento de Lima.
Escuadrón de Guayaquil. (No figura hasta la Guía de 1808 y fue arreglado en su primitiva plantilla el año 1788.)
Regimiento Provincial de Apolobamba. Aprobado en 12 de octubre de 1814.

Milicias Urbanas o Provinciales:

Infantería:

Compañías sueltas de Ica.
Regimiento de Aragón, de Jauja.
Regimiento de León, de Huanuco.
Regimiento de Abancai.
Batallón de Calca.
Regimiento de Paucartambo.
Regimiento de Urubamba.
Regimiento de Huamanga.
Compañías sueltas de Anco.
Regimiento de Andahuaylas.
Regimiento de Huanta.

Regimiento de Huancavelica.
Compañías sueltas de Trujillo.
Regimiento de Cajamarca.
Regimiento de San Antonio de Cajamarca.
Regimiento de Chachapoyas.
Regimiento de Moyobamba.
Batallón de Piura.
Regimiento de Lambayeque.
Regimiento de Moquaga.
Batallón de Tarapaca.
Batallón de Puno.
Batallón de Lampa.
Batallón de Chucuyto.

Caballería:

Regimiento de Chancay.
Regimiento de Huaura.
Compañías de Santa.
Regimiento de Cañete.
Regimiento de Chincha.
Regimiento de Ica.
Regimiento de la Nasca.
Regimiento de León de Huanuco.
Regimiento de Huanta.
Regimiento de Huamalíes.
Regimiento de Trujillo.
Regimiento de Luya y Chillaos.
Escuadrón de Querecotillo de Piura.
Escuadrón de Chalaco de Piura.
Regimiento de Ferreñafe.
Regimiento de San Pablo de Chalaques.
Regimiento de Camana.
Escuadrón de Moquegua.
Regimiento de Lampa.

Dragones:

Regimiento de Carabayllo.
Compañías sueltas de Huaura.
Regimiento de Palma en Jauja.
Regimiento de las Fronteras de Tarma.
Regimiento de Tinta.
Regimiento de Quispicanchi.
Regimiento de Andahuaylas.
Escuadrón de Pacasmayo, en Saña.
Regimiento de Chota en Cajamarca.
Regimiento de Huambos en Cajamarca.
Regimiento de Calendín en Cajamarca.
Regimiento de Arica.
Regimiento de Mages en Camaná.
Regimiento de Acari y Chala en Camaná.
Regimiento de Caraveli en Camaná.
Escuadrón de Moquegua.
Regimiento de Carabaya.
Regimiento de Azangaro.

guiendo este ejemplo y dados los buenos y prácticos resultados, restableció Abascal los Batallones de Milicias Urbanas de muchos Partidos y creó también otras Unidades Distinguidas, tales como el Regimiento de Infantería de Nobles Patricios de Cuzco y la Compañía de Húsares de Dragones de Tinta.

A estas fuerzas hay que añadir las tropas expedicionarias llegadas de la Península, que dejaron de enviarse, como es lógico, a partir de la invasión de España por las huestes napoleónicas y que, retiradas éstas al otro lado de la frontera pirenaica —más que obligadas en el campo de batalla, por la tozudez y heroico patriotismo del pueblo español—, comenzaron de nuevo a arribar al puerto de El Callao. Abascal no recibió el primer socorro de 734 hombres de que constaba el Regimiento de Talavera y de 100 artilleros, hasta el mes de abril de 1814. Por la vía de Panamá llegaron después, en octubre de 1815, el Regimiento de Extremadura y dos escuadrones de Húsares de Fernando VII, y de la Unión, con un total de 1.400 hombres.

Como puede comprobarse, a la vista del cuadro anterior, estos Cuerpos y Unidades de Milicias se hallaban guarneciendo los grandes núcleos de población del interior, los Partidos de la Costa y la Frontera del Virreinato, manteniéndose con igual denominación a todo lo largo del mandato de Abascal, pues basta comparar la ya referida Guía de Forasteros de 1806 con la de 1815. En el resto del territorio de las provincias existían tropas alistadas, que en caso de necesidad eran movilizadas y destinadas a reforzar a los expresados Cuerpos y Unidades.

Era, en 1806, Teniente Vicario General de las Tropas del Virreinato el Ilmo. Sr. Arzobispo de Lima, don Bartolomé de las Heras.

Existían Estados Mayores de Plazas, en Lima, Callao, Chiloe, Huarochiri, Cuzco y Puno.

Y de Gobernador del Callao estaba a la sazón el Mariscal de Campo don Joaquín de Zuvillaga, que ostentaba también, según hemos visto, el cargo de Subinspector General de las Tropas de Virreinato.

En 1815, es decir, en vísperas ya del relevo de Abascal, y tras casi diez años de incidencias, encontramos en la *Guía de Forasteros*, bastantes cambios de fuerzas y mandos.

Ocupa en esta fecha el cargo de Secretario de Cámara del Virreinato, el Teniente Coronel don Toribio Acebal. Como Subinspector General aparece ya el Mariscal de Campo don Joaquín de la Pezuela, que había de suceder a Abascal como Virrey. De los Intendentes de las siete provincias, sólo permanece el nombre de don Vicente Gil de Taboada, en la de Trujillo.

El Regimiento de Infantería Real de Lima tiene todos sus mandos cambiados. Aparece incluido ya, dentro de las tropas Veteranas, el Regimiento de Infantería de Línea o de Voluntarios Distinguidos de la Concordia Española del Perú que Abascal creara en concepto de Milicias Urbaias, y cuyo mando de Coronel, por derecho propio, recaía

sobre el Virrey. Había pasado ya a considerarse de Línea, pero sin sueldo, por Decreto de 2 de marzo de 1813.

Se han formado también en estas fecha varios Cuerpos provinciales, considerados asimismo como de Línea: Cuerpo de Cazadores, Cuerpo de Partidarios, Regimientos de Infantería de Línea números 1 y 2, Batallón del Centro, Piquete de Honor, Regimiento de Caballería de Lima y Escuadrón de Partidarios.

Se incluye ya en la Guía de este año el Regimiento de Infantería de Línea de Talavera, que salió de la Península en 1813 como unidad expedicionaria, aunque no llegara al puerto de El Callao hasta el mes de abril de 1814. Y no figuran todavía el Regimiento de Extremadura y los Escuadrones de Húsares de Fernando VII y de la Unión que no arribaron, vía Panamá, hasta octubre de 1815.

Por último, en cuanto a los Estados Mayores de Plazas, sólo aparece un cambio, el de Huarochiri, trasladado a Guayaquil.

Organización defensiva (3)

Abascal, con la experiencia adquirida por las mil trescientas leguas del camino que hubo de recorrer hasta tomar posesión de su cargo de Virrey del Perú, lo que le permitiera conocer el estado de las fortificaciones en casi toda Sudamérica, y dada la codicia inglesa por nuestros territorios de Ultramar tras sus fracasados intentos en la Metrópoli, lo primero que le preocupó fue comprobar el estado de las obras de defensa de Lima, Plaza de El Callao y fuertes de sus costas inmediatas que les flanquean, fortificaciones que no podían estar más abandonadas. Dejemos que él mismo en sus «Memorias» nos lo describa:

«...Me dediqué a examinar sin demora los puntos fortificados y fortificables de esta Plaza (Lima), de la del Callao, alrededores de ambas y costas laterales. El muro que circunda esta Capital se hallaba extraordinariamente descuidado, de modo que había parajes por donde se podía entrar y salir a Cavallo, sin terraplén las cortinas y baluartes, y los parapetos casi arruinados».

Para dar tan sólo un mínimo de eficacia a estas obras de fortificación tan descuidadas, se requería bastantes gastos. Así es que decidió distribuir entre los Cabildos, Tribunales y personales aportaciones, los treinta y tres baluartes de que constaba el recinto de la Plaza. Y

(3) Existen en el Archivo del Servicio Histórico Militar documentos fechados en 1806 y 1807, en los que se incluye un extenso plan de organización de tropas y defensa del Reino del Perú, que propone al Virrey Abascal el Brigadier don Manuel González, citado como Coronel del Regimiento de Infantería Real de Lima, y que ya propusiera éste en 1796. Sus firmas son: 12-1-7-7 y 2-1-7-8.

tal fue la prudencia y justa distribución con que llevó a cabo el reparto, que todos con gran entusiasmo y patriótico proceder, admitieron gustosos la carga que se les imponía. En poco más de cuatro meses se repararon brechas, boquetes y parapetos, se ensanchó el paso de las cortinas de un baluarte a otro, se formaron terraplenes en las caras y flancos para facilidad de la mediana artillería, se construyeron plataformas de emplazamiento en los ángulos salientes, y rampas suaves para subir y descender las piezas y sus sirvientes. Se practicó un camino espacioso por todo el interior del recinto, construyéndose puentecillos y alcantarillas, y se limpió de cascotes y basura, tanto el interior como el exterior, despejándose el foso, casi cegado, en sus doce varas de anchura. También se construyó en la parte del río un lienzo de muralla, prolongación del Baluarte de Montserrat. Asimismo, se reconstruyó el almacén principal de pólvora, pertrechos y municiones, estableciéndose además unos depósitos supletorios en las golas de los baluartes, para tener las municiones a mano y en cualquier punto donde el ataque se produjera, consiguiendo así además la descentralización, para evitar el posible peligro de una voladura y con ella la desaparición de la totalidad de los proyectiles y sus accesorios.

El Marqués de la Concordia mandó también restaurar las fortificaciones del Puerto del Callao, construyéndose sin demora los puentes levadizos y dando eficacia a la defensa de las puertas, así como estudió con el menor detalle, dada su experiencia en los ataques de los ingleses a otros puertos, las reformas más prácticas y necesarias, en la garantía de la defensa de tan importante punto estratégico, llave de la capital del Perú, dotándolo además de un gran Almacén para Parque de Artillería, otro de Víveres y un Algibe con capacidad para proveer a dos mil hombres durante cuatro meses, así como alojamiento para mil quinientos hombres y pabellones para la oficialidad. No cabe duda que esta puesta a punto de las fortificaciones del Callao había de permitir más tarde las heroicas defensas de La Mar primero y de Rodil a la postre. Como defensa complementaria, ordenó a sus Comandantes de Ingenieros, Artillería y Marina, y a los jefes del Real de Lima, reconocer las costas del sur del Callao, estableciendo en la Chira baterías con sus guarniciones, así como un servicio de vigilancia de las playas, haciendo lo propio con la costa norte hasta la desembocadura del río Chillón, previniendo incluso inundaciones para su extrema defensa y haciendo un completo estudio del terreno, de sus partes más vulnerables y puntos fuertes, para una razonada distribución de fuerzas, a fin de evitar los desembarcos enemigos y el establecimiento de éstos, según ahora diríamos, de cabezas de desembarco, así como tener batidas las posibles vías de penetración.

Al Subinspector de Ingenieros le dio también la orden de recorrer la Sierra y los itinerarios de repliegue, en el caso de tener que evacuar la Capital, eligiéndose Santa Elena y San Mateo para fijar en

estas localidades, en caso necesario, los organismos oficiales y caudales públicos.

Y, por último, detalló todo un plan de defensa de la Capital, con las siguientes fuerzas, en un total de 8.580 hombres, de los cuales 7.500 eran de Infantería y Artillería, y el resto, 2.080, de Caballería:

	Plazas
<i>Milicias Provinciales</i>	2.200
<i>Artillería</i>	300
<i>Batallón de Número</i>	1.500
<i>Idem de Pardos</i>	1.400
<i>Idem de Morenos</i>	600
<i>Idem de los Regimientos de Milicias de las Provincias más cercanas</i>	1.500
<i>Sumas la Infantería y Artillería</i>	7.500
	Plazas
<i>Dragones de Lima</i>	600
<i>Escuadrón de Carabaylo</i>	150
<i>Idem de Chancay y Huara</i>	100
<i>Idem de Pardos</i>	150
<i>Idem de Morenos</i>	80
<i>Suma la Caballería</i>	1.080
TOTAL DE LA FUERZA... ..	8.580

La distribución de esta fuerza era la siguiente:

	Artillería	Infantería	Caballería
<i>Plaza del Callao y fuertes colaterales</i>	100	1.000	30
<i>Puerto de la Chira</i>	24	300	50
<i>Casa de la Legua</i>	—	100	20
<i>Santa Elena</i>	—	100	20
<i>Distribución total</i>	124	2.100	120
Reserva	176	7.200	1.080
FUERZA TOTAL	300	7.200	1.080

Además de estas tropas, se disponía del Batallón del Comercio o de la Nobleza, entonces de unas 800 plazas, que pasó a ser el Regimiento de la Concordia Española del Perú, con más de 1.000 hombres.

Refiriéndonos a la Artillería, cuando Abascal se posesionó de su cargo, este Arma que había estado no menos abandonada, sin instrucción ni medios y en el estrecho alojamiento de unas celdas del Colegio de los Desamparados, sólo hacía un año que el Subinspector don Joaquín de la Pezuela había iniciado su reorganización, agrupándola en una Compañía Veterana. Sus efectivos, que hasta hacía poco

habían sido de 92 hombres, aumentados luego a 200 plazas y 16 caballos, se ampliaron a 342 plazas y 50 caballos, y se les buscó un cuartel adecuado, no ya sólo para el alojamiento de estas tropas, sino, además, con sus caballerizas apropiadas.

La Maestranza del Callao se dotó de 16 oficiales activos, trasladándose el taller de la Armería a un local más apto, destinándose además 24 armeros.

La fundición de Artillería, en manos de campaneros ignorantes, se reorganizó también, y en poco tiempo se llegaron a construir 80 piezas.

En cuanto a la Fábrica de Pólvora, surgida de las ruinas de un incendio y bajo la dirección también de Pezuela, llegó a ser una de las más importantes de su tiempo, tanto en calidad como en capacidad de producción, pues hasta 1812 llegó a suministrar 15.079 quintales de pólvora, de los que 8.000 se mandaron a la Península, 900 a Montevideo, 3.000 a Buenos Aires y el resto a Chile, Guayaquil, Cuenca, Alto Perú y otros puntos.

Tal fue, a grandes rasgos, la ingente labor de reorganización militar emprendida por Abascal, que más tarde había de dar sus frutos, e instrumento al que se debe en gran parte la permanencia de nuestro prestigio y autoridad en tierras de Ultramar.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL AL MANDO DE PEZUELA (1816-1821)

Ya hemos podido comprobar en el apartado precedente, que la mano derecha de Abascal fue don Joaquín de la Pezuela, su más destacado y eficaz colaborador. Durante su mandato, desde mediados de 1816 a primeros de 1821, puede decirse que fue el continuador de la obra que emprendiera su predecesor. Pezuela, sin el apoyo ni el consejo ya de Abascal, desde el día en que le relevara en el mando, se limitó a seguir al pie de la letra las mismas ideas del Marqués de la Concordia. Pero las circunstancias históricas fueron bien distintas para ambos, y sus caracteres —ya hablamos de ello en nuestro trabajo anterior— diferían en absoluto. De aquí, que mientras el Virreinato de Abascal ha quedado como modelo de gobierno, el de Pezuela terminaría en fracaso.

Abascal supo elegir a sus colaboradores, dándoles a cada uno el desempeño del más adecuado papel. Pezuela no tuvo esta visión. Este se acreditó, en tiempos de Abascal, como un buen jefe de operaciones. Sus éxitos en Vilcapugio, Ayohuma y Viluma, así lo atestiguan. Sin embargo no tuvo el acierto de Abascal como estadista y gobernante. Perdido Chile, amenazado de cerca por San Martín, dado el cambio político experimentado en España y envuelto en las intrigas de sus mismos generales, tenía que fracasar (4).

(4) Apéndices I y II del trabajo publicado en el número anterior. Páginas 165 y 169.

MANDO Y UNIDADES

En el *Calendario Manual y Guía de Forasteros de Madrid para 1816*, año en el que Pezuela se hizo cargo del Virreynato, los mandos y unidades en el Perú eran:

Virrey, Gobernador y Capitán General interino. Teniente General don Joaquín de la Pezuela.

Secretario de Cámara y Virreynato. Coronel don Toribio Acebal (5).

Contador del Ejército, Tesoro y Comisario de Guerra. Continúan los de 1806.

Intendentes de Provincias:

Continúan los mismos excepto en:

Arequipa. Coronel don Juan Bautista Lavalle.

Huancavelica. Teniente coronel don José Montenegro.

Subinspección General, Dividida en dos por R. O. de 28 de junio de 1815.

Subinspector General de Infantería Veterana y Milicias. Brigadier don José de la Mar, y

Subinspector General de Caballería. Brigadier don Salvador Moxo.

Tropas Veterana:

Las variaciones sobre la época de Abascal son:

Compañía de Alabarderos de la Guardia del Virrey. Capitán don Diego Aliaga y Santa Cruz.

Compañía de Caballería de la misma Guardia. Capitán don Joaquín Polavieja.

Regimiento de Infantería Real de Lima. Coronel don Francisco Gil. En 1817 tomó el nombre de Regimiento de Infantería «Infante Don Carlos». En esta época consta sólo de dos Batallones al mando del coronel don Juan Antonio Monet.

Batallón de Infantería Ligera de Chiloe. Con una Compañía de Granaderos y cuatro fusileros. (Formado con las antiguas Compañías de Infantería y Dragones de Chiloe.)

Regimiento de Infantería de Talavera. Enviado desde la Península en 1813, fecha de su creación, al mando del coronel don Rafael Maroto.

Regimiento de Cazadores de Extremadura. El antiguo de la Legión Extremeña. Creado en 1811 y enviado desde la Península en 1815. Coronel don Mariano Ricafort y 2.º Jefe teniente coronel don José Carratalá.

Cuerpos provisionales de Cazadores. (Considerados como de línea). Mandados por el Brigadier don Antonio María Alvarez y el coronel graduado don Sebastián Benavente. (En 1816 forman en el Ejército de operaciones del Alto Perú muchos de ellos.)

Ejército de Operaciones del Alto Perú. Mariscal de Campo don José de la Serna.

Regimiento de Infantería de Línea núm. 1. Brigadier don Antonio María Alvarez.

(5) En el Archivo del Servicio Histórico Militar se conservan varios documentos suscritos por Acebal.

Regimiento de Infantería de Línea núm. 2. Coronel graduado don Sebastián Benavente.

Batallón del Centro:

Batallón de Fernando VII. Coronel graduado de milicias don Francisco Xavier de Aguilera.

Batallón de Castro. Comandante, coronel graduado de milicias don Buena-ventura Centeno.

Batallón de Granaderos de Reserva. Coronel, graduado del Ejército, Marqués de Casares.

Batallón del General:

Batallón de Partidarios. Coronel, graduado de milicias, don Martín Soucurcio.

Batallón de Cazadores. Coronel, graduado del Ejército, don Manuel Manzanedo.

Primer Escuadrón de Cazadores. Comandante, Coronel graduado del Ejército, don Guillermo Vigil.

Segundo Escuadrón de Cazadores. Coronel, graduado del Ejército, don Antonio Vigil.

Escuadrón de Dragones de San Carlos. Comandante, coronel graduado de milicias don Fernando Aramburu.

Variaciones posteriores de mandos y Unidades

Continúan los Estados Mayores de Plazas en Lima, Callao, Chiloé, Guayaquil, Huarohiri, Cuzco y Puno, apareciendo como *Gobernador del Callao* el Subinspector General de Infantería, Brigadier don José de la Mar y como Teniente Gobernador el Teniente Coronel don Juan Valdés.

En 1819, el Regimiento de Infantería de Línea, que se formara ya en tiempos de Abascal, bajo el concepto de Milicias Urbanas y que por Decreto de 2 de marzo de 1813, había pasado a ser considerado de Línea pero sin sueldo, vuelve a tomar la denominación de Voluntarios Distinguidos de la Concordia Española del Perú, constando de *veintidós Compañías*, con *ochenta hombres* cada una.

Y ya, en este año también de 1819, se consignan como Regimientos de Infantería procedentes de la Península, a más de los ya señalados en años anteriores y que continúan en el Perú, los siguientes: Expedicionarios de Burgos, Cantabria, Vitoria e Imperial Alejandro, dos Escuadrones de Lanceros del Rey y un Escuadrón de Cazadores Dragones. Los que, con los ya citados, constituyen el Ejército de operaciones de Alto Perú.

Continúa en este año el mismo despliegue de Milicias Disciplina-

das y Urbanas o Provinciales, que ya hiciéramos constar durante el Virreinato de Abascal, situadas en los Partidos de Costa, Frontera y localidades importantes del interior del Perú, y en las provincias interiores siguen tropas que, en caso de necesidad, han de reforzar las expresadas Milicias.

En 1820 y 21 continúa la misma organización y distribución de Unidades con ligeras variantes de algunos cambios de mandos.

Como puede verse, el estado militar del Perú en tiempos de Pezuela, difiere poco y prácticamente es continuación del que organizara su predecesor Abascal.

Organización, refuerzos y movimientos de fuerzas.

Don Joaquín de la Pezuela, General en Jefe a la sazón del Ejército del Alto Perú, tan pronto tuvo conocimiento de su nombramiento como sucesor de Abascal, entregó el mando a su segundo, Teniente General don Juan Ramírez, y después de casi tres meses de camino y de recorrer 540 leguas, llegó a Lima, haciéndose cargo del Virreinato (6).

Lo primero que hizo fue pedir el Estado de Fuerza de la guarnición de Lima, que arrojó las siguientes plazas:

<i>Primer Batallón de Extremadura</i>	849
<i>Regimiento Infante dos Carlos</i>	622
<i>Milicias del Número acuarteladas</i>	500
<i>Dos Escuadrones de Dragones de Lima</i>	355
<i>Brigada de Artillería</i>	362
<i>Compañía de Zapadores</i>	92
<i>Suman</i>	2.870

A los dos días, reunido en Junta con el Subinspector General, los Jefes de los Cuerpos y el Comandante de Marina, y con el fin de evitar gastos, se acordó dejar reducida la plantilla de esta guarnición a 1.840, hombres según la siguiente distribución:

<i>Infantería</i>	1.300
<i>Caballería</i>	180
<i>Artillería</i>	360

(6) Fue nombrado interinamente *Virrey del Perú* por Real Orden de 14 de octubre de 1815, y no se enteró hasta que Abascal se lo comunicó por extraordinario en 9 de marzo de 1816, no llegando a su conocimiento hasta el 6 de abril de este mismo año; entregó el mando del Ejército del Alto Perú el día 8, salió de su Cuartel General el 15, y hasta el 7 de julio, tras largo viaje, no se hizo cargo del Virreinato, al enviarle Abascal de manos de don Joaquín de Molina el bastón de mando, según costumbre, a la Hacienda Maravilla, pues el Marqués de la Concordia excusó su presencia alegando encontrarse enfermo. Este no saldría del Perú, rumbo a Cádiz, hasta el 13 de noviembre. Hizo Pezuela su entrada oficial en la capital el 17 de agosto.

Y todavía la Infantería había de dar 400 hombres, el Escuadrón de Caballería 25 y la Artillería 60, a la plaza del Callao.

Trasladó al Alto Perú, con la denominación de Primer Batallón de Extremadura al Regimiento Expedicionario de Extremadura, recientemente amotinado bajo Abascal, así como los Escuadrones de Húsares de Fernando VII y Dragones de la Unión, que se unieron a esta rebelde actitud, so pretexto de no percibir sus haberes.

Pasó revista a la Plaza del Callao, y la encontró en estado de servicio, cuidadas sus murallas y bien municionada.

El 8 de septiembre de 1816 llegó a Arica, procedente de Cádiz, de donde saliera el 1 de mayo, vía Panamá, el Mariscal de Campo don José de la Serna, con sus ayudantes y escoltas, continuando viaje al Callao, donde fondeó el 21 de este mismo mes de septiembre, haciéndose cargo del Ejército del Alto Perú. El mismo día arribaba también a Arica el Batallón Expedicionario de Gerona con 704 hombres al mando del Comandante don Baltasar de Villalobos, que había de engrosar también el Ejército del Alto Perú. El 11 de noviembre fondeó en el Callao la fragata «Cazadora», que después de haber dejado en Guacho 58 artilleros, desembarcó 114 hombres del Regimiento Infante Don Carlos. El 19 de diciembre llegaron al Callao 10 oficiales y 132 individuos de tropa de Infantería, también del Infante Don Carlos, 4 oficiales y 46 soldados del Escuadrón de la Guardia y 13 artilleros.

Estos fueron los refuerzos que el Virrey Pezuela recibiera en su primer año de mandato.

El año 1817, se inició con la invasión de Chile por San Martín. Derrotadas las fuerzas españolas en Chacabuco, embarcaron sus restos en once buques, que salieron de arribada forzosa hacia el Callao. Pero estas emigradas fuerzas pronto habrían de reembarcar para Talcahuano, importante punto que había que mantener con vistas a recuperar Chile, por lo que Pezuela no dejaría de mandar continuos refuerzos.

En efecto, el Virrey del Perú fue preparando la expedición de Chile bajo las órdenes del brigadier don Mariano Ossorio. A finales de octubre contaba con ocho buques de transporte y escolta y con 2.599 hombres bien instruidos. A primeros de noviembre se unirían también a estas fuerzas el Escuadrón de Arequipa, compuesto de 180 hombres, y se organizó el Segundo Batallón del Infante, el Primero de Burgos y el de Arequipa, a 1.000 hombres, así como los Escuadrones de Lanceros y de Arequipa a 200 plazas, para lo cual mandó pedir refuerzos a las Milicias del interior. (7). Sólo esperaba la llegada al Callao del 2.º Batallón de Burgos, el Escuadrón de Lanceros y la Artillería, que habían de llegar de la Península con el

(7) De los Regimientos de las Milicias del Interior, se solicitaron 8.716 hombres y sólo se incorporaron, entre noviembre y diciembre, 7.566.

brigadier don José de Canterac. Pero Morillo, envuelto en la guerra en Costa Firme, se quedó con el Batallón de Burgos y el Escuadrón de Lanceros, mientras el brigadier don José de Canterac, destinado como Jefe del Estado Mayor del Ejército del Alto Perú, llegaba con sólo sus subalternos y escolta.

El 9 de diciembre salió por fin del Callao la Expedición del brigadier don Mariano Ossorio rumbo a Talcahuano, como cabeza de puente o base de partida para emprender la contraofensiva sobre Chile, con unos 3.400 hombres.

Pocos días antes, el 6 de diciembre, San Martín ordenó a O'Higgins, sitiador de Talcahuano, atacar la plaza, siendo rechazado con importantes bajas y decidiendo levantar el cerco.

A los treinta y siete días de haber embarcado, el 17 de enero de 1818, llegó a Talcahuano la expedición de Ossorio, reuniéndose en este punto las siguientes fuerzas, según estados enviados al Virrey Pezuela:

	Plazas		Plazas
<i>Ejército del General Ossorio:</i>		<i>Fuerzas del Gobernador Ordóñez:</i>	
<i>Infante Don Carlos</i>	983	<i>Batallón de Valdivia</i>	136
<i>Primer Batallón de Burgos</i>	856	<i>Batallón de Concepción</i>	807
<i>Batallón de Arequipa</i>	899	<i>Artillería</i>	219
<i>Artillería volante</i>	182	<i>Dragones de la Frontera</i>	316
<i>Zapadores</i>	81	<i>Dragones de Chillán</i>	86
<i>Lanceros del Rey</i>	193	<i>Reunión de varios Cuerpos</i>	147
<i>Dragones de Arequipa</i>	198		
	3.322		1.711

Total de fuerzas en Talcahuano: 5.033 plazas.

Las fuerzas de ambos bandos parecían estar equilibradas, poco más de 5.000 hombres por cada una de las partes contendientes (8).

En el verano de 1818 llegó a oídos de Pezuela que la Escuadra chilena había salido de Valparaíso, y temiendo un ataque por mar, puso en guardia a Ossorio, en Talcahuano, bien fortificado y dotado de víveres para cuatro meses; reforzó la plaza del Callao, donde en el mes de julio había habido otra intentona de insurrección, y reorganizó los tres Batallones de la Concordia, reduciéndolos a dos, pero con mayores efectivos y cambiando su uniforme por otro más sencillo y de menos gasto (9). En efecto, en los primeros meses de 1819, Lord Cochrane, con su escuadra chilena, bloqueaba el Callao.

Comenzaron ya también las desaveniencias entre Pezuela y La Serna, y la desobediencia de éste al Virrey, ya iniciada hacía tiempo con el incumplimiento de órdenes. La Serna, que había presentado ya

(8) Según estados recogidos en la «Relación del Virrey Pezuela». (Cuaderno 1.º, folio 242 a 246).

(9) «Relación del Virrey Pezuela». (Cuaderno 2.º, F.º 6, 7 y 25).

la dimisión del mando del Ejército del Alto Perú, alegando estar enfermo, le fue aceptada por el Rey, nombrando en su lugar al Teniente General don Juan Ramírez, Presidente de Quito. Pero pronto volvería La Serna a tomar de nuevo el mando del Alto Perú, tras largo e inútil viaje de ida y vuelta, después de haberse presentado en Lima.

San Martín entró el 14 de enero de 1820 en Santiago de Chile con 3.500 hombres. Parte de sus fuerzas las tenía ya situadas en los Andes.

Pezuela, ante la realidad de esta amenaza, organizó la División Volante de Piura, al mando del Comandante General don Vicente González, sirviéndole de base 300 hombres del Regimiento de Infantería de Lambayeque, otros 300 del Batallón de Piura, 500 de Caballería del Regimiento de Ferreñate y de los Escuadrones de Amotaque y Querecotillo y las Compañías del de Numancia. El Subinspector General de Infantería don José de la Mar, firmó la orden de traslado a Trujillo de los mandos que habían de completar estas Unidades de nueva organización (10), así como la del material que había de ponerse a disposición en el puerto de Guanchaco. El Ejército del Alto Perú recibió asimismo un importante suministro de armas y material.

En la *Orden del Día* de 1 de marzo de 1820, el Virrey comunicó a todos sus subordinados el Plan de Defensa de la Plaza de Lima: el orden primitivo de batalla y el lugar a ocupar por los distintos Cuerpos en su primera formación, para maniobrar después, tanto en ejercicios doctrinales como al frente del enemigo (11).

Sería prolijo seguir enumerando el incesante movimiento de tropas, generalmente embarcadas, que llena toda esta época del Virreinato de Pezuela, ante la continua amenaza del Ejército de San Martín.

Se tenían noticias de que en el verano de 1820, éste preparaba en Valparaíso una expedición contra Lima, constituida por unos 7.000 hombres, que habían de ser convoyados por Lord Cochrane. Estas noticias se confirmaron al ser apresados unos espías o comandos por fuerzas de cobertura costeras (12).

El 20 de agosto, día de su onomástica, don Joaquín de la Pezuela pasó revista en la portada del Callao a su Ejército de Operaciones de Lima, y se reunió en Junta Sereta con La Serna, La Mar, Llano y el Subinspector de Ingenieros, brigadier Feliú (13). Pocos días después, el 3 de septiembre, le fueron entregadas al Virrey unas proclamas de San Martín, firmadas cual si hubiera puesto ya pie en la Costa del

(10) «Relación del Virrey Pezuela» (Cuaderno 3.º, F.º 21, 46 al 50, 87, 160 y 161, 166, a 169 y 174 a 177).

(11) *Ibid.*

(12) *Ibid.*

(13) *Ibid.*

Perú. En efecto, San Martín desembarcó con sus fuerzas expedicionarias, unos 4.300 hombres, el 10 de septiembre, en Pisco (14).

La amenaza de invasión estaba cada vez más cerca de las puertas de Lima.

Coincidió este momento decisivo e histórico con la llegada de correspondencia de España, en la que se ordenaba proclamar la Constitución de la Monarquía Española, acordada en Cádiz el 19 de marzo de 1812.

Pezuela y San Martín trataron de entablar negociaciones de paz en la Hacienda Manzanilla, a través de sus respectivos emisarios. El resultado fue negativo. En tal circunstancia, el Virrey reunió a todos sus mandos de las Plazas de Lima y El Callao y puso sus fuerzas en estado de alerta (15). El 29 de enero de 1821, Pezuela se vio obligado a entregar a La Serna el mando del Perú.

A primeros del año 1821, el Virrey Pezuela disponía de los siguientes efectivos:

	Plazas
<i>Ejército de Lima</i> ...	7.200
<i>Guarnición de Callao</i> ...	1.210
<i>Guarnición en Lima (mientras el Ejército había de marchar al encuentro del enemigo)</i> ...	2.941
TOTAL ...	11.351

San Martín, por su parte, parecía atacar con las siguientes fuerzas (16):

	Plazas
<i>Infantería</i> ...	6.425
<i>Artillería</i> ...	419
<i>Caballería</i> ...	1.045
<i>Compañía de Maestranza</i> ...	93
TOTAL ...	7.982

He aquí, en ligeras pinceladas, la organización, refuerzos y movimientos de fuerzas, llevadas a cabo durante el Virreinato de Pezuela.

<i>7 Batallones de Infantería</i> ...	4.842
<i>6 Escuadrones</i> ...	1.102
<i>Arts. para servicio de 24 pzas.</i> ...	363
	6.307

(14) *Ibid.*

(15) Los estados de fuerza expresaban los siguientes efectivos, parte de los cuales habían de quedar en las citadas Plazas, mientras el Ejército de maniobra se aprestaba al combate:

(16) Este estado de fuerza, al parecer algo abultado (véase San Martín y sus fuerzas expedicionarias), se hace constar también en la «Relación del Virrey Pezuela». (Cuaderno 3.º, F.º 271).

Guarnic. de la P.^a sostener a Lilma Pl.^a del Callao interin el Egto. sale:

<i>Regimiento de la Concordia</i>	700
<i>Inválidos civiles</i>	270
<i>Partidas del Ayuntamiento y 4 cuarteles.</i>	
<i>Tropas armadas con sus Jefes y oficiales sueltos</i>	932
<i>Art.^a p.^a 4 cañones de montaña y 10 en el Parque y su Maestranza</i>	100
	<hr/>
	2.002
<i>Dos Compañías de la Concordia</i>	202
<i>Batallón del Número</i>	480
<i>Compañía de Maestranza armada</i>	100
<i>Artilleros para 12 piezas de Artillería</i>	213
<i>Piquete de Caballería</i>	50
	<hr/>
	1.163
	<hr/>
TOTAL	9.472

Despliegue defensivo.

Es curiosa y en extremo interesante, desde el punto de vista histórico-militar; la documentación existente en nuestro Servicio Histórico, relacionada con este momento crucial del plan de defensa de la capital de Lima (17), ante la inminente amenaza de San Martín y la delicada crisis de entrega de poderes de Pezuela a La Serna (18).

Estos interesantes documentos, prueba fehaciente y valiosa, que ya hicimos destacar en nuestro anterior trabajo como una aportación original por nuestra parte, vienen a aclarar los acontecimientos históricos decisivos en este último período de la presencia de España en el Perú.

En el primero de ellos (19), el Subinspector de Ingenieros, brigadier don Manuel Olaguer Feliú, emite un informe fechado en Lima a 26 de enero de 1821, firmado y rubricado, en el que trata de las hipótesis más probables de los «Taqes que intenta el enemigo: Atraher nuestro exto. a Huara, Ataque por N. y S. á un mismo tiempo y por el Norte».

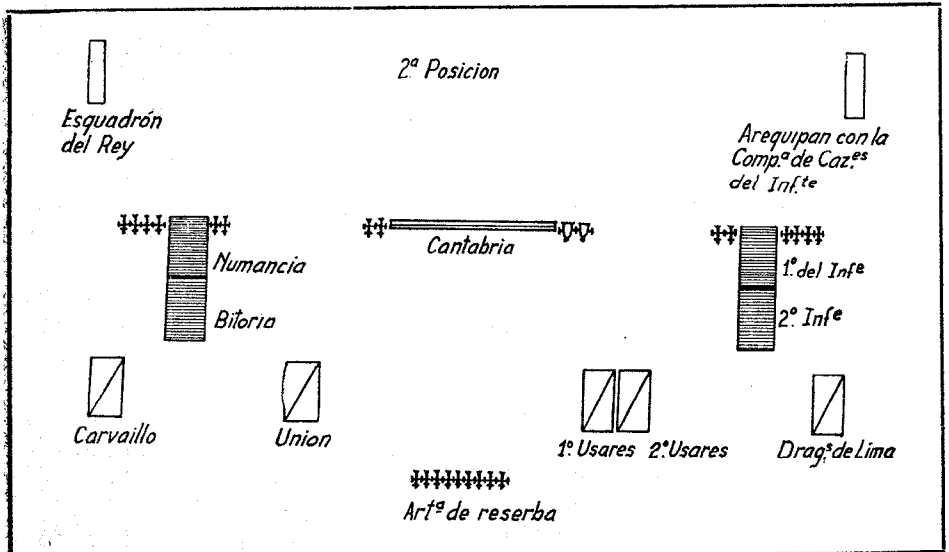
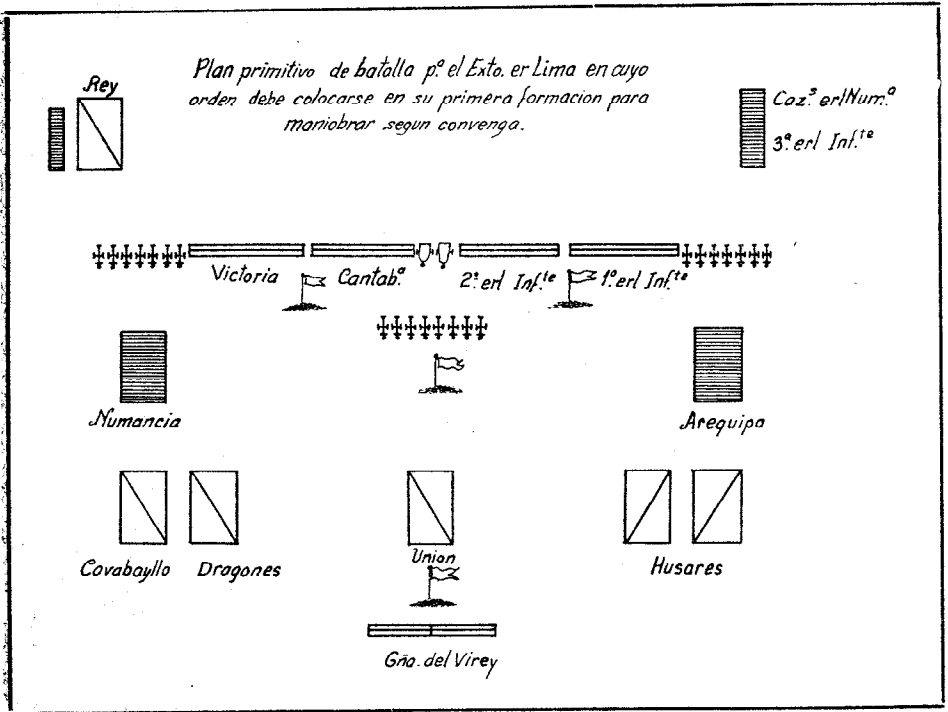
El otro documento contiene un detallado «Plan de defensa de la Capital de Lima; ya sea atacada por el Sur desembarcando los enemigos en el Puerto de Pocusana; o ya por el Norte por el de Lancon».

Poseemos, asimismo, dos croquis con el (Plan primitivo de batalla para el ejército de Lima, en cuyo orden debe colocarse en su primera formación para maniobrar según convenga), y otra «2.^a posi-

(17) Archivo del Servicio Histórico Militar. Documentos: Caja núm. 5. Legajo núm. 1. Carpetas: 4, 5, 6, 15 y 16.

(18) Archivo del Servicio Histórico Militar. Documentos: Caja núm. 5. Legajo núm. 1. Carpeta: 9, 11, 15 y 18.

(19) Diez hojas, tamaño cuarto



Croquis del plan primitivo de batalla para el Ejército de Lima.
 (Archivo del Servicio Histórico Militar. Sin catalogar. Caja núm. 5. Legajo 1. Números. 6 y 6 bis.)

ción del despliegue de fuerzas». Al respaldo del primero aparece la relación de mandos:

RELACIÓN DE MANDOS

Plana Mayor:

General en Jefe	El Excmo. Sr. Virrey.
Edecanas de S. E.	El Coronel Marqués de Casares. El ídem D. Alejandro González Villalobos.
Ayudantes de ídem	El Teniente Coronel D. José Morales. El Capitán D. Juan Sauri. El ídem D. Manuel Vigil.
Segundo Jefe del Ejército	El Excmo. Sr. Teniente General don José de la Serna.
Ayudante de Campo	El Teniente Coronel D. Antonio Ortega.
Jefe de la derecha	El Subinspector General Mariscal de Campo D. José de la Mar.
Su Ayudante de Campo	El Coronel graduado de Milicias don Juan Berindoaga.
Jefe de la izquierda	El Sr. Brigadier D. Diego O'Keily.
Su ayudante de Campo	E. Teniente D. Eustaquio Barrón.
Comandante General de Artillería ...	El Sr. Subinspector Marriscal de Campo D. Manuel de Llano.
Su ayudante de Campo	El Teniente Coronel graduado don Manuel Bayona.
Encargado del Cuartel Maestre ...	El Sr. Subinspector de Ingenieros Brigadier D. Manuel Olaguer Feliú.
Su ayudante de Campo	El Capitán D. Antonio Ugarte Videá.
Gobernador militar y político para el caso que el Virrey salga de Lima	El Sr. Mariscal de Campo Márqués de Montemira.
A las órdenes del Sr. Gobernador ...	El Sr. Brigadier D. José Joaquín Alos. El ídem D. Simón Díaz dde Navago. El ídem D. Manuel Arredondo.
El Sargento Mayor de Plaza.— <i>D. José Lanao.</i>	
El Ayudante de ídem.— <i>Capitán D. Francisco Torres.</i>	

Por último, existe otro documento sin fecha ni firma, en relación con los anteriores, que contiene dictámenes sobre el empleo de las fuerzas reales, según los ataques del enemigo, previstos en los dos primeros documentos a que hemos hecho mención anteriormente, y en el que se hace la siguiente distribución de fuerzas:

<i>Fuerza que se destina a Ancon</i>		
<i>Infantería.....</i>	<i>N.º 5. Se da de fuerza 400 hombres de tropa y 608 de recluta de Guuaylas</i>	1.008
	<i>Cazadores 200 hombres de tropa y 331 reclutas... ..</i>	531
		1.539
<i>Caballería.....</i>	<i>Granaderos a caballo</i>	487 Bueno
	<i>Cazadores ídem</i>	402 Idem
	<i>Reclutas</i>	156 Idem
		1.045
	TOTAL PARA ANCON	2.584
<i>Fuerza que se destina al Sur de Lima</i>		
<i>Infantería.....</i>	<i>Numancia... ..</i>	635 Bueno
	<i>N.º 7 negros... ..</i>	1.052 La mitad reclutas
	<i>N.º 8 ídem</i>	979 Idem íd.
	<i>N.º 11 blancos</i>	649 Buenos
	<i>N.º 2 ídem</i>	683 Regulares
	<i>N.º 4 ídem</i>	891 Bueno
		4.889

LA SERNA Y SUS FUERZAS (1821-1824)

No pudo empuñar el segundo jefe del Ejército de Lima, Teniente General don José de la Serna, el bastón de mando del Virreinato del Perú, arrebatado poco menos que a la fuerza de manos de Pezuela, en peor momento y ocasión.

En nuestro «Bosquejo histórico» (1) fuimos trazando a sentimiento la línea magistral de las Campañas de Lima, coincidentes con su postrer Virreinato, desde que La Serna evacuara la capital, ofreciéndola en bandeja de plata a San Martín, para encastillarse en el Alto Perú hasta caer herido y prisionero en Ayacucho. Es el último esfuerzo de un Virrey español por mantener nuestro prestigio y dominio en tierras de América (20).

Hemos visto sus magníficas dotes de organizador, restañando las heridas, resucitando, como el Ave Fénix, una y otra vez, su aguerrido

(20) Existe al parecer un decreto de Fernando VII, fechado en 1820, nombrando a La Serna Virrey del Perú, si bien no se indica la procedencia («Revista del Archivo Histórico de Cuzco», núm. 10. 1959).

El nombramiento de La Serna como Virrey data del 19 de diciembre de 1823, y no se publicó hasta el 9 de agosto de 1824.

Documento del Archivo de Indias. Núm. 7.918. 1824 diciembre, 28. Madrid.

Carta de don Francisco Narváez y don Domingo Ximénez comisionados por el Virrey del Perú, General de la Serna. para dar cuenta del estado de aquel país; hace una extensa relación de las operaciones militares, desde que La Serna se hizo cargo del Virreinato, abandono de Lima, etc., y muy especialmente de la insurrección del General español Olañeta.

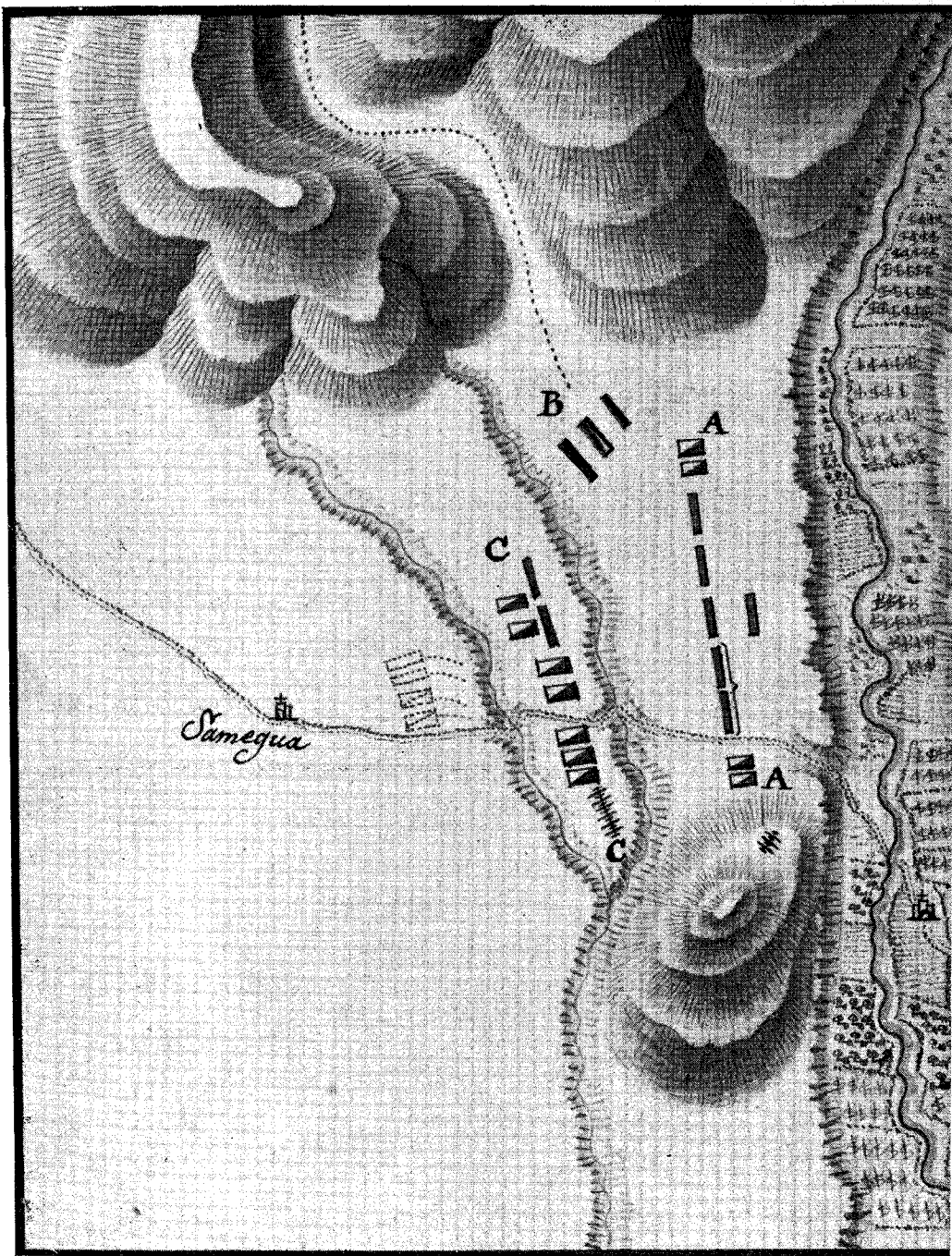
Estado — Perú — Legajo 2 (49).

<u>Plana Mayor</u>	
General en Jefe . . .	El Excmo. Sor Virrey.
Secretarios de S. E.	El Excmo. Marq. de Canales. El Excmo. D. Mirandano Gonzalez Villalobos. El Excmo. D. Jose Morales.
Ayudantes de S. E.	El Excmo. D. Juan Sauri. El Excmo. D. Man. Vigil.
2.º Jefe del Cuartel	El Excmo. Sor Fernt. Fernt. D. Jose de la Serna
Su Ayud. de campo	El Excmo. D. Antonio Ortega.
Jefe de la Derecha	El Excmo. D. Manuel de campo D. Jose de los Rios.
Su Ayud. de campo	El Excmo. grad. de Milicias D. Juan de Borindocaga.
Jefe de la Izquierda	El Excmo. D. Diego D. Kully.
Su Ayud. de campo	El Excmo. D. Santiago Barton.
Comd. en Jefe de Artilleria	El Excmo. Subinsp. Manuel de campo D. Man. de Llano
Su Ayud. de campo	El Excmo. grad. D. Man. Bayona
Comd. en Jefe de Maquinaria	El Excmo. Subinsp. D. Manuel D. Man. Olaguez Felin
Su Ayud. de campo	El Excmo. D. Antonio Vazquez de Arce.
Comd. Militar y Político p. a. el campo de Armas de Lima	El Excmo. Manuel de campo Marq. de Montemirra. El Excmo. Brig. D. Joaq. Alor El Excmo. D. Simon Diaz de Navago. El Excmo. D. Man. Arredondo.
Alcaide Mayor de Plaza	D. Jose Lamas.
El Ayud. de S. E.	El Excmo. D. Fran. Torres.

Ejército, dotándole de pertrechos y equipo valiéndose de sus propios medios, instruyendo y disciplinando a sus fuerzas, sabiéndose rodear de mandos competentes, como el de su General en Jefe don José de Canterac, don Jerónimo Valdés, Carratalá, Maroto, García Camba, Loriga, Rodil, Manet, Ferraz, González Villalobos y tantos otros militares de cuerpo entero y justo renombre; pasando a la ofensiva y obteniendo señaladas victorias en el campo de batalla, pese a importantes defecciones como la de La Mar y Olañeta, y cayendo por último dignamente en Ayacucho, aunque el fiel de la balanza, en tan decisiva batalla, estuviera más de una vez indeciso, hasta doblegarse a unas honrosas Capitulaciones.

Mandos y Unidades.

La Guía Política y Militar de Forasteros de 1822, nos ofrece el estado militar del Perú bajo nuestro último Virreinato: Virrey, Gobernador y Capitán General. Teniente General don José de la Serna. Secretario de Cámara y del Virreinato, Coronel don Toribio Acebal, que continúa desde tiempos de Abascal.



Plano de la Batalla de
(Archivo del Servicio Histórico)

PLANO DE LA BATALLA

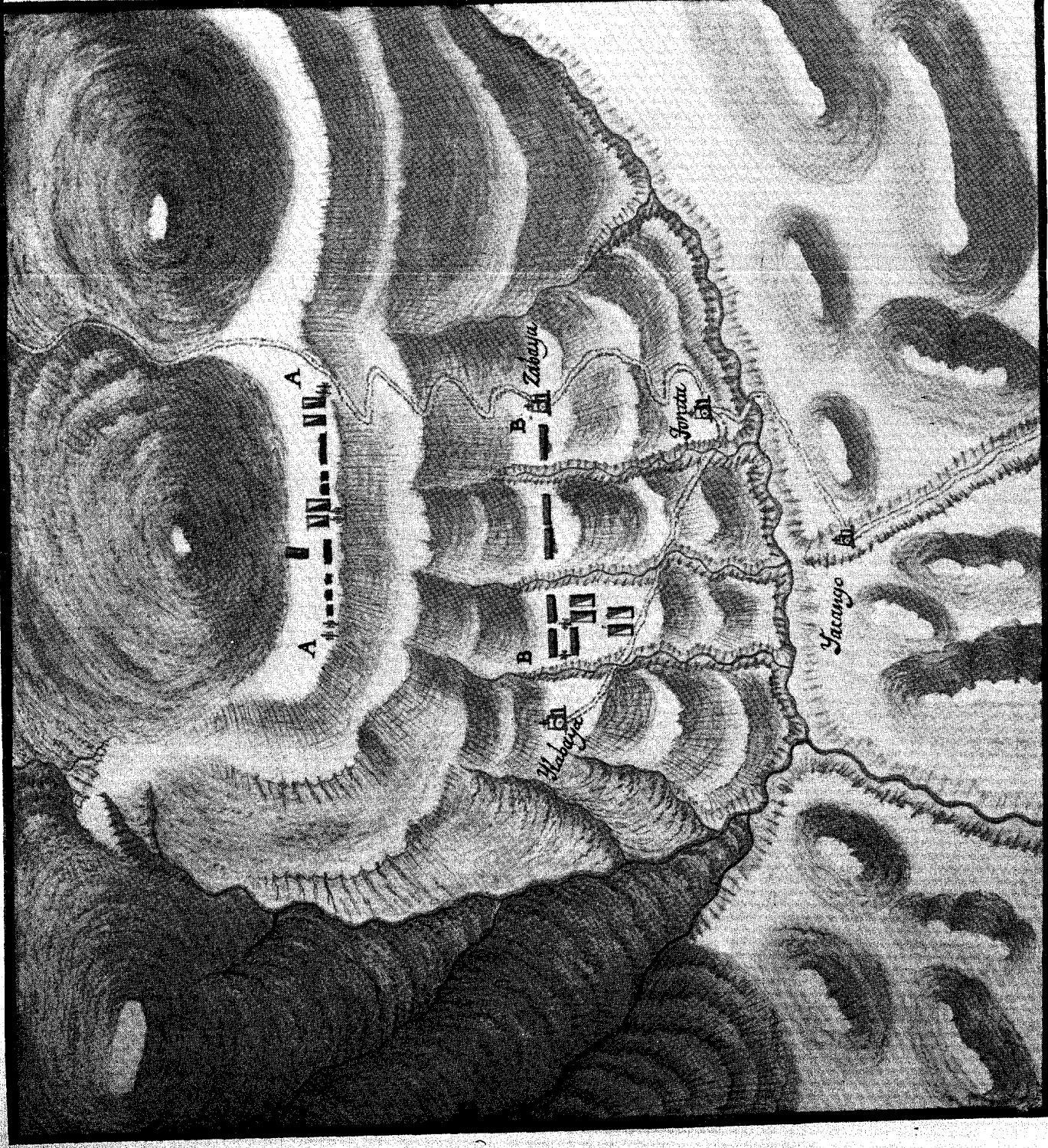
DE TORATA ENTRE EL EXER.^{to}
LIBERTADOR DEL SUD. y la Division del
General Valdes a su mando, y al fin de
del General Canterac q. llegó despues
de empezada, y tomo el mando.

El 19. de Enero de 1823.

AA. Porcion fuerte ocupó la Division del
General Valdes en los puntos altos de
Valdivia despues de haver sostenido algu-
nos ataques en los alturas inferiores,
con el armamento del Eneemigo.

BB. Línea que formó el Exer. Insurgente
entre Zaboya à Zaboya compuesto de 6.
Batallones, y 4. Escuadrones, y havien-
do atacado à nuestra Division, fue recha-
zado; y luego acometido en todo su fren-
te q. que llegó el General Canterac,
fue derrotado con mucha perdida, y se
retiro por Sacango à Illoquegua.

[Signature]
Num. 11.



Plano de la Batalla de Torata, 19 de enero de 1823.
(Archivo del Servicio Histórico Militar. Cartografía núm. 13.623. P.m-7-99.)

Plano de la Batalla de Moquegua Ganada por el Exto. Real mandado por el General Canterac contra el insurgente mandado por el Cien. Alvarado.

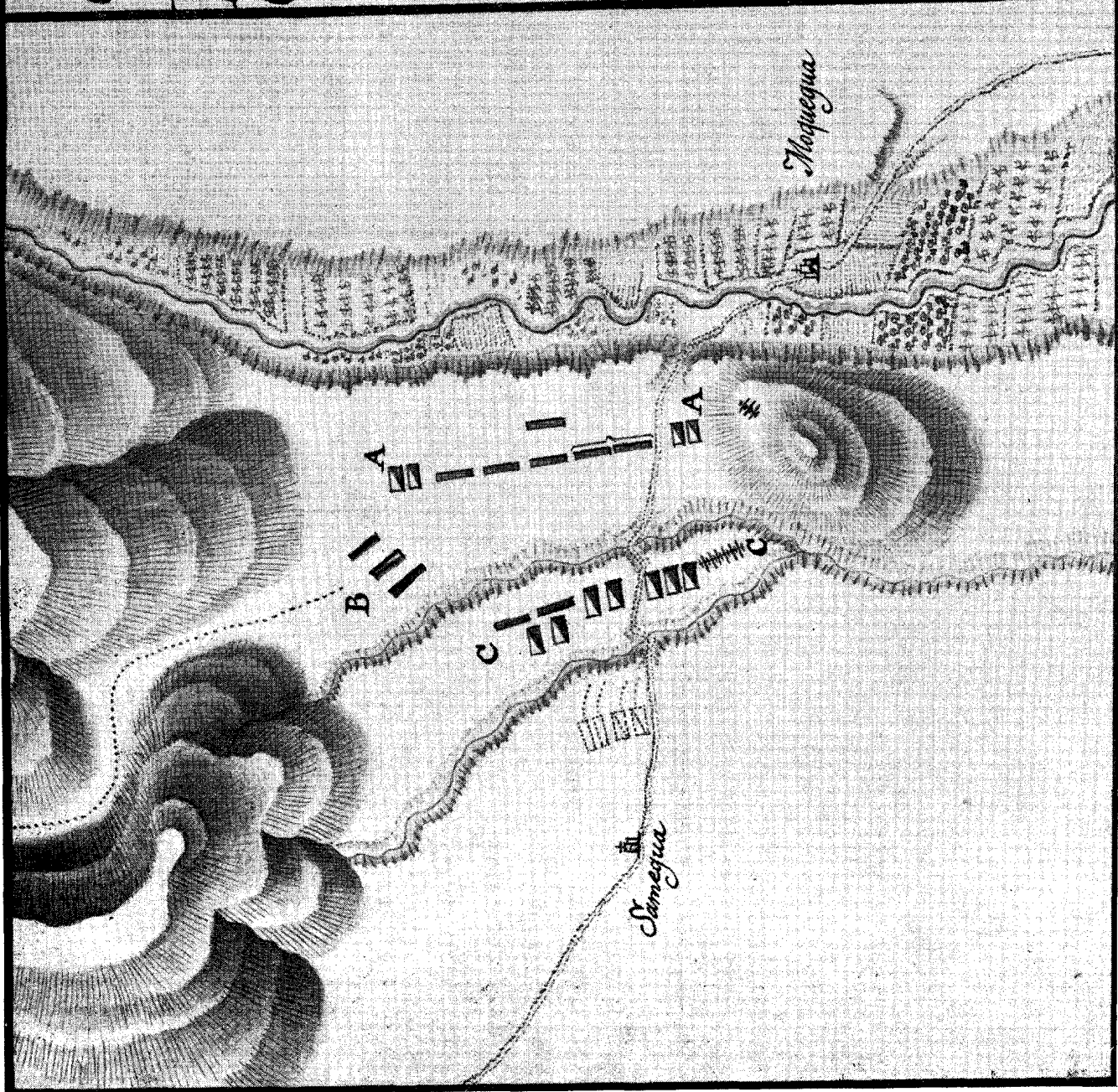
El 21. de Enero de 1823.

AA. Fuerte posicion que tomo el Exto. insurgente cubriendo su frente por dos Barrancos.

B. Ataque del General Valdes por el flanco derecho del Enemigo, habiendo marchado por la izquierda, y desembocado por el desfiladero de aquellas alturas.

CC. Ataque contra el Centro, y flanco izquierdo del Enemigo ejecutado por el General Monet.

[Signature]
Núm. 12.



Plano de la Batalla de Moquegua, 21 de enero de 1823.
(Archivo del Servicio Histórico Militar. Cartografía núm. 13,622. P-m-7-98.)

La maniobra y el orden de combate.

Es de destacar la maestría con que movieron sus fuerzas, en el difícil terreno del Alto Perú, generales de bien ganado prestigio, buenos conocedores de su oficio y curtidos en el campo de batalla, como Canterac, el vencedor de Moquehua, Valdés, el de las célebres marchas y triunfador en Torata, secundados por los mandos no menos competentes de esa baraja integrada por las figuras, repetidas ya en el curso de nuestro relato, de Carratalá, Monet, Villalobos, Ferraz, García Camba, Amat, Maroto, Lóriga, el mismo Olañeta, que hay que reconocer que supo morir fiel siempre a sus ideales, equivocados o no, como un valiente, y tantos otros héroes anónimos, que supieron mantener bien alto el pabellón español y que sucumbieron con honor en Ayacucho, dejando aún, en manos de Rodil, la antorcha encendida de las virtudes de una raza, en la heroica gesta del Callao.

Basta seguir nuestro Bosquejo Histórico y los croquis de las batallas que van en este estudio y lo que trataremos en un próximo trabajo, para comprobar el arte de la guerra, el justo empleo de los medios, el provechamiento del terreno, la situación propia y del enemigo, el concepto de la maniobra y el orden de despliegue y ataque en el combate, según, la doctrina de la época, en lo que el Ejército español fue ejemplo y modelo entonces de todos los Ejércitos del mundo.

No se ha hecho todavía un estudio a fondo, exhaustivo, de esta gran experiencia bélica. Por lo que brindamos a plumas más autorizadas y competentes, a poner manos a la obra, con la seguridad de que no sólo habrán de reivindicar el destacado papel de nuestro Ejército en esta época, ya de por sí prestigiado a través de la historia, sino que ofrecerán además el más claro exponente del arte y de la ciencia del guerrear.

SAN MARTÍN Y SUS TROPAS EXPEDICIONARIAS

No podía faltar, en buena ética castrense, la estimación imparcial del Ejército Independiente, que si bien en un principio sufrió bastantes reveses al estar formado por un conglomerado de fuerzas de los más diversos orígenes —mercenarios extranjeros, aventureros deseosos de cambiar de signo el poderío hispano e indígenas de los países sudamericanos que se iban sumando a la subversión—, pronto se fue curtiendo en el campo de batalla, conocedor del terreno, dotado de cualidades de sobriedad, valentía y resistencia al sufrimiento, que tipifican al buen soldado, dirigido además por geniales y predestinados caudillos y por mandos bien preparados, pasados muchos de las filas realistas, y que no tardaría en conocer la victoria al constituir un verdadero ejército, dotado del arma más eficaz del momento, la Caballería, para la que reunían innatas y óptimas cualidades.

Tracemos, cronológicamente, en ligeras pinceladas, las operaciones de San Martín, cual si se tratara de ir jalando un itinerario:

20 de agosto de 1820. La expedición zarpa de Valparaíso.

7 de septiembre. Las Heras desembarca en Pisco.

4 de octubre. Arenales sale de Pisco hacia los Andes con unos 2.500 hombres.

29 de octubre. Cochrane hace una demostración frente al Callao, continúa rumbo a Norte, y al siguiente día, fondea en Ancón.

9 de noviembre. San Martín embarca en este punto a sus fuerzas y el 12 del mismo mes desembarca en Huacho, fortificándose en la margen Norte del río Huaura.

20 de noviembre. Arenales alcanza Jauja.

8 de enero de 1821. Cumpliendo órdenes de San Martín, este general argentino desciende los Andes y se reincorpora al grueso de su Ejército.

(29 de enero. El Virrey Pezuela es depuesto, reemplazándole La Serna).

30 de enero. Llega Cochrane al Callao con unos 650 hombres, mandados por el inglés Miller, fracasando el intento de apoderarse de la fortaleza y teniendo que regresar al Huacho.

13 de marzo. Zarpa de nuevo el comodoro inglés de Huacho, con Miller y una semana después desembarca a éste con sus fuerzas en Pisco.

2 al 5 de abril. Cochrane vuelve a hacer otra infructuosa demostración frente al Callao.

4 de mayo. La escuadra independiente bombardea Arica y desembarca sus fuerzas en Sama.

11 y 14 de mayo. Las fuerzas independientes ocupan Arica y Tacna, sucediéndose las escaramuzas contra las fuerzas realistas.

23 de mayo. Entre el Virrey La Serna y San Martín se acuerda el Armisticio de Punchauca, paralizándose las operaciones. Arenales, que a finales de abril había vuelto a encaramarse en los Andes, es sorprendido por esta tregua, cuando estaba de nuevo en Jauja, frente al realista Carratalá, suspendiendo las hostilidades y regresando a Lima, donde haría su entrada el 3 de agosto.

26 de junio. Mientras tanto, los realistas habían comenzado en esta fecha a evacuar la capital. Canterac salió de Lima por delante

Monteagudo: Auditor de Guerra.

El total de Exto. se compone de 4.300 hom^{as}., incluso como 600 de Caballería.

Sigue después un detallado informe de la Fuerza Naval de la Expedición, en el que hace constar las características de cada una de las unidades, sus mandos, tripulación y artillería.

Añadiéndose al final:

«Toda la expedición trae víveres para cuatro meses, un repuesto de cuatro mil fusiles para ir armando a los partidarios que adquieran en el País, y tren de 20 a 30 piezas de Artillería volante de superior estado».

Termina el informe con algunas consideraciones finales.

Antecedentes de la invasión.

Volviendo al hilo de nuestro relato, recordemos, como lo hicimos al hablar del Ejército de Pezuela, que el año 1817 se inició con la invasión de Chile por San Martín. La Victoria de Chacabuco (12 febrero de 1817) fue el trampolín desde el que el caudillo de la Independencia americana se apoyó para lanzarse sobre el Perú.

Sin embargo, el Ejército independiente, que mandaba O'Higgins, fue en un principio derrotado por la expedición realista de Ossorio, que, pasando a la contraofensiva en Talcahuano, retrasaría este asalto definitivo al último baluarte del Virreinato del Perú.

Reagrupado el Ejército unido de los independientes, y ya con mayor fortuna, acabó por derrotar en Maipo al general Ossorio, que hubo de replegarse de nuevo al amparo de Talcahuano.

Las victorias de San Martín en Chacabuco y Maipo, y las de Carabobo y Boyacá de Bolívar, fueron los jalones que marcaron el camino hacia la invasión del Perú por las fuerzas independientes.

El Ejército expedicionario.

San Martín organizó sus fuerzas invasoras en dos Ejércitos: el de Chile y el de los Andes, mandados respectivamente por Las Heras y Arenales.

Lo constituían —según versión independiente—, 4.118 hombres, de los que 2.313 eran argentinos y el resto chilenos. Contaba con 25 piezas artilleras y le faltaban 200 caballos para completar su dotación de Caballería, que esperaba conseguir en territorio peruano.

La escuadra, al mando de Lord Cochrane, constituida por unidades adquiridas a Inglaterra y a los Estados Unidos o capturadas a España, la formaban: el navío «San Martín» las fragatas «O'Higgins» (la española «María Isabel»), «Lautaro» e «Independencia»; las corbetas «Monte Calvario», «Araucano» y «Pueyrredón»; la goleta «Montezuma» y varios transportes. Su tripulación era de unos 1.600 hombres, de los cuales unos 1.000 eran chilenos y el resto extranjeros, en su mayoría ingleses (21).

(21) Aproximadamente, son las mismas fuerzas, que aparecen señaladas también en la ya citada «Relación del Virrey Pezuela». (Cuaderno 3.º, F.º 160 al 163), según información conseguida de unos espías y marineros, que fueron cogidos prisioneros por tropas de la Costa y que se confirmó más tarde (Cuaderno 3.º, F.º 174 al 177) por el informe que Pezuela consiguiera de un oficial espía que enviara con tal misión. En este informe aparece lo siguiente:

«Noticia del Exto. expedicionario de Chile y su fuerza:

San Martín: General en Jefe.

Guido: Ayudante del General.

Las Heras: Segundo General.

Conde: Tercer General.

Coronel Dalvi: Jefe de Ings. (Of. francés)

Tent^{te} Cor^l Borgoña: Cont^{te} en Jefe de Art.*

para reunirse con Carratalá en el teatro de operaciones andino. El 6 de julio lo hizo el Virrey La Serna. El 9 de julio entraron las fuerzas independientes en la Lima. El 12 de este mismo mes, San Martín, casi de incógnito para evitar todo recibimiento, llegó a la capital.

28 de julio. Se proclama solemnemente la Independencia del Perú, aunque realmente no se conseguiría hasta más tarde.

El cerco del Callao.

La otra intervención armada de San Martín, en su breve período de Protector del Perú, fue la del Cerco del Callao, cuyo punto de vista realista ya expusimos en nuestro trabajo anterior al tratar de las «Campañas de Lima»

Proclamada la Independencia del Perú, no lo era en realidad mientras no se ocupara la plaza de El Callao, puerto y fortaleza de Lima. Defendían bizarramente sus castillos 2.000 hombres al mando de La Mar. El 14 de agosto de 1812 Las Heras ataca con 1.200 hombres, fracasando en su intento.

El 10 de septiembre la expedición de Canterac, tras la odisea de su descenso desde los Andes, penetra en El Callao, en un alarde de maniobra de flanco ante las propias barbas de las fuerzas de San Martín. La División de Canterac contaba con unos 3.000 hombres. San Martín, según la propia versión independiente, disponía de 4.100 soldados y 1.000 milicianos sin instrucción, ni armamento, y las enfermedades reducían el número de sus efectivos a unos 3.000 combatientes. La realidad es que San Martín, pese a su superioridad numérica, no se atrevió a atacar a las fuerzas del Virrey, por añadidura no menos diezmadas en su dura marcha de Jauja al Callao.

El 16 de septiembre Canterac abandona la plaza fuerte, llevando consigo el armamento que pudo retirar, y emprende la marcha de nuevo hacia la meseta andina. Le van siguiendo de cerca unos 800 hombres de San Martín, con la misión de hostigarle e incitar a la desertión.

El 19 de septiembre La Mar acepta la capitulación de la plaza y dos días después El Callao se rinde...

He aquí la versión de los hechos desde el prisma independiente, concadenando así nuestro relato, que expusieramos en el «Bosquejo histórico» de nuestro artículo anterior, en este breve período, ya declinante, de la estrella de San Martín.

BOLÍVAR Y SU EJÉRCITO LIBERADOR

Bolívar hizo acto de presencia en el Perú el 1 de septiembre de 1823, fecha en que entró en Lima al frente de sus tropas, otorgándosele el título de «Libertador» y haciéndose conferir el gobierno de la recién nacida República y el mando supremo del Ejército.

Su primera medida fue la de reorganizar e instruir sus fuerzas, imponiéndoles una severa disciplina y dotándolas de medios para preparar su campaña. Dispuso levas y reclutamientos, que incluían hasta los niños de doce años. Y, para conseguir fondos, requisó cuanto había de valor en el territorio de sus dominios.

Protegido por su buena estrella y aprovechando las luchas fratricidas entre los mandos del Ejército realista, provocadas por la desobediencia de Olañeta al Virrey La Serna, dispuso de un largo paréntesis de casi un año, tiempo suficiente no sólo para tener a punto a su Ejército, sino lo que para él era más importante, dar lugar a recibir refuerzos de Colombia.

Durante el verano de 1824 concentró sus fuerzas en la zona de Cerro de Pasco.

Acciones decisivas.

Sólo dos acciones bastaron al Libertador para alcanzar definitivamente la Independencia de Sudamérica: Junín y Ayacucho.

Los Ejércitos realista e independiente se buscaban con verdadero ahínco. Y el 6 de agosto se encuentran a orillas del lago de Junín.

Bolívar disponía de 10.000 hombres de las tres armas. Canterac contaba con unos 8.000. Sin embargo, sólo entrarían en acción ambas Caballerías.

Marchaba el Ejército de Bolívar por la estrecha quebrada de Chacamarca, con su Caballería adelantada unos diez kilómetros del resto de las fuerzas como cobertura, 900 jinetes al mando del general argentino don Mariano Necochea, que llevaba como segundo al inglés Miller; cuando, al desembocar en la pampa de Junín, en encontró inopinadamente con que a su flanco marchaba la Caballería realista, constituyendo el escalón de retaguardia de la columna del Ejército de Canterac, unos 1.300 jinetes mandados por Bedoya.

El ansia de combate de Canterac impidió a Bolívar disponer de tiempo y espacio hasta la llegada del grueso de la columna y, ante sí, sólo tenía un reducido terreno para la maniobra. Apenas si había salido de la quebrada y no disponiendo todavía de espacio para desplegar, cuando seis de los escuadrones de Bedoya se le echaron materialmente encima a todo aire, chocando contra los dos escuadrones de Granaderos de Colombia, mandados por el Teniente Coronel don Felipe Brau, que iba en vanguardia y que apenas si tuvieron tiempo de prestarse a enristrar sus largas lanzas para contener la feroz embestida. La lucha se entabló y parecía inclinarse a favor de las Caballerías realista. Los jinetes independientes comenzaron a ceder y replegarse, arrastrando en su movimiento de retirada a los demás escuadrones, que empezaron a ser perseguidos en forma desordenada. Necochea cayó herido. Pero en ese preciso momento apareció el escuadrón de Húsares del Perú, mandado por el Teniente

Coronel argentino don Isidoro Suárez, que, agazapado en la quebrada en espera de espacio para poder salir a la pampa y por propia iniciativa, cargó contra el flanco y retaguardia de los perseguidores, tornándose en perseguidos e infringiéndoles una grave derrota (22).

Ya hicimos constar cómo, en la acción de Junín, sólo se batieron las lanzas y las espadas, y que no se disparó un solo tiro.

La Caballería realista tuvo 248 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros. Las bajas del Ejército libertador fueron 66, entre muertos y heridos, según los partes facilitados por los Granaderos a Caballo de la Guardia, Húsares del Perú y Granaderos de los Andes.

El Estado Mayor General Libertador daría al otro día la siguiente Orden General:

«Artículo 1.º.—S. E. el Libertador, lleno de satisfacción por el triunfo que ayer obtuvo la Caballería en el campo de Junín, da las gracias a los Cuerpos de Granaderos de Colombia y Primer Regimiento de Caballería de Línea del Perú, que tanto se distinguieron, y a los demás jefes, oficiales y tropa que concurrieron a la victoria.

Artículo 2.º.—Sin perjuicio de las gracias que S. E. se reserva dar a los individuos, que sus jefes recomienden como más distinguidos, por las relaciones que deben remitir a este Estado Mayor General, ha querido por lo pronto premiar al Regimiento de Caballería del Perú, dándole el nombre del campo de batalla y que en adelante se llame «Regimiento Húsares de Junín».

Artículo 3.º.—Los Cuerpos que entraron en la acción, pasarán por sus Estados Mayores Generales en el día, razón de los muertos y heridos que han tenido en ellos.

Comuníquese, etc.»

«Cualquiera que lea el artículo 2.º de la Orden General supondrá que el Regimiento de Caballería del Perú (que antes de la batalla se llamaba Coraceros de Lamabayeque), se había distinguido mucho en el combate...; era un medio de que se valió el general Bolívar para inspirar un poco de entusiasmo y estímulo entre los peruanos, pues eran más realistas que los mismos españoles» (23).

Junín fue la antesala —según apreciación que ya hiciéramos— del definitivo desastre español, rematado en Ayacucho.

Ya hicimos un bosquejo de esta célebre batalla de Ayacucho. Falta verla ahora desde el lado independiente.

(22) «La caballería del ejército peruano era la mejor del mundo. Los llaneros, los gauchos y los guasos, son verdaderos centauros, que jamás se ocupan de sus caballos, y que se sirven de una lanza de 14 a 15 pies de largo con la mayor facilidad». Mr. Lafond, «Viajes alrededor del mundo».

(23) De obra «Independencia Americana. Recuerdos de Francisco Burdett O'Connor», publicada por su nieto F. O'Connor D'Arlach. Biblioteca Ayacucho.

Al amanecer del 9 de diciembre, Sucre desplegaba con unos 6.000 hombres de las tres Armas (24), ocupando una posición defensiva con ambos flancos protegidos por quebradas casi infranqueables. Sólo podía ser atacado de frente.

El ala derecha la constituía la división Colombiana, al mando del general Córdoba. En el centro y un poco atrasado en reserva, formaba Lara. El ala izquierda era cubierta por La Mar con su División Peruana. A la derecha de Lara y también como reserva, quedaba el grueso de la Caballería de Miller.

La batalla tuvo dos fases perfectamente definidas:

Primera fase.

En el ala derecha, las fuerzas colombianas de Córdoba rechazan el ataque de la División de Villalobos, infringiéndole grandes pérdidas y, pasando al contrataque y a la persecución con su Caballería, desorganiza por completo a las fuerzas realistas.

En el centro, la División de Monet ataca y es igualmente rechazada, retrocediendo después en desorden ante la carga de los Húsares de Junín, mandados por Suárez y los Granaderos a Caballo de Brun, los dos que decidieran la acción de Junín.

En el ala izquierda, la División Peruana de La Mar retrocede al impetuoso ataque de la División realista de Valdés.

Segunda fase.

La División de Córdoba, vencidas las fuerzas de Villalobos, ataca al arma blanca a las tropas de Monet, que retroceden, mientras los escuadrones colombianos dispersan a la Caballería realista, que intentaba proteger y acudir en apoyo de Monet.

La reserva realista, constituida por el Batallón Fernando VII, es asimismo arrollada y el Virrey La Serna cae herido y prisionero.

La División Valdés se repliega y emprende la retirada.

Conterac, que ha tomado el mando, intenta reorganizar el resto de sus fuerzas para retirarse hacia Cuzco; pero, viendo el desorden y la huida por doquier, decide capitular.

Los independientes o libertadores sufrieron 300 muertos y 700 heridos (25).

(24) Ver Apéndice I.

(25) Completamos esta versión de Ayacucho, citando a un testigo presencial, el irlandés —antes citado—, Francisco Burguett O'Connor. Coronel del Ejército libertador de Colombia y General de División en Perú y Bolivia, que así nos relata tan decisiva batalla:

«El ejército realista se presentó en toda la falda de las alturas de Condorcunca; sobre su izquierda la división de Villalobos, la división Monet en el centro, y la de Valdés formando la derecha. Su Caballería había bajado primero al pie de la cuesta y se formó al frente de nuestro centro, que ocupaba la división de reserva al mando del general Lara. La del general Córdoba sobre nuestra derecha, y la división del Perú al mando el gran mariscal La Mar, sobre nuestra izquierda.

Epílogo de un genio.

Para terminar con esta ligera semblanza de Bolívar, su ejército y decisivas acciones bélicas, digamos que sus dos grandes ideales de redimir al indio y reunir en una sola confederación todas las repúblicas sudamericanas, a la manera de América del Norte, fue un sueño, una utopía que no llegó a realizarse, basta conocer la psicología de este mosaico de pueblos sudamericanos y la situación de estos países, harto ocupados en sus luchas políticas y en contener la anarquía, situación que aún perdura.

Aferrado Bolívar a imponer su criterio, se hizo dictador, valiéndose de la fuerza para gobernar, con lo que acabó por hacerse impopular, tildándosele incluso de pretender coronarse rey. El pueblo siempre es voluble.

Los los flancos de nuestra división eran defendidos y bien resguardados por quebradas hondas, aunque no intrasitables...

El general (Sucre) quería dar principio al combate con un ataque de caballería. Se dirigió al pie de la altura (en donde se hallaba formada la caballería enemiga) con el teniente coronel Braun y los granaderos de la Guardia; pero cuando llegamos como a unos ochenta pasos de la caballería formada, los granaderos dieron vuelta sin desordenarse y nos dejaron pasmados. Parece que ellos comprendieron mejor que no convenía ese movimieto, y vimos a los jefes españoles conteniendo a sus soldados y hablándoles.

Entretando, habían dejado sobre su flanco derecho bastantes batallones del enemigo, que debíamos atacar antes que bajasen más, pues éste era el plan en que habíamos convenido. El general Sucre recorrió nuestras filas excitando el mayor entusiasmo, y colocándose en un punto céntrico, con aire imponente y lleno de emoción, dijo en voz alta: ¡Soldados: De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur! Y luego, señalando a las fuerzas enemigas, que descendían á la llanura, agregó: Otro día de gloria va a coronar nuestra admirable constancia. El Ejército libertador le respondió con estrepitosos vivas.

El combate se comprometió reciamente, con admirable denuedo por ambas partes.

El general Sucre se dirigió al general Córdova, que estaba cerca, y le dio la orden de atacar los batallones enemigos. Entonces el joven y heroico Córdova gritó, con voz alta e imponente: ¡Armas á discreción. Paso de vencedores. Marchen!

Encontró a su frente a la aguerrida división Villalobos, con su artillería y caballería, toda la cual quedó completamente derrotada en menos de media hora. La división Monet, que bajaba del centro a apoyar a la de Villalobos, fue impetuosamente cargada por los cuerpos de la división de Córdova. Los granaderos de Colombia, con su teniente coronel Braun, teniendo que cargar pie a tierra por la escabrosidad del terreno, acabaron de destrozar los restos de aquella división, de la cual el escuadrón San Carlos quedó en esqueleto.

Viendo el general en Jefe que el asunto estaba concluido sobre nuestro flanco derecho, se dirigió a galope hacia la izquierda. A nuestra llegada allí hallamos la división Valdés dentro de nuestras líneas y amenazando nuestra retaguardia. Inmediatamente se hizo marchar al trote el batallón Vargas, y en seguida el Vencedor, a llenar el claro dejado por la división del Perú, que se hallaba dispersa; pero una vez llegaron estos dos batallones de nuestra reserva, cargaron con la misma impetuosidad y denuedo que la división de Córdova sobre nuestra derecha.

En este momento el general Valés distinguió la bandera tricolor de Colom-

Desengañado y comprendiendo la imposibilidad de llevar a cabo sus buenas intenciones, Bolívar, como San Martín, decidió retirarse a Europa. Pero tampoco llegó a realizar este propósito, porque antes de abandonar su patria, le sorprendió la muerte, el 17 de diciembre de 1830, cuando sólo contaba cuarenta y siete años.

Simón Bolívar «El Libertador» fue uno de los hombres más extraordinarios de los tiempos modernos, un gran general, un genio político, todo un gobernante, un hombre culto, un incansable viajero por el viejo y nuevo mundo, un caudillo, en suma, y sobre todo, el eterno símbolo de la Independencia de América.

bia, flameando en media falta de los altos de Condorcunca, frente a nuestro centro. Se persuadió entonces el jefe español de que todo estaba perdido, pero no emprendió su retirada hasta no ver su división completamente destrozada por una terrible carga del general Miller con los Húsares de Junín y el escuadrón de los Andes, en cuya última carga tuve el honor de hallarme...

El capitán Jorge Brown, de la Compañía de Granaderos del batallón Pichinca, fue el que clavó la bandera en media falda del Condorcunca; la misma bandera que yo había mandado hacer en Panamá para mi antiguo batallón Istmo.

Así terminó la memorable batalla de Ayacucho, en la que, según el parte del general Sucre al ministro de la Guerra en Colombia, los españoles presentaron un ejército de 9.310 hombres y el Ejército Unido Libertador era sólo de 5.780.

En este parte no se hace mención de un solo hombre extranjero, á excepción del nombre del coronel Sandes, del batallón Rifles, y del capitán Brown, de la compañía Granaderos de Pichincha, por haber salido levemente heridos después de haber clavado la bandera republicana en la falda del Condorcunca. No hace mención de los valientes y meritorios capitanes del Batallón Rifles, Wright, Ferguson, Harris Hallows, ni del bravo teniente Gilmore Gregg, que había sido del Regimiento Lanceros de la Legión Irlandesa, ni del intrépido teniente coronel Felipe Braun, del escuadrón de Granaderos de la Guardia, ni de su Jefe de Estado Mayor, que escogió la posición y trabajó durante todo el combate cuanto pudo.

Puedo decir, con toda verdad, que en aquella gloriosa acción todos cumplieron su deber. O vencer o morir; no había remedio; y vencimos con un trabajo que apenas duró hora y media.

Hay un punto que merece citarse aquí: De la División del Perú que se halló en esta grande y memorable batalla, ningún cuerpo fué mandado por Jefe peruano; el batallón 1.º era mandado por el coronel Francisco de Paula Otero, argentino; la Legión peruana por el coronel José María Plaza, argentino; el batallón 2.º por el coronel Ramón González, chileno. Su antiguo jefe, coronel Ramón Gregorio Fernández (argentino), quedó enfermo en Pichingua durante la retirada. El Batallón 3.º por el teniente coronel Benavides, español; el Regimiento Húsares de Junín, por el coronel Isidoro Suárez, argentino; el tercer escuadrón por el comandante Pedro Blanco, boliviano; siendo general Jefe de la División el Gran Mariscal don José de La Mar, colombiano (¿ecuatoriano?).

Cuando hubo cesado el fuego y pasado ya el combate, yo me ocupé, con partidas de diferentes cuerpos de nuestro ejército, de recoger a los jefes y oficiales y soldados heridos del enemigo y los fusiles y demás objetos arrojados en el campo de batalla...

APÉNDICE I

Fuerzas en presencia en la Batalla de Ayacucho (9 diciembre 1824)

El Ejército insurreccional contaba con las siguientes fuerzas en presencia, después de la disminución de efectivos acusados durante las marchas, bajas por heridos de tiroteos y deserciones, desde el Apurímac hasta Hoamanga. Estos datos están sacados de las relaciones publicadas por el Estado Mayor General de Colombia (1924) y citadas por el General Muñoz Feliú, en su trabajo «Ayacucho» (Memorial del Ejército de Chile, año XXIV, diciembre 1930).

Las fuerzas que se detallan a continuación, son las que constituyeron el orden de batalla:

Ejército insurreccional, independiente o libertador.

Cuartel general:

Comandante en Jefe, General de División Antonio José de Sucre.
 Secretario del Jefe, Mayor Agustín Geraldino.
 Ayudante, Coronel Manuel José Soler (argentino).
 Ayudante Mayor, José María Garzón (chileno).
 Edecanes, Capitán graduado, Pedro Alarcón y Ramón Molina.
 Comisario, Teniente José María Alfaro.

Estado Mayor General:

Jefe, Coronel Francisco B. O'Connor (irlandés). (Gamarra enfermó cinco días antes de la batalla).
 Primer ayudante, Coronel Carlos M. Ortega.
 Ayudante, Teniente Coronel Antonio Elizalde.
 Ayudante, Mayor José Bustamante.
 Ayudante, Capitán Cipriano Escalona.
 Adjunto, Capitán José María Tallo.
 Adjunto, Capitán José Julio Olmos.
 Adjunto, Capitán Juan Meléndez.

T r o p a s

I División (Colombiana):

Comandante General, General de Brigada José María Córdova.
 Ayudante, Teniente Baltasar García.
 Ayudante, Teniente José María Piedrahita.
 Edecán, Teniente Miguel Ramírez.

Estado Mayor:

Jefe, Teniente Coronel graduado Antonio de la Guerra.

Adjuntos, Tenientes José M.^a Gaitán y Juan Valero.

Pagador, Teniente Cayetano Escobar.

Cirujano, Teniente Coronel graduado Antonio Maricho.

Unidades:	Oficiales	Tropa
Infantería:		
Batallón Bogotá. Coronel graduado León Galindo	20	989
Batallón Voltígeros. Teniente Coronel graduado Pedro Guach	20	682
Batallón Pichincha. Coronel graduado José Leal	23	614
Batallón Caracas. Teniente Coronel Manuel León	15	604
<i>Suman</i>	78	2.589

Caballería:

Comandante General, Coronel Lucas Carvajal

Cirujano, Teniente Coronel J. Marchisio..

Regimiento Granaderos. Coronel Lucas Carbajal

12 321

Regimiento Húsares, Coronel Laurencio Silva

15 217

Regimiento Granaderos argentinos. Coronel Alejo Brueix (francés)

25 122

Suman

52 660

II División (Peruana):

Comandante General, General de División José de la Mar (ecuatoriano).

Edecanes: Tenientes Coroneles, Juan de Dios González (argentino), José Roca (ecuatoriano), N. Luriaga (peruano).

Capitán C. Smith (inglés).

Estado Mayor:

Coroneles agregados, Pedro Chirinos (peruano) y Bernardo Montegudo (argentino).

Ayudante, Teniente Coronel Vicente Tur (español) y Eugenio Garzón (uruguayo).

Ayudante Mayor, José Garzón (chileno).

Unidades:

Infantería:

Legión peruana. Coronel José María Plaza (argentino). Mayor, José María Raigado (peruano)	270 hombres.
Batallón núm. 1. Coronel Francisco de P. Otero (argentino) Mayor, Pedro Bermúdez (peruano) ...	303 »
Batallón núm. 2. Coronel José Ramón González (chileno). Mayor, José Libardo (argentino) ...	399 »
Batallón núm. 3. Coronel Juan Pardo de Zela (español) y Teniente Coronel Miguel Benavides (español)	195 »
<i>Suman</i>	1.167

Caballería.

Comandante General, Guillermo Miller (inglés).

Regimiento Húsares de Junín. Coronel Miguel Plasencia (español). Mayor, Francisco Aguilar (argentino).

Primer Escuadrón: Comandante Mayor, Isidro Suárez (argentino).

Segundo Escuadrón: Comandante Mayor, José Olavarría (argentino).

Tercer Escuadrón: Comandante Mayor, Pedro Blanco (boliviano).

Cuarto Escuadrón: Comandante Mayor, Francisco Aldao (argentino).

Agregado, Teniente Coronel Ramón Castilla (peruano).

<i>Suman</i>	236 jinetes
Artillería:	25 artilleros
<i>Suma total</i>	1.428

III División (Colombiana):

Comandante General, General de Brigada Jacinto Lara.
Edecán, Teniente Miguel Ramírez.

Estado Mayor:

Coronel Manuel Aparicio.
Adjuntos: Capitanes Nicolás Moreno y Antonio Alvarez.
Pagador: Teniente Santiago Yepes.

Unidades:

	Tropa	Oficiales
Infantería:		
Batallón de Rifles, Teniente Coronel Arturo Sánders	22	731
Batallón Vencedores, Teniente Coronel José I. Luque	20	672
Batallón Vargas, Teniente Coronel Trinidad Morán	26	701
<i>Suman</i>	68	2.104

Total de efectivos del Ejército insurreccional (sin contar la oficialidad ni los mandos superiores): 6.783 hombres.

Ejército español o realista.

Ejército de Operaciones:

Cuartel General:

General en Jefe, Virrey don José de la Serna.
Ayudante, Brigadier Antonio Vigil.
Segundo Jefe del Ejército y Jefe del E. M. G., Teniente General don José de Canterac.
Sub-jefe del E. M. G., Mariscal de Campo don José Carratalá.
Ayudantes del E. M. G., Comandantes Antonio Vigil y Antonio García (otros más).
Comandante General de Artillería, Brigadier Fernando Cacho.
Comandante General de Ingenieros, Brigadier Miguel M.ª Atero Servicios, etc.

División de Vanguardia:

Comandante General, Mariscal de Campo Jerónimo Valdés.
Ayudante adecán, Coronel Diego Pacheco y otros más.
Segundo Jefe, Brigadier Martín de Somocúrcio.

Unidades :

Infantería.

Batallón Cantabria.

Batallón Centro: Comandante Felipe Ribero Castro.

Batallón Primero Imperial.

Caballería: Dos Escuadrones Húsares de Fernando VII.

Artillería: Cuatro piezas.

I División:

Comandante General, Mariscal de Campo Juan Antonio Monet.

Ayudantes y adecanes.

Segundo Jefe, Brigadier Juan Antonio Pardo.

Jefe del E. M., Coronel Gaspar Claver.

Unidades :

Infantería.

Batallón de Burgos, Batallón Primero del Infante, Batallón Vitoria, Batallón Guías, Batallón num. 2 del Regimiento 1.º.

Artillería: Dos piezas.

II División.

Comandante General, Mariscal de Campo Alejandro González Villalobos.

Ayudantes y adecanes.

Segundo Jefe, Brigadier Manuel Ramírez.

Jefe del E. M., Comandante Luis Racetti.

Unidades :

Infantería.

Batallón núm. 1 de Gerona, Batallón núm. de Gerona.

Batallón Segundo Imperial Alejandro, Comandante Juan Moraga.

Batallón Primero de Cuzco. Comandante Joaquín Rubín de Celis.

Batallón Segundo de Fernando VII. Comandante Juan López Cobo.

Artillería. Siete piezas.

División de Caballería:

Comandante General, Brigadier Valentín Ferraz.

Jefe del E. M., Comandante Ramón Gascón.

Primera Brigada, Brigadier Andrés García Camba.
Segunda Brigada, Brigadier Ramón González Bedoya.

Unidades:

Dos Escuadrones de Dragones de la Unión.

Un Escuadrón de Alabarderos del Rey.

Cuatro Escuadrones de Granaderos de la Guardia. Teniente Coronel Domingo Vidart.

Un Escuadrón Granaderos de San Carlos. Teniente Coronel Manuel de la Canal.

Un Escuadrón de Granaderos del Rey.

Dos Escuadrones Húsares de Fernando VII.

Un Escuadrón Dragones del Perú. Coronel Dionisio Mancilla.

El total de los efectivos del Ejército realista varía según las distintas versiones, que pueden verse en la nota (10) de nuestro trabajo anterior (1).

BIBLIOGRAFÍA

(Completamos las referencias bibliográficas, de nuestro artículo anterior (1), con otras obras relacionadas con este período histórico, algunas de las cuales hemos consultado, y que figuran en el índice bibliográfico, por autores (Voz Perú) del fichero de la penencia de Ultramar del Servicio Histórico Militar.)

Parte de la Batalla de Ayacucho. «Los Andes», núm. 179, del 9 de diciembre de 1865.

ANDRDE, Manuel de J.: *Próceres de la Independencia*. 1909.

ANDRE, M.: *El fin del Imperio Español en América*. Ed. Española. 1939.

AZPURUA, Ramón: *Biografías de Hombres Notables*. Caracas, 1887.

BATLLORI, P. M.: *El abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la Independencia de Hispanoamérica*. Comité de Orígenes de la Emancipación. Caracas, 1953.

BELTRÁN ROSFIDE, Ricardo: *Colección de las Memorias o relaciones que escribieron los Virreyes del Perú*.

BLANCO Y AZPURÚA, José Feliz: *Documentos para la vida pública del Libertador*. Caracas, 1826 y 1875.

BRAVO, José: *Discurso sobre la Batalla de Ayacucho*. (Folleto). 1825.

CABEZAS, Juan Antonio: *Bolívar, su gloria y su drama*. Madrid, 1969.

Calendario, Manual y Guía de Forasteros de Madrid. Estado Militar de América. Año 1800 a 1826.

- DELEITO Y PIÑUELA, V. J.: *Memoria para la Historia de las armas españolas en el Perú* (2 volúmenes). Biblioteca Ayacucho. Madrid, 1846.
- DELLEPIANE, Carlos: *Historia Militar del Perú* (3.^a edición. Dos volúmenes). Buenos Aires, 1941.
- El Desengaño*. Semanario político, editado en El Callao. Se publicaron 35 números, del 4 abril 1824 al 12 enero 1825.
- GAMBETTA, Coronel Néstor: *El Real Felipe del Callao*. Lima, 1945.
- GUIDO, Tomás: *El general San Martín, su retirada del Perú*.
- HERNÁNDEZ ALONSO, Luis: *Virreynato del Perú*. Madrid, 1945.
- HERRERA, Hipólito: *El álbum de Ayacucho. Colección de los principales documentos de la guerra de la Independencia del Perú*. Lima, 1862.
- Oficio al Libertador Bolívar, remitiendo la Capitulación firmada el 9 de diciembre de 1824 en el campo de batalla de Ayacucho*. «Ilustración Militar», número extraordinario del 24 de mayo de 1900.
- IZCUE, José Augusto: *Los peruanos y su independencia*. Lima, 1906.
- JUAN Y SANTACILIA, Jorge: *Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú...* Londres, 1826.
- LARRAZÁBAL: *Correspondencia del General Libertador*. New York, 1875.
- LAVALLE, José Antonio de: *Biografía de don José Fernando Abascal y Sousa*. Publicaciones «Revista de Buenos Aires sobre Historia de América, Literatura y Derecho». Tomo VI. Año 1864.
- LECUNA, Vicente: *La batalla de Ayacucho*. Caracas, 1937.
- LEGUÍA Y MARTÍNEZ, Guzmán: *Centenario de la Independencia del Perú*. (Discurso), 1922.
- —: *Campaña de Ayacucho, Bolivia*, 1939.
- LORENTE, Sebastián: *Historia del Perú*. Ediciones 1863, 70 y 71.
- MANCINI, J.: *Bolívar et l'émancipation des colonies espagnoles*.
- MARINA M. de: *Album conmemorativo del Primer Centenario de la rendición del Real Felipe*. Edición oficial.
- MENDIBURU, Manuel de: *Diccionario bibliográfico del Perú*. Lima, 1931.
- MITRE, General Bartolomé: *La entrevista de Guayaquil. El Libertador. Historia de San Martín*. Ed. Kraft. Buenos Aires, 1940.
- MONCAYO, Abelardo: *Sucre y Bolívar*. 1897.
- MONSALVE, J. D.: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar*.
- PAULDINO, Hiram: *Cómo era el Perú en 1824*. «Revista Americana», 1945.
- PAZ, Julián: *Catálogo de Manuscritos de América, existentes en la Biblioteca Nacional*. Madrid, 1933.
- RIVA, AGUERO, José de la: *Memorias y documentos para la Historia de la Independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido*

ésta. Obra póstuma de P. Pruvonema (pseudónimo). 2 volúmenes. París, 1858.

RODRÍGUEZ, Pedro Manuel: *Memorias sobre las causas que prepararon la independencia del Perú*. Lima, 1877.

RODRÍGUEZ BALLESTEROS, José: *Historia de la revolución y guerra de la Independencia del Perú, desde 1818 hasta 1826*. Santiago, 1946.

SCARFETA Y VERGARA: *Diccionario biográfico de los Campeones de la Libertad*. Bogotá, 1879.

SEPÚLVEDA, José: *Diario de la última campaña del Ejército Español en el Perú en 1824, que terminó con la Batalla de Ayacucho*.

TERÁN, Luis de (traductor): *Memorias de un oficial de la Legión británica. Campañas y cruceros durante la Guerra de la Emancipación Hispano-Americana*. Biblioteca Ayacucho. Ed. América. Madrid.

TUDELA DE LA ORDEN, José: *Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1954.

VIVERO, Domingo de: *Gobernadores y Virreyes del Perú*. Barcelona, 1909.

ZAPATERO, Juan Manuel: *Formación militar del General San Martín en España*. «Revista de la Escuela Superior de Guerra». Buenos Aires, 1961.

ABDELKRIM

por el General Honorífico de Infª. ANDRES SANCHEZ PEREZ

Preámbulo

Durante cinco años, desde julio de 1921 a mayo de 1926. Mohamed Ben Abdelkrim ejerció el poder en el Rif Central, y durante algunos meses de aquel período hizo sentir también su autoridad en comarcas del Rif Oriental, de Gomara, Yebala y el valle de Uarga, así como en algunas del norte de Taza. Abdelkrim —le llamaremos así en lo sucesivo por ser como se le conocía— no era hombre de guerra; aunque, como la mayoría de los rifeños, lo fueran sus antepasados. Las acciones guerreras de los que le obedecían —contra los españoles en el verano de 1921 (Annual) y contra los franceses en la primavera de 1925 (Uarga)—, fueron inicialmente diferentes a las que las fuerzas de los dos países protectores estaban acostumbradas a sostener contra otros rebeldes marroquíes; se caracterizaron por sorprendentes acciones de contingentes bien armados y eficaces en su sistema de lucha que, al lograr éxitos rotundos en sus primeros empujes, dieron a Abdelkrim renombre y fama e inmediatamente convirtieron su figura en símbolo de una pesadilla inquietante.

Lo que ocurría, en realidad, era que Abdelkrim había sabido utilizar y aunar dos grandes fuerzas: la que representaban los pescadores en el río revuelto de la primera postguerra mundial, y la que suponía la conocida aptitud guerrera de los rifeños; ésta le proporcionó engañosos triunfos, y aquella trajo sobre su pueblo y sobre los otros pueblos presentes en la iniciada renovación de Marruecos, desdichas y amarguras. Antes de 1921 Abdelkrim pensaba que era el rifeño más idóneo para ser primera figura de su país; en los últimos días de julio del año 21, creyó que podía llegar a ser un caudillo del Magrib al estilo de Yusuf Ben Taxfim o de Adelmúmen el Almohade.

En este trabajo, que se contrae a señalar rasgos de la personalidad de Abdelkrim y de su país, no tratamos de hacer análisis, aunque alguna vez pueda parecerlo, de hechos y de conductas, sino simplemente de decir lo que sabemos de aquel país, de aquellos tiempos y de aquellas gentes, que forman la parcela más trabajada y más sentida de muestras particulares vivencias. Desde 1918 a 1958 —¡cuarenta años!— cuando no hemos estado en tierras marroquíes,

tratando de conocer y estimar aquel subyugante país, hemos vivido en tierras españolas, sólo diez años, siempre pensando, en los distintos períodos, en volver a renovar lo que constituía como una obsesión incontenible: nuestra afección a aquellas tierras merecedoras de paz y de progreso, en las que desde el primer momento atisbamos— no sé si será un mero espejismo— ancestrales y humanas concordancias con lo más característico de España.

La publicación de estos recuerdos, apuntalados por algunas notas que iré intercalando en el texto, no tiene otra finalidad que la de dar a conocer la personalidad de Abdelkrim, con sus divagaciones y apetencias, con sus intimidades, respetando éstas en todo lo que no afecte a la verdad histórica.

Para situar al personaje en el ambiente en que se formó y desenvolvió, comenzaremos por decir algo de cómo era el Rif en tiempos pasados, tan diferente al Rif del de 1956, cuando cesó la tutela de España. De lo que España hizo desde 1921 a 1956 en el Rif, acaso tratemos en otra ocasión.

Si adquiere este trabajo visos que pueden parecer fantásticos o absurdos, téngase en cuenta que la evolución experimentada por Marruecos en todos los órdenes ha sido muy intensa en el transcurso de los años de nuestro siglo. El Rif era desconocido por los europeos; en él se actuaba a ciegas, y a veces, peor que a ciegas; engañados por falacias o argucias o arrastrados por decisiones poco meditadas como las de quien, aunque se llamase Napoleón, quiso dominar España sin conocerla.

No era fácil saber, en un día determinado, lo que al siguiente harían los rifeños; ni ellos mismos lo sabían. La anarquía de siglos, acaso de milenios, había convertido aquella tierra en un caos. Los hombres eran tan versátiles, que en media hora pasaban de la docilidad a la rebeldía, o de la rebeldía a la docilidad.

En 1847, el sultán Abderrahaman decía: «El Rif se encuentra en tal estado, que no respeta más que la fuerza, y los rifeños están dispuestos siempre a seguir al primer intrigante que por allí aparezca». El estado social del Rif era lamentable, porque el rifeño, como individuo, es más digno, útil y formal que los de otras muchas regiones de Marruecos y de otros países africanos. El Rif Central, sobre todo, siempre desgobernado, está poblado por seres en los que aparece un fondo de hombría y de dignidad que, en pocos lustros de tutela y de paz, pueden ser transformados en un material humano de primera calidad. Son gentes valerosas, trabajadoras y despiertas, parecidas a las de los fondos raciales típicamente españoles. Veamos:

I.—*El Rif, Beni Uriaguél y Axdir.*

Hasta bien entrado el siglo xx, el Rif era desconocido hasta por los marroquíes de otras regiones, que no se aventuraban a atravesar-

lo más que en raras ocasiones y procurando siempre ocultar su personalidad y el motivo de su viaje. Los mismos rifeños, para trasladarse de una cabila a otra, se veían obligados a buscar protección y hacerse acompañar por un *zetat* (guía, amparador).

Dentro de los límites de la propia cabila, las deudas de sangre entre los *lefuf*, clanes o familias, obligaban a todo hombre que se preciase de serlo, a llevar siempre su fusil cuando se ponía en camino. Cuando surgían conflictos entre las plazas españolas de Melilla y los peñones de Vélez y Alhucemas con los rifeños fronterizos, los representantes y tropas que los sultanes enviaban desde Tánger, llegaban por mar porque los rifeños no consentían el paso a través de las cabilas, donde no servían de nada las cartas jerifianas que los acreditaban. En 1890 decía el gobernador de Melilla que los mejaznis enviados por el sultán formaban una tropa de fuerza tan efímera, que los cabileños se burlaban y se reían de ellos.

La ciencia moderna sabía muy poco de Marruecos en general, y mucho menos del interior del Rif. Las únicas referencias eran debidas a españoles: algunas databan de cerca de dos mil años, como las de Pomponio Mela; otras de cerca del milenio, como las de Abu Obaid Bekri *El Sevillano*, otras de cinco siglos, como las del morisco granadino León el Africano, o las de Mármol Carvajal. Los otros libros que pudieran contener referencias sobre el Rif, como «Le Rif Inconnu», del francés Moulieras, los de Massignon y otros no contenían más que noticias de moros viajeros. Españolas eran también las cartas marítimas y los escasos mapas del interior que se disponía.

Tan misterioso e indómito como se nos ofrecía el Rif a los españoles de hace sesenta años, debió ofrecerse a los romanos. Pomponio Mela, que dio algunas noticias, advertía que el país era poco conocido, y Plinio añadía: «Los nombres de las tribus son difíciles de pronunciar y los habitantes no viven en pueblos o aldeas, sino que se distribuyen en alquerías». Así ocurría en 1926 cuando ocupamos el país. La población rifeña vivía esparcida en la montaña o en los alcores, aún siendo densa como corresponde a un clima ideal; esparcida y mimetizada. Los 60 habitantes por kilómetro cuadrado de Beni Uriaguel y de Bocoia probaban que en aquella tierra pobre era válido el conocido simil clásico: *a orillas del Mediterráneo los hombres viven como las ranas en las orillas de una charca*. O como decían los moriscos españoles: *tanto del moro y morica como mimbreres en mimbrera y juncos en la junquera*. Pero si la población es densa entre Cabo de Agua y Gomara y entre el Mediterráneo y el Uarga, que es lo que llaman Rif los marroquíes, antes de nuestra ocupación no existía ni una ciudad, ni siquiera un núcleo urbano parecido a un pueblo modesto. Vivían en el siglo xx sin conocer más que casas aisladas, cortijadas, alquerías o *alcarrias* para emplear términos conocidos de españoles y marroquíes.

Las casas de piedra o de tapial, siempre del color de la tierra,

salpicaban las campiñas, se encaramaban en los montes o en lo alto de las colinas, esparcidas graciosamente, *como las estrellas en el cielo*, decían los del país. La distancia entre los hogares de un mismo clan era de unos 300 metros, que parecía el radio mínimo del espacio vital que una familia rifeña de pura raza necesita para vivir a sus anchas. Las ciudades que hoy existen, Nador, Alhucemas, Zaio, Zeluán, Driuchs, Targuist, Segangan, Torres de Alcalá, Einsoren..., fueron en su origen campamentos españoles. García y Bellido dice que aunque los romanos crearon ciudades y organizaron las Mauritánias, el norte de Marruecos no fue nunca definitivamente dominado ni latinizado. Las tribus nómadas en las grandes llanuras y las independientes de las montañas, fueron constantemente hostiles al ocupante. En varios lugares del Rif y hasta en lo más intrincado de sus montañas, como en Bohut y Akuir de Beni Am-mart, quien esto escribe creyó ver vestigios de dominación militar romana, que reconocidos después por arqueólogos, confirmaron la autenticidad.

La tierra que se extiende entre el Mediterráneo y el río Uarga, plegada en imponentes macizos y tajada en profundas barrancadas, constituye un territorio donde, merced al hermetismo en que ha vivido, persisten en nuestros días un idioma y unas instituciones que pueden tener parecido con los de los albores del período histórico. El pueblo, como otros muchos berberiscos, parece resultante de la fusión de diferentes tipos; pero el que predomina en Yebel Hamman de Beni Uriaguel y en la montaña de Beni Am-mart y de Gueznaia, médula del Rif, es rubio trigüeño o moreno claro, de ojos castaños, azules o verdes, vigoroso sin ser corpulento: mesocéfalos, se afeitaban la cabeza dejando en el occipital un mechón de pelo que parecía un airón bélico, como el de un yelmo de guerra, hasta que Abdelkrim ordenó que se lo rapasen. El rasgo común de los bereberes, hombres y mujeres, son los pómulos salientes. Cerca de la costa, la diversidad de tipos indica viejas aportaciones de pueblos que comerciaron o dominaron años o siglos: fenicios, cartagineses, romanos y visigodos, árabes de las primeras invasiones que fundaron el reino o principado de Nekor, cuyos límites coincidían casi exactamente con el Rif actual, y productos de cruces con razas aborígenes y con mozárabes, mudéjares y moriscos españoles que en varias ocasiones fueron expatriados y quedaron en la costa del Rif. Al sur de los macizos viven familias berberiscas de distintas procedencias, que hablan dialectos como el *taguesut* y *abdelgaia* de Ketama, diferentes al del Rif Central y más parecido, según dicen, al de la Kabilya Argelina.

Allí se aprecian algunos tipos negroides; pero de todos modos en el país no hay más negros que diez o doce familias que proceden de los esclavos que tuvieron algunos jerifes.

Lo que ocurre con el tipo humano sucede con los aspectos biológicos, sociales y económicos; en la parte central están menos contaminados de influencias extrañas. No es el Rif país de vida bulli-

ciosa, ni siquiera en los zocos, donde una vez a la semana suelen reunirse miles de personas. La gente, como la tierra, es aparentemente adusta; pero no es esquiva, y a poco que se les trate se modifica la primera impresión y pronto se deja ganar el observador o interlocutor por esa agudeza o gracejo que tiene hondas raíces en ambientes donde la faramalla no tiene asiento. Algo parecido se siente ante los paisajes que en miles de kilómetros cuadrados aparece rudo y si acaso lleno de bárbara belleza: la tenebrosa barrancada de Buailma, entre Beni Uriaguel y Beni Tuzin, el cauce del Uarga, en Beni Bechir, las manchas colosales verdinegras y sombrías de los cedros en las altas montañas, la costa alta y rígida de Bocoia, son asombros de los que dijo algún geógrafo, algo ditirámico, que *antropoforman espartanamente*; a primera vista hasta repelen; parece que allí no puede haber más que peligros y sorpresas no gratas. Cuando uno se familiariza con tan ásperas bellezas, termina fascinado.

En países de tan brava geografía los hombres tienen que ser duros y valerosos como lo son en todos los territorios del mundo con parecidas características. Los rifeños tenían que serlo, además, por razones histórico-políticas.

La palabra *Rif*, que significa borde u orilla, no se refiere al mar: indica que se consideraba como borde de los países islámicos, peligrosamente cercano a una tierra europea del continente que fue varios siglos dominio islámico y había dejado de serlo. Era natural que emires o sultanes procurasen por todos los medios, que estuviera guardada por tribus combativas y celosas de su independencia por *muyahidín* (guerreros de la fe islámica). La bahía de Almuemas se llama entre ellos *Marsa el Muyahidín* (ensenada de creyentes). En tiempos preislámicos algunos investigadores dicen que el Rif era territorio de la célebre tribu de los Baquatas que fueron cristianos en los últimos tiempos de la dominación romana; Carcopino, en cambio, cree que los Baquatas ocupaban el Atlas Medio, y aunque no lo asegura, dice que en el Rif pudieron vivir los Masaesyles, que es como llamaba Plinio a los más antiguos habitantes de Marruecos. En resumen, del Rif antiguo se sabe poco. No parece que exista allí epigrafía latina abundante como en la región de Larache, Tetuán y Mequínez, Salé y Tánger, regiones que estuvieron latinizadas y donde el *Crismon*, monograma de Cristo, aparece en muchas sepulturas.

La guerra fue tan frecuente en el Rif, que cuando no guerreaban con los extranjeros, lo hacían contra el sultán, y antes contra el emir, o encendían luchas de exterminio entre tribus o *lefuf* (pl. de *lef*, alianza). La costa, con la sola excepción de la gran bahía de Almuemas, es tan empinada que ha merecido el nombre de Costa de Hierro; ahora hay en ella un puerto muy acogedor, que hizo España en la Cala de los Islotes, uniendo éstos con la costa para proporcionar abrigo de Levante. La costa fue, hasta nuestro desembarco en 1925, refugio de piratas.

Bastará recordar algunos casos de embarcaciones que pertenecían a pueblos que jamás habían tenido conflictos con los rifeños ni tenían con ellos cuentas pendientes. En 1845 embarrancó un navío prusiano en la costa de Bocoia, cerca de Busieur; fue pronto abordado por los rifeños, que dieron muerte a la tripulación. Meses después, al no conseguir satisfacción del sultán de Marruecos, para tratar de ejercer represalias, costeaba el Rif una pequeña escuadra al mando del príncipe Adalberto, primo del rey de Prusia. Los de Bocoia hicieron fuego desde la costa, y el príncipe, al mando de un núcleo de marinería, saltó a tierra. Atacados por los rifeños, se vieron forzados a dejar algunos marineros muertos y a reembarcar con el príncipe gravemente herido en el combate.

En 1896 y 1897, respectivamente, se apoderaron los rifeños de las embarcaciones *Fiduccia*, italiana y *Prosper Corué*, francesa; ésta fue abordada por cárabos de Bocoia, que la despojaron de cuanto llevaba. La socorrió el vapor español *Sevilla* que capturó a tres cárabos y 33 prisioneros a costa de tres muertos y siete heridos de la tripulación (10 octubre 1897). Ante las reclamaciones de las naciones respectivas, el sultán envió una expedición al mando de Busta el Bagdadí, quien con el apoyo de Beni Uriaguel, la cabila vecina, pudo inflingir un castigo ejemplar a los de Bocoia, del que conservan amarga memoria. Durante la guerra del 1914 a 1918 arribaron a la costa del Rif varias lanchas de salvamento de un buque inglés torpedeado: sus 24 tripulantes fueron hechos prisioneros y fueron rescatados mediante una crecida suma, después de laboriosas gestiones por las autoridades españolas del Peñón de Alhucemas. Los actos de piratería contra pesqueros españoles y portugueses eran frecuentes. En un libro de Otto Aribauer publicado en Stuttgart (1911) intitulado *Riffpiraten* se encuentran precisiones sobre la piratería rifeña de los últimos siglos. Digamos sin paliativos que el Rif era un oprobio y un peligro para el mundo; constituía el más auténtico ejemplo de lo que en árabe se llama *belad es-saiba* (tierra rebelde). Su continua hostilidad contra todo poder exterior y contra el de los soberanos de Marruecos, solamente permitió que, a costa de mucha sangre y mucho dinero, cartagineses, romanos, visigodos, árabes, turcos, españoles, soberanos marroquíes, pudiesen establecer guarniciones en puntos de la costa y utilizar e interesar a los rifeños en empresas de paz o de guerra; pero nunca dominar ni mantener tranquilo el país.

El reino o principado de Nekor, fundado por el árabe Saleh el Himiari cuando los musulmanes irrumpieron en Maruecos, persistió durante 353 años y fue, durante la mayor parte de este largo período aliado de los soberanos de Córdoba. Tuvo su capital en la vega de Alhucemas, cerca del río Nekor. Iben Jaldún y el polígrafo sevillano El Bekri dan curiosas y amplias noticias sobre el interesante principado, que sólo en algunos libros de historia de España figura como de pasada. Algunos historiadores, como Antonio Blázquez en 1916,

y Cajigas, no hace muchos años, se ocuparon de este asunto; el primero decía que sería de sumo interés para nuestra historia la localización de los posibles vestigios de la capital. En 1926 se ocupó la vega del Nekor, y en 1933, cuando era interventor militar de Beni Uriaguel el que escribe este opúsculo, indagó y creyó haber descubierto lo que se pretendía: aparecieron restos de edificaciones de un baño público, de una mezquita, de mosaicos, cerámica de la época, monedas de Nekor y de los aglebís, sus contemporáneos, escorias de fundición muy abundantes, trozos de vidrio plaqueado con plata y caracteres cúficos, candiles de barro y restos de cerámica de la misma factura, todo igual a vestigios procedentes de Medina Zahara, de Córdoba. Se hizo una memoria, que acompañada de croquis y fotografías fue enviada a la Academia de la Historia en febrero de 1934. En la prensa de aquella época consta que se recibió. Después, por una serie de circunstancias, entre ellas nuestra guerra, no ha podido saber, quien puso interés en la localización, si los historiadores han tomado o no en consideración todo aquello. Para que de algún modo no se perdiese todo el rastro de las modestas exploraciones, en los números de abril y noviembre de la revista *Africa* del año 1942 publicó el autor de este trabajo sendos artículos con croquis y fotografías ampliando algo de lo remitido a la Academia. La historia de Nekor fue agitada; pero quién sabe si Abdelkrim, que tenía sus ribetes de erudito, trató de renovar aquel reino. Si fue así, o si a algún uriagli se le ocurriese pensar en tal cosa, lo mejor que se le puede decir es que lea despacio el poema que Abu Yafer el Merudi hizo en tiempo de Abderrahamán III cuando los fatimíes asaltaron Nekor, y que piense que, si Said Ben Saleh y los suyos, gente de calidad portentosa, apoyados por Córdoba terminaron por sucumbir, las desmedidas aspiraciones de Abdelkrim no tuvieron en cuenta la lección. El Rif no puede desgajarse de Marruecos; debe aprender las lecciones del pasado porque, si bien la historia no se repite con exactitud matemática, parece que todavía tienen algún valor lo de que «iguales causas producen los mismos efectos». Aunque siempre receloso, y casi siempre rebelde, parece que el Rif conoció épocas mejores que las de los últimos siglos. Michaux Bellaire (1) en «Historia de los santos del Rif» dice que al final de la dinastía merinida había centros urbanos en los que la mayor parte de la población era de origen andaluz y tenían en los aspectos político, económico e intelectual, relaciones constantes con la Península española por el fácil camino del mar. Cuando los musulmanes perdieron el reino de Granada y las relaciones cesaron, el Rif quedó como una flor arrancada de la planta donde había nacido.

Abandonadas a sí mismas aquellas poblaciones, privadas del vivificante apoyo exterior, aisladas de Fez por un intrincado sistema mon-

(1) Ceuta, Ed. Hércules 1926.

tañoso difícil de atravesar, terminaron por desaparecer. Hoy con carreteras y automóviles no hay aislamiento y se mire como se mire, es una parte integrante y vital de marruecos.

Si por su situación central y por su historia era Beni Uriaguel la cabila que ejercía mayor influencia en el bloque rifeño, Axdir, desde la desaparición de las ciudades, venía siendo la cabeza rectora de Beni Uriaguel, que era «primus inter pares», de las cabilas.

Alrededor de las ruinas almoades de Mesen-ma y de su castillo, frente al islote de Alhucemas, que es español desde 1663, el poblado de Axdir ocupa una gran extensión con sus casas diseminadas apoyadas en las faldas de Yebel Sel-lun y de otras alturas rocosas. Los pobladores, que tienen tierras de regadío en la Vega del Guis, por su vecindad con la pequeña plaza española del Peñón de Alhucemas, que era por donde entraban las mercancías de Europa y América, vivían mucho mejor que los del interior; realizaban un beneficioso comercio de intercambio comprando a los montañeses almendras, miel, cera, pasas, manteca, huevos, pieles, nueces, y compraban en los comercios del islote tejidos, hilaturas, ferretería, velas, azúcar, sal, tabaco y cerillas, té, harinas, conservas de pescado..., que vendían a los del interior, a trueque casi siempre. La única moneda que allí circulaba era los duros y pesetas españoles. El *duro* de plata (no admitían papel moneda), tenía un prestigio elevado y altisonante que se extendía a todo el N. de Africa y entraba en grandes cantidades por aquel brazo de mar de 600 m. de longitud, que separa el Peñón del poblado de Axdir, en las viejas bolsas de cuero de los axdiris avispados, a quienes españoles y rifeños conocían por *Chifa, Sultán, Maalem, Quijote, Correo, Muerto, Misera, Lobo, ...*

Todos los de Axdir hablaban español y algunos visitaban con frecuencia Ceuta y Melilla y conocían Málaga, Almería, Gibraltar, Estepona, Marbella, Algeciras y otros puntos de la costa española.

Al finalizar el siglo XIX, las familias más influyentes eran las de Boryla, Ched-di y Sid Bu-beker.

II. *Linaje, infancia y mocedad de Sid Mohand Ben Abdelkrim.*

Nació en Axdir en 1883 en una casa situada en lo alto de una loma desde la que se domina la bahía y el islote de Alhucemas, que dista de ella unos dos kilómetros de huerta y playa y 600 metros de mar.

Los Ulad Zian, sus antepasados, eran rifeños pero no uriaglis. Su padre, Sid Abdelkrim, era alfaquí y fue después Kadi (juez) de Axdir. A últimos del siglo XIX se hizo muy amigo del capitán de la oficina de asuntos indígenas del Peñón de Alhucemas, que le había pedido un informe sobre Beni Uriaguel. Hizo y entregó pronto el trabajo, detallado y escrupuloso. Era entonces el padre del que después fue adalid, alfaquí contratado de la mezquita; a cambio de

atender al culto y a la enseñanza del Corán a los muchachos, recibía un subsidio anual que pagaban los vecinos a prorrato: unos mil kilos de cebada y algunos otros alimentos de lo que producía el país, de añadidura. Cada niño de los de la escuela le llevaba un huevo cada semana. Se ayudaba para sostener la familia cosiendo chilabas y como amanuense o menorialista, y en los zocos escribía amuletos y talismanes, que le pedían sobre todo las mujeres, para amar o ser amadas. Era hombre inteligente, simpático y persuasivo. Tenía buena figura y buen semblante. Contrajo matrimonio con la hija del Kadi Sid Ahmed de Chando (Tamasint, uno de los centros vitales del interior de la cabila, inmediato a un zoco frecuentado por gente de la montaña). El matrimonio le proporcionó cierto ascendiente, pues su suegro era respetado por ser de familia morabítica y acomodada. El matrimonio se instaló en casa del padre del contrayente, entre los Ulad Zian de Axdir, y de la unión nacieron dos varones y cinco hembras. El mayor fue Sid Mohand. Los Ulad Zian eran oriundos de la cabila rifeña de Gueznaia, poblado de Ihadrien, país muy montañoso y agreste, a unos 80 kilómetro al S. de la costa. Debieron de establecerse en Axdir a últimos del siglo XVIII y lo hicieron en un paraje de la Yemáa que, por la inferior calidad de su suelo, no estaba poblado. Se trata de un lomo calizo entre dos barrancadas, en cuyos fondos, cuando llueve, discurren arroyuelos hacia la vega. El barrio que allí formaron los Ulad Zian, siempre con las viviendas diseminadas, se llama *Esdid* u *Cherik* (nuevo y asociado) nombre que indica la relativa modernidad de la instalación. Habían sido exiliados de Gueznaia como consecuencia de una lucha entre bandos de Ihadrien, fracción de Ait Yunes. El consejo de los *Ait Arbain* (cuarenta vecinos) para sancionar la muerte de sus enemigos había decretado el pago de una multa y el alejamiento de la tierra donde nacieron; el destierro era la mínima pena que se imponía a los reincidentes en homicidio. Un siglo después, en Esdid u Cherik vivían los descendientes: familias de Abdelkrim, del Hach Sid Mohand, de Hadú Sid Zian, del Hach Sid Hamú, y de Amegar. Todos los varones de estas familias desempeñaron, bajo el mando de Abdelkrim, cargos importantes, caso típico de nepotismo de quien usó los títulos de Presidente de *Yemauría Rifía* (confederación de Yemáas rifeñas), Sultán del Rif ty hasta *Amir el Mumenin* (píncipe de los creyentes, como el de la batalla de las Navas). Su hermano Mehand fue su Jalifa y caudillo de guerra; su cuñado Budra jefe de tropas, su otro cuñado Azarkan (*Pajarito*) ministro de finanzas; otro cuñado, Mohamed Mohamedi, Secretario General; su tío Abdeselam, hermano de su padre, del que algunos rifeños decían que era la eminencia gris de la familia, Presidente del Consejo de Ministro; Sid Hamú, su primo, Jefe de la Guardia Personal; Amegar, Director de Prisiones; los familiares de sus dos mujeres, los de la de su hermano y otros allegados, tampoco salieron mal librados en la adjudicación de cargos.

Ni entre la gente de Axdir ni en Alhucemas habían sido conocidos los Ulad Zian con el patronímico *Jatabi*. No he podido averiguar cuándo comenzaron a usarlo los familiares. A los de la fracción inferior de Ait Yusef u Ali, de Beni Uriaguel, se les llama Ait Jatab, y de este modo todos los muchos poblados entre ellos los de Axdir, pueden ser Jatabien y cada uno de ellos Jatabi.

En Axdir la gente se sonríe cuando se pregunta lo de Jatabi; creen que fue una invención que se le ocurrió en Melilla, cuando empezaba a medrar, para hacerse pasar por descendiente de Aomar el Jatab, compañero del profeta Mahoma. Según el Bojari, Aomar fue el fundador de la institución del Habús: poseía un predio que apreciaba mucho y preguntó un día al Profeta:

—«¿Qué me convendría hacer con él?».

—«Si tú lo quieres, inmovilízalo y repartiremos los productos en obras benéficas» —dijo Mahoma.

De ahí nace la institución del *Habús* (pl. *Ahabás*) bienes de carácter religioso para necesidades benéficas de gran importancia en países musulmanes. Al dictar Abdelkrim sus *Memorias* al periodista francés Roger Mathieu, no se atrevió a decirle que era descendiente de Aomar, pero le dijo:

—«Somos de los Ulad Mohamed Abdelkrim, originarios del Heyad, precisamente de Yambo, a orillas del mar Rojo. Un antepasado nuestro se llamó Zarra de Yambo y mi familia vino a Marruecos hacia el siglo III de la Hégira y se instaló entre los Beni Uariaguel».

No es cosa de investigar sobre ello. Abdelkrim, físicamente, no era un tipo árabe; de estatura mediana, cara más bien redonda, cuello corto, pelo castaño tirando a rubio; su figura tenía, como rasgos característico, la mirada penetrante de los ojos oscuros casi negros y sonrisa casi perenne, que se convertía en gesto de ira en momentos de impulsibilidad. Podía descender de árabes, pues, en Arabia hay algunos tipos físicamente parecidos. Lo que no resulta cierto es lo que dijo después a Mathieu:

—«Desde hace más de diez siglos mi familia mandaba en el país.»

J. du Taillis, otro francés que le entrevistó, más cauto, reduce los siglos a seis, pero trata de una Zauia de los Ulad Abdelkrim desconocida, porque si se refiere a la casa de su madre, en Tamasint, que ciertamente tuvo alguna influencia, no se llama de Abdelkrim, sino de Sidi Aixa. Ante estos afanes de buscarse a todo trance un origen noble, viene a la memoria la frase de Cicerón: «Mientras muchos descienden de patricios ilustres y su linaje acaba en ellos, yo, que desciendo de labradores pobres, puedo decir que mi linaje comienza en mí». Su madre se llamó Fet-tuch, fue la única mujer de su padre, y todos los que la conocieron dicen que, con lágrimas y ruegos, trataba de contener las iras de su hijo cuando se estrellaban en los prisioneros españoles. En nada se diferenció la vida infantil de los Ulad Abdelkrim de las de los otros arrapiezos rifeños que alter-

nan el aprendizaje del Corán con juegos marciales o de destreza más o menos deportiva. Acaso, de aquellos años, lo que más recordaría Mohand es la primera visita que hizo al islote de Alhucemas acompañando a su padre. Sería inquietante para él, porque allí estaban los españoles, a quienes no conocía, y de quienes tendría una vaga y deformada idea por la ojeriza que le habían transmitido otros muchachos mayores que él; se habría asustado alguna vez al oír las salvas de los cañones de la plaza al celebrar el santo del entonces rey niño, Alfonso XIII, un rey que todavía no mandaba porque era tres años más pequeño que él.

Cuando embarcó en el cárabo y éste se adentró en el mar, que veía todos los días desde su casa, unos días tranquilo otros aborrecido, la emoción le nublaría la visión de aquel mundo minúsculo del islote rocoso con la reciedumbre de los muros y el brillo de los cañones oscuros; pero pronto le tomó en brazos su padre y, cuando le dejó en tierra, sintió el frío del puño de oro del bastón de don Pablo Artal Abad, Comandante de Estado Mayor de Plazas, Gobernador de la isla del que era amigo de su padre, que le acariciaba la mejilla.

Don Pablo era el perfecto militar de la época: mostacho y perilla, ojos grises e indagadores bajo la charolada visera de la teresiana rígida, de tubo, galoneada; digno sucesor del primer Gobernador de Alhucemas, don Francisco López Moreno, capitán de la Infantería Española y de la Armada Real del Mar Océano, Alcalde y Justicia Mayor de la Plaza cuando fue ocupada en 1663, reinando Su Majestad Católica Carlos II.

Cuando Mohand volvió otras veces a la plaza conoció a varios niños hijos de militares y comerciantes españoles, y jugó con ellos en la plazoleta del Gobierno, mientras entraba en él su padre a charlar con el comandante Artal o con el que después fue gobernador, comandante Terrón. No se enteraba Mohand de aquellas conversaciones; pero su padre salía contento y antes de embarcar en el cárabo le acompañaba a los comercios, donde compraban muchas cosas pagándolas con aquellos duros rutilantes que tenían grabada la efigie del rey niño del pelo ensortijado.

El hijo de aquel alfaquí de Axdir y amigo e informador del Gobernador de la plaza tuvo sus primeros contactos con los españoles en el ambiente asfixiante de un islote fortificado y superpoblado, donde se vivía en continuo chismorreó, y donde las cuestiones más ínfimas daban lugar a trifulcas. La llegada del barco correo, que a veces se retrasaba por el mal tiempo, era el acontecimiento único que sacudía el tedio de aquel mundillo desgajado de la esfera o esferoide donde vive la Humanidad: traía casi siempre nuevas caras, noticias cartas, encargos de cosas que tan necesarias y tan apreciadas eran por no poderse adquirir más que muy lejos de allí, prensa, libros y abastecimientos de todas clases, empezando por agua potable, mucho más apetecida que la de los aljibes no siempre limpios. Aquello era un

presidio, palabra que si tiempo atrás significó ciudad o fortaleza guardada por soldados, entonces, sin dejar de ser así, era también lo que hoy significa tan ceñuda palabra. La guarnición se relevaba con frecuencia, mientras los penados permanecían allí años, algunos muchos. Conocería porque era una de las rarezas que se conocía tan pronto como se entraba en el recinto (700 metros lineales, 170 de largo, 80 de ancho, 27 de altura sobre el mar, 350 habitantes de ellos 70 confinados) conocería, decíamos, al penado Lucas Vidal, que, condenado por tres Audiencias, murió el 15 de julio de 1903, a los sesenta y nueve años, de los que pasó treinta y nueve en aquel recinto, trasladado de otro más reducido (Vélez de la Gomera).

Los penados trabajan en obras y servicios de la plaza y era con quienes los moros que iban a comprar se relacionaban más. En algún tiempo hubo confinados por delitos políticos, pero en aquella época, si los había, iban a Chafarinas y en Alhucemas y Vélez quedaban sólo delincuentes comunes de la peor calaña de la Península y sus, entonces, a punto de perderse o perdidas ya, grandes islas del Caribe y Filipinas. El muchacho rifeño oíría expresiones, rumores, maldiciones, poco edificantes para su formación campestre. Cuando después del tratado de 1904, en el que se decidió la intervención en Marruecos, desapareció de los Peñones la población penal, Abdelkrim tenía veinte años y era su padre, entre nuestros amigos del campo rifeño, el que más visitaba la isla y el que pedía más favores al entonces gobernador comandante Arqués Echevarría. El estado español abonaba algunas pensiones a significados del campo; la de más cuantía era la del padre del joven que en la escuela y en los comercios de Alhucemas, con excelente aprovechamiento, había aprendido nuestro idioma, que hablaba y escribía con rara perfección; era infatigable lector de periódicos y revistas y no se le daban nada mal la contabilidad, la charla ingeniosa, los formulismos sociales corrientes y todas esas cosas que conviene saber a los veinte años para empezar a bandearse por sí mismo. Con cuquería rifeña, los saberes árabes que pudieron enseñarle su padre y algún otro alfaquí, y con los españoles que adquirieron en el Peñón, se fueron él y su tío, hermano de su padre, Abdeslam, a preparar en Fez su ingreso en la Universidad del Karaiuen. Dos años permanecieron cursando estudios en las medarsas (colegio) *Atarin* y *Sefarín*. Anotemos que en los últimos años del Protectorado se mostraba a los turita en la primera medarsa la habitación que ocupó Abdelkrim. El guía que la enseñaba decía: ¡*Bit es-saaim er-Rif!* (habitación del liberador del Rif). Por entonces, Bu Hamara (*El de la Burra*), santón, exorcista y belicoso, se había hecho dueño de Marruecos Oriental y negoció con una compañía francesa y otra española la concesión de los yacimientos mineros el Uixan y Afra, en el Rif. En Fez, profesores y alumnos se dedicaban más a la polémica y luchas políticas que a los estudios. Había partidarios de Bu Hamara, el Rogui, de Muley Mohamed el Tuerto, de Muley Abdalaziz y Muley Ha-



Si Mehamed ben Si Abdelcrim, hermano de Abdelcrim *el famoso*, cuando estudiaba en Melilla.



Esta foto fue hecha el 21 de Noviembre de 1926; tiene, pues, 47 años... En ella está el entonces Capitán Sánchez Pérez —el cuarto empezando por la derecha, sentados—, autor de este artículo. El último de esta misma fila (x) es Si Hosain Bunseri, que facilitó a Abdelcrín la cuerda con que éste la noche del 23 de diciembre de 1915, intentó fugarse de Cabrerizas.



Abdelcrín, sentado en la tarima de la izquierda, formando parte del tribunal para exámenes de árabe en La Escuela Hispano-Arabe de Melilla, de la que era profesor.

Año 1917

fid, entre los que se movían agentes de distintas naciones europeas que activamente apoyaban a unos y a otros. Abdelkrim dijo que cuando era estudiante en Fez fue intermediario entre los ministros del Majzén y su padre, que era el jefe guerrero y político del Rif. No parece cierta la revelación. Entonces no representaba su padre el papel que le asigna. El padre de su madre con el Hach Ched-di, que era el jefe, luchó con otros muchos rifeños contra Yilali, un caid que Bu Hamara mandó contra los Beni Uriaguél, al uqe derrotaron. El padre de Abdelkrim en aquella ocasión no luchó y lo que hizo fue pedir ayuda a sus amigos los españoles. Cuando Abdelkrim regresó de sus estudios, que no debieron ser muy laboriosos, estuvo una larga temporada en la plaza de Alhucemas; ejercía de intérprete en la Oficina de Asuntos Indígenas y se ayudaba como dependiente de los comerciantes Las Heras e Ibanco. Por entonces acompañó a su padre en un viaje que hizo a Melilla para pedir audiencia al general de la plaza y rogarle que diese a su hijo algún destino allí. Le nombraron auxiliar o monitor de la Escuela Hispano-Arabe, que dirigía don Francisco Samper, y fue profesor de Alcorán para los niños musulmanes. Le nombraron también «catib» o escribiente en Asuntos Indígenas de la Comandancia de la plaza; entró en la redacción del «Telegrama del Rif» donde se encargó de la sección árabe. Se tradujeron algunos de sus trabajos en el periódico. Eran estos trabajos como tenían que ser; hinchaba telegramas del mundo árabe y de España con estilo correcto, y los comentarios ampulosos exaltaban todo lo favorable al movimiento de «los jóvenes turcos». Respetuosísimo y afecto a España, aparecía moderado en ideas políticas cuando comentaba nuestras noticias. Con los pluriempleos, reunía ya decorosa remuneración, que le permitía frecuentar amistades. Por entonces, 1907-8, fue amigo de Silvestre, que era comandante de caballería; después veremos que le recordaba cuando, en 1926 marchaba a su confinamiento y negaba rotundamente el enfrentamiento personal que se les atribuyó; explicó que no pudo ocurrir porque desde 1908 no volvieron a encontrarse.

III.—Orto, apogeo y ocaso.

La actuación de Abdelkrim en la Oficina de Asuntos Indígenas parecía leal; al igual que en la Escuela Hispano-Arabe; en la Oficina se mostraba eficaz y todavía tenía tiempo para granjearse amistades entre los españoles, que le sirvieron para que las compañías mineras le gratificasen con largueza como asesor y perito sobre autenticidad de documentos árabes de propiedad de terrenos, *mulquias*, que interesaba adquirir a las Compañías.

Por entonces fue a Málaga a examinarse de Magisterio en la Escuela Normal, donde le aprobaron. En la Oficina se elevó de pronto desde simple escribiente a Asesor Político. Algunos jefes descon-

fiaban de tanta actividad, que les parecía bastante mangoneadora y refitolera. De pronto, su padre, que hacía frecuentes viajes a Melilla, empezó a tener en Axdir cierta influencia. Los varios oficios de su hijo producían pingües beneficios, y poco a poco, sin dejarlo definitivamente, fue desentendiéndose de la escuela y del periódico. Quienes deseen conocer con algún detalle la influencia de Abdelkrim en las empresas mineras, pueden encontrar curiosas noticias en «La pacificación de Marruecos», de Manuel Galván, Imp. Servicio Geográfico del Ejército. Madrid 1965, páginas 11 a 99.

Hacía vida de soltero; le gustaba Melilla, los cafés donde se charlaba, y tenía algún amorío con una malagueña del barrio del Polígono, por lo que su padre le aconsejaba que se casase en Axdir; decía que entre el trámite, las cavilaciones que le proporcionaban sus cargos y su deseo de emprender un largo viaje para conocer el mundo (después no lo hizo), no tenía tiempo de pensar en el matrimonio. En el año 12 ayudó al capitán Barbeta a conseguir el rescate de unos soldados españoles prisioneros en Beni Said, y por ello se le concedió la Cruz de Isabel la Católica y una cruz blanca del Mérito Militar pensionada. En el año 13 renunció al cargo de profesor de árabe y chelha, por haber sido nombrado kadi (juez) en la región de Melilla al implantarse el Protectorado. Se emprendía entonces la labor preparatoria para la implantación del nuevo régimen de protectorado en el Rif Central y ayudó a organizar el partido afecto a España en Beni Uriaguel, a cuyo frente consiguió que figurase su padre. Este había sido de los años 8 al 13 agente activo de propaganda española en Axdir. En enero del 10, en una lucha entre nuestros amigos y los partidarios de la guerra, resultaron en Axdir veinte muertos y numerosos heridos de ambos bandos. Durante la noche del cinco al seis de noviembre de 1911 fue atacada la casa de Abdelkrim padre, donde éste se defendió con algunos parientes y amigos; al fin se vio obligado a retirarse a la playa, donde se defendió dos días más con sus familiares y los de su vecino y amigo Gayaya, hasta que pudieron refugiarse con sus familias en la isla, desde donde se trasladaron en barco a Ceuta y fueron a Tetuán, que no estaba todavía ocupada por los españoles.

Tres influyentes de Axdir se disputaban entonces el primer puesto entre nuestros amigos el Jerife Sidi Ahmed Boryla, El Hach Ched-di y el padre de Abdelkrim.

El más enérgico de ellos era Boryla; el más sagaz, Abdelkrim, y el más influyente, por ser más rico, Ched-di. En Melilla ganó Abdelkrim la partida. Los Gobernadores de la Plaza de Alhucemas aconsejaron siempre que no se actuase exclusivamente por mediación de los Abdelkrim, pero el padre figuraba en cabeza de la lista de pensionados y se contaba con él antes que con otro. A principios del año 14, por dahir del Jalifa de Tetuán, se nombró a Abdelkrim hijo, Presidente del Tribunal de Apelación (*Naib del-Kadi Kodat*), importante cargo que le revistió de autoridad para ejercitarse como

orador en actos oficiales y en reuniones, donde aparecía siempre como representante y portavoz de los rifeños. Con ese prurito de los españoles de conceder honores desorbitados a extranjeros, le nombraron vicepresidente del Ateneo de Melilla (Sección de Asuntos Africanos). Vivía en la calle del General Margallo, cerca de la relojería Alemana; tenía cocinera española vieja y un criado moro, muchos amigos españoles militares y paisanos, varios israelíes, entre ellos su íntimo Benaim, antiguo amigo de Alhucemas. En cuanto a los musulmanes de la ciudad, únicamente se relacionaba con dos o tres significados y ricos. En aquel tiempo se fraguaba la primera guerra europea y los moros de Beni Uriaguel se veían solicitados por alguien más que España, que tenía la misión europea de implantar el protectorado en el país. Alemania se valía de la acaudalada casa Mannesman, que desplegaba extraordinaria actividad. Francia, atenta a estos movimientos, utilizaba su experiencia de Argelia y Túnez, y movía sus equipos de especialistas. Otras naciones y grupos financieros, buscando apoyos firmes en la costa tan cercana a Gibraltar, vigilaban y actuaban. Los rifeños, al ver que se les solicitaba por varios lados, abrieron las puertas de sus apetencias; éstas originaban luchas cabileñas. En estas lucha perdieron la vida, entre otros muchos, dos jóvenes valerosos y bienquistos influyentes amigos de España: Hammedi Muna y Sidi Abdselam Boryila.

Abdelkrim y los suyos fueron germanófilos antes y después de estallar aquella guerra, porque los Mannesmann daban más dinero que nadie. Después de la declaración de la guerra, Abdelkrim en Melilla razonaba su germanofilia con argumentos de la prensa de Egipto y Turquía, de la que era en la plaza único lector. Después de la campaña el año nueve en las cercanías comenzó la época de los contrabandos de armas a gran escala. El 28 de febrero del año once, un gran velero holandés, el *Loril Grien*, perseguido por un cañonero español, naufragó en las costas del Rif; había alijado en tres puntos de aquella costa centenares de fusiles y armas cortas con muchos miles de cartuchos. Se ahogaron tres marineros contrabandistas y los demás se internaron en Bocoia. El conocido por Sibera, de esta cabila, fue quien dirigió éste y otros contrabandos. Abdelkrim se había hecho sospechoso por su amistad con Sibera (después durante su mando le fusiló). Después que comenzaron a explotarse los yacimientos del Uixan empezó Abdelkrim a ofrecerse a los agentes de los alemanes para conseguirles concesiones en Yeben Hamman, el gran macizo de Beni Uriaguel, donde se suponía que había ricos yacimientos. Muchas veces dijo que no quería para él y sus deudos se repitiera aquello del Nuevo Mundo, donde se cuentan trueques de baratijas por tesoros fabulosos. Para procurarlo evitar, se afanaba en ilustrarse y animó a su hermano Hehamed, trece años menor, para que fuese a la escuela española y después poder estudiar para ingeniero de minas. Fue a los doce años a la escuela del Peñón y entonces sería cuando le conocía el doctor Bastos por *Jesusito*.

A lo largo de este trabajo diremos algo de este rifeño que fue bastante más valeroso, más humano, más inteligente y, en una palabra, mejor persona que su hermano. Los alemanes vieron pronto en Abdelkrim un instrumento valioso. Gracias a su amistad y a la de Ismael Chaldi, hijo del caid de Farhana, que era protegido alemán, el agente Farle consiguió introducir en Beni Uriaguel muchas armas, y el mismo agente, con Budra, que se casó más tarde con una hermana de Abdelkrim, y Al-luch Ben Ali Rubio organizaran harka que luchó al comienzo de la guerra europea al N. de Taza contra los franceses mandados por Abdelmalek Mahedin, nieto del célebre Caudillo argelino del siglo XIX, Abdelkader, que vivía en Tánger y se trasladó al Rif. Farle parece que murió misteriosamente en 1916. Hasta la terminación de la guerra estuvo también junto a Abdelmalek otro alemán Heman Bartels, amigo y protector de Abdelkrim. Mientras hostigaban a los franceses en Gueznaia y en el Uarga, éste, en Melilla, arreciaba en sus manejos y propagandas. Parece cierto que Farle entregó a Abdelkrim y a Chaldi 70.000 duros españoles para sus trabajos de organizar la harka, y si ésta no llegó a emplearse a fondo, fue porque la neutralidad española impidió que los alemanes se moviesen en Melilla con la desenvoltura necesaria, y obstaculizó aquellos manejos en los territorios ocupados por nuestras tropas.

Lyautey se quejaba de que los agentes alemanes actuaban en Melilla, y para dar al Gobierno francés una prueba de nuestra actitud estrictamente imparcial, se tomaron en consideración ciertas denuncias concretas, una de ellas contra Abdelkrim. Fue éste detenido y se nombró Juez Militar al capitán Sisto Robelló, ante el que declaró Abdelkrim lo siguiente el día 15 agosto 1915.

- 1) Que odia a los franceses y por ello busca cuantos medios pueda para la lucha.
- 2) Que desea el engrandecimiento del pueblo musulmán y anhela la independencia del Rif no ocupado.
- 3) Que el actual conflicto europeo, al resolverse, puede cambiar la zona y condiciones del protectorado español, limitando aquélla y reduciendo ésta a lo ocupado hasta el día.
- 4) Que el partido «jóvenes turcos» trabaja para el levantamiento del Islam contra los aliados.
- 5) Este levantamiento equivale a la declaración *yihad* (guerra santa) contra todos los que pretenden la opresión del Islam.
- 6) Su padre y él han abrazado con entusiasmo esta idea y por ella laboran, sin que nada pueda hacerles desistir de esta idea y de sus propósitos.
- 7) Su primer trabajo será establecer un gobierno en la zona no ocupada, un Majzén, que una vez establecido, podrá pactar con España.
- 8) La primera consecuencia de sus trabajos será la imposición de un impuesto de guerra en Beni Uriaguel y demás cabilas no ocupadas por España.

9) Después se formarán harkas, sin que esto represente un acto de hostilidad, pues si bien montarán una fuerte guardia en el Kert, ésta no hostilizará a los españoles si no avanzan, aunque se opondrá si lo hicisen. Tiene la esperanza de que al finalizar la guerra europea, uno de los acuerdos que se tomen sea la independencia del Rif no ocupado.

10) Su padre no volverá a Alhucemas ni vendrá a Melilla a visitar a S. E. el General de la plaza.

11) Considera como la muerte de su pueblo la ocupación de Beni Uriaguel por España.

12) España debe conformarse con lo ocupado y prescindir de lo demás.»

Al terminar y firmar esta declaración, fue conducido al fuerte de Cabrerizas Altas, donde quedó incomunicado y se le incoó expediente que pronto fue sobreseído, aunque la autoridad dispuso que quedase en la fortaleza en calidad de preso político.

Anticipándose nueve años a los acontecimientos, en su declaración se erige en caudillo del Rif y enemigo irreconciliable de los franceses, aunque dispuesto a un acuerdo con los españoles a condición de que éstos renuncien al empleo de la fuerza ante el establecimiento de un verdadero Estado, que él creará incrustado en el de Marruecos a base de la cabilla más anárquica de una nación, que desde los tiempos más remotos ha vivido destrozándose a sí misma y creando conflictos a las demás, como prueba el resumen siguiente de los 24 últimos sultanes (alauíes): nueve fueron destronados por su propia guardia; dos por sus hermanos: uno murió en lucha campal con otro hermano, y once de enfermedad, sin contar con que de algunos éstos se dijo que pudieron ser envenenados, y que dos de los fallecidos de muerte natural, lo fueron después del protectorado. ¿Con qué contaba Abdelkrim para la ardua empresa que se proponía?... Con poca cosa: una mentalidad enrevesada al servicio de una formación insuficiente y, eso sí, indiscutible sagacidad y conocimiento de los efectos que se producían al pulsar los resortes de la ofuscación contra quienes, musulmanes, cristianos o de cualquier otra creencia o nacionalidad, traten de imperar en su territorio, cuyas características creemos haber descrito, con más o menos acierto, pero con algún conocimiento de sus interioridades. No son precisas grandes dotes de imaginación para pensar que alguno de sus amigos de entonces debió aleccionarle; quien fuese, después de muerto Adbelkrim y acaso el aleccionador, es difícil averiguarlo.

En la prisión lee sin cesar periódicos y libros que le envían sus amigos, y escribe panfletos y planes de organización que rompe muchas veces. Recibe muchas visitas, entre otras, varias veces la de la malagueña que llega con su madre en coche de caballos.

Un día, 23 de diciembre, su criado rifeño Hosain Bunseri le lleva un gran capacho de frutas secas y hortalizas, cuyo fondo era una larga

soga que convenientemente desliada serviría para descender al exterior desde una tronera a alta hora de la noche, aprovechando algún descuido de los centinelas, muy posible por ser aquellos días de frío y fiesta de Navidad. Cuando se descolgaba, por afianzar demasiado la sujección en la almena, la cuerda resultaba corta y además se enganchó en un hierro saliente del muro y quedó el cabo a más de ocho metros del suelo. No era un gimnasta, estaba bastante grueso por los cinco meses de inacción; permaneció mucho rato abrasándose las manos, hasta que, al oír que se alertaba la guardia, soltó la cuerda. Se le recogió con la pierna izquierda fracturada, contusiones en la región frontal y erosiones en las manos. Le curaron en la enfermería del fuerte y fue después hospitalizado hasta su curación. Aunque quedó cojo, hizo muchos elogios de los médicos que le atendieron, en los relatos que hizo a cuantos han escrito sobre su vida. Volvió después de curado al fuerte, quizás entonces a Rostrogordo, mientras su padre, desesperado, tiroteó la isla de Alhucemas con algunos amigos y proyectó apoderarse de alguna pequeña embarcación de españoles para poder canjear los tripulantes por su hijo. Cambió después de táctica y, haciendo manifestaciones de afecto a España, propuso un desembarco de nuestras fuerzas en Axdir, que él apoyaría; en julio de 1916 había conseguido Abdelkrim la libertad vigilada y se le concedió un permiso para visitar a sus padres en Axdir, dejando en rehenes dos hombres de su familia. Nuevamente se le concedió otro para pasar la pascua musulmana encargándole que aconsejase a su padre el cese de sus actividades con los agentes alemanes. Algunos de sus vecinos de Axdir, instigados, según se dijo, por los franceses, atacaron su casa, y por segunda vez, la familia se refugió en la isla. Poco después regresaron. En Alhucemas se decía que aquello había sido una añagaza para congraciarse con los españoles. En 17 de mayo del 17, fue el mayor de los de Abdelkrim, repuesto en su cargo de *Naib del Kadi Kodat* y se volvió a conceder a su hermano Mehamed la subvención que disfrutó para continuar en Madrid sus estudios de ingeniería. Tenía entonces el joven veintiún años y se alojaba y estudiaba en la Residencia de Estudiantes de la Institución Libre, de la que era Director entonces el profesor Jiménez Fraud, quien escribió: «El Ministerio de Estado le sufragaba los gastos de viaje, de la pensión de la Residencia, de la Academia preparatoria para el ingreso en la Escuela de Minas y hasta de un profesor particular, cuentas del sastre, zapatero, camiserero, etc. Estuvo en la Residencia desde octubre del 17 hasta junio del 18. Le suspendieron en exámenes de ingreso porque, aunque no era torpe y estudiaba, carecía de conocimientos básicos para estudios serios. No obstante, por gestiones de los ministros de Estado e Instrucción, en septiembre se examinó de nuevo y fue aprobado. A mediados de enero del 19 pidió permiso para marchar a su casa de Axdir y no regresó. Fue entonces cuando la familia decidió abandonar la colaboración con España y oponerse a su acción; aunque continuaron en relación con los grupos mine-

ros. Mehand era un chico agradable y cortés, trabajador y afectuoso con sus compañeros, muy vanidoso y un poco cazurro».

Abdelkrim dijo que cuando en mayo del 17 fue repuesto en el importante cargo, los españoles no se hacían ilusiones de sus sentimientos y él se fiaba sólo a medias de los españoles.

Al terminar la guerra con el armisticio de 11 de noviembre de 1918, la entrega a Francia de algunos rifeños que habían luchado con Hermán y Abdelmalek contra los franceses, hizo temer a Abdelkrim que pudiera ser objeto de tal medida; seis días después del armisticio falleció repentinamente en su despacho de Tetuán el Alto Comisario, General Gómez Jordana y, según dijo el que fue jefe del Rif a los periodistas, cuando lo supo perdió las esperanzas de que España ejerciese en su tierra un verdadero protectorado. Pidió en diciembre un permiso de veinte días para Axdir y cuando le fue concedido avisó a su hermano para que regresase de Madrid, y ya no volvieron a relacionarse con las autoridades españolas. Estaba decidida la rebeldía de la familia que pretendía dominar en el Rif. Desde enero de 1919 la actitud de los Abdelkrim ensombreció las oficinas de Asuntos Indígenas de Melilla y Alhucemas, que estaban al tanto de lo que representaba en el Rif Beni Uriaguél y de lo que podía representar allí una familia a la que nosotros mismos habíamos aupado más que nadie. Pero no vamos a poner de manifiesto, entre otras razones porque no sabríamos hacerlo, nada que pueda parecer un juicio personal sobre conductas o quehaceres de quienes se relacionaron de un modo o de otro con la rebeldía rifeña. Se trata solamente de relatar acaecimientos, y si en el relato aparecen nombres propios es porque no tenemos más remedio. Ni del propio Abdelkrim quisiéramos hacer juicios personales.

Los que se deslizan en este trabajo, más que apreciaciones deliberadas, son impuestas por la narración de hechos que creemos verídicos.

Tienen bastante importancia el momento y circunstancias, que antes se detallan, en que Abdelkrim dejó Melilla definitivamente para pasar a la rebeldía, porque en muchas publicaciones españolas —periódicos, libros revistas y hasta afamados Manuales de Historia de varios tomos— se ha hecho referencia, hasta la saciedad, a una supuesta entrevista entre el General Silvestre y el Jefe rifeño, que aparece en muchos libros extranjeros. Figuró el *bulo* en un libro de la Biblioteca Hispana de Madrid —1921, agosto—. Decía el autor que lo había tomado de un periódico que le merecía crédito. Este autor, ya fallecido, rectificó después; pero la rectificación ha sido poco difundida, mientras la versión del libro lo fue tanto, que se lee en letras de molde en muchos países del mundo que *Abdelkrim salió del despacho del general a empujones, sangrando por la boca y narices y profiriendo terribles amenazas.*

El propio Abdelkrim lo desmintió al dictar sus *Memorias* a Roger Mathieu, libro publicado en París (1927), donde dice que fue ami-

go de Silvestre en Melilla en 1908 y que Silvestre, entonces comandante fue destinado a otro lugar y no volvió a verle más; cuando llegó a la plaza en 1920 para tomar el mando de la Comandancia General, hacía más de un año que Abdelkrim estaba en Axdir en rebeldía.

Aunque se ha desmentido la absurda especie, muchas veces que se trata del asunto suele darse por verdadera. El diario de mayor circulación de Madrid, al dar el día 7 de febrero de 1963 la noticia del fallecimiento en El Cairo del Jefe Rifeño, hacía referencia a *la dura entrevista que provocó la definitiva rebeldía*.

Varios libros extranjeros, y también publicaciones españolas, tribuyen su encarcelamiento a su odio contra los españoles. Montagne, especialista en estudios rifeños, teniente de navío francés que con el capitán Suffren fue Snada en 1936 a negociar con Abdelkrim su rendición a los franceses, dio una conferencia en el Centro de Estudios de Política Extranjera de París, en 1947, y allí habló de la violenta disputa en 1920 con el General, por la que dijo que el rifeño había sido preso, intentó fugarse, se rompió una pierna, etc., etc. Los manejos contra Francia, las quejas de Lyatey, no eran, por lo que se ve, conocidas por aquel especialista, que ignoraba también que Abdelkrim fue preso y se fugó y se rompió la pierna en el año 15 y no en el 20. ¿No es todo esto para quebrantar nuestro afán de no juzgar a las personas?... Bien, pues, a pesar de todo no lo hacemos. Hágalo el lector si quiere.

Al comenzar el año 21, la situación económica de la familia era apurada; el padre ya anciano, se había movido mucho en el campo durante el verano del 19 al tratar de proporcionarse adeptos en largas jornadas que hacía a lomo de sus mulos por la montaña; estuvo en Tafersit con unos cuantos de Beni Uriagel para tratar de convencer a los de Beni Tuzin para que se opusieran al avance de los españoles del general Silvestre, que aquel verano fue muy profundo y poco dificultoso; hacía dos años que las cosechas eran muy escasas y los rifeños no tenían ánimo para guerrear; los más útiles habían emigrado a Argelia para la siega. En septiembre, cuando llegó a su casa, el viejo falleció. Los gastos de propaganda entre los empobrecidos cabileños y la poca moderación de gastos de sus dos hijos, que acostumbrados a la vida europea se veían privado de las sinecuras y subvenciones, tan generosamente sufragadas por España y que hacía más de un año les faltaban, obligaron a los Abdelkrim a procurarse dinero.

El mando de Melilla preparaba el avance sobre Alhucemas animado por los logrados el año anterior. Abdelkrim, conocedor del propósito, en los primeros días de enero del 21 mandó a su cuñado Azarkan (*Pajarito*) a Melilla con instrucciones para la busca de dinero, donde pudiesen darlo a cambio de promesas con amplitud de miras que dejaba a los buenos oficios de Azarkan, pues él se limitó a escribir unas cartas de presentación en las que otorgaba poderes

al portador. *Pajarito* regresó a Axdir a últimos de enero o primeros de febrero. Traía una respetable cantidad en billetes nuevos de 1.000 y de 500 pesetas. Con aquel dinero organizó Abdelkrim un núcleo de 300 harqueños al mando del Hach Hamuch, Bulahia, Ched-di el joven, Mohand Budra, Moh Asdad, Fakir Liazid y Moh Buai-chi, todos experimentados en lides de guerra. En Melilla debió decir *Pajarito* que aquel núcleo era para facilitar el avance desde dentro, lo que ahora se llama «quinta columna»; a los de Axdir no les dijo nada más que, como podían ver, disponían de dinero. ¿Quién lo había dado?

En junio, el diario «Unión» de Sevilla dijo que había sido entregado al tanto de especulaciones mineras en las que se pretendía interesar a Abdelkrim, aun considerando muy problemática la existencia de minerales ricos, con vistas a facilitar la penetración pacífica en el país. El hecho de que el rifeño emplease aquel capital en crear una fuerza bélica, respondía a la necesidad de erigirse como jefe entre los suyos y poder negociar con los españoles. Posiblemente, en aquellos momentos pensaría Abdelkrim, en vista de lo que ocurría por entonces en Yebala con el Raisuni, que ni Berenguer y, mucho menos, Silvestre, admitirían la anómala situación para el Rif en que estuvo Yebala varios años gobernada por el Raisuni a quien pagaba España pingüe subvención y sostenía un cuerpo de tropa sin posibilidad de intervención alguna en su territorio ni de pisarlo siquiera ni abordarlo, ni ejercer actividades sobre su suelo, más que con su autorización, quien no fuese natural de él aunque fuera musulmán o autoridad del protectorado. Abdelkrim lo había planteado igual, con una crudeza y una rotundidad que jamás había empleado Raisuni. Y con Raisuni habían chocado primero Silvestre en Arcila y luego Berenguer en Yebala. En la primavera del año 21, la situación era tensa en el Rif porque el núcleo de 300 hombres que Abdelkrim formó no daba muestras de estar en su mano ni para ayudar a España ni para oponerse al avance. Había varios de Beni Uriaguel que aspiraban a su mandato. Como en Yebala se estaba a punto de terminar con la rebeldía, por tener Berenguer casi cercados los reductos del Raisuni, en el Rif no ocupado los competidores de Abdelkrim y éste mismo, no se impacientaban mucho en espera de las noticias de Yebala o Tetuán, y el futuro cabecilla con su hermano y sus amigos, en actitud de espera también, trataban de convencer a los *imegaren* (influyentes) de las montañas para que acataran su autoridad: Moh Abercách, Had-dú Moh Amizian, Butahar Megóh, Mesnauí, Ajamelich, Busdain..., y a los de la vecina cabila de Bocoia, entre los que todavía perduraban rencores por el apoyo que dieron veintitrés años antes a Buxta el Bagdadi en castigo de sus piraterías. Las razones de los hijos de Abdelkrim para la captación de voluntades consistían en que los vencedores de la guerra 14-18 estaban resentidos con España por su neutralidad y que les apoyarían a ellos; nuestro ejército estaba dividido por la cuestión de las juntas de defensa; la inestable po-

lítica española era incapaz de resolver una situación comprometida; Berenguer y Silvestre no se entendían y rivalizaban entre sí por su prestigio. En fin, utilizaban todo lo que decía la prensa de Madrid de aquellos días, que les mandaban desde Melilla y sólo ellos leían y podían comentar a su modo. Malos ratos pasaron en las casas del monte, donde decían estas cosas a los cabileños, que a penas las oían replicaban: «Sí, lo que queréis es mandar vosotros para vender cotos mineros a los españoles o a los alemanes que desembarcan en nuestra playa de noche para hacer tratos y embarcan antes de amanecer». En efecto, en el mes de abril estuvieron en la playa agentes españoles: Echevarrieta, Got y en una ocasión también el coronel Morales, a cuyas órdenes trabajó Abdelkrim, al que dió orden Silvestre muy a regañadientes por mandato del Gobierno. Abdelkrim, no obstante, en el mes de mayo se había ganado muchos adeptos y, como antes decíamos, no se impacientaba.

El único impaciente ante lo que ocurría era Silvestre, que ardía en deseos de resolver el problema, y dijo un día de abril a un grupo de influyentes enemigos de Abdelkrim, que fueron a saludarle a la isla de Alhucemas:

—«He llegado mareado porque no soy marino. Pronto vendré a caballo por allí... —y señaló el monte de Yub el Kama, donde montaba su guardia el núcleo que pagaba Abdelkrim.

Aquel día y el siguiente, los 300 de Yub el Kama aumentaron hasta el millar.

Cuando los que fueron a la isla a saludar al general, que eran quince o veinte, todos viejos amigos de la Comandancia del Peñón, saltaron de los carabos de regreso, esperaban en la playa otros tantos del bando de Abdelkrim, cada uno con su fusil en bandolera; charlaron, hablaron de lo que había dicho el general y los amigos de Abdelkrim fueron a contárselo a su casa. No sabemos bien lo que ocurrió aquel día; pero sí sabemos que quien unas horas antes no tuvo autoridad suficiente para evitar que aquellos hombres fuesen a saludar al general, después la tuvo para imponerles una multa que pagaron todos menos dos: Moh Abercás y Solimán, primo de Abdelkrim; los dos fueron amenazados con dureza por todos los presentes; Moh marchó a su casa de la montaña dispuesto a defenderse con sus familiares, y Solimán, cuyos parientes lo eran también de Abdelkrim y obedecían a éste, aunque respetaban a Solimán, a quien el viejo jefe y el reciente de la familia habían utilizado como guardaespaldas en tiempo anterior, recogió a su mujer, y con ella, un ligero equipaje y su fusil, embarcó en una lancha y pasó al Peñón, dispuesto, como perseveró toda su vida, a colaborar con España en la difícil empresa de pacificar y transformar su pueblo.

Abdelkrim había ganado la partida; pero todavía tenía adversarios importantes y poca confianza en que Beni Uriaguel aceptase

su mando en circunstancias críticas, cuando Silvestre había amenazado con la fuerza a una cabila donde todos los hombres significados habían expuesto varias veces su vida en luchas armadas, excepto él, que como su hermano, debían todo lo que tenían, dinero y haberes, a los españoles, y tenían concibiábulo tenebrosos con potentados europeos que les habían provisto de dinero y armas. Les parecía un contrasentido que ellos solos manejasen lo primero y nunca hubiesen manejado lo segundo en su vida de funcionarios o estudiantes. La socarronería cabileña lógicamente simplista, se frunció en sonrisas de conejo ante las peroratas hábiles de Abdelkrim, que era ingenioso, hablaba en el idioma vernáculo y mostraba actitudes más que suficientes para tratar y hasta para embaucar a extranjeros, recurso necesario en aquellos momentos que ellos, conscientes de su ignorancia, no sabrían hacer. Abdelkrim se daba cuenta de todo esto, y atando cabos, llegó a la conclusión de que necesitaba un golpe de efecto para redondear su jefatura y caldear los ánimos. Tenía que ser de tipo guerrero en aquel país, y para ello, si personalmente no preparó el zarpazo de Abarrán, porque la noticia le sorprendió en su casa, había dado orden al jefe que mandaba la concentración de Yub el Kama, situada en Tensaman, de que por todos los medios atacasen a los españoles en cuanto se moviesen en dirección de la sierra que domina la bahía de Alhucemas. Aquel jefe, que pudo ser Bulahia o Budra, estaba en convivencia con los de Tensaman, entre ellos con Amar Acarcaths, jefe de la harka de la cabila que estaba al servicio de los españoles, y dos semanas antes había colaborado en la ocupación pacífica de Sidi Dris, en la costa, y otras dos posiciones avanzadas de Annual, Buimeyán y Talilí. Una delegación de Tensamán pidió a Silvestre que se ocupase Abarrán, situada a nueve kilómetros de Annual hacia Alhucemas y a seis de la concentración de los partidarios de Abdelkrim en Yub el Kama. Otros significados le aconsejaron que no lo hiciese, y también se lo aconsejó el coronel de Estado Mayor Morales, jefe de Asuntos Indígenas, que le recordó las órdenes de Berenguer de no avanzar en aquella dirección hasta que se resolviese en Yebala la contienda con Raisuni, que estaba estrechamente cercado. Silvestre ordenó la operación que se realizó el 1.º de junio a las nueve de la mañana sin oposición; pero a medio día, cuando las fuerzas de protección llegaban a Annual de regreso de Abarrán, fue atacado por los Beni Uriaguel de Yub el Kama; la harka de Tensaman hizo defección, uniéndose a ellos, y de los soldados indígenas de una compañía de regulares y una mía de policía indígena que con una batería de montaña componían la guarnición, muchos, sorprendidos por la traición de los tensamanis y la violencia del súbito taque en escabroso escenario, hicieron también defección, o escaparon para salvar sus vidas. Murieron todos los oficiales y muchos soldados; de 250 hombres de la guarnición sólo 80 pudieron llegar a la posición de Buimeyan. Hacía años, desde 1913, las fuerzas de la Comandancia General de Me-

illa, que habían ocupado un territorio muy extenso, no habían tenido ocasión de librar combates de verdadera importancia. Lo de Abarrán, si bien sorprendió a Silvestre por el resultado, y a Berenguer además porque no estaba conforme con aquel avance, no fue debidamente valorado ni por el Gobierno ni por el mando. Alguien ha dicho que después de Abarrán entabló Abdelkrim una negociación y decía que lo ocurrido fue contra su deseo, que fue obra de los turbulentos de la harka y de que aún era tiempo de olvidar aquel hecho y pactar. Puede ser verdad; pero también lo es que a los suyos les decía, mostrándoles los cuatro cañones de Abarrán, que ya veían cómo se podía vencer a los españoles.

Cincuenta y dos días después, en Annual fuimos batidos los españoles como los italianos de Baratiere, en Adua, los portugueses en Alcázarquivir, los franceses en los pantanos de Macta, los ingleses en el Transval, y otra vez los franceses por los rifeños en el Uarga y al N. de Taza. Así, como en todos aquellos descalabros, estuvieron en peligro ciudades, se perdieron bases de operaciones, Melilla pasó días muy críticos hasta la llegada de refuerzos, y la tragedia, donde pereció con muchos jefes y soldados el bravo general Silvestre, dio pábulo a leyendas de supervivencia del que sacrificó su vida en Annual parecidas a las de don Rodrigo en Guadalete y don Sebastián en Alcázarquivir.

Como siempre que se producen reveses parecidos al de Annual en países dominados por extranjeros, se convirtieron en beligerantes todos los indígenas. Los que pasaban privaciones, que eran casi la totalidad de los habitantes porque apenas había llovido en los dos últimos años en el paupérrimo país, promovieron el desorden y la rapiña; se excitaron en tales proporciones, que los de Guelaia y otras cañilas no sólo robaban y mataban a españoles, sino también a los propios uriaglis cuando podían desvalijarles. Abdelkrim, que estableció lo que él llamaba su cuartel general en Tanut Arruman de Beni Sidel, a unos veinte kilómetros de Melilla, oyó de noche cuatro o cinco tiros; le dijeron que eran ladrones que querían robar y se alejó de todo el terreno conquistado para establecer el cuartel general en su casa de Axdír, de la que salía muy raramente hasta que la abandonó cuatro años después, cuando nuestro desembarco de Alhucemas. Así como su hermano Mehamed y los caides todos que combatían contra nosotros, eran verdaderos hombres de guerra, a Abdelkrim, cuya cojera le restaba desenvoltura física, no se le podía pedir que decidiese acciones sobre el terreno de lucha ni era ésta la misión de un conductor de la guerra; sin embargo, por los triunfos rifeños iniciales contra fuerzas españolas (1921) y francesas (1925) y por obligar a las dos naciones a realizar esfuerzos y gastos cuantiosos e incluso por el hecho de que para vencerlos se recurriese a los generales Pétain y Primo de Rivera, no es extraño que quienes no conocen las interioridades del Rif le asignen, como lo han hecho, si no una gloria militar específicamente pura, un papel pare-

cido al de nuestro Cardenal Cisneros, Churcill o Clemenceau: *mutatis mutandi*... Así se ha dicho. Lo primero que se puede argüir es que aquellas figuras son eminentes en la Historia porque proporcionaron a sus pueblos triunfos señaladísimos, que al final de sus vidas contribuyeron al bienestar y hasta la grandeza, mientras las *alharacas* (de ahí viene la palabra «harcas») de Abdelkrim, verdaderamente onerosas, terminaron con el fracaso que le obligó a dejar precipitadamente el país temeroso de las iras de sus propios contribulos y de la justicia que debió juzgarle, aunque después, sin juicio, estuvo veintiún años desterrado en una lejana isla del Indico: prolongado castigo para quien, acostumbrado al trato con españoles, acaso temiese de nosotros mayor rigor, pero no una expiación tan chichorrera, que a última hora quisieron reparar dejándole escapar.

Fue, en efecto, conductor de su guerra y también impulsor de los valerosos rifeños que la hacían; pero, dejando a un lado el resultado final, ninguna de sus iniciativas lograron lo que se proponían, que no era naturalmente que muriesen tantos hombres como murieron, sino adueñarse de Tiza, de Tifaurin, de Tizi Aza, de Sidi Mesaud, Ain Mediuna y tantos otros objetivos franceses y españoles, donde las confrontaciones habían sido tan costosas en vidas y desgaste de los valores combativos rifeños, como luego lo fueron Cudia Taha, Monte Malmusi, Bu Dara y la Loma de los Morabos. ¿Cómo se le ocurriría la idea descabellada de hacer la guerra al mismo tiempo a españoles y franceses?... No creyó nunca que ambas potencias llegaran a ponerse de acuerdo para cercarlo y atraparlo. Confió en que su sagacidad le valdría para interponerse entre dos naciones europeas y enemistarlas. Lo ocurrido en el Rif hasta julio de 1925 resulta, en su desarrollo, difícil de comprender. Abdelkrim no intuyó entonces el claro y lógico final.

El ataque de Abdelkrim contra los franceses se produjo después de nuestra retirada de Xauen. Estas operaciones —las de retirada de Xauen— fueron mucho más costosas y sangrientas de lo que creyó Primo de Rivera y tuvieron derivaciones insospechadas. Obedecían a un plan de agrupación y empleo racional de fuerzas, que al fin se consiguió. Nuestras tropas estaban en aquel momento firmemente establecidas en la zona de Melilla y en la de Tetuán, en la llamada *línea Primo de Rivera*, y había sido dominada la cabila de Anyera, que Abdelkrim había conseguido sublevar creando una crítica situación. Primo de Rivera, que había llegado de Madrid, donde había estado después de la retirada, se encontraba en Tetuán atento a la pacificación de Anyera y dedicado a consolidar *su línea* mientras hacía proyectos para el futuro, sin renunciar a su idea de buscar soluciones pacíficas.

En este momento, 13 abril, se desencadenó al ataque rifeño contra los franceses en la línea del Uarga. Abdelkrim estaba más fuerte que nunca porque su hermano había levantado casi toda Yebala y había apresado al Raisuni, que no le atacó cuando se vio sin nuestro

apoyo. A finales de junio los rifeños habían expugnado 48 de las 66 posiciones del frente del Uarga, destruyeron el aeródromo de Ain Mediuna, donde los rifeños, el año 19, habían librado duros combates en los que se apoderaron de muchos fusiles *Lebel*, que después utilizaron contra nosotros en Abarrán y en Annual. Como secuela del ataque inicial, las cabilas del valle del Uarga y las de N. de Taza, como había ocurrido en nuestra zona en los años 21 y 24, se unieron a los rebeldes y éstos llegaron hasta un punto que distaba treinta kilómetros de Fez. Los franceses, que tantas veces habían dicho que los acontecimientos que ocurrían en zona española no era posible que ocurriesen en la suya, tuvieron que evacuar las poblaciones civiles de Uazán y de Taza y tratar de conjurar el peligro que se cernía sobre la doble comunicación de Marruecos con Argelia, que comprometía la seguridad de lo más firme de sus entonces dilatados dominios africanos. El mariscal Lyautey fue relevado en el mando militar, aunque quedó como Alto Comisario; quedó mandando el General Naulin y el Mariscal Pétain llegó como inspector general. El Mariscal y nuestro General Primo de Rivera se entendieron perfectamente después de haberse entendido los dos Gobiernos. Era en el momento de apogeo de Abdelkrim, según sus panegiristas; pero éste vislumbraba su perdición; trató de hacer pactos separados con franceses y españoles. Primo de Rivera despejó la situación cuando recibió un día de julio a los agentes del jefe rifeño y les dijo, amable, pero firmemente, que cualquier pacto tendría que ser tripartito. Para la resolución final, esta declaración tuvo un valor extraordinario porque se obstinaban en el reconocimiento del Rif como Estado soberano, y esto se oponía a todos los tratados internacionales relacionados con Marruecos, además de representar un peligro para la tranquilidad del Mediterráneo. Briand, Paialevé y Pétain tampoco cedieron.

El día 8 de septiembre de 1925 se hizo irreprochablemente el desembarco de Alhucemas. Las fuerzas de las primeras oleadas iban al mando de Franco, que era el coronel del Tercio, tenía treinta y dos años y fue ascendido a general. El día 10 del mismo mes, los franceses, que habían contenido a los rifeños, recuperaron los puntos clave de la línea del Uarga con muy escasas pérdidas, y en los días sucesivos, hasta el 15, adelantaron algunas posiciones de los antiguos frentes.

Los rifeños que combatieron en el Uarga dijeron que el día 9 les había llegado la noticia por teléfono del desembarco, pues tenían montada una línea desde Targuist, donde había una centralilla que comunicaba con Axdir (135 Kms.). Después lo oyeron a rebeldes de zona francesa que lo habían leído en un periódico de Fez. El efecto fue fulminante: los uriaglis corrieron a Alhucemas y allí no quedaron más rebeldes que los del país, frente a un ejército francés, abandonados con sólo sus propios medios prácticamente nulos.

Nuestra acción militar se había prolongado demasiado a conse-



El alfaquí Si Abdelcrim con su hijo Mohamed, ya cojo éste a consecuencia de la caída que sufrió al intentar evadirse del Fuerte de Cabrerizas. La foto debe ser de 1917 o 1918.



Esta es la foto más divulgada de Si Mohamed ben Si Abdelkrim El Jatabi, en la que el antiguo jefe de la independencia del Rif aparece en la plenitud de su belicosa cuarentena.

cuencia de una inconveniente dosificación de esfuerzos, directamente ligado todo ello a la inestable situación política de la metrópoli, aparte de otras razones que no vamos a analizar. Nos limitaremos a dar algunos datos.

En los primeros veintitrés años de nuestro siglo, que fue cuando se debatieron las arduas cuestiones de Marruecos, tuvo España 32 Gobiernos que obraron al dictado de, por lo menos, otras tantas concepciones políticas en su actuación. Desde 1913 a 1925, primeros doce años de protectorado, 11 altos comisarios (uno no se posesionó del cargo aunque actuó desde Madrid), se enfrentaron con los problemas; fueron Alfau, Larrea, Marina, Gómez Jordana, Berenguer, Burguete, Villanueva, Silvela, Aizpuru, Primo de Rivera y Sanjurjo. En todo ese tiempo, en la zona francesa hubo sólo uno, Lyautey, que realizó una labor, conocida por su eficacia, en un territorio diecinueve veces mayor que el nuestro, aunque hay que señalar que donde mayores escollos encontró desde que empezó a mandar fue en el Rif o sus aledaños; su primera campaña fue contra los rifeños Beni Esnasen (1907), su primer contacto; y en el Rif fue donde encontró mayores dificultades para mantener la tranquilidad durante la guerra europea, y donde finalmente, tuvo que dejar el mando en 1925.

El Rif ha sido siempre un *avispero*, como el mismo mariscal decía; lo fue incluso en la antigüedad. El itinerario de Antonino no indica ninguna ruta terrestre a lo largo de la costa, y según se lee en «Revue du monde musulman» tomo XVI el trayecto de Tingis (Tánger) a Malua (Muluya) se hacía por mar, porque la región era tan montañosa y difícil, que los romanos renunciaron a su colonización.

Durante la dominación árabe, con el largo paréntesis del agitado principado de Nekór, cuya capital destruyó para siempre el caudillo almoravide Yusuf Texufin, y quizás algún tiempo de los almohades y merinidas, siempre había sido tierra insumisa. En Gueznaia, controlada por franceses, estalló la guerra de guerrillas que en 1955, tanto influyó en la independencia de Marruecos y, en el año 58, los Beni Uriaguél se rebelaron y obligaron al príncipe Hassan, ahora rey, a hacer un nuevo desembarco en Alhucemas; el intento de reducir la rebelión con 2.000 hombres atravesando las montañas, resultó fallido, y el desembarco, tuvo un rápido éxito. El castigo fue adecuado, pero según Woolman, autor del libro «Abdelkrim y la guerra del Rif» (Tau-Barcelona-1971), el Rif se considera todavía como la parte más inestable de Marruecos.

Nuestro desembarco fue sin duda operación indispensable y decisiva para la pacificación del Rif; pero se hizo necesario, en vista de que los rebeldes no se rendían y Abdelkrim conservaba todavía fuerzas que se mostraban dispuestas a emplearse, dejar pasar el invierno, para operar en las montañas hasta cercarlo. Esto se hizo en mayo del año siguiente, y no en abril, como se pensaba,

porque Abdelkrim inició una serie de tentativas de parlamento, la última de las cuales fue aceptada por Francia y España. Se celebraron varias conferencias en Camp Berteaux y en Uxda hasta el 6 de mayo, día en el que, por no ceder el rifeño en su pretensión de la independencia del Rif, se declararon rotas las negociaciones. El día 8 empezó el avance en los frentes. Anuladas las resistencias, que fueron duras para algunas columnas españolas, singularmente para la que salió de la cabeza puente que se constituyó después del desembarco, al ver que lo cercaban estrechamente los españoles, se refugió con su familia en la *Zamia* (residencia de carácter religioso) de Esnada y mandó un aviso a los franceses; después escribió sendas cartas a los comisarios franceses y español. El capitán Suffren y teniente Montagne, con una reducida escolta, fueron en su busca y le condujeron a Targuist antes de que pudiesen surtir efecto las cartas. Lo que había ocurrido era que al verse ya perdido, trató de ganar la costa, donde le esperaba un falucho para embarcar con su familia y su equipaje; pero temía la actitud poco tranquilizadora de los de la costa, cuyo caíd había tenido preso, y pensó entregarse a los franceses en lugar de refugiarse en Gibraltar, como pensó en principio, haciendo la travesía de noche, aun corriendo el riesgo de un encuentro con barcos de guerra que vigilaban por la posibilidad de que emplease alguna lancha motora. Todo menos entregarse a los españoles, que venían a sus alcances, porque en los últimos días habían muerto todos los oficiales y muchos soldados nuestros de los que tenía prisioneros; de los franceses quedaban más, aproximadamente la mitad de los capturados hacía un año, si se prescinde de los senegaleses, por que de éstos, más de 200 habían muerto todos, excepto media docena, que por tener habilidad en reparación de armas resultaban útiles.

Los detalles de la rendición no caben en el marco de este trabajo. Abdelkrim y los suyos debieron haber sido entregados a la jurisdicción de nuestra zona.

Un diario francés, «Le Nord Marocain» (23 abril 1926), dijo: «En definitiva, es al jalifa de Tetuán a quien se ha de someter Abdelkrim». Aunque él fue a buscar tropas francesas, éstas operaban en zona española en una acción de colaboración militar y carecían de potestad y autoridad para destacar sesenta kilómetros a dos oficiales con reducida escolta y amparar al jefe rebelde, sin hacérselo saber al mando español, y mucho menos a quebrantar el poder jurídico, que según los tratados internacionales, independientemente del movimiento de los ejércitos, estaban asignados al jalifa de la zona encomendada a España.

Según los tratados y pactos que regían entre Francia y España, podrían acumularse los cargos que Francia o el Sultán tuvieran contra el rebelde, pero el proceso debió substanciarse, fallarse y sancionarse en zona española. Los franceses trataron de dar una explicación a las transgresiones diciendo que Abdelkrim les prometía en-

tregarles los prisioneros franceses y españoles que tenía, entregándose él en seguida, y el coronel Corap lo aceptó inmediatamente por tratarse de una cuestión de humanidad. Los prisioneros franceses eran 172, y ya dijimos los que habían perecido en un año. Había entre ellos siete graduados, oficiales o suboficiales; los españoles eran 105 de tropa, dos mujeres y cuatro niños.

Si tenemos en cuenta lo que era el teatro de aquella guerra y la versatilidad típica de aquellas gentes, que excitadas por acontecimientos tremebundos son capaces de cualquier exceso irreparable, se encuentra, sino aceptable, explicable al menos, la decisión de Corap; no lo es, sin embargo, que Abdelkrim fuese recibido con un sonar de clarines y cornetas, un «¡garded à vous!» y un apretón de manos del general de la división: Pudieron haberse ahorrado la ceremonia que terminó con un gesto, nada ceremonioso aunque muy rifeño, el caíd Medbóh de Gueznaia quien al pasar ante él, el cabecilla, se despojó del turbante, lo arrojó al suelo, y pidió justicia para el causante de tanta desdicha, dijo, para su pueblo.

David S. Woolman en su libro ya citado, bastante imparcial y bien intencionado, aunque con algunos errores, a pesar de que hace elogios de Abdelkrim, del que dice que «fue un gran reformador como líder militar», que «las tribus le aceptaron como hombre dotado de grandes conocimientos, brillante soldado y jefe cosechador de éxitos sin precedentes» y que «le admiraban, respetaban y temían, pero no era amado por su pueblo» (pág. 162). «La mayoría de sus súbditos se hallaban resentidos por su actitud cada vez más tiránica» (página 232), añade que tras varios atentados contra su vida mantenía en secreto su paradero, que la gran masa de sus súbditos jamás le vieron en persona, pues eran raras sus apariciones en público.

Como hombre de guerra ya se ha dicho, personalmente, no lo era. En el Rif se habla de muchos guerreros valerosos y hasta se cantan hazañas de Mohan Amezian, el caudillo de la guerra del Kert en 1912; del Hach Amar de Metalza, de Burrahail, de muchos uria-glis: Al-luch el Asisi, Budra, Aberkarch, Hadú Moh Amezian, Chaib Hamadi, Chaib Yacubi de Tensaman y de Mehámed, el hermano del cabecilla, del que ya dijimos que además de ser valeroso era, por sus buenos sentimientos e inteligencia despierta, la figura más relevante. Del que se llamó *Emir*, aunque al nombrarle los rifeños decían: *Mmis n' Abdelkrim (hijo, en rifeño mmís)* a secas, se decía que sólo dos veces cargó el fusil para disparar contra el enemigo: el día del desembarco, que salió de su casa y no disparó porque no llegó donde estaban los españoles, y en Targuist, a primeras horas de la noche del 23 de mayo del 26. Estaba en un poblado de Beni Uriaguel próximo, no sé si en Tismorent o en Tammarcalt; allí oyó reproches y, en un momento de irritación, tomó el fusil, partió seguido de mala gana por los que estaban con él. Creyeron algunos que iba a buscar la muerte, pues había escapado del cerco de los españoles la noche antes y aquel día habían ocupado la *mehacama*

(puesto de mando) que tenía en Targuist los *gumiers* (caballería indígena) de los franceses. Se parapetó en unos riscos que dominaban la llanura, disparó cinco tiros del cargador del *Mauser* a más de 2.000 metros de la que había sido su mehacama y, sin esperar el resultado, montó precipitadamente en una mula y se fue a Snada, desde donde mandó un propio a los franceses para que fueran a buscarle.

Ya sabemos el recibimiento que le hicieron. En Targuist esperó la llegada de las mujeres de la familia y de sus hijos, tres varones y una niña; se les unió su hermano con sus dos chicos más y todavía hubo que esperar a que llegase la impedimenta que iba viniendo, poco a poco y con precauciones, para no ser robada: alfombras, baúles, cajas pesadas, muebles, material sanitario, víveres para mucho tiempo, ropas, menaje de cocina..., y hasta la cama de matrimonio de Abdelkrim: 270 mulos de trenes regimentales franceses. En buen número de ellos iba el tesoro de la *Dul-la el yemauria er-rifia* (confederación de aljamas rifeñas) y los tesoros particulares de las 27 personas que componían la expedición, todos en duros españoles que sonaban en las cajas al paso de los mulos por los senderos pedregosos con un ruido capaz de enloquecer a los cabiledos de Beni Am-mart y de Gueznaia, dos caídos, en total cuarenta kilómetros que había que atravesar, cuyos caídos, Mohand Tieb y el Medbóh, habían estado presos bajo el mando de Abdelkrim. Cuando el convoy se puso en marcha para recorrer aquella distancia hasta poder cargar en camiones y llegar a Taza, dos batallones de escolta le parecía poco al ex cabecilla; tuvieron que ir tres, al mando del teniente coronel Giraud, el que compartió, siendo general, con de Gaulle el mando de la Francia libre, dieciséis años más tarde.

Los duros de las cajas eran seguramente de los que Horacio Echevarrieta entregó por el rescate de los prisioneros del año 21, comisionado por el Gobierno español, en enero del año 23. Los 560 supervivientes concentrados en Axdir en los últimos días de junio del 21, se redujeron a 326 y costó el rescate 4.000.000 de pesetas. De los que habían muerto, algunos habían sido por intento de fuga, otros por represalias de avances o acciones de aviación, y la mayoría de tifus exantemático, malos tratos y falta de nutrición. Creemos que los duros del convoy eran de los del rescate porque nos dijeron que, al caer un mulo y romperse una caja, Azarkan (*Pajarito*) repartió algunos duros entre los soldados de la escolta, que los recogieron y eran como si fuesen recién salidos de la fábrica. Durante la rebelión, como desde hacía muchos siglos, en el Rif la unidad monetaria era la española, los pagos que hacía el cabecilla a sus tropas y funcionarios eran en papel moneda y ésta era la que corrientemente circulaba en el interior; pero cuando percibían dinero del exterior, exigían billetes nuevos y preferentemente plata. Circulaba poquísimo dinero hassani, papel moneda de francos, libras, chelines,

escudos, etc., que se valoraba según el caótico criterio de los agiotistas que por allí se movían y recalaban principalmente en Tánger.

Un tal Gardiner, inglés, que decía tener poderes de un grupo financiero británico, propuso a cambio de concesiones monopolísticas, cuya sola enumeración producía asombro en aquel Rif de 1923, la creación de un Banco Rifeño que emitiría papel moneda. Abdelkrim años después no quería hablar sobre aquello, de lo que no guardaba buen recuerdo. En playas andaluzas de Estepona aparecieron fardos de billetes rifeños hechos en Inglaterra, que habían sido arrojados al mar en la costa de enfrente.

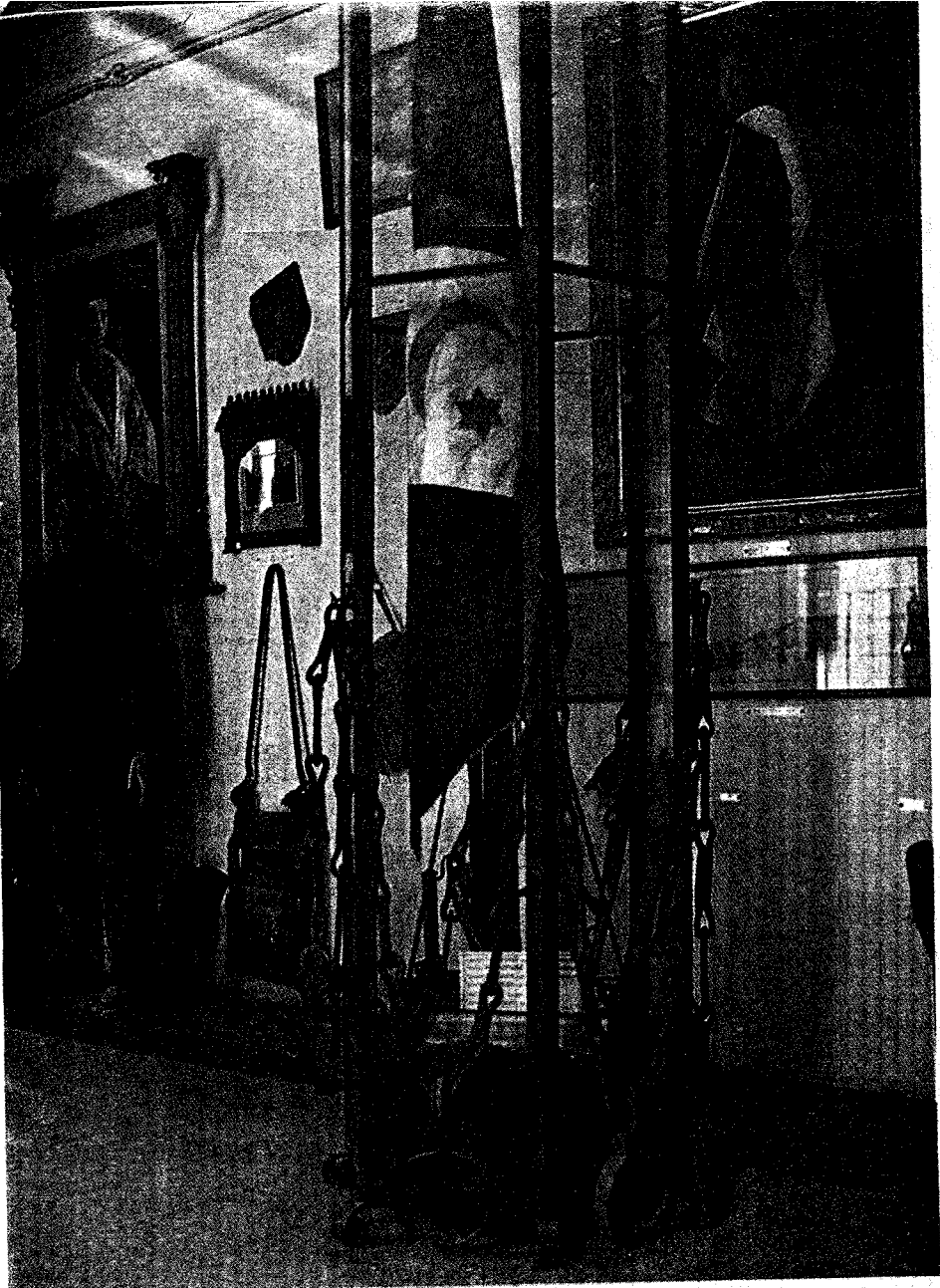
Otro inglés, Gordon Canning, que hacía furibunda campaña anti-española en «Westminster-Gazzete» aparece también como agente financiero y emprende una serie de viajes y gestiones de paz que dan la sensación de que se trata de un hombre lunático; en el año 27 se oscureció para el mundo durante cerca de veinte años, y pocos meses después de terminar la última guerra mundial fundó en Inglaterra una secta religiosa que tenía por profeta a Hitler, compró en Alemania un magnífico busto del Führer, y él con unos cuantos le rendían veneración. Otros muchos aventureros y negociantes de diversas nacionalidades visitaron y estuvieron relacionados con Abdelkrim durante su rebeldía. Algunos hicieron muy importantes contrabandos de armas. Gardiner, según dijo el cabecilla, le prometió aviones, cañones, barcos, fábricas..., pero sólo le llevó 16.000 fusiles que embarcó en Hamburgo en su yate *Silvia* (1). Los Mannesmann, durante la primera guerra europea, introdujeron muchas armas en Málaga (9 diciembre 1915) se descubrieron 2.000 carabinas y 200.000 cartuchos que enviaban al Rif. También en Madrid se descubrieron expediciones que la embajada alemana iba a enviar. Los barcos ingleses *Silver Crescent* y *Star and Stela* hicieron contrabando de armas durante algún tiempo por cuenta del grupo financiero inglés. El resultado de desarme en el Rif hasta 1929 fue: piezas modernas de artillería de campaña, 130; ametralladoras, 284; fusiles, 69.915; armas cortas y espingardas, 7.337; morteros de infantería, 30. No es aventurado suponer que Abdelkrim llegó a contar con 80.000 fusiles. Concertó la compra de cuatro aviones, de los que sólo llegó uno en vuelo; no pudo prestar servicio porque lo destrozó una patrulla de aviones españoles en Ismoren (Bocoia).

Tuvieron tres autos comprados en Argelia, que llegaron a Axdir por tierra después de ímprobos trabajos de pista en las montañas. Los compró carísimos, ya usados, el caíd Hadú el Kahal, un aventurero que cuando era muy niño, en 1898, había abandonado Bocoia con su familia huyendo del castigo que infligió a Bocoia por piratería Buxta el Bagdadi; criado de un francés, Mr. Say, que quiso emular en Africa las grandes empresas colonizadoras de América y fundó un pueblo, junto a la desembocadura del Muluya que se llamó Port Say, Hadú tuvo

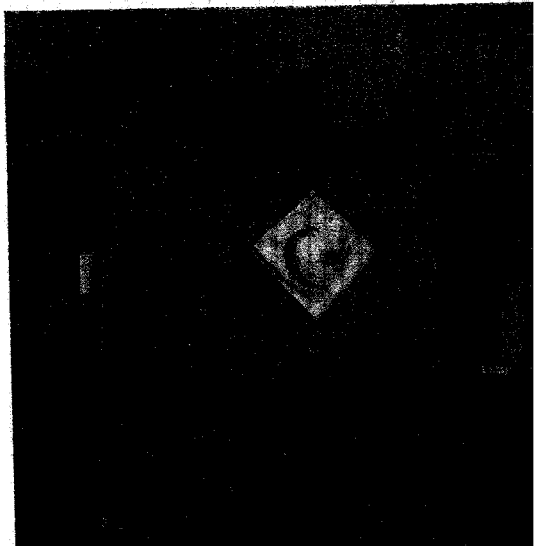
(1) Era un antiguo cazasubmarinos con diez hombres de tripulación.

en aquel pueblo un café con el significativo nombre de *Los Piratas*. Hablaba perfectamente varios idiomas y, aunque no se fiaban mucho de él, hizo durante la rebeldía de enlace con los franceses, a quienes engañó muchas veces. Fue uno de los representantes del Rif en la conferencia de Uxda y aconsejó a Abdelkrim que se presentase a los franceses; después lo delató como asesino de su hermano. Murió en Mogador en 1950.

Abdelkrim y su hermano, con los miembros de su familia, permanecieron veintitún años en La Reunión, isla del Indico (700 kilómetros al E. de Madagascar, 2.580 kilómetros cuadrados, clima tropical, riquezas agrícolas y forestales). Allí vivieron en una hermosa finca; estudiaron sus hijos y envejecieron, sin duda con la esperanza de volver a su tierra. Fue tratado como un príncipe vencido, y en 1947 los franceses decidieron acceder al traslado de toda la familia a Francia, como habían pedido al considerar que no parecía posible su vuelta al Rif. En Francia se disputaban varias ciudades el privilegio de ser residencia de los que consideraban como interesantes personajes ya históricos, pero válidos todavía para esa literatura sensacionalista tan del gusto de los franceses y de muchos que no lo son, y ¿por qué no? también como atracción de turismo. España, con quien no se contó para el cambio de lugar de confinamiento, lo consideró como una violación más del acuerdo franco-español y exigió que se señalase el lugar de confinamiento al E. del Ródano. El comisionado por el Gobierno francés para preparar la futura residencia era Mr. Gabrielli, antiguo *Contrôleur* de Taurirt, verdadera puerta de acceso al Rif, como él decía. Gabrielli falleció en 1950 en Rabat. Dejó un libro «Abdelkrim et les événements du Rif», Ed. Atlantes, Casablanca 1953, del que tomamos los datos que extractaremos, con algunas precisiones nuestras. Se eligió para Abdelkrim una lujosa residencia en la Costa Azul, que está diez kilómetros al O. de Niza en Villeneuve-Loubet, y se alquiló en 500.000 francos por año; se hicieron, empleando prisioneros alemanes, importantes reparaciones, y *Galeries Lafayette* se encargó de amueblarla: dos millones; se dotó a la residencia de reserva de víveres para un mes, y todo ya perfectamente preparado, cuando no faltaba más que la llegada a Marsella del *Katoomba*, barco panameño donde había embarcado la expedición... hélas! el *Katoomba* llegará sin Abdelkrim y sus familiares, que han escapado en Port Said, donde hizo escala el navío y han ganado El Cairo... Dice Gabrielli que la noticia sensacional le llenó de estupor, que el barco panameño era un navío singular con tripulación griega; que la vigilancia francesa debió ser discreta —demasiado discreta, añade— y no se explica cómo no se utilizó un barco francés para un viaje de aquella importancia. Cuenta después los apuros que pasó para cancelar el contrato de alquiler, para devolver los muebles a las *Galeries*, para vender los víveres... y termina diciendo que a su vuelta a Marruecos, algunos sarcasmos amistosos saludaron su lle-



La bandera de la «República del Rif» (*Yumaaríá Rifiá*), tal como se conserva en el Museo del Ejército. Es de tela de seda roja, contorneada por flecos de oro. En su interior el rombo blanco que enmarca un menguante verde y la estrella salomónica del mismo color. Mide 1,58 de largo por 1,12 metros de ancho. Las cadenas que penden de la vitrina sirvieron para atar a prisioneros españoles y franceses. (Foto Sánchez Díaz.)





1958. —Recepción en la Embajada del Irak en El Cairo. De izquierda a derecha: de espaldas, con turbante blanco, Si Mehammed ben Abdelkrim, que mandó la Harca del Rif; Emir Abdeláh del Sultanato de Omar; Embajador de Túnez en Egipto; El Hach Amin El Husein, Gran Mufti de Jerusalén; Abdelkrim El Jatabi y el Agregado Militar a la Embajada de España en Egipto. A Abdelkrim le besa con unción un emigrado de Palestina, mientras otros dos palestinos charlan con el Gran Mufti

gada. Gabrielli lo dice entre líneas: los franceses le dejaron escapar.

Desde su llegada a El Cairo, dice después el *contrôleur*, el antiguo jefe rifeño se dedicó a frenéticos ataques, declaraciones incendiarias y amenazas brutales contra Francia; admite la posibilidad de que Ben Abud, líder nacionalista de la zona española, diese la mano al rebelde para escapar del *Katoomba*, porque *ciertos aspectos de la política española de la época no lo hacen imposible* (1). Fuesen los que fuesen, aquellos aspectos, no parece hábil ni oportuno pulsar esa tecla discordante, cuando cuatro páginas antes había dicho Gabrielli que él se preguntaba cómo el Gobierno francés había podido tomar la decisión de utilizar un navío panameño para un viaje de tal importancia y cómo la marina francesa aparecía reducida a tal indigencia que dio lugar a que se produjese ruido en las cancillerías sin que en la aventura el prestigio de Francia apareciese engrandecido.

Abdelkrim falleció en El Cairo el 5 de febrero del año 63 a los ochenta años; durante los dieciséis que permaneció en Egipto hizo todo el daño que desde allí podía hacer a Francia, y en octubre del año 50, víspera del debate de la cuestión española en la ONU, a todos los delegados y periodistas fue repartido un escrito, por él firmado, argumento para que se votase en contra de España; todos los países árabes votaron a favor. En 1960, tres años antes de morir, según Woolman, reveló que había experimentado un cambio total en sus sentimientos desde 1920, cuando declaró que su único enemigo era España. Y siguió con esta afirmación: «Mi lucha es contra Francia».

Mehamed regresó a Marruecos en septiembre del año 1967 con intención de pasar en el Rif los últimos años de su vida; aguardaba en Rabat a que llegasen de El Cairo familiares y bienes, cuando sufrió un ataque al corazón y murió en el hospital. Su cuerpo fue transportado a Axdir, donde se le sepultó con honores. Muy distinto de su hermano, se hizo querer de su pueblo, reprobó muchas veces la crueldad de aquél llamándole en una ocasión *salvaje* (en castellano), en presencia de su madre, y en otras llegó a amenazarlo. Aunque nos combatió, por ser el verdadero caudillo militar, habló y trató a los prisioneros con respecto. Aunque enérgico; entre los suyos fue un mirlo blanco.

* * *

(1) En una interpelación que se produjo en el «Coloquio Internacional de Historia y Sociología. Cincuentenario de la República del Rif», del 18 al 20 de enero de 1973, en París, dijo un testigo presencial que Abdelkrim no quería abandonar el barco para desembarcar en El Cairo, y que costó mucho convencerlo para que lo hiciera.

(Nota del Teniente Coronel Sánchez Díaz, que participó en el citado Coloquio).

Vamos a hacer unas consideraciones finales sin ánimo de que lo que decimos sea incontrovertible, pues se trata de apreciaciones personales y de sentimientos que, contenidos mucho tiempo en la mente, salen ahora un poco forzados por esta válvula de expansión.

Dejemos a los historiadores y filósofos de la Historia que discutan sobre las razones, las causas y efectos de nuestra actuación en Marruecos durante la primera mitad del siglo xx. Muchos de los que allí actuábamos, lo hacíamos convencidos de que valía la pena hacerlo, fuesen las que fuesen las vicisitudes, porque nos obligaba la vecindad ineludible de los dos pueblos; los españoles no podíamos ver con indiferencia cómo otras naciones se interponían peligrosamente, dificultando las convivencias y en ocasiones perturbando pugnas que entre España y Marruecos se suscitaban. Acabábamos de perder los últimos dominios que nos quedaban en las tierras descubiertas cinco siglos antes por nosotros y por nosotros colonizadas con métodos que, a pesar de la leyenda negra, no debieron ser tan dañosos como se ha dicho cuando la dominación fue más duradera que la de otros pueblos; y ahora, al cabo de casi seiscientos años, quedan millones de representantes de razas aborígenes que son libres y hablan español; mientras, en tierras colonizadas por otros, los que no fueron exterminados, viven todavía apartados de los colonizadores. Cuando comenzó el siglo, decíamos, eran los tiempos de las «doble llave al sepulcro del Cid»; en España nadie pensaba en colonizaciones de tierras y menos de tierras de moros; se habla sí, de colonizar Extremadura y Castilla, que como irónicamente se decía, con razón, nadie se ocupaba de colonizar. Se dijo que la guerra del año nueve había sido originada por el asunto de las minas del Uixan, en las que estaban interesadas las casas de Figueroa (Romanones) y Comillas. El chispazo se produjo en los mismos, es cierto; pero también lo era que en las proximidades de nuestras plazas de Ceuta y Melilla habíamos tenido muchas guerras, como la del año 93 y la de los 59-60 del pasado siglo, por ofensas inferidas por los moros vecinos a los fuertes exteriores de los campos, y que durante siglos en la costa de Africa, del Mediterráneo y del Atlántico, sólo España y Portugal habían contenido constantemente con sus soldados, sus fortalezas y sus armas, el peligro que representaban moros y turcos tan cerca de Europa, y en el mar sus empresas famosas de piratería. Los militares a Africa, se decía, van, como fue la gente a América, en busca de riquezas. No sería extraño que alguno lo haya hecho; pero los resultados no han debido ser casi nunca positivos. En el Archivo de Simancaş (Estado, legajo 1534), obra una carta de don Iñigo de Velasco y Pacheco, fechada en Hona (Argelia) de donde era Gobernador en 26 abril 1534; está dirigida nada menos que al Emperador Carlos I, y dice: «...cuanto más quiero que sepa Vuestra Majestad que esto no es el Perú, donde hay oro y perlas en las cabalgadas; aquí no hay más que turcos y moros...». ¡Los militares africanos! ¿Cuántas y qué clase de especies se han vertido sobre to-

dos ellos sin discriminación?... Los más han hablado y han escrito a sus jefes y hasta al rey, como en esta otra carta del conde de Alcaudete (Archv.º Simancas-Estado, legajo 463)-1535:... «Suplico a Vuestra Majestad que pues, yo cumplo lo que se me manda, arriesgando cada día la vida, la hacienda y la honra en su servicio, sea servido de mandar cumplir conmigo lo ordinario que se me ha prometido para la defensa de estas plazas de manera que baste para asegurar las vidas y las honras de los que aquí estamos, y mande Su Majestad que se tenga mas respeto a esto, en que tanto vá, que al interés de los mercaderes...». Viniendo ahora a los tiempos de Abdelkrim, que siempre hablaba en sus propagandas de los colonialistas y de los militares ambiciosos, no hay más remedio que recordar que pasó de funcionario pobre en Melilla a ser casi un potentado, entre 1908 y 1909, antes de la campaña de julio de este último año, asesorando a las compañías mineras sobre títulos de propiedades que se habían de expropiar, y más tarde a potentado con el cortejo de fracaso y desgracias.

Cuando en 1909 se produjo la agresión a los obreros de las minas, que dio origen a la guerra de aquel año, hacía ya tres que se había celebrado la conferencia de Algeciras (1906), convocada a raíz de una visita del Kaiser a Tánger, para evitar entonces la guerra europea. En Algeciras se reunieron representantes de todas las naciones europeas, de Rusia y EE. UU., y de allí salieron acuerdos relativos a Marruecos sin consultar al sultán Mulei Abdelazis, que era quien por indicación del Kaiser había convocado la Conferencia. Si de Algeciras no salió el tratado de protectorado, que fue posterior, año 12, en realidad fue donde se decidió la intervención de las naciones en Marruecos. En aquellas circunstancias, desentenderse España de la puerta de Africa, hubiese sido un desatinado contrasentido geopolítico, y, para todas las naciones interesadas, como si en una masa coral faltase una de las cuerdas fundamentales. En suma, España estuvo presente en la zona de Marruecos que se le asignó para evitar que estuviesen allí otros, y por no renunciar para siempre al concierto de las naciones, desafinado concierto sin duda, en el que los militares, como tales, nada tienen que decir; como no dijeron nada más que: ¡*está bien!* cuando en los tratados de Algeciras y de Madrid (1912), se decidió la intervención de Marruecos.

Esta intervención no la deseaban los gobiernos españoles. En 1902 era jefe del Gobierno don Francisco Silvela. Acaba España de perder en el tratado de París sus posesiones ultramarinas y Silvela no era partidario de aventuras colonialistas, pero era un hombre de estado español, sensible e inteligente, y cuando León y Castillo le dijo aquello de *Europa intervendrá en Marruecos con nosotros o sin nosotros, y en este caso, contra nosotros*, cedió ¿Equivocado? Mayores equivocaciones se han visto, y estamos viendo y veremos, si ios no lo remedia.

BIBLIOGRAFIA

SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Guerra de la Independencia*. Tomo I: Antecedentes y preliminares. Librería Editorial San Martín. Madrid, 1973, 481 pp.

Si la historia apologética parecía oponerse a la historia crítica era sólo apariencia. Una institución tan sensible como la milicia sabe armonizar los ejemplos de la historia patriótica para la educación de los soldados, con la depurada investigación en sus centros de estudio. Lo demuestra la revisión de la Guerra de la Independencia emprendida por el coronel Priego en el Servicio Histórico Militar, que ahora nos ofrece el primero de sus siete tomos, con hondo juicio y crítica en el doble marco político y militar.

La obra trata de replantear con objetividad y documentación el tono pasional de las que hasta hoy existían, haciendo un examen minucioso y científico de la organización, los hechos y los personajes. No existía un estudio militar amplio de la Guerra de la Independencia desde que Gómez de Arteche escribió sus catorce tomos en 1914. Junto a su obra se consideran fundamentales los cinco volúmenes del inglés Oman y los tres de la inacaba historia del francés Grasset, que se completan con otras de Balagny, Bourdeau y Madelin. Todas, incluso la española, son de tono apologético, y es curioso que las inglesas pretenden ignorar a Arteche y resulta mucho más desfavorables para España que las francesas, en las cuales el coronel Priego ha encontrado suficiente documentación para refutar muchas tesis de aquellas. Puede decirse que si Arteche escribió su obra como réplica al inglés Napier, ésta de Priego nace para responder a Oman, apoyándose en el francés Grasset y en una amplia documentación de archivos franceses, beneficiados sólo desde principio de siglo, así como de excelentes aportaciones de los dos Congresos de la Independencia en Zaragoza, el último en 1959, con valiosas ponencias españolas y extranjeras.

Las sorpresas para el lector no especializado, son constantes. Encuentra en este libro del Servicio Histórico Militar que el 2 de mayo en Madrid no fue espontáneo, sino que tenía larga preparación militar y política, con órdenes previas cursadas a toda España. En el Parque de Monteleón unos quinientos españoles se en-

frentaron a cuatro mil franceses atacantes, pero el historiador actual considera que ni por la duración del combate, ni por su intensidad, ni por el armamento empleado, pudieron los españoles causar el desastre numérico que se venía repitiendo en las historias. Según los partes, los franceses tuvieron 31 muertos y 114 heridos, frente a más del doble de los españoles, sin contar entre éstos los 320 fusilados. Pese a lo cual, el chispazo tuvo resonancia suficiente para transmitir a toda España el entusiasmo del alzamiento.

El nuevo libro revisa la figura de Napoleón, analizando la idea extereotipada del «monstruo de ambición», para ver que Bonaparte heredaba una guerra en Europa y una alianza con España. Se le hacía preciso completar el bloqueo continental e invadir los pueblos de órbita inglesa, como Portugal, lo que le sirvieron en bandeja los reyes españoles al pedirle protección, así como Godoy con su impaciencia por ocupar un principado portugués al servicio del Imperio. Tanto fernandinos como godoyinos, debieron meditar antes de erigir a Napoleón en árbitro de los destinos de España. El Príncipe de la Paz queda aquí un tanto reinvidicado. Bajo el epígrafe «Godoy ante el tribunal de la historia», se culpa, más que a él, al favoritismo de los reyes y a la degradación de los nobles, que al adularle facilitando su encubrimiento.

Queda, pues, revisado el 2 de mayo y sus antecedentes en una obra científica, de la Historia crítica y militar, a cuyo rigor técnico y documental habrán de recurrir los estudiosos, pero que apasiona también al simple lector. En ella se contrastan, ponderan y valoran, documentos de aliados y enemigos, con la objetividad que puede lograrse a siglo y medio de los sucesos, que en su tiempo pedían pasión literaria. Ni la gloria de España ni la de sus héroes pierden nada de su mérito y ejemplaridad, pero se liman y borran antiguas injusticias respecto al extranjero —hermano francés o inglés—, extereotipado bargo, tiene un espíritu cristiano y patriótico muy próximo al nuestro, como se manifiesta cada año en las peregrinaciones militares a Lourdes.

J. M. G.

Servicio Histórico Militar (Ponente: Coronel José Manuel Martínez Bande): *El final del frente norte*. Edit. San Martín, Madrid, 1972, 314 páginas a tres colores, 24 láminas y 11 anexos documentales.

El 21 de octubre de 1937 acababa el segundo acto del gran drama de la guerra española. Al menos en eso están de acuerdo todos los autores. Los que no lo estén, que se acompañen ya a estas monografías del Servicio Histórico Militar que redacta José Manuel Martínez Bande, jefe de la correspondiente Ponencia en él, puesto que son

por hoy, y creemos que por siempre, lo definitivo en el aspecto histórico de la guerra del 36. La guerra dentro de estos dos primeros actos había tenido sus fases: Alzamiento y marcha a Madrid de las columnas del Norte, frenadas en Somosierra y Guadarama. Marcha a Madrid de las columnas de Franco, detenidas en los arrabales del sur de la capital. Intento de cerco, con las batallas del Jarama y Guadalajara, primeras en que la iniciativa nacional encuentra la réplica de unas importantes concentraciones rojas. Acaba el primer acto. El equilibrio de tropas y medios es manifiesto. El forcejeo, inútil. Franco sabe que hay que buscar la superioridad en el Norte. Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y Asturias, serán etapas continuadas en su decisión. Pero la decisión del enemigo era desviatoria: Brunete y Belchite, son los nombres de sus batallas de distracción, de «diversión estratégica», aunque este término «diversión», lo apliquemos ya con bastante timidez, por ser puramente profesional. La batalla de Brunete retrasó cinco semanas las operaciones sobre Santander, que prácticamente se desarrollaron luego en un plan muy semejante al primero. La Batalla de Belchite, no retrasó nada. Franco no podía perder ni un día de campaña en el Norte, cuando la resistencia asturiana y las próximas nieves podían ser un aliado del enemigo. El segundo acto terminó justamente el 21 de octubre, cuando empezaba el invierno asturiano.

Todo esto se va viendo en el planteamiento y en las conclusiones de esta nueva monografía *El final del Frente Norte*, donde encontramos un planteamiento beobélico de las operaciones, un desarrollo político de la situación, en Santander primero y en Asturias después, y algunas novedades de gran público, como «el misterio del llamado pacto de Santoña». Sus conclusiones, perfectamente acordes con las premisas del estudio previo y el desarrollo de los acontecimientos, son la clave para entender esta etapa de la guerra. Lo refrendan once documentos anexos, a cual más interesantes, la mayor parte informes «rojos» sobre la desmoralización, la falta de medios y los abusos de fuerza «política» en zona roja.

La guerra en Santander es la guerra bonita. Por la maniobra, por el clima, por las escasas bajas. Los italianos tuvieron 351 muertos y 1.676, por causas especiales, que en el texto y en los documentos se explican. Los españoles sólo 200 muertos y 500 heridos. De cualquier modo, son bajas escasas como precio a la liberación de una provincia, más si se tiene en cuenta que significaba el estrangulamiento del enemigo a una zona reducida, aunque áspera. Así se da el contraste de que la provincia de Santander se libera en medio mes, mientras que las operaciones de Asturias duran más de mes y medio. La topografía y el clima ayudaban mucho al enemigo, pero hay aquí un misterio de la resistencia. La desmoralización aumentaba de Vizcaya a Santander, donde apenas hubo voluntad de resistir; junto a ella, la desorganización era grande en Asturias, pero por imposición terrorista, por voluntad de los comisarios comunistas,

o quizá por el hecho de defenderse sin posibilidades de retirada, «los rojos se aferraron al terreno con ahinco». Avanzada la ofensiva se produjeron los casos del Mazuco y Peñas Blancas, luego, en el cruce de las Robelladas, los del Híbeo y el Benzúa, más tarde la dificultad del paso del Sella y aún la resistencia dura en la zona de Covadonga, sin medios de guerra, ni de librarse del frío y la lluvia, sin calzado, hubo reductos de dura defensa. Era bueno esperar los ataques en otros frentes que descongestionasen aunque quizá sin demasiada fe. Era mejor asegurarse resistiendo la llegada de las nieves y con ella la seguridad de casi medio año de invierno, en el que sería más que probable el estallido de la guerra mundial, favorable a todas luces.

Quizá en la obra no se resalten suficientemente estas esperanzas, pero en unas páginas se leen y en otra se adivinan.

El desastre final fue semejante en Santander y en Asturias, con menos evadidos y prisioneros que en Santander, por ser guerra menos fácil para todos, con más bajas nacionales, que posiblemente se aproximasen a las de 9.000 entre muertos y heridos. Los rojos perdieron todo su ejército, parte del cual fue a engrosar las filas del de Franco para las siguientes operaciones.

El Norte era un puñal en la retaguardia del ejército de Franco, que apenas actuó. Pudo haber ejercido una acción peligrosa. Con él, los rojos perdieron la guerra. Martínez Bande recoge testimonios en que lo afirman sus propios jefes.

J. M. G.

Servicio Histórico Militar (Ponente: Teniente coronel Carlos Pérez-Lucas). *Galería Militar Contemporánea: Medalla Militar. II parte*. Edit. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1973. 498 págs. couché, 301 retratos de los condecorados.

Un cuidado volumen de 500 páginas nos trae ahora las relaciones vivas y calientes de 317 caballeros de la Medalla Militar que vienen a sumarse a los 347 del tomo anterior. Exceptuando 33 que se distinguieron en la revolución roja de octubre de 1934, en la División Azul o en la Campaña de Ifni o Sahara, todos los demás corresponden a la Guerra de Liberación. Es una nómina importante de quienes en el mesurado tono de la calificación oficial llevan en su hojas de servicios el título de valor distinguido, aunque muchos de ellos sean tenidos por héroes en el concepto popular. El libro, quizá no muy comercial, mereciera serlo más porque es bueno, estimulante y educativo honrar a los hombres valerosos, además de que ello constituye un deber nacional. Junto a este primer valor de justicia y de nivel moral, tiene otro muy importante, que es el histórico. Por eso la obra está a cargo del Servicio Histórico Militar donde la ha redactado el teniente coronel Carlos Pérez-Lucas, jefe de la

Ponencia, bajo el título de *Galería Militar Contemporánea*. Un trabajo laborioso, delicado, del que resulta luego una excelente galería de retratos de quienes merecieron pasar a la posteridad por sus acciones distinguidas en la guerra, y de pequeños relatos de los hechos que merecieron la recompensa, actuaciones rigurosamente individuales, muchas veces espontáneas, siempre brillantes, que en un gran tanto por ciento de los casos se coronaron con el ofrecimiento de la vida al servicio de la Patria, con un gesto de suprema abnegación. Esa es la única estadística que Pérez-Lucas no nos ha recogido de momento, porque ese es tema más periodístico y sensacionalista que histórico, y algo había que dejar a los periodistas.

En cambio, por encima de su dura tarea recopiladora, en la que ha tenido que ir buscando de uno en uno los textos oficiales, las fotografías y sobre todo los datos precisos de la fecha y lugar de la acción, destacan los valiosos índices, utilísimos para el historiador. Quizá hemos dicho ya que además de las fuentes directas que nos ofrecen las órdenes de operaciones, los partes de guerra y los diarios de campaña de cada Unidad, el aspecto humano y aún muchos detalles de pequeñas operaciones y combates, que pueden ser decisivos para los grandes hechos se encuentran precisamente aquí en los expedientes de concesión de recompensas. Por eso, el historiador ha de empezar a mirar la obra de la que quedan pendientes dos tomos más «con otros 700 condecorados aproximadamente», hasta el total de unos 1.400, por los índices, cronológico, onomástico y de hechos de guerra. Sobre todo este último es del mayor interés y aprovechamiento para la historiografía de la Guerra de Liberación. Seis de los que aquí figuran con Medalla Militar, no hacen sino refrendar la prueba de su valor heroico, que ya se destacó al concederles antes o después la Cruz Laureada de San Fernando. Es decir, sólo en este tomo hay seis combatientes que además de la Laureada tienen la Medalla Militar. Son, Antonio Alemán, el que en la batalla del Jarama siguió tirando con su ametralladora pese a su ceguera transitoria; Carlos de la Gándara, que falleció a consecuencia de las heridas recibidas en su combate del Vértice Sillero (Aragón); Carlos de Haya, el héroe de la aviación española, condecorado ahora por el combate aéreo en el frente de Aragón donde perdió la vida; Luis Mayoral Massot, único teniente de Intendencia Laureado, que aquí figura con su Medalla Militar ganada en las Casas de Vallobín (Asturias); Manuel Ruiz de Huidobro, sargento de complemento, que la ganó en el Alto del León y Marcial Holguín, comandante habilitado, que ganó la Laureada al morir, pero tenía ya la Medalla Militar por su actuación en el Cinturón de Hierro de Bilbao.

Hay también otros seis combatientes que en este tomo figuran dos veces, porque fueron dos las Medallas Militares que ganaron. Tampoco vamos a relatar sus hechos, aunque ciertamente sería interesante, pero sí sus nombres: el comandante Luciano García Sánchez; el capitán don Luis Lahuerta; el capitán don José

Ordás, que ganó la segunda Medalla en el Lago Ilmen y don José Portolés, que también ganó su segunda Medalla en el sector ruso de Kranijbor; el cabo Manuel Sánchez López, de la 6.ª Bandera de la Legión cuando la primera Medalla, alférez de la misma cuando la segunda, y Benardo Menéndez Pérez, que falleció en acción heroica al ganar la segunda medalla, también con la Legión.

Conviene destacar la estadística, aunque sea de este tomo, que es visión incompleta. De los 317 condecorados, 192 son de Infantería; y en orden descendiente: 10 de la Legión, 28 de Aviación, 21 de Artillería, 17 de Caballería, y 17 también de la Marina. Los demás Cuerpos cuentan con diez condecorados o menos.

La estadística del tomo tiene sólo un valor expresivo, orientador, pero útil, mientras se completa la publicación de la obra, acaso en el año en curso. Hay 17 condecorados por los sucesos revolucionarios de 1934, 15 de la División Azul, uno de la campaña de Ifni, y el resto, de la guerra de Liberación.

Con ello no está dicho todo, ni con decir que la edición es cuidada, en papel couché, como corresponde a la mejor reproducción de las fotografías, que por algo estamos en una galería de héroes. Habría que repetir como dijimos a propósito del primer tomo, que en todo tiempo tiene valor formativo la historia de los héroes, pero más en éstos en que el idealismo se adormece y la espiritualidad parece cosa extraña al hombre, cuando se difumina la idea de Patria, no sólo de nación, para alejarla sin compromiso diciendo «este país», y aún a viejos combatientes hemos oído hablar de «enfrentamientos» y «confrontaciones», y cuando querían referirse al combate, la lucha y el asalto, en los que sus hermanos de armas dieron la vida por un ideal, que era salvarlos a ellos y a su hijos de caer en la barbarie y el materialismo.

Aquí queda este libro del Servicio Histórico Militar, que merece la mayor difusión. Es una gran obra, en su segundo tomo; tercero, si se cuenta el de los Laureados, que tendrá así cinco. Los libros del heroísmo español en la guerra de Liberación, páginas vivas de la Historia de España.

J. M. G.

BIALER, Seweryn: *Los generales de Stalin*. Edit. Luis de Caralt. Barcelona, 1972. 682 págs.

Hay que empezar diciendo que es una gran contribución, la de este libro, al conocimiento de la Segunda Guerra Mundial, lo cual hay que agradecerse primero al autor, padre de la criatura, sin el cual no habría nada, y después a Luis de Caralt el editor de los grandes temas históricos y cronísticos, que contribuye, en su medida, al conocimiento y estudio de la historia universal, sobre todo de los últimos años. Siempre hemos concedido importancia a los traducto-

res, olvidados tantas veces, como en este caso, donde no consta su nombre en la obra, pero que de ellos depende el cabal conocimiento de ella que pueda tener el lector de lengua castellana.

Del autor tampoco se nos dice nada, sino que es seguramente un profesor norteamericano que para la publicación de su libro en 1969 ha encontrado el patrocinio de la Universidad de Columbia en su Instituto de Investigaciones sobre el comunismo.

La obra es ambiciosa y, dentro del género histórico-cronístico hoy en boga, que trata de hacernos más vivo y climático el conocimiento de la historia reciente, salva de modo admirable los escollos del ensamblaje entre las crónicas de muy distintos autores, todos ellos rusos, de tal modo que maravilla el ver cómo Bialer ha conseguido en el tratamiento de su libro una continuidad tal de los distintos capítulos, tomado cada uno de un libro de memorias de guerra, que no se observa solución alguna, ni aún discordancia, gracias a la trabajosa selección de párrafos que encajen perfectamente entre sí en el punto cronológico y gramatical oportunos para que leamos una historia seguida, total y apasionante, que ocupa 686 páginas apretadas con abundantes, muy abundantes de notas al pie, con una introducción muy ilustrativa en la que se nos habla de las directrices políticas de la literatura soviética sobre la guerra y su utilización, y un oportuno epílogo sintetizador del tema en su parte tercera, donde cobra un gran interés la parte del documental, que nos hace ver el final de la guerra a través de textos de cuatro mariscales vencedores.

Un índice biográfico recoge en síntesis la biografía de cada uno de los autores beneficiados en la obra, cuya extensión se gradúa entre doce y veinticuatro líneas, según la importancia de los generales tratados, y que llega a abarcar una página completa cuando se trata de Zhukov, que es indudablemente el héroe de aquella guerra y el artífice de la victoria.

Nos satisface ver que en la obra se incluyen no menos de seis subcapítulos de las memorias de Shtemenko. Y nos alegramos de ello doblemente porque nos confirma en el aprecio en que tuvimos estas memorias al conocerlas y comentarlas recientemente, confirmandonos también el acierto de Bialer y el buen juicio histórico del autor de la obra.

No conocíamos en España apenas otra obra sobre el punto de vista soviético de la Segunda Guerra Mundial que aquella, ya y antigua, de *Los Mariscales rojos hablan*, escrita por Kalinov y editada en 1950 por Mauricio Carlavilla. Ahora comprobamos que, efectivamente se ha escrito muy poco, y se ha conocido mucho menos en Occidente de este tema. El libro de Bialer, *Los Generales de Stalin* cubre cumplidamente aquel vacío. Pero sobre todo nos aclara muchas de las grandes incógnitas de la lucha germano-soviética. Nos informa, por ejemplo, de que para los rusos no fue una sorpresa el ataque alemán de junio de 1941; de que pudo tomarse Moscú

a fines de ese año; de que la detención de los alemanes tuvo el motivo de la crudeza de un invierno anticipado y la encarnizada resistencia de los rusos, a quienes en el momento crítico se les cambió la pancarta de la guerra comunista por el de la defensa nacional, que aún se mantiene en el título estereotipado de la Gran Guerra Patria para designar a lo que todos llamamos Segunda Guerra Mundial.

Por primera vez se nos presenta Stalin como un gran dirigente militar, que sabe aprovechar los informes de su cuartel general, pero que también sabe exigirlos, urgirlos, interpretarlos y modificarlos, a veces violentamente, incluso con decisiones opuestas a las que se le proponían. La introducción explica lo que ocurrió en Rusia hasta la firma del pacto germano-soviético y durante la vigencia de éste. Stalin había ordenado la máxima cautela, queriendo evitar el más mínimo hecho que pudiera interpretarse como provocación a Alemania, incluso prohibiendo volar sobre las visibles concentraciones fronterizas, en vísperas inmediatas de la invasión Rusia. Seweryn Bailer, autor de esta obra, estudia los factores del fracaso, tal el primero fue el régimen de terror que se impuso al ejército cuando la «Gran Purga» diezmó el cuerpo de oficiales produciendo en él más de un tercio de víctimas entre muertos y cautivos, entre ellas tres de los cinco mariscales, los once delegados del Comisariado del Pueblo para la Defensa y trece de los quince generales. Ello forzó a crear una nueva clase militar, con casos tan extremos como el de Kuznetsov, que de capitán de crucero ascendió en poco tiempo a almirante Jefe de la Marina Soviética.

Tras el capítulo dedicado a la guerra de Finlandia, el siguiente titulado «El desastre», nos muestra la invasión alemana vista desde Moscú y desde Berlín el 22 de junio de 1941, visiones tensas y enfrentadas que se complementan con una tercera visión desde la frontera. Hay un momento vibrante en las páginas donde se ve que el secretario de Embajada rusa no consigue hablar con el ministro de asuntos exteriores alemán. En la madrugada, en cambio, ordena éste que se le presente inmediatamente todo el personal diplomático de la Embajada. Bereznev cuenta que al recibirlos Ribbentrop estaba bebido y les dijo que acababa de comenzar la invasión alemana en la URSS.

La primera víctima propiciatoria fue Paulov, quien mandaba el ejército de la zona de invasión. Cuando lo destituyeron por ser incapaz de frenar la ofensiva, quedó satisfecho creyendo que Stalin se contentaba con relevarlo, pero pronto lo llamaron a Moscú y allí fue fusilado. Su responsabilidad había sido grande, como comandante jefe del distrito Oeste, pero ni con el más elástico sentido judicial parece justificada la condena por alta traición. Tenía en su haber la guerra de España, donde fue jefe de una brigada de carros rusos, pero no se le calificaba como capaz del mando que en la Unión Soviética se le había confiado.

El capítulo más importante es sin duda el tercero, dedicado a Moscú y dentro de él las partes correspondientes a: «La defensa» y «La batalla». Su parte culminante es la llamada de Zhuhkov al Kremmlin. Gracias a él se monta la gran contraofensiva que culmina en la salvación de Moscú.

Pero el capítulo cuarto, relativo al desastre ruso de Kiev es especialmente desconocido y revelador. La *Historia de la Gran Guerra Patria* sólo da de él una información fragmentaria, pese a tratarse de la historia oficial, extensa y documentadísima que la Unión Soviética ha elaborado en muchos años de paciente recopilación de datos y redacción. En Kiev las tropas rusas, cercadas casi por completo sólo tenían una salida: Bagramian, el jefe de la defensa, expuso verbalmente a Timoshenko su insostenible situación, y recibió autorización verbal para efectuar la retirada, pese a lo cual Kirponos, jefe de la defensa del casco de Kiev declaró que Stalin había prohibido retirarse, ordenando defender Kiev a toda costa, con lo cual Bragamián mandó proseguir la defensa pese a todos los que juzgaban necesario retirarse. Hay un momento curioso en el que ante las reiteradas consultas, el Cuartel General Supremo autoriza abandonar el área fortificada, sin aludir a la retirada del contingente principal del frente. Aquí, al interpretar aquella extraña orden de desalojar las fortificaciones, pero «sin salir de Kiev», hay tal tensión en el autor de la memorias, Bagramián, que por primera y única vez se habla de Dios en ellas. Pese a todo se produce la retirada decidida por el jefe bajo su responsabilidad, se rompe el cerco y la acumulación de heroísmos convierte el hecho en toda una epopeya. Hay 665.000 prisioneros rusos, 3.719 cañones y 884 carros capturados. Es el mayor cerco de la Segunda Guerra Mundial, tanto por la extensión de la bolsa liquidada como por el número de prisioneros, superior al de Stalingrado, aunque en la *Historia de la Gran Guerra Patria* tratan de desmentirse estas cifras, dando sólo datos parciales. Pero la epopeya no había terminado. Cuando los alemanes rodean al Cuartel General y al Consejo Militar de Grupos de Ejércitos, que junto con el Cuartel General del Quinto Ejército se retiraban, formando un grupo de 1.000 hombres, de los cuales 800 eran oficiales, se defendieron todos en redondo en un bosque, sin más armas que pistolas y granadas y aún contratacaron duramente con gran sorpresa de sus enemigos. Sus bajas fueron enormes, bajas de generales, entre ellos murió Kuipornos el jefe del Grupo de Ejércitos.

Luego se nos presenta Leninrado en peligro y nuevamente se llama a Zhukov para salvarlo. El comandante general de artillería Boronov cuenta un curioso y pintoresco episodio, cuando por primera vez se ve a Stalin en la zona del frente, en Iukhnov, el 3 de agosto de 1943. Era todo un alarde de escenografía, aquel claro del bosque estaba muy lejos del frente y el enlace con los mandos de la vanguardia era muy difícil, pero, para dar la sensación de peligro y de proximidad a las trincheras, Stalin ocupaba una casa destartalada, medio caída, sin

más mobiliario que una mesa de patas improvisadas y una silla vulgar. Boronov comenta: «Está hecho adrede para que parezca que el frente está cerca». El viaje era totalmente innecesario y nunca hasta entonces había ido Stalin al teatro de operaciones; según Krushev la visita estaba destinada a la propaganda masiva. Allí mismo le pintaron un óleo, si bien con fondos de trincheras y armas crepitantes, del que luego se hicieron distintas versiones, todas ellas muy difundidas.

En el resto de la obra se estudia el problema de los soldados profesionales enfrentados con los líderes políticos, la marcha hacia la frontera alemana y la batalla de Berlín. Se insiste en la personalidad de Stalin, a quien se ataca en varias de sus actitudes militares como la de crear una rivalidad entre Zhukov y Konief para ver quien de ellos entra primero en Berlín dándoseles banderas especiales para situarlas en los edificios dominantes, pero las pusieron tres oficiales a quienes no se había comentado esa misión. Termina la obra con los detalles de la celebración del triunfo en el Kremmlin el 24 de mayo de 1945, la gran recepción, allí mismo el 24 de junio y el gran desfile de la victoria, con el tremendo espectáculo de deshonar por el suelo las banderas capturadas al enemigo, que caían en los charcos formados por la lluvia torrencial de aquel día.

Estamos ante una obra fundamental para el conocimiento de la actuación de la URSS. en la Segunda Guerra Mundial. El mosaico de párrafos de las memorias de un gran número de mariscales y generales soviéticos está construido con maestría, los relatos se conjugan perfectamente y los personajes, y aún los autores, que se van repitiendo a lo largo de la obra y de la guerra van refiriendo los hechos desde puestos cada vez superiores, en situaciones bélicas cada más grandiosas y de mayor dramatismo.

J. M. G.

LA CIERVA, Ricardo de: *Francisco Franco: un siglo de España*. Editora Nacional, Madrid, 1972, publicación fascicular.

Estaba haciendo falta la gran biografía de Franco, actual, crítica, documentada, hecha en España y por españoles. No era ese el tono de las últimas, la de Salvá Miquel y Vicente Izquierdo, terminada de escribir en 1955, a la vez que la de Franco Salgado y Galinsoga, aunque aquélla apareció después, por azares editoriales. Esos dieciséis años han sido importantes en hechos y también en interpretación, en depuración científica de acontecimientos, en perspectiva nacional e internacional. Desde entonces se han publicado siete biografías recientes del Caudillo, todas ellas extranjeras, la mayoría inglesas. Están tres fundamentales, las mejores: primero, la francesa de Claude Martín, después las británicas de Brian Crozier y George

Hills, casi simultáneas, que se complementan en sus aspectos cronísticos y técnicos; especialmente en lo militar la de Hills es muy importante. La bibliografía de Franco, que hasta 1966 en que nos ocupamos de ella en Punta Europa, era escasísima, cuenta hoy con unos veinte libros de cierta entidad, y cincuenta, contando también los folletos, no despreciables éstos, pues hay en ellos aspectos particulares, visiones y recuerdos personales, muy apreciables para lo íntimo y psicológico, para dar una visión total.

Cuando hace un año se formó el equipo de La Cierva, sabía que su misión era importante. Desde el principio vio el profesor La Cierva que estaba por estudiar casi todo el fondo histórico de la vida de Franco, no sólo su biografía lineal y anecdótica. Se había hecho con buen criterio ocasional la hagiografía del Generalísimo, del Caudillo, en tiempos de política difícil, de cerco internacional, cuando se inventó el malicioso término «franquismo», desde fuera de España, queriendo significar que el Régimen español era una fracción política encaramada al Poder alrededor del jefe de un partido, como sugiere cualquier «ismo» desidencial.

Ahora Ricardo de la Cierva ha tenido en sus manos los documentos originales de Franco, que van desde la partida de bautismo hasta los borradores de sus órdenes de operaciones, los partes de la guerra de Africa, los documentos diplomático, los miles de fotografías, los textos de sus primeras instrucciones a los legionarios, las recientes declaraciones internacionales. Ha viajado a Africa, a Baleares y Canarias, puntos clave de la vida del Caudillo, a Ferrol y Oviedo, ha identificado sus viviendas sucesivas, sus escritos y prólogos, en los que a veces salta a la vista una frase vital para penetrar en actitudes y resoluciones, en aspectos de su carácter que describen situaciones muy posteriores. Ha hablado con quienes le conocieron en su juventud, en la Academia, como cadetes compañeros suyos o como alumnos de la General, ha mantenido correspondencia con hombres básicos en las principales decisiones política, de España y del extranjero.

En la presentación oficial de la obra, un obra de la que tenemos a la vista tres capítulos, el embajador don Manuel Aznar ya hizo ver la magnitud de la empresa y el acierto con que se ejecutaba. Sólo su síntesis biográfica, la línea de las cumbres, dicho en términos de topografía artillera, nos revela ese caudal de conocimientos íntimos de Franco, que Aznar posee. El estuvo en Africa desde los años duros de la fundación la Legión, y desde entonces ha conocido de cerca, muy de cerca a Franco y sus hombres, su familia incluida. El nos hizo en aquel acto la mejor semblanza de su figura psicossomática y moral, de su epopeya, de su gesto y su gesta, cuando hablaba de su apariencia estática en contraste con su mirada perforante, de su paso rápido por las calles de Melilla, enterándose de todo lo circundante. El dijo un día y tuvimos ocasión de subrayarlo

en un ensayo biográfico sobre *Franco, soldado*, algo muy importante en lo social: «Yo no pasé por el mando sin enterarme».

La confección del libro, publicado en fascículos, con una tirada de medio millón, es de pura obra de arte. Sólo así puede el gran público poseer dos tomos de extraordinario valor, que en otro caso serían muy costosos. No es sólo una biografía de Franco, es una biografía de ochenta años de España en que Franco está en su eje mismo. Es historia de la España contemporánea, casi al cincuenta por cierto, pero historia científica, crítica, con criterio de historiador objetivo, de lo que La Cierva ha dado buenas pruebas, y las da ahora porque las tiene abundantes, documentales y gráficas. Entre sus mayores novedades, aunque lo es casi todo en su enfoque está, en la primera parte, la época juvenil de Franco, su formación humana; en la segunda la guerra vista desde el Cuartel General del Generalísimo, los problemas últimos del desarrollo y el ¿después de Franco, qué? Ya no tendremos que conocer a Franco a través de la literatura inglesa. Ahora el mundo podrá conocerlo en esta biografía de La Cierva.

J. M. G.

RELLO, Salvador: *La aviación en la guerra de España*. Editorial San Martín. Col. Alca, volúmenes tres. 1971, 90 págs. Vol. IV, 1972, 94 págs.

Es muy loable esta dedicación de la editorial San Martín a los aspectos técnicos del material de guerra, además de publicar actualmente las historias más importantes de la guerra del 36, en lo militar y lo político, como son las de Martínez Bande y de La Cierva, amén de ese complemento valiosísimo de ambientación que son sus libros de uniformes. Tarea editorial trabajosa, ingrata y no demasiado rentable, me figuro, que hace de esta editorial una empresa modelo y patriótica, en cierto modo.

Ahora tenemos a la vista los dos últimos tomitos de la obra de Salvador Rello: *La aviación en la guerra de España*. Había estudiado en los primeros los aviones alemanes y norteamericanos. El tomo tercero está dedicado a aviones franceses y holandeses. Modelos franceses muy variados, que ni por su cantidad ni por su calidad significaron nunca una superioridad aérea del bando rojo, al que iban destinados. Los criterios aéreos predominantes en Francia en 1936 producían unos modelos multiplaza, que no servían como cazas ni como bombarderos, pues eran de utilización varia. Los «Fokker» holandeses fueron utilizados también por los rojos, aunque los nacionales adquirieron unas pocas unidades comerciales que se adaptaron a misiones bélicas.

Los aviones británicos, de que se ocupa exclusivamente el tomo cuarto, destacaron más que por su eficacia o su cantidad, por la va-

riedad de sus modelos, que llegaban sucesivamente a la zona roja según aparecían en el mercado. Ninguno de ellos, como los anteriores, pesaron en las acciones decisiva de la guerra, pero sus nombres sonaron a lo largo de ella en el recuento de material y bajas, día a día.

La obra presentada en tomos de bolsillo de noventa páginas, resulta incluso lujosa, técnicamente impecable, con muy buena impresión, fotografía y esquemas de frente, planta y perfil de cada modelo, datos técnicos esenciales; así como el número de lo que llegaron a España, su empleo y resumen de actuaciones. Salvador Rello se sitúa con ésto en la primera fila de los tratadistas técnicos del material de la guerra de España. En todo lo tocante aviación hay que tenerle en cuenta.

J. M. G.

ALCOFAR NASSAES (LUIS): *Los italianos en la guerra de España*. Editorial Dopesa. Barcelona. 1972, 246 págs.

La Editorial Dopesa está logrando un importante acopio de libros documentales en su colección «Testimonios de actualidad», entre ellos tres muy especializados sobre la guerra de Liberación española. Este tercero es del mismo autor que los anteriores: José Luis Alcófar Nassaes, pseudónimo de un doctor que aún no nos ha revelado su nombre, aunque sí se ha revelado como uno de los especialistas en el tema de primerísima fila.

El libro de hoy es revelador. No estaba dicho todo en castellano sobre los italianos en la guerra del 36 y aquí se dice, en lo humanamente posible. Apenas quedan incógnitas por revelar. Quizá aquella de la entrada en fuego de la Brigada de «Flechas Negras», tan recién formada, para aliviar la situación en el Jarama, sea un tema por desvelar, interesante. Pero los «Flechas Negras», tanto como los «Flechas Azules» tenían tropa española en un noventa por ciento y no intesan tanto al tema italiano.

Lo demás puede decirse que está todo. Primero, el historiador hace un buen estudio crítico frente a tanta literatura barata sobre el tema, frente a tanto tópico. Hace justicia a los italianos, reconociendo que cumplieron con habilidad técnica y táctica en sus mandos, con valor en sus tropas; a veces distinguido y heroico, como lo prueba la relación completa de condecoraciones otorgadas que incluye en el apéndice. A veces se enfrentaron con las más aguerridas unidades adversarias.

Su número máximo de 40.000 en total, incluyendo aviadores, era inferior al de los internacionales en las Brigadas de los rojos, que habían llegado unos cincuenta días antes a España y suponían un doce por ciento de las fuerzas frentepopulistas frente al cinco por ciento italiano en las nacionales. Los carros nunca formaron más

de dos batallones, «tanquetas» ligeras que los españoles llamaban latas de sardinas.

Alcófar Nassaes demuestra documentalmente que es puro tipismo anecdótico algún aspecto triunfalista de sus tropas y mandos, algunos titulares de sus periódicos, presentando como suya la guerra. Dice que el valor y la moral de sus soldados eran apreciables y lo refrendan sus 4.157 muertos, enterrados en España para contribuir a la paz de una patria que no era la suya. Su papel en Guadalajara fue muy importante, con derrota y todo, porque en el Jarama se habían acabados las reservas y aunque no estuvieron en las batallas de Brunete, Teruel, ni el Ebro, jugaron un buen papel en el conjunto, aun sin ser resolutivos como las Brigadas Internacionales con respecto a los rojos.

El libro de Alcófar se basa en un amplio acopio bibliográfico, pero, sobre todo, en entrevistas, informes directos de los excombatientes y en los datos de su sociedad «ANCIS.». En sus apéndices recoge canciones y poemas, el historial de cada uno de los principales jefes del C. T. V., la relación de los caídos condecorados con la Medalla del Valor y una valiosa bibliografía muy amplia y fehaciente.

El libro es por hoy el más valioso sobre el tema como monografía general. Un libro de historia pura, documentada y crítica. Tal vez le falte la documentación.

J. M. G.

SÁNCHEZ PÉREZ, Andrés: *Los moriscos de Hornachos, Corsarios de Sale*. Publicaciones de la Diputación Provincial de Badajoz., Institución de Servicios Culturales. Badajoz, 1964. 61 páginas 24 x 17, con amplia bibliografía.

El General Sánchez Pérez, incansable rastreador de huellas islámicas en nuestra Península, trata bien en este libro la historia y vicisitudes de la curiosa y aguerrida colectividad morisca de la villa extremeña de Hornachos.

Después de la expulsión de los moriscos decretada por Felipe III en 1606 —con lo que terminó la función histórica del Islan Español—, los hornachegos, en número de unos 3.000, se refugiaron en Tetuán y desde Tetuán pasaron a Salé, donde, con otro grupo o cuerpo de moriscos andaluces, fundaron una especie de república que, a despecho de los sultanes —dice el autor—, se mantuvo independiente cerca de cuarenta años.

Esta definitiva expulsión de moriscos peninsulares es la que fray Marcos de Guadalajara calificó de «memorable» y es aquella en virtud de la cual pasó Felipe III a ser el *Farón de los Moriscos*. Jaime Oliver Asín, en un artículo publicado en 1933 en «Al Andalus»

(vol. I, pág. 417), transcribe un soneto de anónimo autor morisco andaluz que se refiere al *Farón de España*:

Dios, que a los suyos padeciendo mira
muerte en la vida y en el cuerpo infierno
por pecados de padres sin gobierno,
o por la causa que a su globo admira,
alza la ardiente espada de su ira;
y como criador y amante tierno
no es, siendo eterno, en la venganza eterno
que al descanso, piadoso la retira.

Del *Faraón de España* ablanda el pecho,
y a su pesar les da en el mar camino
que está de verdes flores prado hecho;
y en vuestro ingenio raro y peregrino
dándoles luz de Dios tanto provecho
que ya no sois mortal, sino divino.

Sánchez Pérez, con su veterana y buida pluma, se adentra en los entresijos históricos de la expulsión morisca de Hornachos, dando al César lo que es del César en el difícil balance y en el áspero cotejo de citas eruditas y de ecuaciones toponímicas, etnográficas y etimológicas.

Los Moriscos de Hornachos es libro sin coherencia inútil; en él no pretende su autor, más que lo que logra: citar y fijar la atención del que lee. La trama expositiva, rica en datos curiosos, arrastra por simple gravidez intelectual a la agudeza deductiva,

«El caso de los moriscos de Hornachos —dice en la página 15—, parece un ejemplo singular de lo que Caro Baroja llama solidaridad agnática, la *asabia* de los autores árabes. *Asabia* parece que viene de la raíz *asab* (nervio). Si es así, pudiera atribuirse a la *nerviosidad solidaria* de alguna tribu de origen túrdulo extremeño —valga lo de extremeño como autóctono—, que se fundió con clanes de tribus bereberes, o a la *asabia* de alguna tribu bereber que anuló a la población allí asentada...».

Nos gusta este comentario de Sánchez Pérez, y nos gusta por lo que tiene de fondo carismático en favor de los hornachegos de aquellos tiempos. Nada se opone, incluso, a que entre ellos prevalezcan hoy rasgos temperamentales de cierta *asabia*. Hace años, aunque no muchos, hemos oído comentar la arrogancia con que administró su exilio en Herrera del Duque (Badajoz), un grupo de refugiados hornachegos que allí fue a parar durante la Guerra de Liberación.

R. S. D.

PRIMO DE RIVERA, Miguel, GARCÍA FIGUERAS, Tomás, VIGÓN, Jorge y otros: *El General Primo de Rivera*. Ciclo de Conferencias en la Academia Jerezana de San Dionisio con motivo del primer centenario del nacimiento del General, Jerez, 1970, 91 pp.

A los cien años que cumplió en 1970, el General Primo de Rivera, ya tiene su figura la perspectiva histórica de Primo de Rivera, «El General», como aquí se le llama por antonomasia. Fue preciso el paso de cuarenta años para que su historia esté en el mundo entero despojada de aquellos prejuicios que denotaba el doctor Albiñana en sus mejores páginas, el prólogo aquel de los «Los cuervos sobre la tumba», que empezaba lamentando la ingratitud popular como una constante humana, al decir: «Triste destino el de los hombres grandes». Allí, en la misma obra se incluía el primer artículo de José Antonio, excelente necrología política de su padre, bajo el título: «La hora de los enanos». «El General» era para su hijo un gigante a quien derribaban las múltiples zancadillas de múltiples enanos, tras los cuales, muerto aquel a alfilerazos, gozaban los cuervos volando en círculo sobre su tumba. Todo eso, muy aleccionador, en páginas de historia escrita con estética literaria, está ya muy lejos y acaso muy pocos lo conocen. Mejor que no haga falta.

Entre los que conocen eso y muchísimo más, están los autores de este folleto del Centenario de Primo de Rivera, Don Miguel, del General. Un folleto de 92 páginas que recoge las conferencias del ciclo organizado por la Academia Jerezana de San Dionisio. Los oradores-autores eran el duque de Primo de Rivera, don Tomás García Figueras, el conde de los Andes, el general Vigón y don José Yanguas Messía. Los temas: «Jerez y el General», «Africa y el General»; «Intuiciones políticas del General»; «Política y Milicia» y «El General Primo de Rivera Gobernante». Como se ve, prescindiendo del tema localista y el africano, predomina el estudio de la política desarrollada por un militar en las dos fases de su dictadura.

Don Miguel Primo de Rivera, hijo del General, aporta datos muy importantes sobre el hombre y su contorno. Explica porqué le define, mejor que nada decir de él, que era todo un hombre, estudia el aspecto socio-económico de su gran objetivo: «Mejorar la renta nacional y su distribución», su atracción fracasada del socialismo español, hasta que éste hizo caer la Dictadura, pese a que ésta había solucionado el gran problema español de entonces: el paro obrero. Tras ello trata de la falta de institucionalización del Régimen, como uno de los mayores obstáculos con los que tropezó Primo de Rivera y al aludir finalmente a Jerez, recuerda que en todas las casas de Jerez hay un retrato del General enmarcado con la bandera española, y que en los cinco años de su permanencia como alcalde de Jerez, le habían visitado y escrito cientos y cientos de jerezanos para contarle anécdotas de don Miguel y entregarle fotografías suyas inéditas, conserva-

das como reliquia. La ilusión más grande del General era haber sido alcalde de Jerez y, en realidad, —dice su hijo— fue alcalde de España.

El estudio del García Figueras sobre Primo de Rivera y Marruecos, es el más extenso, el más denso y acaso el que más novedades encierra. Empieza haciendo una breve semblanza militar de quien desde teniente estuvo ligado a Marruecos, donde ganó su Laureada y su ascenso a capitán. Luego, en Cuba y Filipinas ascendía también por méritos de guerra hasta teniente coronel y volvió de coronel a Marruecos. Estaba en el extranjero cuando los sucesos del barranco del Lobo, visitaba centros y organizaciones militares, y pronto estuvo junto al General Marina primero y Aguilera después. Ser sobrino de don Fernando le sirvió para acudir a los puestos de mayor servicio y peligro, no para privilegios. Luego la guerra avanza por la campaña del Kert, se crea la Brigada de Cazadores de Primo de Rivera. El año 17 ingresa en la Real Academia Hispano-Americana de Cádiz y su discurso es sobre «Recuperación de Gibraltar». Propugnaba cambiarlo por Ceuta e ir cediendo el resto a cambio de ventajas comerciales en tratados. El discurso cayó como una bomba y el Gobierno destituyó al General, que era Gobernador Militar de Cádiz.

Hay precisiones muy interesantes sobre la intervención de Primo de Rivera en el Senado en 1921 y cuando al siguiente año le nombran Capitán General de Cataluña, tiene honda preocupación por el problema del terrorismo. Don Miguel tuvo la certeza de que sólo el Ejército podía salvar a España del abismo y propuso que interviniera. Le daban largas los ministros. El General Aguilera le dijo: «Pero, Miguel, con ese programa no le seguirá ni su asistente...», y el 13 de septiembre de 1923 se leyó su manifiesto. Es la primera parte de su vida. Tras ella, nos presenta García Figueras, la actitud del Directorio ante el problema de Marruecos, el malestar que creaban las Juntas de Defensa y la Comisión de Responsabilidades. En lo político-militar su actitud era la de replegarse a la línea Primo de Rivera marroquí y el autor nos aclara que por la mente del General jamás pasó la idea de «Ahí queda eso». Pero como las cosas iban mal ordenó el repliegue de la zona occidental, con lo que se pudo llevar a cabo el desembarco de Alhucemas en cooperación franco-española. Algún viejo político había dicho que si don Miguel lograba pacificar Marruecos, se le podían perdonar todos sus errores. Sin embargo, fueron muchos quienes cerraron los ojos ante aquella victoria. Y los gobernantes de la República, como desconocimiento absoluto y del problema, no tuvieron otra obsesión africana que la de republicanizar Marruecos.

El capítulo que ocupa la conferencia del conde de Los Andes, es altamente ilustrativo. Recoge citas documentales, de los escrúpulos de Primo de Rivera a dar un golpe militar, como le pro-

ponen muchos y luego una elocuente frase de Ortega y Gasset: «Si el movimiento militar ha querido identificarse con la opinión pública, lo ha conseguido plenamente», y el Presidente de la República, Alcalá Zamora, antes de serlo, dijo: «Al General le consta, el sincero y cordial deseo de que este régimen realice una misión útil, que por mi parte no encontrará obstáculos». Alude el conde de Los Andes a numerosas opiniones de la intelectualidad española, a José María Pemán, el teórico de la «Unión Patriótica» que para Gabriel Maura era una fantasía poética. La intuición política del General estuvo en conocer pronto que era cierto y buscar otros derroteros. Su intuición comprendió también que tras la Dictadura hacía falta un orden nuevo, porque volver al anterior sería un caos. En ese sentido supo prever la guerra civil. De ahí su empeño en pedir colaboración a reconocidos izquierdistas como Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Menéndez Pidal, Alvarez Buylla, Pittaluga, junto a ex ministros conservadores como Silió, La Cierva y Goicoechea. Afirma y razona que sigue siendo una sandez incongruente repetir que la Dictadura provocó la caída de la Monarquía, cuando la causa inmediata fue el error de Berenguer. De ofrecer como panacea política, «la vuelta de la normalidad». Tras muchas sugerencias del mayor interés define el conde de Los Andes, algo que quizá sorprenda a muchos: «La inteligencia conoce las cosas por fuera, superficialmente. La intuición mide el conocimiento por dentro, con profundidad. Por eso, sólo los hombres intuitivos son verdaderamente geniales».

El General don Jorge Vigón tiene uno de sus capítulos magistrales incluido en esta obra sobre Primo de Rivera, donde trata con penetración filosófica y política el problema de las relaciones entre ésta y la milicia, del político militar y la política militar, para entrar luego en el examen de la situación particular que Primo de Rivera resolvió en la política española de su tiempo. Tiene un apartado esencial sobre los militares de la generación del 98 digno de mayor divulgación, porque hay en ellos hombres de pensamiento y de acción juntamente. Resume su idea con una acertada frase: «Si la generación de la revista España, dio de sí la República; la generación del 98, dio de sí la Dictadura». Tras esa conclusión que para él es premisa, analiza la política militar del General Primo de Rivera, de quien Madariaga destacó «su valentía física y moral». Alfonso XIII dijo de él en el exilio: «No habría exageración alguna en afirmar que durante los seis años del Gobierno de Primo de Rivera, cubrió España un trayecto que en circunstancias ordinarias le habría cotado veinte años de esfuerzo por lo menos».

Don José Yanguas Messía, vizconde de Santa Clara, hace abstracción del militar, para juzgar al gobernante. Su tema es el del Directorio como transición, en lo que estima que se produjo el verdadero error. Porque la llamada «Dictablanda» no era ya un cinturón opresivo a la política española y porque, en cualquier caso, si surgió

como necesidad cuando la situación anterior abocaba al anarquismo, la vuelta a la normalidad era una expresión falsa, lo que se produciría sería la vuelta a la anormalidad, que requeriría, en el mejor de los casos, una nueva Dictadura, cuando no una sangría. Todo esto, que es sustancia superficial del tema, lo expone con hondura, erudición y amplitud documental Yanguas Messia, apoyándose en textos del «Cambó» de Pabón, ya citado por otros oradores, del desconocido libro de Calvo Sotelo: «Mis servicios al Estado», del libro de Cambó: «Las Dictaduras», de Maura en su «Bosquejo Histórico de la Dictadura», de Falcón en su «Crítica de la Revolución», de numerosas fuentes periodísticas y testimonios verbales, ricos, expresivos, convincentes.

El conjunto de los cinco capítulos, que fueron cinco conferencias en su día, es una pieza documental sobre Primo de Rivera y su Dictadura, indispensable, pese a su brevedad, para cualquiera que quiera estudiar unos de los dos temas, y aún otros más amplios y laterales, como sucede con las páginas del general Vigón, profundo ensayo sobre «Política y Milicia» en España y fuera de ella, ampliamente erudito.

J. M. G.

BORRÍE, W. D.: *Historia y estructura de la población mundial*. Ediciones Istmo. Col. Fundamentos. Madrid, 1972, 386 pp.

El mundo de los libros es un puro misterio para el que no está iniciado en las técnicas editoriales. Cualquiera pensaría que están saturados los mercados, los temas y las necesidades de los estudiosos de temas científicos. Pues he aquí que una editorial, prácticamente nueva bajo la firma «Istmo» está alcanzando un catálogo copioso, con más de veinte títulos en un par de años, con terceras ediciones del famoso «Atlas Histórico Mundial», con obras que apenas aparecidas se agotan, como la «Historia de la Música», la cuidadísima «Historia del Arte en España», las grandes religiones de Oriente y Occidente. Su «Atlas Histórico de España», a punto de aparecer, ha despertado la general apetencia.

Es que la Historia científica, estadística, etnográfica o esquemática están ahora en su fase culminante, rebasada ya la época de la investigación y rectificación en pequeños círculos y empiezan a interesar a amplios núcleos culturales, especialmente univertisarios, como obras de consulta y contraste, como vademecuns útiles, como obras de consulta rápida, e incluso al gran público de amplia curiosidad científica, que aumenta cada día. Pero lo importante es que nos faltan historias científicas de España. Hace unos años anunciaba la novedad de algunas voces ampliamente tratadas en la «Enciclopedia de la Cultura» como, por ejemplo, «Ciencia militar y judaizantes». Que yo sepa, sucede lo mismo con la «Historia del Arte en España» o el «Atlas Histórico de España» que ahora circulan en esta colección Fundamentos de la

editorial Istmo y se agotan, inexplicamente apenas salen. Había como un sentido vergonzante, como un papanatismo extranjerista de ocultar todo lo histórico de España en sus diversas ramas entre la fronda de historia universales, que apenas dejaban cabida a lo nuestro.

El libro que hoy tengo a la vista es una traducción, pero ello no impide enfocar su aparición del mismo modo. No es corriente tener traducciones *recientes* de las obras científicas extranjeras. Hasta ahora para estar al día, había que acudir a las revistas con sus reseñas. Gracias a estos libros de bolsillo, de rápida edición, podemos estar al día. La obra magna de Reinhard y Armengaud «Historia general de la población mundial», tardó ocho años en traducirse al castellano y con sus datos de 1961 era la pieza maestra del tema, pero anticuada once años, cosa deplorable en un libro demográfico. En cambio, la obra del norteamericano Borrie, que hoy comentamos está fechada en Nicolson en 1970 y en España en la feria del libro de 1972, con año y medio tan sólo de la edición original.

El Prof. Borrie, consejero de las Naciones Unidas, es acaso el primer especialista actual en el tema de la Población Mundial. En sus cerca de cuatrocientas páginas, abundantes en esquemas y cuadros comparativos, como es inevitable para éste género de obras, hace un despliegue de los problemas demográficos actuales y un panorama histórico del crecimiento de la población mundial desde sus orígenes. La población actual del mundo se estima en 3.600 millones de personas, sin que el dato pueda darse por exacto, nos dice al principio, explicándonos luego minuciosamente donde está la dificultad de precisión, en qué partidas, los recuentos de Africa, los fraudes estadísticos por distintos motivos. La natalidad en el continente americano es de un 25 por 1.000 como media, lo cual quiere decir que sus exmos sean muy variados, mientras que en la India es del 40 por 1.000, con cerca de 500 millones de habitantes. Con todas las reservas que exige la futurología, nos dice el autor que si se estabiliza la tasa del 1,7 de aumento anual de los diez últimos años, en el próximo medio siglo habrá más gente en el mundo que la suma que hubo en toda la población humana desde 1961, teniendo en cuenta que desde 1850 a 1950 se duplicó la población. El aumento se da en las zonas que alcanzan una relativa riqueza: Europa y Norteamérica. La humanidad, según esto se precipita hacia la marca de 6.000 millones, con lo cual en muchas zonas la proporción entre el hombre y la tierra se aproximará al límite máximo. Opina Borrie que el continuo crecimiento en tales densidades dará lugar a una creciente pobreza si aumenta esta proporción hombre-tierra, pero que puede significar un mayor bienestar económico si se conjuga con mayores desplazamientos de la población campesina a empleos productivos no agrícolas, en poblaciones urbanas.

Los países de fecundidad controlada tienden a ser de baja mortalidad y de altas esperanzas de vida. Concluye el autor que los proble-

mas que el crecimiento de la población traen consigo, afentan al fundamento mismo de la existencia del hombre.

El Prof. Borrie ha hecho un buen esquema histórico. Sus capítulos recorren las etapas históricas, después de examinar el panorama y explicar la técnica demográfica, que enuncia así: Contar el género humano y medir el crecimiento. Ese es el juego de los números demográficos para llegar al examen de la población. Pero constituye capítulo aparte la época de las grandes migraciones. El esquema histórico termina siendo geográfico. A partir de aquí la historia se hace estructura de la época moderna. Los modelos del mundo occidental, los gigantes asiáticos, la América Latina, África. Todo medido, analizado para sintetizar después y analizar las síntesis. La tesis propia queda en sus consideraciones finales bajo el título «Retrospectiva y perspectiva». Le preocupan ahí al Prof. Borrie si tendrán éxito las políticas de control de la población y si éstas conducirían a la estabilidad o al crecimiento limitado de un 1 por 100. Penetra en el fondo de las cuestiones: La completa eliminación de la muerte produciría poca diferencia en el potencial reproductivo, otro fenómeno llamativo es el índice de nupcialidad mucho más alto en los últimos veinte años de lo que fue un pasado mensurable.

La obra es científica, rigurosa, sin embargo, el autor se deja llevar de un materialismo malthusiano que es anticuado según Reinhardt y Aremdgaud, nada dudoso de sectarismo ni beatería. Afirma Borrie que el control eficaz de la natalidad es un fenómeno casi universal en las sociedades desarrolladas. Eso, los autores citados, lo tienen por tópico anticuado, que nadie sostiene ya seriamente. No desde trabas religiosas, sino meramente científicas. Porque a los peligros de las prácticas del control, peligros ciertos, está la realidad de que los recursos naturales no se agotan, sino que probablemente su crecimiento supere al de la demografía.

Lo único tendencioso y anticientífico son, pues, esas páginas finales futuristas. Es que el futurismo, como la misma sociología en sus terrenos muy peligrosos y de escasisimo rigor. El historiador cuando se limita a exponer sus cifras y compararlas está en terreno firme, cuando las interpreta y deduce conclusiones está entrando en terreno resbaladizo y de lo socilógico, como lo es también el de la filosofía de la historia, rozando la ciencia-ficción, manejando el futuro con datos del presente, mucho más en la futurología, una pseudociencia que aún está en mantillas. ¿Quién pudo calcular al empezar de la II Guerra Mundial que cinco años después se resolvería en uno u otro bando por la acelerada puesta a punto de la energía nuclear? Ese hecho, de iniciación alemana estuvo a punto de dar la rivictoria a Hitler, con sólo haberlo conseguido unos meses antes y se la dio unos meses después a los aliados. Es un ejemplo de lo que significa el futurismo y la profecía científica. En el terreno de lo científico no podemos aceptar ese estrambote con que Borrie termina su libro, nada menos que mejorando el mensaje evangélico de Navidad: «Paz en la

tierra... y control de la población», como tampoco esa masificación que encuentra ideal de la familia pequeña, del mismo número de hijos en toda la faz de la tierra. Es como un slogan cocacologista en materia de mucha más trascendencia. Como que trasciende al más allá.— J. M. G.

DELMAS, Claude: *La estrategia nuclear*. Editorial A. Redondo. Colección Beta. Barcelona, 1970, 172. págs.

Este libro de Claude Delmas, publicado en 1968 en Francia, lo edita en español ahora la Editorial Redondo de Barcelona. Es uno más, en síntesis sobre los problemas político-estratégicos de la era nuclear. Así se anuncia, como un estudio de las relaciones entre diplomacia y estrategia, cada vez mayores basándose en las enseñanzas de la Segunda Guerra Mundial y del empleo de la bomba atómica. En él analiza Claude Demas, las Leyes de la Disuasión, las amenazas que supone este nuevo concepto estratégico y las perspectivas que ofrece.

Parte de admitir que la era nuclear ha invalidado, dando al traste con ellas, muchas leyes que hasta aquí eran válidas. Encuentra que en Europa se han estudiado poco las consecuencias militares de la nueva actitud intelectual que la nueva era trae consigo sobre todo en el campo estratégico, lo que no ocurre a los americanos, conscientes del poder nuclear y sus responsabilidades en él. «Afortunadamente, el armamento nuclear no tiene historia militar, afirma Delmas, y sí tiene una rica historia diplomática». Se pregunta luego si la estrategia de la disuasión no descansa sobre postulados variables si las tensiones llegan a un punto crítico, más allá del cual los razonamientos desembocarían en el automatismo de las reacciones en cadena de la violencia. Para estudiar la posible respuesta, parte de los libros de «Estrategia» de Beaufre, lo más acertado en el moderno estudio de esta disciplina. Así analiza las características y posibilidades de ese «instrumento de la Revolución», que fue la bomba nuclear, antes de entrar en el estudio de sus leyes de flexibilidad y la diversificación de ésta, las amenazas que lleva consigo —ya que la disuasión se basa en postulados, no en axiomas—, y por último las perspectivas sobre las que se abre la estrategia nuclear. Sin embargo, observa el autor que una de las paradojas sobre las que se abre el axioma es externo a lo nuclear, lo cual lleva a conjugar lo nuclear con lo ideológico, según afirma el general Paul Stehlin, del que el libro de Delmas quiere ser testimonio y homenaje. Se refiere a los tres libros del general, sobre todo al último: «Reflexiones sobre la Estrategia soviética vista desde Europa».

El temario de los capítulos no puede ser más sistemático y actual. Partiendo de la preocupación estratégica y sus vigentes conexiones con la diplomacia, cada vez mayores, examina a su luz

las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y el valor de la estrategia nuclear como instrumento de la Revolución. La guerra nuclear se caracteriza por un doble aspecto: los efectos radiactivos y la miniaturización de las armas.

Con ello entra en el tema de la disuasión sobre un despliegue de ideas que van desde el concepto de represalias, por el átomo equilibrador relativo de potencia y los condicionamientos geográficos, hasta el umbral de la nuclearización. Con ello se da paso a una serie de diversificaciones que tienen como base la obsesión del peligro de un ataque por sorpresa. De la disuasión total, se pasa a las disuasiones proporcionadas. Y se plantea al fin el dilema clave: ¿Guerra total o guerra limitada?

Con ello hay que examinar las opciones políticas, que dan paso a la nueva dialéctica de la Disuasión, teniendo en cuenta la evolución del pensamiento americano, para examinarla en cada una de las cinco grandes potencias, la última China, con su promoción nuclear.

Así se llega de la estrategia a la paz. Con un no al desarme nuclear, al considerar el llamado «teletipo rojo» y el tratado de Moscú, para preguntarse el autor si se camina hoy hacia un desequilibrio del terror.

Con ello se llega al tema final: El desarrollo de la lógica nuclear, examinando las posibilidades que llevan de la desuasión a la guerra, los riesgos no nucleares vigentes hoy aún y los factores esenciales del problema estratégico.

Para Delmas son tres: Conocimiento científico y desarrollo industrial suficientes en la nación para mantenerla en el progreso técnico y procurarle la gama necesaria de armamentos. 1. Sólo así se logra un sistema completo de defensas.—2. Necesidad de una profunda revisión del empleo de las armas modernas, confiadas a las fuerzas activas permanentes, sujetas a un sistema de alerta siempre en acción, independiente de la movilización.—3. Cuando hay equilibrio atómico, el instrumento de la Disuasión se convierte para el agresor en un escudo nuclear, que le protege de la respuesta. Así logra libertad de acción en ofensivas limitadas en objetivo, espacio y medios, o en forma de guerras subversivas que explotará, fomentará y mantendrá.

Estos factores principales del problema estratégico moderno:

Potencia científica e individual.

Permanencia del empleo de los mayores medios de defensa.

Posibilidades de acción del adversario, protegido por su arsenal nuclear,

sitúan a las autoridades nacionales y aliadas ante elecciones muy difíciles. Ningún país occidental posee territorio tan grande como

para dispersar bastantes las bases y medios nucleares de que dispondría. Pero todo ello es sólo una etapa. El autor termina:

«Si aún se puede hablar hoy de era nuclear, dentro de pocos años estaremos enfrentados con los problemas de defensa de la era espacial.»

Aún nos dice en su conclusión que el desarrollo de la fuerza mucho más allá de la escala humana y el desorbitamiento de la técnica ha llevado a la guerra a su esencia de prueba de voluntades y explican que la amenaza haya sustituido a la acción y que los riesgos de violencia dispersa o clandestina se hayan agravado. La paz por el medio coincide con la era de la subversión. La primera tiende sobre las masas humanas una amenaza global, anónima, monstruosa. La subversión impone a cada individuo definirse a sí mismo. Se inserta así una voluntad individual en un conjunto psicológico que parecía destinado a ser dominado por esa pasividad a la que la amenaza nuclear reduce a los hombres.

«Esa voluntad, concluye el autor, sólo puede ejercerse conociendo los factores, leyes y perspectivas de la lógica nuclear, teniendo en cuenta, en el seno de la dialéctica de la lucha, la yuxtaposición de la lógica subversión y la lógica nuclear, una y otra son expresiones psico-políticas de la conjunción del hecho nuclear con el ideológico.»

Es una teoría realista, acertada. El libro es una síntesis muy concreta del despliegue de problemas de la estrategia nuclear, siempre tensa. Una divulgación útil en 172 páginas de un libro de bolsillo que la editorial barcelonesa «Redondo» ofrece al gran público estudioso, sin falsos pacifismos, aunque, como es natural, sin soluciones definitivas.

J. M. G.

KINDEZ, Herman y HILGENAN, Werner: *Atlas Histórico mundial*. Ediciones Istmo. Colección Fundamentos. Madrid 1971. 2 volúmenes.

La editorial Istmo inicia su colección «Fundamentos» con una importante obra de trabajo, consulta y divulgación. No digo en vano los tres conceptos, porque una atlas histórico mundial es pieza básica de trabajo, muy valiosa para todo el que hoy tiene que tratar temas internacionales, históricos o actuales, de consulta, porque permite en un momento determinado solucionar cualquier duda o establecer una comparación de hechos, fechas y personajes, incluso a niveles distintos en la historia o la geografía; de divulgación porque, en fin de cuentas, el atlas no deja de ser un vademécum muy útil para estudiantes incluso de especialidades históricas universitarias, que han de tenerlo a mano en preparación de exámenes y oposiciones.

La obra está traducida del alemán, idioma en que lo escribieron

Hermann Kinder y Werner Hilgemann. Es una edición conocidísima ya en Alemania y en Francia. Había profesores españoles que la venían utilizando en el texto francés, pero como pieza un tanto desconocida, de la que se sentían orgullosos. Es una de esas obras clásicas, pese a ser contemporánea. Si hubiese que describirla, diríamos con el editor que constituye una síntesis de la historia humana a través de su desarrollo político, social, económico, bélico y cultural. En 612 páginas, distribuidas en dos tomos, se ha conseguido encajar una labor muy compleja, más que de síntesis de ordenación sistemática, de despliegue de datos que hacen posible la elaboración de la síntesis, según las necesidades de quien lo utilice. En cualquier caso, el libro requiere la participación activa de quien acude a él, sin la cual no pasa de ser una acumulación de materiales informativos, pero con esta participación que es el trabajo del lector, se convierte en una obra de inapreciable valor que evita la búsqueda en numerosos ficheros y obras de consulta que a su gran volumen unirían la necesidad de mucho tiempo para llegar al último esquema. El «Atlas Histórico Mundial» lo facilita con unas cuantas ojeadas en el recorrido de sus páginas, que por otra parte no sobrepasan el volumen de dos libros de bolsillo.

El libro está dispuesto en dos partes pareadas, la una son 254 páginas-mapa, con 467 gráficos y la otra 358 páginas-texto, que forman una a una unidad con las anteriores a las que dan explicación cumplidas. Pero los mapas son más que complemento. Trazados con claridad extraordinaria y llevando en sí mismo elementos estadísticos y gráficos aclaratorios, vienen a constituir una ordenación en el espacio y una confrontación en el tiempo. Esa confrontación, ese esfuerzo que se hace ante cada mapa para adaptar nuestra idea actual de una geografía determinada a la que exige un momento dado, proporciona la perspectiva necesaria sobre cualquier época de la historia. Si alguna vez no van emparejados los textos con los mapas, es en beneficio de los textos, como se ha hecho al dar más extensión en la edición española a los capítulos relativos a España, Portugal y América latina, adaptados y ampliados por la edición de Ediciones Istmo, ya que estaban poco desarrollados en la versión original alemana en las traducciones francesa, holandesa, italiana e inglesa.

En cada tema, con letra distinta para cada concepto se encuentran los nombres de personajes con su fecha de nacimiento, muerte, reinado, presidencia o conquista; se señalan los lugares y fechas de movimientos y tendencias sociales, culturales, filosóficas que aparecen en cada etapa histórica; dentro de cada capítulo se ordena el desarrollo cronológico con otro tipo de letra tras la fecha del acontecimiento, de modo que la cronología de éste se pueda restablecer de una simple ojeada. Muchos de los datos de cada capítulo pueden completarse, o encuadrarse en más amplio contexto acudiendo a las secciones de temas generales: cultura, economía, sociedad, filosofía

y religión o bien a otras que remiten a hechos y personajes de otros capítulos que tienen conexión con el que se estudia. El índice analítico general, con cerca de 8.000 datos es por sí solo una valiosa aportación, que revela la amplitud e importancia de la obra.

J. M. G.

PALACIO ATARD, Vicente: *Cuadernos bibliográficos de la Guerra de España (1936-1939).—Memoria y reportajes de testigos*. Tercer volumen. Edit. Cátedra de Historia contemporánea de la Universidad Complutense. Madrid (1969), 224 págs.

No podemos saber cuantos son los libros de Memorias y reportajes de testigos de la guerra de Liberación. Quizá esperemos más de los que hay, influidos por esos 15.000 libros sobre el tema inventariados por La Cierva, sin tener en cuenta que una parte considerable de ellos corresponden a antecedentes más o menos inmediatos, desde la instauración de la República y aún antes.

Con este tomo tercero de Memorias, dentro de su colección de Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España, el Prof. Palacio Atard llega al número 375 de los analizados, con comentarios amplios casi siempre, según se lo merezcan. Haré un ligero análisis de los esenciales por el mismo orden alfabético en que se publican.

Dentro de ese orden, es el primero «La flota republicana» de Bruno Alonso. Era el autor el Comisario General de la Flota Republicana en la guerra española del 36 y su libro, al decir de Palacio Atard, constituye una pieza esencial para el tema, junto al de Benavides: «Las escuadras las mandan los cabos», editado en Méjico también. Por cierto, que eso de mandar los cabos tuvo el inconveniente de que en un submarino cuyos oficiales fueron arrojados por la borda, «los cabos» no dieron con la forma de sumergirlo. Los otros dos libros esenciales, de zona nacional son las «Memorias de guerra del Almirante Cervera» y «Con los marinos españoles en su guerra nacional-revolucionaria», capítulo del libro de los mariscales soviéticos: «Bajo la bandera de la España Republicana», editado en Moscú, pero capítulo escrito por Kuznetsov que constituye un análisis muy agudo de la situación naval de los rojos. El estudio de Palacio Atard es penetrante y se plantea incógnitas a su vez, como la posible conexión de la Flota con el golpe casadista.

Es curioso el fenómeno que se produce con los libros de exilados. Escriben en español, se publican en inglés sus libros y luego, a la hora de darlos a conocer al público hispanoamericano, necesitan retraducirlos del inglés al castellano, porque sus originales se perdieron. Julio Alvarez del Vayo escribió así: «La guerra empezó en España». También dedica amplio espacio el Prof. Palacio Atard a comentarla, pese a estar la obra, según dice, «sobrada de pasión y no escasa de

ofuscación». Contrapone su juicio sobre el discurso de Gil Robles el 15 de julio en las Cortes con un texto de su camarada Zugazagoitia. Dice Del Vayo, que aquel discurso fue «el más insolente y agresivo de su carrera política», que suponía «el aviso a los conspiradores de que la hora decisiva se aproximaba», omitiendo que era un discurso necrológico por el asesinato de Calvo Sotelo, que tampoco menciona. Zugazagoitia, en cambio, había dicho: «Antes de decidirnos a ejecutar la represalia estuvimos vacilando si ir a casa de Gil Robles o a la de Calvo Sotelo. Nos decididos por el segundo con el propósito de volver por Gil Robles si terminábamos pronto en casa de Calvo Sotelo». Dice que la moral roja en el Centro y Sur era buena en febrero de 1939, pero unas páginas antes atribuye a Negrín este comentario: «Los rebeldes no tienen necesidad de divisiones motorizadas contra una gente con esa moral. Unas cuantas bicicletas bastaría para deshacer el frente». Alvarez del Vayo se había titulado con razón a sí mismo, «El último optimista».

Analiza luego el IV y último tomo de las «Obras Completas de Manuel Azaña», señalando el vacío de los tres cuadernillos que fueron trofeo de guerra de los nacionales y se conservan en el Servicio Histórico Militar. El último cuaderno, el noveno sólo relata un día, el 19 de febrero de 1936, el resto está en blanco, aunque Palacio Atard no se lo explica en hombre tan meticuloso y casi introvertido como Azaña. Nos dice que estos diarios son lo más valioso de sus obras y constituyen, en cierto modo un examen de conciencia, interesantísimo para conocer la psicología del autor. Un episodio curioso es la narración de la entrevista Franco-Azaña el 21 de agosto de 1931. La interpretación personalísima que Azaña hace de los hombres y problemas proyecta sobre ellos una nueva luz. También señala que para Azaña «la guerra tenía que decidirse en el marco europeo». Palacio Atard insiste en que estas «Obras Completas» de Azaña son una de las piezas más importantes para el conocimiento de nuestra guerra.

Otro, autor conocido que aquí tiene su ficha es Ilya Ehrenburg con su libro «Corresponsal en España». Fue actor y escritor de la guerra, pese a lo cual su libro está lleno de inexactitudes y fantasías, como la de que los oficiales del Alcázar comían jamón mientras la tropa se moría de hambre y lo mismo en Santa María de la Cabeza, o que el Escorial lo construyó Carlos V. El comentarista no duda del talento literario de Ehrenbourg, pero sin duda los artículos de que consta su libro no fueron escritos para documentar la historia y hay que dudar de las dotes del pésimo traductor.

Al libro de Gil Robles «No fue posible la paz» le dedica Palacio Atard su mayor comentario. Para él la otra pieza esencial de las Memorias de la guerra de España, aunque es un primer volumen solamente. Subraya el tono mesurado y la serenidad de ánimo con que está escrito. No podemos hacer otra cosa que recomendar este estudio como uno de los más concienzudos y ecuánimes que, Gil Ro-

bles haya tenido y al final alude a la polémica que se produjo sobre Gil Robles parcitipó o no en la preparación del Alzamiento Nacional.

También dedica amplio espacio, aunque mucho menor, al libro del sargento Llordés: «Al dejar el fusil». Su comentario es más favorable que el que en otra ocasión le hicimos en este espacio mismo, a mi entender Palacio Atard valora demasiado la aparente objetividad del soldado al que no le va nada en la guerra, cosa discutible y que se ha dado en llamarla «la tercera posición». Se comenta asimismo el libro de José María Resa: «Memorias de un requeté», ya comentado aquí valorado positivamente por Palacio Atard. Resa desempeñó funciones importantes como enlace carlista, jovencísimo, en la preparación del Movimiento y tiene como apéndice los cuadros de plantillas y bajas de las milicias nacionales en la guerra.

Está el libro de Indalecio Prieto: «Convulsiones de España», que subtítulo «Pequeños detalles de grandes sucesos». Es un primer tomo de recopilación periodística, muy interesante, más quizá, que el comentado ya de «Notas de una vida». Tiene afirmaciones gratuitas y calumniosas, como el envío por Goded de un emisario para pactar con Prieto antes del Alzamiento, porque «quería apartarse de la conjura». En otro lugar se desata en insultos contra el Jefe del Estado español y comenta irrespetuosamente la construcción del Valle de los Caídos, declarando que su alma está inundada de odio a Franco. Pese a todo, tal recopilación de escritos dispersos tiene gran interés histórico.

Los dos libros comentados del general Vicente Rojo son importantes, porque como Palacio Atard dice muy bien, aquel hombre, Jefe del Estado Mayor Central de Madrid fue el cerebro del Ejército rojo y su responsabilidad principalísima. Personaje que constituye aún un misterio psicológico y moral, tal vez de la débil naturaleza humana, o también del literal sentido de la lealtad y la legitimidad. En «Alerta los pueblos» explica la victoria de Franco como muy justificada técnica y moralmente. Eran tiempos de victoria alemana cuando escribía. Es ya obra clásica de la guerra de España. En «España heroica» se ven más sus limitaciones y su falta de documentación cuando escribe en el exilio.

El libro de Julián Zugazagoitia, aunque se titula «Historia de la guerra de España», es más bien del género «memorias». Hay en ellas nostalgia, se habla de las intrigas rojas intestinas, más de la mitad se refiere al primer año de guerra y otra buena parte al final. Es una de las piezas más características.

Tales son los fundamentales textos de los veinticinco tratados en el tercer tomo de «Memorias de la Guerra de España» del seminario de Historia Contemporánea que Palacio Atard dirige en la Universidad de Madrid. Ya hemos dicho varias veces que se trata del mayor empeño bibliográfico, crítico e histórico.

J. M. G.

AGUADO SÁNCHEZ, Francisco: *La Revolución de Octubre de 1934*. Editorial San Martín, 1973, Madrid, 515 págs.

Hay temas centrípetos, latentes u olvidados durante muchos años, pero con tal interés remanente que aparecen de pronto tratados por varios historiadores al mismo tiempo por una comprensible coincidencia y por ese inexplicable desfasamiento que produce el trabajo de las imprentas y las editoriales. Ahora ocurre con el tema de la revolución roja asturiana de 1934. Acabamos de leer las atinadas observaciones del Prof. La Cierva sobre ella en su magistral prólogo «La segunda República», de Jesús Lozano, donde dice que no fue su principio, pero sí el ensayo general de la guerra del 36. Ahora mismo está sobre mi mesa el libro del catedrático Palacio Atard: «Cinco historias de la República y la guerra», la primera de las cuales se titula: «La revolución asturiana de 1934 a examen», en un interesantísimo ensayo de 38 páginas. Pero faltaba la obra definitiva, excluyente por examen y documentación, que pocos hubieran sido capaces de hacer como Francisco Aguado, ese escritor que nos sorprendió con su capacidad de trabajo y de investigación, con el difícil ensamblaje de tantos datos y pormenores en una obra estructurada sobre el duque de Ahumada, pero que se supera en vencer dificultades del mismo orden al escribir ahora «La Revolución de Octubre de 1934» que presenta la Editorial San Martín.

No es lo menos, sino lo principal, su aspecto histórico, pues que de una obra histórica se trata, pero apunta con acierto el autor que tampoco es secundario lo que en ella podría llamarse «filosofía de la vía de penetración violenta del comunismo en un pueblo de régimen democrático liberal», pues nos muestra descarnadamente la técnica de acción del marxismo internacional, especialmente elaborada para pueblos aburguesados y de mediano desarrollo económico y cultural, donde el liberalismo y democracia, cualquiera que sea su calidad enmarcaran la impunidad de los atestados a la libertad del país.

El Teniente General Luis Díez-Alegría ha hecho un incitante prólogo, muy aclaratorio en sus pocas páginas, donde sintetiza que en Asturias grandes masas de obreros fanatizados por sus dirigentes quisieron imponer a España por la más extrema violencia un estado de características revolucionarias marxistas en nombre de una democracia y una libertad pisoteada por todos. Aclara que hay como una desgraciada constante histórica que hace pagar primero a las fuerzas de orden público y luego al Ejército las culpas de sistemas políticos erróneos. Y denuncia que el aviso de 1934 no fue escuchado, que el odio por un lado y el egoísmo por otro, llevaron a España al camino de ruina, sangre y heroísmo. Nos advierte que la Historia no puede ser nostalgia ni rencor, es maestra de la vida y sus lecciones son siempre válidas cara al porvenir.

El autor, por su parte, nos aclara que su visión del tema está he-

cha desde un ángulo inédito y ofrece también la novedad de rendir tributos a los miembros de la Guardia Civil que murieron cumpliendo su deber, en un puesto destacado en aquellos acontecimientos. Aquí mismo precisa ya que el cómputo de bajas del Cuerpo, nunca, hasta ahora, se ha publicado exacto, siendo de 111 muertos y 182 heridos. El motivo de su libro es que entre la extensa y compleja bibliografía sobre la Revolución de Octubre, las referencias a la actuación de la Guardia Civil son breves, o confusas, o desdibujadas, porque sus autores no alcanzan la penetración humana y el acervo documental que el autor penetra.

Sobre la preparación del movimiento revolucionario hay un capítulo dedicado al estudio sociogeográfico asturiano, donde se nos hace ver un plan metódico y concéntrico que teniendo en Mieres su centro irradia según dos círculos perfectos a dos zonas, de máxima intensidad y dominio absoluto de los revolucionarios, la menor, y a otra de intensidad algo amortiguada que llega por el Norte hasta Gijón y por el Sur hasta Pajares. Otro círculo, tangente interior a éste tiene su centro en Campomanes y se superpone en su mitad con el de Mieres, siendo también de máxima intensidad revolucionaria. Difiere en este punto el estudio de Aguado del de Palacio Atard, pues mientras que Aguado pretende demostrar que había todo un Estado Mayor «sui generis» encargado de preparar la acción en estos núcleos, Palacio Atard sostiene que su fracaso fue por falta de conexión y planificación previa de gabinete, en una palabra, por falta de Estado Mayor.

El libro se divide en cinco partes, a las que sigue un interesante apéndice documental. En el primero se nos informa de todos los antecedentes subversivos y de acumulación de armamento, como el episodio del «Turquesa», barco contrabandista. En el segundo, el de la Revolución se deslindan con pormenores los bandos contendientes, se examina la indigna actuación del teniente Torrén y los hechos heroicos del laureado capitán Alonso Nart y del teniente Alcón, héroe de Campomanes, ambos de la Guardia Civil. El capítulo tercero nos muestra todo el complejo problema de la reacción del Gobierno, el misterio del General López Ochoa, la impulsión de Yagüe, los asaltos al cuartel de Pelayo, lo cual termina en el siguiente capítulo, donde se entra ya a examinar la Revolución en Palencia y en León, con los hechos distinguidos del capitán Naneti y del teniente Gallo en Barruelo de Santullán, donde el teniente Gallo llega a defenderse sólo con una ametralladora. El último capítulo estudia la Revolución en el resto de España: Madrid, el país Vasco, Galicia, Extremadura, y tantos centros más, dedicando un capítulo especial a la noche del 6 de octubre en Barcelona.

El apéndice documental es interesantísimo. Empieza reproduciendo el artículo clave de «El Socialista», del 3 de enero de 1934, donde se dice «Concordia no. ¡Guerra de clases! Odio a muerte a la burguesía criminal». Sigue con interesantísimas piezas documentales de

informes, manifiestos y planes de acción revolucionarios, la carta de José Antonio al General Franco y el ofrecimiento de Falange al Gobierno. En las estadísticas destacan la relación de bajas de las fuerzas armadas, que suman 321 muertos, 884 heridos y 7 desaparecidos, 1.212 bajas en total.

Las relaciones de armamento y explosivos y las de recompensas concedidas, entre ellas tres Laureadas y 39 Medallas Militares. La documentación gráfica es abundantísima, impresionante, inédita en gran parte y da una sensación ambiental que el texto no puede describir. Porque el texto es directo, objetivo, con estilo de reportaje histórico, sin concesiones en ningún sentido, de no ser en el de resaltar de los hechos de la Guardia Civil en la Revolución de Asturias que tuvo una actuación importante, como que se desprende cuantitativamente al ver que tuvo un cuarta parte de las bajas totales de las fuerzas armadas y una tercera parte de sus muertos. Por encima de la importante investigación, de los continuos descubrimientos, precisiones y rectificaciones sobre lo que hasta ahora conocíamos del tema, es importante en el libro de Aguado el que invite a la meditación en esta hora de España, en la que aún nos parece imposible que se repita la historia. Lo dice con acierto la presentación de la obra, y se resalta en una faja editorial: «El libro invita a la meditación» pues meditemos.

J. M. G.

LOZANO, Jesús: *La Segunda República. (Imágenes, cronología y documentos)*. Ediciones Acervo. Barcelona. 1973, 503 págs.

Jesús Lozano venía trabajando en silencio, casi en el anonimato desde hace unos diez años, con una especialización aguda en los temas, especialmente gráficos y cronológicos de la República y la guerra de España. Me maravilló un día ver cómo era capaz de indentificar a cualquier personaje de la época, de segunda o tercera fila, en una fotografía de conjunto, o a un capitán de cara conocida en 1926, cuando a él le faltaban aún diez años para nacer. Esta obra de «La Segunda República» que nos presenta ahora, sorprende a quien no conozca a Lozano y a quien conozca su juventud, porque es el fruto no sólo de diez años, sino de muchas horas diarias de investigación en ellos. Las mil fotografías de este gran libro en edición de lujo, con alarde de moderna técnica editorial, son expresivas, elocuentes en gestos y mímica, tanto como en escenas de diálogo y conjunto, donde de las manos dice mucho acompañando a los ojos y la boca, concentrados o abiertos, en expresiones más o menos políticas y diplomáticas, que expresan mucho en la penetración, el rictus o la variedad de las sonrisas. Muchas de esas fotografías eran inéditas hasta ahora, y son descubrimiento de Lozano en archivos olvidados o particulares.

Pero la obra, eminentemente fotográfica, se completa, al cincuenta por ciento, con una cronología casi diaria, documento interesantísimo por la frialdad absoluta de sus datos, objetivos si hay algo que no lo sea en lo humano, donde se pueden comprobar muchos errores acumulados y repetidos durante décadas enteras. A ello se añade el poner a punto biografías, hasta ahora incompletas o desfiguradas por la propaganda política, ni más ni menos que como se hace con los artistas cinematográficos, incluso distorsionando los datos cronológicos. Y unos apéndices documentales, donde la Constitución y la Ley de Defensa de la República, hasta del Divorcio y los Estatutos vacco y catalán.

Es una obra realista, valiosísima para historiadores y estudiosos, amena como una revista histórica para quienes no conocieron aquella época de la República, cuyo apelativo se consagró con las frases de «tristemente célebre». El libro no es una historia, sino más bien un reportaje histórico; ni siquiera tiene la intriga y el incentivo del género cronístico, pero su frialdad despierta a veces la indignación o el asombro del lector más desapasionado. La objetividad hay que buscarla también en los pies de las fotografías, un libro eminentemente gráfico ha de cuidar mucho esto y quizá ahí es donde Jesús Lozano se manifiesta más como historiador sin pretenderlo. Sólo uno hemos encontrado poco expresivo: el que define al doctor Albiñana simplemente como diputado «derechista» y «conservador», pero hoy ya lo sabe él mismo que se quedó muy corta para el apasionado creador de la primera fuerza antimarxista y antiseparatista que supo hacerse dueña de la calle.

En el libro se conceden a la República ocho años de duración. He aquí un punto discutible: ¿Fue esa verdaderamente su vida o terminó el 18 de julio de 1936, la llamada República de los cinco años? Joaquín Arrarás terminó en esa fecha su magna *Historia de la República española*. Sin embargo, para quienes creímos en el pasquín de las elecciones del 12 de abril que anunciaba: «la República es el primer escalón para el comunismo», nos hace pensar si ciertamente no fue una República, en el peor sentido de la palabra, y con todos los agravantes fentepopulistas del marxismo y el anarcosindicalismo de la llamada «zona roja» española. Me ha hecho pensar Jesús Lozano y he llegado a la conclusión de quienes tuvimos la suerte de «caer» en zona nacional no supimos ver que la República continuaba, aunque degenerada y malamente, en la que hoy llaman «zona republicana». Porque si aquella era una República sin republicanos, la cosa no es ninguna novedad. Dice muy bien La Cierva, en su magistral prólogo, que aquella República nació del papel y la pluma, que vivió y murió sin republicanos.

En ese caso la continuidad de la República, al hacerse República Popular, como luego se han llamado tantos estados comunistas, es una progresión natural. La zona roja es el espejo de lo que hubiera sido España entera sin el Alzamiento del 18 de Julio. En ese orden de

ideas creo que incluso podría llamarse *zona republicana* a la *zona roja*. Lo que no podría decirse nunca, es que los nacionales luchaban contra los republicanos, puesto que republicanos puros, asépticos, seguramente habría más en la zona nacional, que en la que por algo se llamó «zona roja», donde quedaban muy pocos ingenuos.

Otro aspecto polémico que quizá sea ya el momento de subrayar fuertemente, es el de la bandera. El libro de Lozano se abre en sus guardas con los colores de las dos banderas que no se enfrentaron nunca, ni en la guerra de Liberación, digan lo que quieran, puesto que la bandera «española» se opuso en campaña a la bandera roja. La llamada «bandera republicana» fue en la guerra algo insípido, anodino y puramente oficial para las relaciones exteriores, en las que interesaba mucho subrayar la vigencia de una República que se había ido de caña, al galope tendido de los jinetes frentepopulistas, bajo el freno y la espuela de un comunismo que supo imponérseles siendo minoría.

La bandera española, roja y gualda, empezó a serlo, por el Decreto de 23 de mayo de 1785, reinando Carlos III. Es verdad que entonces lo era sólo para usarla en los buques, pero tuvo tal aceptación popular, su simbolismo y la fuerza de su colorido impresionó de tal modo a los españoles, que muy pronto era ya, en el alma del pueblo, la bandera nacional, muchos antes de aquel Real Decreto de 12 de octubre de 1943 que la consagraba como total o la Ley de 19 de marzo de 1871 que la confirmaba definitivamente.

La llamada bandera republicana, que en la guardas de su libro nos pinta Lozano, sólo existió oficialmente desde el 27 de abril de 1931, aunque parezca darle antigüedad el escudo de la primera República que ostenta en su centro. La bandera que bordó Mariana Pineda era morada. Y la primera República no aceptó como oficial la tricolor que el Ayuntamiento de Madrid propuso durante el período revolucionario, sustituyendo a la morada, blanca y roja, de los primeros republicanos, para hacerla roja, gualda y morada, pretendiendo justificar éste color por el de la faja que los concejales usaban por confusión, creyendo que el morado era el color del pendón de Castilla, siéndolo el carmesí.

En Burgos se conserva, y se observa, un tanto oscurecido por los años, qué es lo que originó la confusión. Insisto en que quizá sea el momento de aclarar estas cosas, no nos vengan luego hablando de antigüedades y legitimidades. En la guerra del 36 no sabemos que nadie muriese por la bandera tricolor.

El libro de Jesús Lozano es una valiosísima aportación documental, indispensable ya para el historiador como obra de consulta. Pero el prólogo de Ricardo de La Cierva que he llamado magistral, y no a la ligera, es a mi entender una de las mejores síntesis de lo que fue la República española. En él apunta muy acertadamente que la sociología electoral, tanto como la económica, no son exclusivas como herramienta histórica, que en la investigación de la historia es suicida

la dicotomía entre «ciencias y letras». Que hay que valorar cuidadosamente las fuentes terciarias que son las de la propaganda. Señala algo muy importante en lo que alguna vez ha insistido: que la guerra de España no fue un prólogo de la Segunda Guerra Mundial como muchos señalan con mala intención, destacando semejanzas superficiales y tratando de identificar causas muy diferentes de la que un Papa llamó «guerra inútil» y la que dos Papas llamaron «Cruzada».

Nos dice La Cierva que las elecciones del 12 de abril fueron un referéndum urbano convertido en plebiscito por dejación de los dirigidos monárquicos, al decidir implícitamente que sólo valían los votos de las ciudades, cuando la victoria monárquica superó la proporción de tres a uno, aunque las cifras exactas no se sabrán jamás.

Destaca La Cierva que la República callejera perdió la calle, cuando los moderados sindicalistas de Pestaña se dejaron ganar por los anarquistas de la FAI en el mes de junio. En contrapartida, señala que no dio gusto a nadie, pues no fue revolucionaria, sino reaccionaria negativa, de vía estrecha y frustró todas las esperanzas. En lo económico continuó él «error Berenguer». Trae la frase de José Antonio diciendo que al ritmo iniciado, la Reforma Agraria hubiera necesitado medio siglo para consumarse. La República se gastó en una revolución retórica, siendo en realidad una regresión hacia el liberalismo, de lo que fue buena prueba la desintegración final en los «gobiernitos» que proliferaron bastante descentralizados. Faltaban republicanos. Los hombres más significativos de la República eran tráfugas de la Monarquía, no los «republicanos de toda la vida».

Señala con acierto La Cierva que el octubre rojo fue antecedente y ensayo general de la guerra, mientras que las elecciones de febrero son ya la guerra misma. Explica la prolongación de la lucha por la división de las fuerzas armadas, cuando su relativa unión hizo posible estrangular la revolución de octubre. Su particular interés por la personalidad de Azaña hace comprensible un párrafo panegírico, que no compartimos del todo, sin negar los valores humanos del personaje cuya política no dejó de ser nefasta, por muy intelectual que se le reconozca. Pero eso es lo de menos.

Los aciertos y las revelaciones de La Cierva en este prólogo son convincentes y puede suscribirlas cualquier español honrado y cualquier científico.

Entra en el tema de los 7.000 sacerdotes asesinados en zona roja y compara el número de vascos que hay en ellos con el de los dieciséis clérigos políticos y combatientes condenados a muerte en la zona nacional.

Quizá su mayor acierto y revelación esté en subrayar el popular ascenso que gozaba el ejército de Franco, desmitiendo a quienes presentaron la guerra como una lucha de los militares contra el pueblo cuyo Ejército popular pretendía exclusivamente el calificativo.

Creo que sólo el prólogo de Ricardo de La Cierva valora por sí la obra de Jesús Lozano, por su calidad. Pero la obra de Lozano es cíclopea, incontrovertible casi y casi incomprensible en este joven melillense, nacido en el año ardoroso de 1936, que ahora se consagra en la historiografía.

J. M. G.

OBRAS PUBLICADAS

POR EL

SERVICIO HISTORICO MILITAR

Acción de España en Africa.

Tomo I: *Iberos y bereberes* (Madrid, 1935), 296 páginas, 16,55 pesetas. (Agotado.)

Tomo II: *Cristianos y musulmanes de Occidente* (Madrid, 1941), 295 páginas, 27 pesetas. (Agotado.)

Tomo III: *El reparto político de Africa* (Madrid, 1941), 162 páginas, 20,35 pesetas. (Agotado.)

Ilustrados todos con grabados, fotografías, mapas y planos.

El tomo I fue publicado, en 1935, por la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, ya suprimido y distribuido por el Servicio Geográfico del Ejército.

Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1775).

Un volumen, 151 páginas, con ilustraciones (Madrid, 1946), 18 pesetas.

Geografía de Marruecos, Protectorado y Posesiones de España en Africa.

Tomo III: *La vida social y política*, 659 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos (Madrid, 1947). 75 pesetas.

Los tomos I y II de esta obra, titulados, respectivamente, *Marruecos en general* y *Zona de nuestro Protectorado en Marruecos y Estudio particular de las regiones naturales de la zona, plazas de soberanía española y vida económica*, fueron publicadas en 1935 y 1936, por la suprimida Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos. El primero se agotó, y el segundo únicamente está a la venta en el citado Servicio Geográfico, al precio de 24,30 pesetas.

Historia de las Campañas de Marruecos.

Tomo I: (Comprende hasta el año 1900), 608 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos (Madrid, 1947), 59,75 pesetas.

Tomo II: (1900 a 1918), 944 páginas, con ídem (Madrid, 1951), 138 pesetas.

Campañas del Rif y Yebala.

Por el General DÁMASO BERENGUER.

Tomo I: El Raisuni y nuestra acción de Protectorado (Madrid, 1948), 337 páginas. (Agotado.)

Tomo II: La ocupación de Xauen y Monte Mauro (Madrid, 1948), 328 págs. (Agotado.)

Armamento de los ejércitos de Carlos V en la guerra de Alemania.

Un volumen de 56 páginas con grabados y fotografías (Madrid, 1947), 10 pesetas.

Los Tercios de España en la ocasión de Lepanto.

Un volumen de 291 páginas con láminas en color, apéndice documental y fascículos de documentos inéditos (Madrid, 1971), 250 pesetas.

Historia de las armas de fuego y su uso en España.

Un tomo ilustrado, con grabados en color y en sepia, 332 páginas (Madrid, 1951), 85 pesetas. (Agotado.)

Nomenclátor histórico militar.

Tomo único: Diccionario de voces antiguas de carácter militar, 372 páginas (Madrid, 1954). No está a la venta.

Acción de España en Perú

Un tomo de 557 páginas con ilustraciones (Madrid, 1949), 67 pesetas.

Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar.

Tomo I y Carpeta de mapas: *América en general.*

El tomo, de 495 páginas, tamaño folio mayor, 427,60 pesetas.
(Agotado.) (Madrid, 1950).

Tomo II y Carpeta de mapas: *Estados Unidos y Canadá.*

El tomo, de 598 páginas, en folio mayor, 641,33 pesetas. (Agotado.) (Madrid, 1953).

Tomo III y Carpeta de mapas: *Méjico.*

El tomo, de 399 páginas, en folio mayor, 747,45 pesetas (Madrid, 1955).

Tomo IV y Carpeta de mapas: *América Central.*

El tomo, de 286 páginas, en folio mayor, 656,35 pesetas (Madrid, 1950).

Tomo V y Carpeta de mapas: *Colombia.* (En preparación).

Campañas en los Pirineos, finales del siglo XVIII (1793-95).

Tomo I: *Antecedentes.* Ilustrado con grabados y fotografías (Madrid, 1949), 341 páginas, 66 pesetas.

Tomo II: *Campaña del Rosellón y la Cerdaña,* ídem, 682 páginas, 100 pesetas (Madrid, 1954).

Tomo III: *La campaña de Cataluña,* ídem, en dos volúmenes, 380 y 514 páginas, 172 pesetas (Madrid, 1954).

Tomo IV: *Campaña en los Pirineos Occidentales y Centrales,* ídem, 752 páginas, 356 pesetas (Madrid, 1959).

Catálogo de la Colección histórica documental del Fraile. (Guerra de la Independencia.) (Madrid, 1947 a 1950).

Tomo I: Letras A a la C, 253 páginas, 20 pesetas.

Tomo II: Letras CH a la K, 226 páginas, 20 pesetas.

Tomo III: Letras L a la Q, 215 páginas, 20 pesetas.

Tomo IV: Letras R a la Z, 228 páginas, 20 pesetas.

La guerra de la Independencia (Madrid, 1966).

Tomo I: *Antecedentes y preliminares,* 483 páginas profusamente ilustradas (Madrid, 1966), 400 pesetas.

Tomo II: *La campaña de 1808.* 480 páginas con numerosos croquis y láminas (Madrid, 1972), 400 pesetas.

Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia Española (1808-1814).

Tomo I: Letras A a la H, 345 páginas, 20 pesetas.

Tomo II: Letras I a la O, 270 páginas, 20 pesetas.

Tomo III: Letras P a la Z, 341 páginas, 20 pesetas.

Ilustrados los tres con grabados y fotografías, en color y en negro (Madrid, 1944-1952).

Europa y África entre dos grandes guerras (Madrid, 1944).

Un tomo, 317 páginas, con mapas y fotografías, 14,85 pesetas.

Sólo se vende en el Servicio Geográfico del Ejército, calle de Prim, núm. 21.

Cronología episódica de la Segunda Guerra Mundial.

Tomo I: Primer período. 310 páginas, 34,50 pesetas.

Tomo II: Segundo y último período. 349 páginas, 64 pesetas.

Ilustrados los dos con mapas y planos (Madrid, 1947).

Curso de conferencias sobre Historia, Geografía y Filosofía de la Guerra, en el Servicio Histórico Militar (Madrid, 1947).

Un volumen, 343 páginas, ilustrado con grabados, fotografías, mapas y planos. No está a la venta.

Cursos de Metodología y Crítica Históricas, para formación técnica del moderno historiador, en el Servicio Histórico Militar.

Tomo I: *Curso Elemental* (1947-48). 200 páginas.

Tomo II: *Curso Superior* (1949). 359 páginas.

(Madrid, 1948-1950).

No están a la venta.

El ataque a través del Canal (Madrid, 1963).

Un volumen de 602 páginas, con 25 mapas. No está a la venta.

Versión española de la obra de Gordon A. Harrison *Cross Channel attack*, segundo volumen de la subserie «El Teatro de Operaciones europeo», de la enciclopedia «El Ejército de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial», que se publica bajo la dirección de la Jefatura de Historia Militar del Departamento del Ejército.

Galería militar contemporánea.

- Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando* (Madrid, 1953). Con historia de la Orden y relaciones de hechos y retratos de los caballeros condecorados en la Guerra de Liberación y División en Rusia, 387 páginas, 85 pesetas.
- Tomo II: *La Medalla Militar*. Primera parte: Generales y Coroneles (Madrid, 1970). Con historia de la condecoración, relaciones de hechos y retratos de los caballeros condecorados en la Guerra de Liberación y División en Rusia, 622 páginas, 350 pesetas.
- Tomo III: *La Medalla Militar*. Segunda parte: Tenientes coroneles y Comandantes. (En prensa.)
- Tomo IV: *La Medalla Militar*. Tercera parte: Oficiales. (En preparación.)
- Tomo V.--*La Medalla Militar*. Cuarta parte: Suboficiales, Tropa y condecoraciones colectivas. (En preparación.)

Tratado de Heráldica Militar.

- Tomo I: 288 páginas, en papel registro, con grabados y fotografías, algunos en color, encuadernado en imitación pergamino (Madrid, 1949). 225 pesetas.
- Tomo II: 390 páginas, ídem, 196 pesetas (120 pesetas para los miembros y organismos del Ejército) (Madrid, 1951). (Ago-tado.)
- Tomo III: 374 páginas, ídem, 400 (320 pesetas para los miembros y organismos del Ejército) (Madrid, 1959).
- Tomo IV: El anunciado como tal, pasó a constituir la obra «Heráldica e Historiales de los Cuerpos».

Heráldica e Historiales de los Cuerpos.

- Tomo I: Infantería (Emblemática del Ejército, de la Infantería y de la Enseñanza Militar. Historia de las Academias Militares. Historiales, escudos y banderas de los once primeros Regimientos de Infantería); 294 páginas, 66 láminas a todo color y 9 en negro. Madrid, 1969.
- Tomo II: Infantería. (Historiales, escudos y banderas de los diecinueve siguientes Regimientos de Infantería); 234 páginas, 50 láminas a todo color y 10 en negro. Madrid, 1969.
Los dos tomos (inseparables) 2.161 pesetas.
- Tomo III: Infantería. (Historiales, escudos y banderas de los Regimientos de Infantería, hasta el número 40.) (En prensa.)

Tirada aparte de 135 láminas a todo color de escudos, banderas y distintivos de Unidades del Ejército, contenidos en los dos primeros tomos de la obra (Madrid, 1969). 250 pesetas.

Tiradas aparte del Historial de cada uno de los Regimientos, contenidos en los dos primeros tomos de la obra (Madrid, 1969). 25 pesetas.

Monografías histórico-genealógicas.

1. Regimiento de Infantería Inmemorial núm. 1, 1965, 22 páginas. 25 pesetas.
2. Regimiento de Caballería Dragones de Santiago núm. 1, 1965, 18 páginas. 25 pesetas.
3. Regimiento Mixto de Artillería núm. 2, 1965, 15 páginas. 25 pesetas.
4. Regimiento de Zapadores para Cuerpo de Ejército, 1965, 24 páginas. 25 pesetas.

Estudios sobre la guerra de España (1936-39)

1. *Historia de la Guerra de Liberación 1936-39*. Vol. I: *Antecedentes*. 457 páginas. Imprenta del Servicio Geográfico del Ejército. Madrid, 1945. (No está a la venta.)
2. *La guerra de minas en España* (Madrid, 1948). Un volumen de 134 páginas, con fotografías y planos, 50 pesetas.
3. *Síntesis histórica de la guerra de Liberación*. 233 páginas, Madrid, 1968 (Servicio Geográfico del Ejército). 25 pesetas.

Monografías

1. *La marcha sobre Madrid*. 213 páginas, 18 croquis, 22 láminas de fotograbados, 1.^a edición: Madrid, abril de 1968. 2.^a edición: junio de 1968. 300 pesetas.
2. *La lucha en torno a Madrid, en el invierno de 1936-37*. Operaciones sobre la carretera de La Coruña. Batalla del Jarama. Batalla de Guadalajara. 230 páginas, 19 croquis, 22 láminas de fotograbados. Madrid, 1969. 300 pesetas.
3. *La campaña de Andalucía*. 242 páginas, 17 croquis, 22 láminas de fotograbados. Madrid, 1969. 300 pesetas.

4. *La guerra en el Norte*. La campaña de Guipúzcoa. El socorro a Oviedo. La ofensiva sobre Vitoria. La gran ofensiva sobre Oviedo. 295 páginas, 16 croquis, 22 láminas de fotograbados. Madrid, 1969. 300 pesetas.
5. *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*. 320 páginas. Numerosos croquis, documentos y fotografías inéditas. Madrid, 1970. 300 pesetas.
6. *Vizcaya*. 315 páginas, 26 láminas fotográficas en negro y 17 croquis a tres tintas. 15 documentos, bibliografía y cronología. Madrid, 1971. 300 pesetas.
7. *La ofensiva sobre Segovia y la Batalla de Brunete*. 330 páginas, 12 croquis en color, 24 láminas negro, Madrid, 1972, 300 pesetas.
8. *El final del Frente Norte*. 313 páginas, 13 croquis en color, 24 láminas en negro. Madrid, 1972. 350 pesetas.
9. *La gran ofensiva sobre Zaragoza* (en prensa).

Catálogo de la Exposición Histórico-Militar.

50 páginas, 12 láminas. Madrid, diciembre 1967. 50 pesetas.
(Agotado.)

Boletín de la Biblioteca Central Militar.

13 tomos para formación de los Catálogos (Madrid, 1945 a 1956).
No están a la venta.

Revista de Historia Militar.

Un número semestral de 200 a 250 páginas, 75 pesetas.

Índices de la Revista de Historia Militar.

Temáticos, cronológicos, de autores, de voces, de recensiones (1957-1969), 92 páginas, Madrid, 1970.

NOTA.—Los miembros y organismos del Ejército y los centros civiles gozan, en casi todas estas obras, de una rebaja del 10 al 25 por 100.

Noticias orgánicas de la artillería española del siglo XVII, por Fernando Gil Ossorio	7
Prólogo a un guerrillero. El sargento Sánchez, por Nicolás Horta Rodríguez	29
La expedición cántabra del Mariscal de Campo don Mariano Renovales, por Carlos Martínez-Valverde	61
Los últimos años del Ejército español en el Perú. Las fuerzas reales y las independientes, por Victoriano del Moral Martín	83
Abdelkrim, por Andrés Sánchez Pérez	123